Isabel Vidal



Ni lo sueñes

Isabel Vidal


Ni te
sueños

© Isabel Vidal, 2026
ISBN: 9798247450344
Diseño portada: IV, CB & IA

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra, ni total ni parcialmente, sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. Todos los derechos reservados

Para mis hijos. Ojalá me elijáis siempre en cada universo que exista.

1
Bela

Me despierto de golpe, como si el sueño me hubiera escupido fuera de sí con una patada. Tardo un segundo en darme cuenta de que algo va mal. No reconozco el techo, tampoco la luz que entra por las rendijas de una persiana que no es la mía. Es que ni siquiera reconozco el olor del aire porque tiene un regusto extraño, como a mezcla de suavizante barato y… ¿madera vieja?

Frunzo el ceño y me incorporo, muy despacio. La sábana es de algodón fino, pero no tiene ese planchado impecable que me obsesiona, ni el olor a lavanda que siempre dejo impregnado en mi ropa de cama. La colcha es de color mostaza. ¿Mostaza? ¿Quién en su sano juicio usa mostaza en un dormitorio? Miro a mi alrededor. El cabecero de la cama es de madera desgastada y eso me provoca una arcada estética inmediata; las paredes están decoradas con ilustraciones coloridas de ciudades. Un perchero de pie sostiene un sombrero de ala ancha, una chaqueta de cuero y un fular con estampado psicodélico.

Observo la habitación en silencio, como si fuera una intrusa. No hay simetría, no hay mármol, no hay orden, no hay nada que se parezca mínimamente a mi dormitorio ni a mi vida.

Trago saliva con dificultad. La garganta me arde como si hubiese dormido con la boca abierta. Miro mis manos. ¡Oh! ¡Dios mío! Las uñas están pintadas de color amarillo chillón. ¿Qué demonios? ¡Qué horribles! Mi respiración se acelera. Me agarro a los bordes de la cama como si eso pudiese devolverme a mi vida, a mi rutina, a mi *penthouse* perfectamente organizado.

Trato de recordar qué hice anoche, pero mi mente es una niebla densa, espesa. No estoy borracha, no siento resaca, no hay pulsión

en la cabeza ni sequedad en los labios que me lo indique. Estoy sobria, despierta y creo que atrapada. Intento recordar. ¿Fui a alguna fiesta? ¿Bebí algo? ¿Me drogaron? ¿Me he muerto?

Pero antes de que pueda terminar de ordenar una sola idea coherente, algo —o mejor dicho, alguien— respira fuerte a mi lado. Hay una figura. Un cuerpo. Un hombre.

Me congelo. Me alejo instintivamente, despacio primero, luego con más rapidez, hasta que me deslizo fuera de la cama con el corazón que me martillea el pecho. Golpeo la mesita al hacerlo, lanzo algo al suelo pero no me importa porque estoy descalza y vestida con una camiseta que no es mía; tampoco llevo sujetador y tengo a un desconocido en la cama. ¿Qué está pasando?

Él se revuelve al sentir mi movimiento. Abre los ojos, todavía medio dormido y se incorpora lentamente, como si le pesara todo el cuerpo. La luz lo golpea desde un lado. Lo veo bien por primera vez y entonces, algo en mí se quiebra porque lo reconozco. Mi estómago se pliega sobre sí mismo, la náusea me sube desde el abdomen hasta la garganta. ¡No puede ser! No puede ser él. Me froto los ojos con ambas manos, como si el acto de borrar la imagen fuera a cambiar lo que estoy viendo, pero no. Está ahí: desnudo de cintura para arriba, con el pelo enmarañado, una cicatriz en la ceja y unos ojos grises que parpadean hacia mí con expresión desconcertada.

—No… no puedes ser tú —susurro, apenas capaz de articular palabra.

—¿Qué…? ¿Qué? —tartamudea nervioso y su voz rasposa, casi rota, me atraviesa.

Doy un paso atrás, luego otro, hasta que choco con el borde del armario.

—¿Qué coño haces aquí? —le espeto, alzo la voz, pierdo el control de mi tono, del pánico, de la incredulidad que me rasga por dentro—. ¿Qué narices es esto? ¿Dónde estamos? ¿Quién te ha dejado entrar?

Él me mira fijamente y entonces frunce el ceño. Mira a su alrededor, como si también lo viera todo por primera vez. Su confusión no parece fingida y, por un segundo, eso me descoloca. Se

levanta con lentitud, apoya una mano en la cama, se incorpora… y yo retrocedo de inmediato, como si se acercara una fiera.

—Vale, vale, tranquila —dice él, con las palmas abiertas—. Yo tampoco sé qué está pasando, ¿sabes? Me acabo de despertar aquí igual que tú.

—¡No te acerques!

—No iba a hacerlo —responde con brusquedad y entonces añade, más para sí que para mí—, joder… esto no tiene ningún sentido.

Le observo con más detalle. Su piel no está sucia, tiene barba, pero está cuidada, no huele mal, lleva un pantalón de pijama nuevo. Nada en él cuadra con el tipo que he visto durante años en la esquina de la calle donde trabajo, sentado junto a un cubo y unos cartones, mirando a la gente pasar como un espectro invisible… pero es él.

—Eres… el vagabundo —escupo con asco, como si pronunciarlo confirmara la pesadilla—. El de los portales. El que tararea.

Se queda helado pero asiente, muy despacio.

—Y tú… —levanta la mirada hacia mí—. Tú eres la mujer que pasa cada mañana con esos… esos tacones imposibles. Siempre con prisa. Siempre tan…

Entonces se calla, no puede terminar la frase; creo que está tan desbordado como yo.

—Esto no puede estar ocurriendo. Esto no tiene lógica. Tú no deberías estar aquí. Yo no debería estar aquí.

—No me mires como si yo tuviera las respuestas. No sé cómo he llegado a esta cama, a esta casa. ¡No sé qué coño es esto!

Nos quedamos los dos quietos. Nos miramos porque somos dos enemigos en un campo neutral que ninguno ha pisado jamás.

Cada segundo que pasa lo vuelve más insoportable. La confusión se transforma en angustia, la angustia en temor. No hay asidero posible, nada que nos explique qué estamos haciendo juntos, medio vestidos, en una habitación decorada como un mal catálogo de decoración bohemia.

—Esto es un error —digo al fin—. Es un maldito error.

—Estoy de acuerdo.

Su respuesta, seca y definitiva, me hace sentir aún peor, porque no hay alivio en saber que él tampoco sabe nada, solo me da más vértigo.

Y entonces, en medio de ese abismo, algo suena: un teléfono.

2
Bela

El sonido del móvil me saca del trance como una bofetada. Vibra sobre la mesita de noche —esa maldita mesa horrible de madera sin tratar—. El nombre en la pantalla me desconcierta aún más: Yara, mi asistente. Contesto por puro reflejo, sin pensarlo.

—¿Sí?

—¡Bela! —Su voz es alegre, rápida, familiar. No tiene ni idea de la tormenta que hay en mi cabeza—. ¿Estáis vivos? ¿Vais a venir o vais a hacerme sufrir toda la mañana, bruja?

—¿Quién coño es Bela?

—Huevos, cariño mío. ¿Qué hicisteis anoche? Os pillasteis un pedo bonico, por lo que veo.

Me agarro al teléfono con fuerza, como si pudiera arrancar respuestas de él con las manos.

—¿Qué…? ¿Qué estás diciendo?

—Ay, por favor —suelta una risita burlona, como si yo fuera la más dramática del planeta—. No me digas que estás con resaca. ¿Todavía tienes la cabeza en tu luna de miel? ¡Bienvenida al mundo real, cari!

—¿Luna de qué?

Hay un silencio breve. Yara se ríe de nuevo, esta vez un poco más flojo.

—Oye, ¿estás bien? Dile a tu maridito que deje de mirarte como si fueras un pastelito y de darte los revolcones que te da, porque te está afectando más de la cuenta. ¡Venga! Poneos en marcha. Nico está histérico porque dice que hoy firmamos lo de LumaTech y tú sabes cómo se pone cuando le falta el café.

Maridito. Esa palabra me perfora el oído como un disparo. Mis ojos bajan sin que yo se lo ordene y se deslizan, temblorosos, hasta mi mano izquierda y entonces lo veo: el anillo.

No es solo que esté ahí, brillante y sólido en mi dedo, es que ha estado desde que desperté. Estaba ahí mientras temblaba y gritaba, estaba ahí y no lo vi. Abro los ojos con violencia, como si pudiera despertar una segunda vez.

Él, el vagabundo que siempre está en la esquina del edificio donde trabajo, me observa desde el otro lado de la habitación, todavía desconcertado, descalzo y con el gesto enredado en la confusión. Su mirada se clava en la mía, como si pudiera oír la palabra que acabo de escuchar por teléfono y entonces, lentamente, baja la vista hacia su propia mano. Se queda inmóvil. Yo no tengo que decir nada, él también lo ve. El anillo: dorado, sencillo, idéntico al mío.

—¿Qué… es esto? —pregunto, aunque no espero respuesta.

—No lo sé —dice él, casi en un susurro.

—Yara —le hablo al teléfono con la voz apagada, pero ella no me escucha.

—Por cierto, cuando salgáis de casa…

No puedo más con todo esto y cuelgo sin decir adiós. Simplemente cuelgo, como si soltar el teléfono pudiera detener esta locura. Me quedo con la pantalla negra en la mano, las piernas temblorosas, el aire atrapado en la garganta.

—Estamos casados —musito.

—¿Te estás riendo de mí?

—¡Pero si no nos conocemos!

—No —responde él con un suspiro amargo—. No lo entiendo. No recuerdo nada. Ni este lugar ni a ti fuera de… fuera de…

—De las oficinas —digo yo, amarga.

Él asiente.

Mis pasos me llevan hasta una estantería junto a la ventana, como si una parte de mí necesitara confirmar que todo esto es una elaborada pesadilla, pero lo que encuentro es peor: fotos de nosotros.

La primera es pequeña, cuadrada, enmarcada en blanco. Estamos abrazados y los dos sonreímos. Él me tiene rodeada por la cintura, yo apoyo la cabeza en su hombro. Llevo un vestido suelto y el pelo revuelto por el viento. Él viste una camisa azul remangada, los ojos entrecerrados por el sol; parecemos felices, cómodos, cómplices.

La imagen me repugna y entonces la suelto de golpe.

Otra fotografía más grande me llama la atención; destaca el color turquesa y hay palmeras de fondo. Las Maldivas, si no me equivoco. Estoy en bikini, él sin camiseta. Nuestros cuerpos mojados, la piel tostada. Nos besamos; se ve claramente. Su mano está en mi espalda y mis dedos entre su cabello.

Doy un paso atrás.

—Esto no puede ser real —digo, pero la voz no me sale firme. Me traiciona porque tiembla.

Él, mientras tanto, ha cogido otro marco del aparador. Uno rectangular, de cristal. Lo mira con una mezcla de miedo y reverencia, como si sostuviera un objeto maldito. Su expresión cambia. La confusión da paso al asombro, luego al desconcierto y finalmente, al pánico.

Lo observo, con la mandíbula apretada, el corazón desbocado y me acerco.

—¿Qué es eso?

No contesta.

—¡Déjame verlo!

Él vacila para que yo no lo pueda ver hasta que me mira y entonces, sin decir una sola palabra, le da la vuelta al marco y lo coloca frente a mí. Lo que veo me arranca el alma: estamos vestidos de novios.

Yo llevo un vestido blanco ajustado, sin mangas, con encaje fino en los hombros.

Él lleva un traje gris claro, sin corbata, con la camisa desabrochada en el cuello. Me está besando la sien, mis ojos están cerrados. Sonrío. Sonrío como si de verdad me hubiera casado con él y fuese la mujer más feliz del mundo.

—Esto no es posible… —digo. Ya no grito. No me sale porque estoy colapsando por dentro.

Él deja el marco sobre el mueble con cuidado, pero sus manos tiemblan. Se aleja un paso y yo también me alejo. Nos miramos.

No hay forma posible, ni remota ni fantasiosa, de que yo haya compartido una cama con ese hombre. Es completamente absurdo, una aberración. Ni drogada hasta perder el sentido, ni borracha en una despedida de soltera con barra libre ilimitada, ni bajo hipnosis. Nada justificaría lo que muestran esas fotografías.

Porque no es solo la idea de haberme acostado con él —con ese vagabundo que veo cada mañana tirado en la esquina, con la ropa sucia, las manos agrietadas, ese olor a calle, a abandono, a derrota —, sino la insinuación de que lo he hecho por voluntad propia, por deseo, por amor.

Cada vez que pasaba a su lado camino a la empresa de mi padre, me costaba no fruncir el ceño. Lo evitaba con la mirada, cruzaba de acera si era posible. Era como una sombra que no quería ver, que no me concernía. Un recordatorio desagradable de todo lo que no debía tocar y ahora… ahora estoy aquí, en un dormitorio que no reconozco, rodeada de imágenes que parecen querer contarme una historia que no he vivido, que me resulta ajena, ridícula, y que, sin embargo, lleva mi cara, mi cuerpo, mi sonrisa estampada por todos los rincones.

Él tiene que haberme hecho algo. No sé cómo, ni cuándo, pero es la única explicación. Tiene que haber manipulado mi mente de alguna manera, drogado mi memoria, construido esta mentira con minuciosa precisión, porque si no es eso… entonces todo lo que creía cierto sobre mí, sobre quién soy, sobre lo que jamás permitiría… está a punto de desmoronarse y eso sí que no puedo soportarlo.

3
Joel

No recuerdo la última vez que desperté sin frío. Ni cuándo fue la última mañana en que no me dolía la espalda, los tobillos o la mandíbula de apretar los dientes durante la noche. Ni cuándo abrí los ojos por última vez sobre un colchón que no crujía, con una almohada bajo la cabeza y sábanas que huelen a suavizante.

No sé dónde estoy, pero lo que más me cuesta procesar no es la cama, ni el cuarto luminoso, ni los muebles modernos con plantas colgantes y cojines de lino. Lo que más me descoloca es ella, que está sentada al borde del colchón, con las manos en el rostro y le tiemblan como si acabara de sobrevivir a un naufragio. Es preciosa y yo no sé si tengo derecho a mirarla.

No entiendo nada. No reconozco el lugar, no reconozco el cuerpo que llevo encima. Tampoco sé por qué llevo un anillo en el dedo anular. ¡Un puto anillo! Como si me hubieran colado en la vida de otro tipo. Uno que tiene un hogar, una esposa, una cama blanda y, aparentemente, una historia con esta mujer que ahora me mira como si fuera una plaga.

Ella se queda congelada, y yo, sin saber qué hacer, simplemente la observo. Tiene el ceño fruncido, la mirada clavada en la nada, la boca entreabierta. Parece que está intentando despertar de un sueño del que ninguno de los dos puede salir.

La habitación está llena de fotos; demasiadas para mi gusto: nosotros dos en la playa, en lo que parece una boda, en una terraza al atardecer, abrazados, riéndonos. No me reconozco en esas imágenes y se que ella tampoco. Necesito aire.

Salgo de la habitación. La puerta se abre con suavidad. El espacio es amplio y los suelos son de madera clara. En la pared hay

más fotos.

Nosotros dos en una Vespa, en una pista de baile, ella con una copa en la mano, yo haciéndole reír. ¿Yo? ¿Haciendo reír?

Mis pies me llevan hasta el salón sin que lo decida; por cierto, todo es precioso. Con una luz que entra desde unas enormes cristaleras cubiertas con cortinas translúcidas. Hay una alfombra tejida a mano, libros apilados en el suelo, un sofá lleno de mantas. Todo tiene ese aire de revista de decoración que sólo había visto cuando pasaba por delante de escaparates lujosos. Es una casa increíble.

No encajo aquí, puedo sentirlo. Aunque esté limpio, aunque no huela a alcohol ni a cloaca, aunque mis uñas estén cortas y mis pies no sangren dentro de unas deportivas viejas, mi cuerpo sabe que este lugar no me pertenece.

Llego a la cocina y me detengo frente a la nevera, porque está cubierta de *post-its* amarillos. Algunos doblados, otros rectos, unos con tinta corrida, otros con caligrafía más firme. Me acerco para leerlos:

«Mientras duermes me dan ganas de abrazarte hasta que se me olvide el resto del mundo.»

Siento una presión en el pecho que no entiendo. Como si las palabras me pertenecieran, como si las hubiese escrito yo, como si supiera lo que significan sin haberlas vivido nunca. De hecho, es mi letra.

Oigo un golpe, un gemido, una respiración agitada y corro hacia allí. Llego al dormitorio. La puerta del baño que hay dentro de la habitación, está entreabierta. Me acerco y la veo frente al espejo, con las manos en la cabeza y el pecho que le sube y baja demasiado rápido.

—No puede ser, no puede ser, no puede ser…

—¿Estás bien?

No responde. Se gira con los ojos desbordados.

—Mírame. ¿Qué coño me han hecho?

Me quedo en el marco de la puerta. No sé si entrar, en realidad no sé si puedo, pero entonces ella alza una mano y se agarra al lavabo, como si fuera a desplomarse.

—No me reconozco. Este pelo… este corte *bob* horrible. ¿Quién me ha hecho esto? Siempre he llevado el pelo largo. Siempre. Y este tinte amarillo pollo… Y ahora estoy como una… como una loca. Mira mis uñas —alza las manos—. ¿¡Amarillas!? ¿¡Yo me he pintado las uñas de amarillo!? ¡¿Y este anillo?! ¡No sé quién soy! ¡No sé quién soy!

Tiene un ataque de ansiedad, puedo verlo. Su cuerpo se arquea hacia adelante y respira a trompicones. Se golpea el pecho con la palma de la mano como si quisiera arrancarse algo de dentro.

Doy un paso, después otro, porque al verme reflejado en el espejo, yo tampoco me he reconocido. La barba la tengo perfecta: arreglada, peinada, ni larga ni corta. Mi pelo está limpio, incluso veo mis reflejos dorados, esos que llevaba tiempo sin distinguir debido a la suciedad.

—¡Eh! Eh, mírame —le digo, bajando la voz—. Respira. Escúchame. Respira.

—No puedo…

—Sí puedes. Vamos —me acerco más despacio—. Necesito que te sientes ahora mismo.

—No me toques.

—No voy a hacerte daño —le aseguro—. Solo quiero ayudarte. Si sigues hiperventilando, te vas a desmayar.

La rodeo con los brazos sin tocarla directamente, solo quiero guiarla hacia la cama. No me resisto a su rechazo, porque estoy acostumbrado a que la gente desconfíe de mí. Soy el tipo al que no se mira dos veces, ese al que se le cierra la puerta antes de que toque el timbre.

Ella se sienta.

—Muy bien. Ahora escucha. Respira como yo. Inhala. Uno, dos, tres. Exhala. Uno, dos, tres. Eso es. De nuevo. Inhala.

Ella intenta seguirme. Se le escapa un sollozo en mitad del segundo intento y le tiembla la mandíbula. Tiene lágrimas acumuladas en las pestañas, pero no le caen. Es fuerte; creo que es

de esas que no lloran delante de nadie, que prefieren romperse por dentro antes que parecer débiles. La reconozco; yo también fui ese tipo de persona una vez.

Estamos así unos segundos. Inhalando, exhalando y entonces suena un teléfono. Ella lo busca con la mirada y yo niego con la cabeza.

—No es el tuyo —le digo.

El sonido viene de la mesita del otro lado. Me acerco y veo que hay un móvil allí y es de los caros. El tipo de aparato que he visto en anuncios o en las manos de adolescentes con zapatillas de cien euros. Lo cojo y la pantalla se enciende. Tiene una funda negra y elegante. Un fondo de pantalla: ella y yo, abrazados frente al mar. Me recorre un escalofrío.

—¿Es tuyo? —pregunta, en voz baja.

—Llevo siglos sin uno —respondo.

Y entonces vibra de nuevo. Un mensaje aparece en la pantalla:

Nico:

Tío, por si los revolcones de recién casado te han nublado la memoria: esta es la dirección de la agencia. ¡Estamos esperándoos, tortolitos! ¡Bienvenidos de nuevo!

Y me llega una ubicación.

No sé qué coño está pasando. Dejo el móvil sobre la mesa como si quemara, como si no me perteneciera, porque no me pertenece; nada de esto lo hace. No sé quién es Nico…

Miro alrededor una vez más. La luz entra por las ventanas abiertas, el aire es limpio, las paredes blancas sin humedad ni manchas. No hay frío, no hay olor a alcohol viejo ni a orina, reseca o miedo. Solo hay orden, belleza, calidez y yo estoy en mitad de todo esto.

Intento recordar qué estaba haciendo anoche. Busco con desesperación el último instante que tenga sentido, el último momento que pueda usar como un puente entre mi vida y esta, pero solo veo imágenes rotas: una manta rasgada, un cartón con la marca de un electrodoméstico, una chaqueta vieja cubriéndome los

pies. Estaba junto a la entrada de un parking, si no me falla la memoria. La boca del metro a unos metros, ruido de coches, frío que entraba por las costuras, la acera rugosa bajo la cadera. Una mujer gritó algo a su novio al otro lado de la calle… Y ahora estoy aquí.

Bajo la mirada. El pantalón que llevo es nuevo. No tiene roturas, ni suciedad, ni olor a humo. Me agacho para tocarme los tobillos; no hay rozaduras. Las uñas están limpias, cortadas. Los pies… joder. No tienen callos reventados, ni uñas negras, ni heridas. Mis pies parecen los de un tipo normal. Yo no soy un tipo normal.

He pasado tiempo durmiendo entre plásticos, escondiéndome de la lluvia, sintiendo la humedad colarse por las costillas. He comido de los cubos de basura cuando no había otra opción. He perdido piezas de mí mismo por el camino y ahora me despierto como si todo eso nunca hubiera existido. Como si me hubieran lavado con lejía por dentro y por fuera.

Me apoyo contra la pared. Me duele la cabeza, pero no como de resaca; es otra clase de dolor. Es una presión que no tiene origen físico. Es la sensación de no tener suelo bajo los pies. Nada de esto tiene sentido y ahora este mensaje… Una dirección con gente que me espera. Como si yo tuviera una vida, como si existiera un Joel Soler que se pone camisas bien planchadas, que firma contratos, que se casa con mujeres de revistas. El problema es que no lo recuerdo.

Y, aunque quiero pensar que esto es un error, una confusión, un sueño extraño del que voy a despertar en cualquier momento con las costillas entumecidas y el aliento congelado, hay una parte dentro de mí —pequeña, silenciosa, escondida— que no quiere despertar. Una parte que se pregunta, muy bajito: ¿Y si esta vida… fuese real?

4
Joel

Ella suspira más calmada y se aleja. Se deja caer en el sofá del salón con el móvil en la mano, sin mirarme, sin decir nada más. Toca la pantalla un par de veces y entonces veo cómo su expresión cambia. Primero frunce el ceño, luego alza las cejas, después… se queda completamente inmóvil.

—¿Qué pasa? —pregunto, aunque ya sé que no va a responder fácilmente.

—Estoy viendo mis redes —murmura, como si fuera una confesión.

—¿Redes? ¿Te han atrapado?

Me mira como si fuera un insecto parlante.

—Instagram, genio.

—Ajá… —me rasco la nuca—. ¿Eso es como… el Facebook?

Ella se ríe, una carcajada seca, sin alegría.

—¿Facebook? Por favor. ¿En qué siglo te has quedado?

—¿En el que no tenía un móvil como este, por ejemplo?

Se lo digo sin veneno, pero ella me lanza una mirada que tiene filo y no me responde. Sigue con el teléfono entre las manos, moviendo el dedo con rapidez. Entonces veo cómo se le escapa un «joder» bajito, casi sin aire.

—¿Qué? —insisto.

Gira la pantalla hacia mí.

Veo una foto de los dos en la playa. Yo la estoy levantando como si no pesara nada y ella se ríe con la cabeza echada hacia atrás. Detrás de nosotros, el mar es turquesa, la luz dorada, todo parece una postal de una agencia de viajes muy cara. Las letras en la publicación dicen:

«Vivir contigo es vivir en Technicolor. Gracias por no soltarme».

Y debajo, cientos —no, miles— de «me gusta». Comentarios como «l*a pareja más bonita de Madrid*», «*¿Para cuándo el libro de este romance?*», «*El amor se nota en cada foto*», «*Metas de vida*». Al leerlos me quedo helado.

—¿Eso lo escribiste tú? —pregunto.

—No. O sí. No lo recuerdo —dice y por primera vez su voz suena casi débil—. Pero… esto no es mi vida. No es mi cuenta, no me reconozco. Mira esto —desliza rápido—. Estoy… rodeada de gente que no se quién es. Gente con ropa estrafalaria, en eventos. Risas. Mira esta foto. ¿Quiénes son estas personas?

Observo. Ella aparece en una terraza decorada con neones rosas, con un vestido corto de lentejuelas verdes y unas zapatillas blancas. Está rodeada de chicos con camisas abiertas hasta el ombligo y una chica con el pelo fucsia le pinta corazones en la mejilla.

—Parece que te lo estabas pasando bien —comento.

—Esto es... horrible. Yo nunca iría a un sitio así. Jamás.

Me siento a su lado. Demasiado cerca, según su mirada, pero no se mueve.

—¿Cómo se llama tu usuario? —le pregunto.

—@Belamontalban —dice, distraída.

—¿Te llamas Bela?

Parpadea.

—No. Me llamo Isabela… —y por un segundo se queda en silencio—… ¡Ostras! por eso Yara me ha llamado así —murmura, como si hablara con su otro yo—. ¡Qué absurdo!

Me río, esta vez sin disimulo.

—Me gusta más «Bela». Menos estirado. Más… humano.

Ella me mira como si pensara lanzarme el móvil a la frente, pero al final solo se gira hacia mí y dice:

—¿Y tú? ¿No vas a mirar tu Instagram de marido modelo?

—¿Tengo uno?

—Claro. Te etiqueto en todo. Mira —y con un gesto casi profesional, me quita el móvil de las manos, desbloquea con el rostro. Mi rostro, aparentemente, y abre la aplicación.

En la pantalla aparece un perfil:
@Joel.soler

- Cofundador de BOOM Agency
- Publicidad disruptiva · ideas virales
- Siempre contigo, @belamontalban ❤️‍🩹

—¿Cofundador? —repito en voz baja—. ¿Qué coño es eso?

Ella se encoge de hombros con una mueca sarcástica.

—Parece que eres más exitoso de lo que creías, campeón.

Empiezo a bajar en mi propio perfil. Fotos de mí en salas de reuniones modernas, con un micrófono en la mano, rodeado de gente vestido de gala. Una con un actor que reconozco de alguna peli, otra en una alfombra roja. En una más, estoy dando una charla TEDx. ¿En serio?

—¿Qué es esto? —pregunto, sin dirigirme a nadie.

—Lo llaman «vida perfecta» —responde ella, amargamente—. Y se nos da genial fingirla, por lo visto.

No me había fijado pero hay una imagen reciente donde aparece mi madre con un vestido de flores precioso. A su lado, mi hermano, con el mismo gesto huraño que tenía cuando éramos niños. Están conmigo y sonríen en una boda, bueno, en mi boda. Siento que me falta el aire por un segundo, pero no digo nada. No puedo; no sé qué significaría decir algo. La observo de reojo y creo que ella no se ha dado cuenta. Mejor así.

—¿Te pasa algo? —pregunta con la nariz roja por haber contenido el llanto hace unos minutos.

—No. Solo… estoy procesando.

Sí se ha dado cuenta…

5
Bela

No sé en qué punto de mi vida permití que las cosas se desmoronaran así. Quizá nunca lo hice, quizá simplemente desperté en el peor de los universos posibles, como si alguien hubiese pulsado un botón equivocado y ahora yo fuera la protagonista de un experimento social para ver cómo reacciona una mujer criada entre mayordomos y mármol de Carrara cuando le lanzan a vivir con un… hombre salido de un contenedor.

Literal.

Porque, aunque el tipo que camina por el salón como si aquello fuera suyo se parezca a un modelo de perfume caro —de esos que miras con desgana mientras esperas a que te envuelvan la compra en Loewe—, yo sé quién es. Yo lo he visto durante años en la calle, acurrucado junto a un perro que no siempre era el mismo, sucio, negro. No moreno: negro de mugre. Y con ese olor… ese olor que ni el metro a las ocho de la mañana en pleno julio. Siempre estaba allí, en el mismo rincón, como un decorado cutre de una ciudad que quería olvidar que existe la pobreza y ahora está aquí, en este salón, sin camiseta y con abdominales.

Me froto los ojos, pero la visión no cambia. La luz entra por la cristalera y le cae encima como si alguien hubiera contratado a un director de fotografía y eso no ayuda.

Él está… bien. No puedo negarlo. Alto, firme, con ese aire de no haber hecho esfuerzo alguno por parecer atractivo.

Tiene los ojos grises; nunca había visto ojos así; son tan raros. Parece un gato callejero al que todo el mundo teme mirar de frente. Y la barba… juro por Dios que hay actores que pagarían por ese perfil.

Piel ligeramente tostada, una cicatriz fina cruza su ceja derecha, lo bastante discreta como para parecer interesante, no alarmante, cejas gruesas, mandíbula marcada. El cabello… no puedo evitar fijarme en él. Abundante, ondulado, castaño claro con reflejos dorados. Jamás hubiera pensado que este chico tenía ese color de pelo, porque siempre iba con más suciedad que el váter de un festival en pleno agosto, pero da igual, porque yo lo recuerdo. Sé lo que había debajo de todo eso y por muy lavado, recortado y estilizado que esté ahora, esa peste de sucio no se borra tan fácil.

—¿Qué pasa? —me dice desde la cocina. Está abriendo y cerrando cajones para marujear que hay en cada uno de ellos; parece un niño.

—Que esto es una pesadilla y estoy esperando a que me despierten.

—Ah, claro —veo desde el sofá que se cruza de brazos—. Porque estar casada conmigo debe de ser lo peor que te ha pasado, ¿no?

—¿Lo preguntas en serio?

Se ríe. Me pone enferma ese tono suyo, como de tipo que ya ha pasado por cosas peores y ahora se burla de todo.

—¿Tan terrible te parezco?

—¿Quieres la respuesta sincera o la políticamente correcta?

—Dame la versión pija. Seguro es más entretenida.

—Te he visto día tras día en la calle, o sea, en la calle. ¿Sabes lo que eso significa? Gente como tú no se me acerca ni en los semáforos. ¿Y ahora resulta que estamos casados? Ni borracha ni drogada; algo has tenido que hacerme.

Me mira como si le diera igual y eso me irrita más.

—¿Y qué quieres que te diga? Yo también estoy flipando, princesa. Anoche dormía en una acera de Malasaña y ahora tengo nevera retro, una cafetera que parece un Transformer y una señora rica que me mira como si la hubiera manchado de grasa.

—No soy «una señora rica».

—Ah, disculpa. ¿Cómo prefieres que te diga? ¿Diosa del *Upper Side* madrileño?

No le respondo.

Abre un armario, saca una taza azul con una carita feliz —de esas que claramente no he comprado yo— y se sirve el resto del café que había quedado en la cafetera. Perfecto; este ya se cree en casa.

Da un sorbo y, sin previo aviso, lo escupe de golpe en el fregadero.

—¡Me cago en todo! —articula, limpiándose la boca con el antebrazo.

—¡¿Pero estás enfermo o qué?! —grito—. ¿Acabas de escupir el café?

—¡Es que esto no es café! —responde con una mueca de asco, como si hubiera probado ácido—. Parece alquitrán concentrado. He sentido que me daban un golpe seco en la nuca.

—¡Eres un cerdo! —le espeto. Me levanto rápidamente del sofá y me acerco a la zona de la cocina, abro el grifo para que limpie el desastre—. Limpia eso ahora mismo; no voy a vivir entre tus babas. Por cierto, el café se toma así, puro.

Me mira de reojo y toma el estropajo con resignación, pero no se calla.

—Pues será muy «puro», como dices tú, pero esto sabe a castigo divino. Tú no bebes café, tú haces exorcismos con esto.

—No tienes ni idea de lo que dices —respondo, cruzándome de brazos—. Esto es café de verdad. De grano, recién molido, sin mierdas. Claro, seguro que tú prefieres esa porquería aguada y dulzona, con cinco cucharadas de azúcar y medio litro de leche de soja con sabor a unicornio feliz.

—Al menos no me haría sentir que me estoy tragando una herradura fundida.

Lo fulmino con la mirada. ¡Me enerva! Me enerva profundamente que no sepa apreciar algo tan básico como un buen café.

No es solo una bebida, es un ritual. Una declaración de principios, pero claro, ¿qué iba a saber él? Hasta hace cinco minutos vivía envuelto en mantas asquerosas y cartones como si fuera un mueble abandonado.

Me sorprende que el café esté tal y como yo lo bebo cada día. Parece de verdad mi casa, aunque en algunas cosas, con otros gustos distintos.

—Sabes qué… —deja el estropajo y se sacude las manos—. Lo que sea que esté pasando aquí, esta locura en la que estamos metidos… no vamos a entender nada quedándonos discutiendo sobre el café. —Hace una pausa y su tono baja un poco—. Creo que deberíamos ir a esa dirección que me han mandado. Tal vez ahí podamos encontrar algo que nos explique esto.

Lo miro, tensa. Tiene razón y eso me molesta. No me gusta que tenga razón, porque él es caos, es desorden. Es... lo opuesto a todo lo que yo soy.

—¿Y si es una trampa? —digo, más por llevar la contraria que por convicción—. ¿Y si nos están manipulando?

—¿Y si no? —se encoge de hombros—. Peor que esto no puede ser.

Tiene razón otra vez. Qué rabia.

Me cruzo de brazos y lo miro con suspicacia. Se ve cómodo en esta casa y eso me desconcierta todavía más. Suelto un suspiro irritado.

—Vale. Vamos.

Le doy la espalda y camino hacia la habitación.

Abro el armario esperando encontrar lo de siempre: camisas blancas, trajes de corte perfecto, abrigos largos de *cashmere,* tacones de aguja alineados como soldados, pero lo que se despliega ante mí es un atentado cromático: ropa, muchísima ropa, pantalones anchos con estampados geométricos, *tops* de colores chillones, vestidos vaporosos que parecen sacados de un catálogo de influencer cutre. *Blazers* fucsias, chalecos *oversize*, camisetas con frases irónicas.

—¿Pero qué demonios…?

Toco una chaqueta naranja como si pudiera morderme. Me sobresalto al ver unas sandalias transparentes con plataforma y unas botas con tachuelas doradas. ¿Esto lo he comprado yo? ¿Esto lo he llevado yo?

Mi pecho se comprime. El aire se vuelve más espeso y una vez más la ansiedad sube por mi garganta como lava. ¿Dónde están mis trajes? ¿Mis tonos neutros? ¿Mis tacones de salón de Louboutin? ¿Dónde estoy *yo*? Me miro las uñas. Están perfectas, sí, pero del color de un jodido emoji. El pelo, ese desastre rubio que me remueve cada vez que me miro al espejo. Nada encaja.

Busco algo, lo que sea, que al menos parezca humano. Entre todo ese desfile psicodélico encuentro una camiseta blanca básica —milagro— y un pantalón café de pierna ancha, de esos que llevan las chicas modernas que creen que una *tote bag* con mensaje feminista es suficiente declaración de intenciones. Lo combino con un cinturón fino de color blanco. Es lo menos ofensivo del armario. No es que me encante, pero por lo menos no grita.

Salgo del vestidor justo cuando él abre su armario.

—Wow —dice en voz baja, como un niño pequeño frente a una tienda de juguetes.

Me detengo a mirarlo y me dan ganas de tirarle algo. Otra vez está sonriendo, otra vez parece feliz.

Saca una camisa verde manzana con cuello mao, se la prueba y se la remanga con naturalidad, como si llevara haciéndolo toda su vida. Luego unos vaqueros oscuros.

—¿Qué pasa? —me lanza con esa media sonrisa que me crispa los nervios—. ¿Esperabas que me pusiera una bata de indigente?

—No. —Niego porque no le voy a decir que no me esperaba que le quedara todo como si fueras modelo de catálogo *eco-friendly.*

Él se ríe, encantado. Se mira en el espejo con una mezcla de incredulidad y placer; acaba de descubrir que tiene superpoderes.

—No me lo creo… —dice en voz baja, mientras pasa la mano por la tela suave de su camisa—. Es buena ropa. Ropa de verdad, no de la que sacas de donaciones, con olor a humedad. Esto… esto es ropa que elegiría… si pudiera.

Y ahí está, la diferencia brutal entre nosotros: Yo tengo un armario que me da asco. Él, uno que le hace sentirse por primera vez como una persona.

Me doy la vuelta para mirarme al espejo y me congelo. Esa mujer con pelo ondulado y alborotado, de color rubio pollo, con una

camiseta blanca como sacada de Zara Home y un pantalón suelto, con un gesto más apagado que altivo… no soy yo. O peor: ¿soy yo y no me había dado cuenta?

Nos cruzamos frente al espejo. Él se detiene también.

—Joder… —dice.

—No me reconozco —respondo, sin mirarlo.

—Yo tampoco —susurra.

Nos quedamos así unos segundos frente a nuestros reflejos, frente a esta vida ajena que nos habita. Él sonríe otra vez; no de burla, es… algo más suave. ¿Melancolía? ¿Esperanza? ¡Da igual! No me interesa.

—Date deprisa —digo al fin—. Vamos a esa dirección.

Él asiente, pero antes de salir, se gira hacia mí.

—Ey. Aunque odies esa ropa, te queda bien. No como «una señora rica», si eso te tranquiliza.

No contesto, pero juraría que por dentro algo me duele, porque, en realidad, yo sí era esa señora rica y no tengo idea de si eso es mejor… o peor que ser quien soy ahora.

6
Joel

Salir de la casa es como abrir la puerta a un sueño que no me pertenece.

No es un piso ni es un cuchitril, es una casa de verdad. Una de esas que solo ves en catálogos o en anuncios de detergente donde la ropa blanca ondea como si viviera en un país sin humedad. Está apartada, en medio del campo, rodeada de árboles que florecen como si nada en el mundo pudiera herirlos. A lo lejos hay más casas parecidas. La primavera aquí no es una estación, es una forma de vida.

El último recuerdo que tengo es de una noche de invierno, de esas que se te meten por debajo de la piel y te cortan los huesos. Dormía encogido, el frío me paralizaba los dedos. No sabía si iba a despertar o si, por fin, se me congelaría el alma en mitad de esa acera y, ahora, estoy aquí, con un limonero en la entrada. Lleno de limones perfectos, redondos, brillantes como si alguien los hubiera pulido uno por uno. El jardín está lleno de flores que ni siquiera sé nombrar. Huele a algo limpio, dulce, a vida. Me duele el pecho de respirar este aire tan puro.

—Esto no tiene ningún sentido —murmura Bela, a mi lado, con ese tono de superioridad natural que se le da tan bien.

Va vestida con lo más neutral que ha encontrado, pero se nota que está incómoda.

—¿Dónde está mi coche? —dice, mirando en todas direcciones como si esperara que su deportivo último modelo se materializara entre los arbustos.

Yo solo veo una moto preciosa aparcada junto a una bicicleta plegable.

—¿En serio? ¿Una bici y una moto? ¿Dónde están mis cuatro ruedas, mi maletero, mi tarjeta VIP del parking del centro? —suelta, como si hablara consigo misma.

Pero sé que espera una respuesta o quizá una disculpa del universo.

—Busca, lo mismo tenemos el helicóptero aparcado en la parte de atrás —respondo.

Ella me lanza una mirada que podría partir en dos a un ejecutivo de Wall Street. En ese momento, un hombre mayor pasa con un perro que parece más pelota de pelo que animal. Nos saluda con la confianza de quien nos conoce de toda la vida.

—¿No os arranca la moto, chicos? —pregunta con una sonrisa —. Anoche os vi llegar sin problema, aunque algo tarde, ¿eh?

Nos miramos como dos impostores pillados en mitad del robo.

—Todo está bien —improvisa Bela, fingiendo una risa ridícula.

—Ah, bueno, ya sabéis cómo son esas bestias —responde el vecino, tirando de la correa del perro—. Que tengáis buen día.

—Igualmente —fuerzo una sonrisa. No tengo ni idea de cómo se supone que debo sonar en esta versión de mí mismo.

Esperamos a que el vecino se aleje para respirar.

—¿Nos vio llegar? —pregunta ella, como si le hubiera dicho que nos grabaron en un documental de National Geographic.

—Al parecer —respondo, mientras abro el asiento de la moto. Hay dos cascos ahí dentro. Uno negro mate y otro rojo con detalles blancos. Ella coge el negro y deja el rojo en el hueco como si acabara de ver una cucaracha.

—No me dejes el casco rojo…

—No me voy a poner eso tan ridículo. Por cierto, no me gustan las motos —dice con los labios apretados.

—Y yo nunca he montado en una —le contesto, quitándole importancia mientras me pongo el casco como si supiera lo que hago. Por dentro, estoy a un centímetro de entrar en pánico.

Ella me fulmina con la mirada.

—¿Perdona?

—Nada. Que hay que probar cosas nuevas —digo, dándole un golpe al manillar con seguridad fingida.

Toco botones, giro llaves y para mi sorpresa, arranca. El sonido del motor rompe la tranquilidad de la mañana; Bela se estremece.

—No me voy a montar en eso —dice, dando un paso atrás.

—Pues puedes coger la bici —me encojo de hombros—. Si sales ahora, igual llegas a Madrid antes de que se acabe la semana.

Me mira y se cruza de brazos. Me estudia como si buscara debilidades, pero al final se rinde. Se pone el casco como si fuera una maldición; intenta no estropear su peinado —que ya está hecho un desastre, todo sea dicho—.

—Si me mato, te denuncio —gruñe mientras sube con torpeza a la parte trasera.

—Si te matas, dudo que tengas tiempo para el papeleo.

Arranco la moto y noto cómo su cuerpo se tensa detrás de mí. No sé lo que hago, pero algo dentro de mí parece que recuerda cómo funciona esto o, al menos, finge muy bien. Como si esta vida fuera mía y no un disfraz que alguien me obligó a ponerme.

El camino comienza. No sabemos a dónde vamos, pero una cosa está clara: nada de lo que conocíamos existe ya y es lo más raro del mundo.

Según Google Maps, es esta calle, paralela con Hortaleza. Ruido, vida, grafitis que parecen hechos con intención artística, gente con gafas de sol imposibles… La moto ronronea mientras busco el número. La calle está flanqueada por locales con carteles chillones y algún que otro pub. No hay sitio para aparcar, así que freno justo frente a la dirección.

—Aquí es —le digo, mientras apago el motor con un leve triunfo en la voz.

El viaje ha sido... estimulante. No sé si era la velocidad, el sol, el aire que azotaba la cara como una bofetada alegre, pero durante ese trayecto he sentido algo que hacía años no sentía: libertad.

No he sentido miedo, hambre o frío, sino algo parecido a estar vivo de verdad. Por un rato todo el pasado se ha quedado atrás, aferrado al suelo de las aceras. Pero claro, eso lo he sentido yo, porque la que va detrás viene con un palo metido en el alma desde que se ha subido.

Bela se baja de la moto como si acabara de hacer puenting sin cuerda. Se sacude los brazos, las piernas, incluso el casco, como si pudiera quitarse de encima el hecho de haber estado tocándome.

—¿En serio? —le suelto, sin filtro—. Eres lo más maleducado que he visto en mi vida y eso que he compartido manta con tíos que olían a orín.

—Perdona si no me entusiasma quedar pegada a un desconocido sudoroso durante media hora.

—Agradece que no te estrellase contra una farola.

Me lanza una mirada que, si matara, estaría en una bolsa negra ahora mismo. Le sostengo la mirada; no tengo tiempo para dramas de niña rica con pánico al roce humano.

Entonces levanto la cabeza y lo veo: BOOM Agency. Un cartel en tubos de neón, rosa y azul, brillante incluso con la luz del día. Bajo él, un jardín vertical cubre la pared como si hubieran querido hacer crecer la selva en mitad del centro de Madrid. Es moderno, descarado, pretencioso. Y a la vez... no sé, atractivo.

—¿Eso es…? —balbucea ella a mi lado.

—Sí. Es aquí.

Nos quedamos unos segundos frente a la puerta como dos idiotas. Yo intentando encajar lo que estoy viendo. Ella, probablemente preguntándose si puede prenderle fuego al cartel.

—Dios mío… esto parece un plató de Netflix —murmura.

Sonrío. No lo puedo evitar porque entiendo que esto no es el mundo de ella. No es su empresa, ni su torre de cristal, ni sus despachos silenciosos con olor a dinero viejo; esto es otro rollo. Color, ruido, personalidad. Esto parece más mío que suyo y eso, sinceramente, me da un poco de miedo.

—¿Preparada? —le pregunto.

—¿Para qué? ¿Para el fin del mundo?

—Más bien para descubrir qué mierda está pasando.

La puerta está delante, la locura, también y allá vamos.

Aún no tengo ni idea de lo que hay al otro lado, pero mi cuerpo ya está en tensión, como si esperara un rugido, un disparo, o una ovación. Bela a mi lado no respira; más bien parece contener el

oxígeno por si dentro hay algo contagioso que le borre su pedigrí. Y justo cuando voy a tocar el pomo, una voz suena a nuestras espaldas.

—¡Eh! ¡Parejita! ¡Habéis venido al final!

Nos giramos.

Un tipo nos sonríe como si nos conociera demasiado bien. Auriculares que cuelgan del cuello, camisa con piñas y flamencos, pantalones remangados hasta los tobillos y unas Vans destrozadas. Tiene esa cara de tipo que cae bien antes de decir una palabra y eso me pone más nervioso todavía.

—Perdón… —empiezo, pero él ya está soltando una caja de cartón que llevaba bajo el brazo.

—Yara me dijo que la ibais que recoger de Correos, pero como se ve que estabais ocupados con *otras cosas*, he ido yo. Me debéis un café… y probablemente una croqueta.

Nos quedamos los dos tan tiesos que podríamos ser un par de maniquíes en *shock*.

—¿Qué… es eso? —pregunta Bela, aún con voz de jefa confundida.

—Un pedido tuyo, Bela. Bueno, vuestro, supongo, pero no pasa nada, el rey del *marketing* multitarea ha vuelto a salvar el día.

¿Bela? ¿Multitarea? ¿Pedido conjunto?

—¿Hoy no metéis la moto en el garaje? —añade, señalando con la barbilla la Triumph que hemos dejado cruzada en la acera como si fuésemos dos adolescentes en rebeldía.

Saca un llavero con el logo de un rayo y un mando negro. Pulsa un botón. La pared lateral junto al edificio tiembla unos segundos y se abre una puerta enorme con ranuras metálicas que dejan ver un garaje privado perfectamente iluminado. Yo solo atino a decir:

—Bela… se ha mareado y tuve que parar para que tomara el aire. Así que… la he dejado aquí un momento.

Veo que lleva una tarjeta colgando del cuello y en ella pone su nombre: Nico. Es el del mensaje de antes. Me mira como si hubiera entendido solo la mitad, pero asiente con naturalidad.

—Ah, bueno… —dice, guiñándome un ojo.

Meto la moto con torpeza y disimulo. Es la primera vez en mi vida que guardo algo valioso bajo techo. Me tiemblan un poco las manos.

Cuando salgo de nuevo, Nico ya ha abierto la puerta de la agencia y está haciendo una especie de reverencia cutre.

—Bienvenidos de nuevo al paraíso. Un mes sin veros por aquí se ha hecho eterno. Entre la boda, la luna de miel y la escapada rural, esto ha sido como *The Joel & Bela Detox Experience*.

Bela y yo cruzamos la puerta al mismo tiempo y el mundo cambia. No sé qué esperaba, quizá un local oscuro, oficinas comunes, escritorios grises, gente tecleando sin alma. Pero esto… esto es una explosión.

Luz por todas partes. Es cálida, suave; parece que entre la luz del sol aunque venga de lámparas invisibles. Plantas tropicales en esquinas imposibles. Un pequeño chorro de agua que baja en espiral por una piedra volcánica. Arte en las paredes, frases inspiradoras escritas con rotulador sobre cristal. «Haz ruido. Deja huella». Neones, color, energía.

Hay escritorios por zonas, sin cubículos, sin jefes a la vista. Cada puesto parece contar la historia de quien trabaja ahí: una figura de acción, una taza con forma de unicornio, fotos, pinceles, auriculares gigantes, cactus. Al fondo a la derecha, una sala con una mesa enorme de cristal templado. Doce sillas diferentes, como si cada una perteneciera a una historia.

Y yo… me quedo quieto. Literalmente. No sé qué hago aquí. Esto no es mío, no puede ser mío. Me falta el aire.

Durante unos segundos, no oigo a Nico hablar ni a Bela refunfuñar por el olor a incienso dulce. Solo escucho ese zumbido que llega cuando todo alrededor es demasiado y uno se siente menos que nada. Siento que invado, que alguien debería decirme que este no es mi sitio. Me sudan las manos y me dan ganas de salir corriendo, pero entonces el chico de los auriculares dice:

—¡Ey, Joel! ¿Te acuerdas de cuando dijiste que esta sala necesitaba un tobogán de espuma para bajar? ¡Pues estamos mirando modelos! Tienes que verlos.

Y se ríe. Me mira con una familiaridad que no sé devolverle ¿Quién carajo soy en esta historia?

Miro a Bela y ella está paralizada. Tiene los brazos cruzados y la cara de quien está a punto de estallar en gritos o lágrimas, pero viniendo de ella… creo que nos olvidamos de las lágrimas.

7
Bela

Estoy a punto de colapsar otra vez. Lo noto en el cuello, esa presión como de corbata que se ajusta sin permiso. Respiro por la nariz, fuerte, dos veces y, antes de que pueda intentar entender por qué narices este lugar parece sacado de una campaña publicitaria de esas que solo los modernos entienden, alguien grita mi nombre.

—¡Belaaaa! ¡Cariii!

Me giro en seco. Un torbellino me envuelve, me aplasta los pulmones y me deja el perfume pegado en el pelo.

Es Yara.

O eso creo. O eso fue. Porque lo que tengo delante no se parece en nada a mi exsecretaria. El moño bajo ha desaparecido; ahora su melena cae en ondas despeinadas, con un color que no termino de identificar, entre cobrizo y mechas californianas fallidas que, sorprendentemente, le quedan bien. Lleva un *blazer* con estampado de serpiente, pantalón de talle alto color mostaza y unas zapatillas blancas con tachuelas. Parece una influencer que se ha escapado de su propia sesión de fotos y, sin embargo, su sonrisa es la de siempre. La misma que me lanzaba al final del día cuando me olvidaba de comer o le gritaba a alguien por llegar dos minutos tarde.

—¿Yara… eres tú?

Ella se ríe como si mi pregunta fuera lo más ridículo que ha oído en su vida.

—¡Obvio! ¿Qué pasa contigo, Bela? ¿Te ha dado un derrame cerebral o qué? ¡Qué pronto de has olvidado de mí! —hace un puchero.

—¿Pero por qué me llamas Bela?

Otra carcajada, esta más sonora.

—¿Y cómo quieres que te llame? Tú nos pediste a todos que te llamáramos así cuando empezaste tu relación con Joel. El amor… hace milagros.

¿Perdona? ¿Qué dice esta mujer? Me quedo paralizada. El término «enamorada» me produce acidez. Yara me toma de la mano, como si eso fuera lo más natural del mundo y tira de mí con una confianza que me desarma.

—Venga, deja al maridito un rato, que tienes cosas que firmar y jefear. ¡Hace un mes que desapareciste!

Subimos por unas escaleras de estructura metálica y cristal. Al llegar arriba, un despacho abierto nos recibe como una escenografía de pop art: alfombra abstracta, cuadros vibrantes, estanterías con plantas colgantes y figuritas de diseño. A un lado, un ventanal que da al interior de la planta baja de la agencia, desde donde puedo ver a Joel, de pie como una estatua blanca, escuchando a ese chico, Nico, que habla sin parar. Parece una escena muda de una película.

—¿Qué es esto? —pregunto, más para mí que para Yara.

—Bueno, vale… ahora que llegas como una señora casada, te haré una entrada triunfal. Bella Montalbán… ¡Ay, perdona! Bela Montalbán, señora de Soler —es que no me acostumbro—, bienvenida a tu guarida.

Ella se deja caer en una de las sillas secundarias, como si llevara años sentándose allí. Yo, en cambio, me quedo quieta, desconfiando del universo, del mobiliario y de mí misma. ¿Es mía esta… silla?

Me siento, finalmente. La silla se adapta a mi espalda perfectamente. Es suave, firme, lujosa. La sensación es tan extraña como familiar. Mi exsecretaria comienza a hablar como una metralleta bien programada:

—Vale, primero: vienen los de ElectraAir, luego los de LumaTech, la marca de cosmética eco-chic que nos lleva mareando desde enero. Si todo va bien, firmamos contrato para campaña en Europa y LATAM. Tienen pasta y quieren algo diferente. Obvio, vinieron a nosotros. Segundo: Dai y Yuna Tanaka están nominados a los Premios Terra. Mejor contenido de viajes del año. Si ganan, se

van a Turquía para grabar la nueva temporada de su canal. Y tercero…

—¿Dai? ¿Yuna Tanaka?

—Nuestros chicos. Influencers estrella. *Travel bloggers.* Hermanos perfectos.

Mi cabeza es un centrifugado de datos sin sentido. Ella dice nombres, situaciones, marcas, premios. Me habla como si supiera quién soy, pero no tiene ni idea de lo perdida que estoy. Yara no es solo otra persona… es otra dimensión entera.

—Tú y yo somos socias, por si no te acuerdas —añade de pronto, como quien te recuerda que te has dejado las llaves en la puerta—. De hecho, tú tuviste la idea de romper con todo, dejar lo de tu padre y montar esto. Y me metiste en el lío; cosa que te agradezco, por cierto.

Abro la boca, pero no me sale nada. Estoy... ¿orgullosa? ¿Confundida? ¿Asustada? No lo sé. Solo sé que en este universo, Yara es libre, poderosa, segura y, por algún motivo, esa nueva versión suya parece adorarme.

Vuelvo a mirar por la cristalera. Joel sigue ahí abajo. Se ha apoyado contra una de las columnas y parece a punto de vomitar. Tiene la cara más blanca que el mármol de mi ático, o del que era mi ático. Nico sigue hablando, probablemente explicándole cómo hacer algo que él debería saber, pero claramente no sabe. Y por primera vez desde que desperté en esa cama extraña, siento algo parecido a compasión, porque yo tampoco tengo ni idea de qué estoy haciendo aquí; al menos, tengo esta silla y una amiga que no me deja sola.

Yara me abraza con fuerza antes de salir del despacho. Huele a algún perfume caro con notas de madera y un toque frutal, como si hasta su piel hubiera sido diseñada por un director creativo.

Me mira con esa mezcla de ternura y sorna, como si me tuviera más cariño ahora que ya no le dicto la agenda desde una oficina gris y opresiva.

—Cuando lleguen los de la firma, te aviso. Tómate este rato para relajarte, situarte... —me dice, con esa vocecita desenfadada que antes no usaba conmigo—. Te veo más perdida que una

influencer sin wifi. Y ya sabes cómo va esto: es como volver al gimnasio después de meses. El cuerpo está fofo, se queja, parece que se ha rendido, pero la memoria… la memoria es cabrona. Regresa, toma forma y en dos semanas estás otra vez posando frente al espejo como si nada.

Me lanza una sonrisa y desaparece por la puerta; me quedo sola. O más bien, rodeada de cosas que supuestamente me pertenecen, pero que siento tan ajenas como si me hubieran lanzado en paracaídas al piso piloto de una serie que no recuerdo haber protagonizado.

Me acomodo en la silla. Es cómoda. Demasiado cómoda. Tiene ese tipo de ergonomía que cuesta una cifra de cuatro dígitos y un diseño escandinavo que me provocaría arcadas si no fuera porque... bueno, al parecer, ahora me gustan esas cosas.

Respiro hondo.

La vista desde aquí es panorámica. En un rincón de la planta baja hay hasta una pequeña cascada artificial que, de no ser porque la oigo, juraría que es una instalación artística.

Saco el móvil. Agradezco que sea intuitivo. Abro el navegador y escribo: *BOOM Agency Madrid*. Al segundo aparece una web moderna, cargada de animaciones dinámicas y frases como:

«Haz ruido. Deja huella».

«No hacemos publicidad. Creamos movimientos».

Oh, por favor.

Deslizo el dedo y aparece el equipo. Fotitos bien editadas, poses cuidadas, fondos con texturas pop y colorinchis. Me paso por cada uno:

Yara Ríos — *Co-fundadora y directora de operaciones*. «La mente que mantiene el caos bajo control». En la foto lleva una blazer estampada y el pelo en ondas despeinadas con un mechón cobrizo que no se parece en nada a la coleta sumisa de antes. Parece sacada de una serie de HBO.

Álex Santoro — *Director creativo*. «Si no es "lo más", no lo quiero». En la imagen está con gafas de sol, se ríe como si todo le diera igual. Pelo rubio oscuro con un corte moderno, una barba perfecta y con un *look* imposible que parece una mezcla entre editor

de moda y estrella de TikTok. En el fondo se adivina un cartel que dice: «Cariño, la mediocridad no combina con mis zapatos».

Guille Ortega — *Diseñador gráfico*. «No habla mucho, pero sus ideas gritan». En la imagen está mirando a la cámara con el ceño fruncido, lleno de pintura hasta los codos. Lleva una sudadera remangada dos tallas más grande y unos rizos que desafían la gravedad. A su lado, una libreta abierta con bocetos de lo que parecen criaturas mitológicas y logotipos en llamas.

Nico Serrano — *Estratega digital*. «Si no está en TikTok, no existe». Camiseta con una frase absurda, auriculares enormes colgando del cuello, sonrisa de niño travieso. En la bio pone que ha llevado campañas para festivales, artistas urbanos y marcas que odian parecerse a otras marcas. Me da dolor de cabeza solo con leerlo. Es el chico que nos ha saludado en la puerta.

Tesa Correa — *Directora de cuentas*. «Negocia mejor que un ministro y bebe vino como una francesa». Alta, morena, con un vestido sobrio pero carísimo y una copa de vino en la mano. Su mirada dice: «No me jodas, que tengo tres reuniones más hoy».

Levanto la vista del teléfono y los busco desde las cristaleras. Están ahí abajo, vivos, hablando, riendo, escribiendo, diseñando... forman parte de una realidad que se supone que también me pertenece. La cabeza me da vueltas, pero una idea se abre paso como un rayo láser: Si esta es mi vida ahora, me guste o no, tendré que fingir que sigo siendo la misma jodida reina de siempre.

Y antes de que acabe el día, voy a descubrir qué demonios ha pasado. Porque esto —esta agencia, esta ropa, este marido, este pelo, estas putas uñas amarillas— no es producto de una noche de copas. Esto es otra cosa y pienso averiguarlo, pero no puedo decir nada y que me tomen por loca. Eso no es digno de una Montalbán.

8
Joel

No sabía que un reloj podía gritarte. Bueno, no literalmente, pero el que llevo en la muñeca —último modelo, pantalla brillante, mil funciones que no entiendo— ha empezado a vibrar como si fuera una bomba a punto de estallar. En letras grandes y rojas, ha aparecido un mensaje: *«Tu ritmo cardíaco está por encima del nivel recomendado. Respira».* Le ha faltado añadir *«panoli»* al final. Y no puedo culparlo, porque desde que he cruzado la puerta de esta agencia, mis pulsaciones van como si estuviera corriendo una maratón cuesta arriba, en pleno agosto y con el estómago vacío. No entiendo nada. ¡Nada!

Nico me ha estado hablando sin parar. Que si este último mes ha sido una locura, que si lo de nuestra boda fue tan inesperado como bonito, que nos han dado tiempo para desconectar, que lo merecíamos. Él habla como si todo tuviera sentido, como si todo fuera lógico, como si yo no fuera un vagabundo que anoche durmió en una acera.

He agradecido que hablara tanto. Cuanto más hablaba él, menos tenía que hablar yo. Solo asentía, sonreía y fingía, porque si me callo, no meto la pata y si no meto la pata, quizá no se den cuenta de que soy un impostor, pero el vértigo… eso no lo disimula nadie, porque esto, esta agencia, no es un trabajo; es un mundo aparte, un universo con sus propias reglas, su propio idioma, su propia estética. Gente que se mueve con soltura, que brilla, que ríe como si el lunes no fuera lunes. Me cuesta mirar sin quedarme embobado.

Álex, el director creativo, canta algo de Lady Gaga mientras edita en su pantalla como si fuera una performance. Impecable, con

una chaqueta de lentejuelas plateadas y zapatos que parecen sacados de un videoclip.

A su lado, Guille —más callado, escondido tras unas gafas grandes y un jersey *oversize*— resopla y me susurra con una sonrisa tímida:

—Álex no ha cambiado. Sigue siendo una diva con mayúsculas.

Me río lo justo. Me dan ganas de decirle que todo esto me parece sacado de una película.

Me muevo por la agencia como un pollo sin cabeza. De un lado a otro, finjo que sé adónde voy, que tengo tareas, que no estoy más perdido que un turista borracho en el metro de Tokio. Entonces aparece ella: Tesa. Impecable, elegante como si acabara de salir de una cena de gala. Me clava los ojos como si pudiera ver a través de mis huesos.

—¿Estás bien, Joel? Está puesto el aire acondicionado y estás sudando como si estuvieras en un sauna clandestina en Tailandia.

Trago saliva.

—El desayuno… no me sentó muy bien. Y supongo que el primer día me tiene algo… descolocado.

—Ajá —responde como si no se creyera ni una palabra—. Súbete arriba a tu despacho y relájate un poco. Muchos días de desconexión y empezar así, de golpe, cuesta.

Subo las escaleras y veo que mi sitio está junto al despacho de Bela. No sé por qué, pero eso me incomoda más que alivia. Es más pequeño, sí, pero acogedor, con una energía que no esperaba. Hay una zona con colchonetas, un pequeño altar con figuras de elefantes, dioses indios, incienso y plantas. ¿Yo? ¿Meditando? ¿Haciendo yoga?

Me quedo parado. El escritorio es sencillo, de madera clara. Una estantería con libros que parecen de filosofía, creatividad, psicología y una lámpara de sal que emite una luz cálida. Es... bonito.

—¿Te preparo lo de siempre? —pregunta Yara, que ha aparecido por sorpresa tras la puerta.

Yo tartamudeo:

—Eh, eh, vale, vale. Gracias.

—Venga, porque hoy es tu primer día y estás cuidando muy bien de mi mejor amiga, pero a partir de mañana, te lo haces tú.

Antes de que pueda negarme, desaparece y vuelve con un vaso transparente lleno de un líquido azul chillón que parece sacado de un experimento alienígena. Cuando se va, lo cojo y me doy cuenta de que huele raro y sabe peor.

—¡Joder! —murmuro mientras intento tragar sin vomitar.

Salgo al pasillo rápido, necesito enjuagarme la boca y entonces la veo. A través del cristal de su despacho, Bela mira al horizonte como si estuviera en pausa; parece que el mundo se mueve demasiado rápido para ella. Está sentada con las piernas cruzadas, el codo apoyado en el reposabrazos y el mentón sostenido por la mano. Podría parecer una CEO en su trono... si no fuera por la expresión: perdida, asustada.

Me acerco y toco con los nudillos la puerta, suave. Ella gira la cabeza con lentitud, me clava la mirada con ese gesto altivo suyo, ese que parece decir *«me das asco pero entra, ya qué más da»*. Asiente con la cabeza y yo entro, porque, en el fondo, estamos los dos igual de perdidos, solo que ella lo disimula con mejor despacho y peor café.

—Esto no puede ser real —masculla, con la voz seca.

—No lo es —respondo y cierro la puerta tras de mí—. Pero aquí estamos. Con paredes, con luz, con gente que dice conocernos. Con... esto. —Señalo el espacio.

—He estado investigando —suelta, como quien está muy por encima del resto—. La agencia, los proyectos, los trabajadores. Todo parece... estructurado, bien armado; no tiene fisuras y eso es lo que más me inquieta.

—¿Tú también lo notas? —digo, y me acerco hasta una de las sillas sin pedir permiso. Me dejo caer—. No hay nada fuera de lugar. Es como si alguien lo hubiera escrito con demasiado cuidado.

—Exacto. Si esto fuera una mentira, ¿cómo se convence a decenas de personas para que te digan todos exactamente lo mismo?

—¿Lavado de cerebro colectivo? —bromeo.

Me lanza una mirada afilada como una hoja de bisturí.

—No es gracioso.

—Tampoco es mi culpa —replico, con un tono más áspero del que pretendía—. Créeme, princesa, si por mí fuera seguiría durmiendo bajo una manta de mierda y sin que un Apple Watch me recordara que estoy vivo.

Ella se tensa, cruza los brazos y se inclina hacia la pantalla.

—No me llames princesa.

—¿Qué prefieres? ¿Reina del pánico? ¿Doña negación?

—¿Tienes cinco años? —me lanza—. Porque lo pareces. Un niñato con complejo de víctima.

—Y tú una rica malcriada con complejo de control.

Hay un silencio denso, como si la tensión entre los dos pudiera cuajarse y servirse en bandeja. Ella suspira y aparta la vista.

—Tenemos que saber qué narices está pasando. No voy a quedarme sentada esperando a que alguien más me diga quién soy.

—En eso estamos de acuerdo —respondo y me sorprendo a mí mismo.

Bela teclea, abre nuevas pestañas, intenta buscar información, alguien que nos dé una pista, una grieta por la que podamos asomarnos.

—Es tan ilógico —murmura—. No sé ni qué escribir. ¿Qué busco? ¿«Me he despertado en una vida que no reconozco»?

—«Cómo escapar de un Truman Show en 2025» —propongo.

No se ríe, pero tampoco me lanza nada, lo que ya es progreso. Entonces, el móvil de Bela vibra y ello lo mira. De golpe veo que se queda helada.

—¿Quién es? —pregunto, sin moverme.

—Mi padre.

Solo dos palabras, pero pesan como cemento.

El nombre que aparece en pantalla es Arturo Montalbán. En otra vida —su vida, la de antes—, ese nombre abría puertas, cerraba contratos, ordenaba imperios. Montavia Group, su empresa, es un monstruo de acero que organiza jets privados. Aviones para los más ricos, los más intocables. Oficinas en el centro de Madrid, poder sin emoción, dinero sin alma.

—¿Lo coges? —susurro.

Ella no responde, la veo temblar y, por primera vez desde que la conozco, veo algo más que arrogancia y rabia en su cara, porque ahora veo miedo. Si su mundo perfecto también se está resquebrajando... tal vez estamos más solos de lo que creíamos.

Yara entra como un vendaval de energía, sin llamar, sin pedir permiso, como si atravesar paredes fuera parte de su personalidad. Sonríe como si acabara de ganar una batalla, eufórica, mientras agita un móvil en la mano.

—¡Ya están llegando! —dice, como si eso fuera lo más emocionante del universo—. Venga, pareja de portada, abajo. Toca recibirlos como siempre.

Me tenso y Bela parpadea. Lo juro, creo que por un segundo hasta nos hemos sincronizado en la desesperación.

—¿Recibirlos cómo? —pregunto, incapaz de disimular la alarma.

—Pues como siempre, Joel. Tú con tu rollo zen-sexy e inspirador. Bela, tú siendo la reina estratega imbatible y un poco perra elegante; que te sale demasiado bien. Lo de siempre. Venga, que sois un *show* —nos anima con un guiño cómplice.

Miro a Bela, que se ha quedado como una estatua, con el móvil aún en la mano, la pantalla negra y el nombre de su padre latiendo en su cabeza como una amenaza. No ha respondido y, si soy sincero, yo tampoco hubiera tenido agallas.

—Yara… —intento razonar—. ¿Quiénes vienen exactamente?

—¡Los de ElectraAir! —dice como si eso nos aclarara todo—. Llevamos semanas detrás de ese contrato. ¡Van a flipar con la campaña que ideasteis! De verdad, si la clavas como en la presentación que hicimos… esto nos pone en la liga de los grandes.

ElectraAir… No tengo ni idea de qué demonios es eso. ¿Electricidad? ¿Una aerolínea? ¿Un robot? Bela tampoco dice nada. Apenas ha pestañeado desde que Yara ha entrado. Parece que va a desmayarse o a morder a alguien, aún no decido qué sería más probable.

—Voy calentando el proyector —añade la chica, ya de espaldas, mientras sale del despacho dando pasos como si pisara una pasarela invisible—. Vosotros arreglaos un poco y bajad, que sois la imagen de la agencia, por si lo habéis olvidado.

La puerta se cierra, primero hay un silencio y luego, un suspiro.

—¿Qué cojones es ElectraAir? —susurro, rascándome la nuca.

—Ni idea —responde Bela, seca, pero su tono ha perdido parte del veneno habitual. Más que desprecio, ahora hay puro pánico bien planchado.

Nos quedamos quietos un instante, como dos impostores descubiertos justo antes de entrar en escena. Yo solo sé que no tengo ni traje, ni guion, ni el más mínimo talento para fingir que no soy un completo fraude.

—Vale —digo, girándome hacia ella cuando el eco de los pasos de Yara desaparece por el pasillo—. Esto es una locura. No podemos bajar ahí y fingir que somos los Beckham de la publicidad.

Bela no responde. Está mirando la pantalla del móvil, como si pudiera atravesarla con los ojos.

—Tienes que decir algo —añado—. Lo que sea. No podemos bajar y sonreír a unos clientes que no sabemos ni de qué empresa vienen. ¿Electra qué?

—ElectraAir —responde sin mirarme, como si el nombre le supiera a óxido—. Ahora lo recuerdo. Es una empresa que ofrece alquiler de *jets* privados, pero de los de verdad. No esos avioncitos de juguete con sofás de polipiel, no. Estos llevan mármol en los baños y caviar en los compartimentos.

—¿Y qué tiene que ver contigo?

—Conmigo, nada. Con mi padre… todo. Cerramos un acuerdo con ellos hace años. Montavia, la empresa de papá, les proveía el mantenimiento técnico y la tripulación. ElectraAir ponía el lujo y Montavia, el músculo. Un win-win para millonarios que no saben doblar ni su ropa interior.

—¿Y por qué vienen a la agencia?

—Buena pregunta —murmura, como si solo decirlo le costara tragar saliva—. Puede que mi padre haya metido mano. Puede que no, pero si es así… entonces hay algo muy, muy raro en todo esto.

—Perfecto. Aviones. Ni idea de aviones. ¿Tú sí?

—Yo me dedicaba a vender sus servicios, no a fingir que los entendía.

Nos miramos. Esa frase suya, inesperadamente honesta, me saca una pequeña sonrisa, que por supuesto ella no devuelve.

—Tenemos que salir de aquí —digo—. Usar la cabeza. Fingir algo.

—¿Fingir? —pregunta, alzando una ceja—. ¿Tú proponiendo mentir?

—¿Tú proponiendo quedarte y desfilar como si supieras lo que haces?

Y entonces, como si una idea le cayera del cielo, gira hacia mí lentamente.

—¿Y si estás enfermo?

—¿Perdona?

—Mira, das el pego. Estás blanco, sudando, desorientado. Tienes pinta de estar incubando algo chungo desde hace rato.

—Gracias, princesa. Un halago más y me muero aquí mismo.

—Exacto. Ese es el punto. Si tú estás mal, tenemos que irnos. Y si yo me quedo, preguntarán por ti. Si tú te vas solo, pensarán que es raro, pero si me voy contigo a urgencias…

—...Entonces tenemos una excusa creíble para salir de aquí sin que nadie nos frene.

—Exacto —asiente ella, y veo en su rostro un destello de complicidad; fugaz, eso sí. Lo mata enseguida con una mirada de superioridad—. Aunque podrías esforzarte en parecer menos… funcional. Por ahora pareces más colgado que enfermo.

—Tú dame dos minutos y una botella de agua fría y te vomito en la recepción si hace falta.

Ella frunce el ceño, asqueada.

—No hace falta tanto teatro. Solo tienes que parecerte un poco más a lo que eras cuando dormías en la calle.

—¿Lo ves? Siempre tan dulce.

Bela guarda el portátil, se pone en pie y suspira como si se estuviera preparando para una guerra. Yo también me levanto, aunque mis piernas parecen de gelatina. Entre el calor, el estrés y el batido radioactivo que me ha dado Yara, lo de estar enfermo no va a requerir demasiada actuación.

—Vamos —dice ella, seria—. Cuanto antes salgamos, antes podremos empezar a buscar respuestas de verdad.

—Y a vomitar en paz —añado, porque no puedo evitarlo.

Ella me lanza una mirada fulminante, pero aunque no lo reconozca en voz alta, somos un equipo, aunque sea por necesidad, aunque sea porque todo esto se cae a pedazos. Es el primer paso para descubrir en qué momento dejamos de ser enemigos y nos convertimos en un matrimonio con recuerdos que no tenemos.

9
Bela

Bajo las escaleras mientras finjo serenidad, pero por dentro solo tengo ganas de salir corriendo y encerrarme en un armario. Joel camina a mi lado con ese aire de no enterarse de nada, pero en realidad estoy convencida de que lo ve y analiza todo, incluso cómo me tiemblan los dedos al ajustar el pantalón.

La sala de reuniones parece una galería de arte: colores por todas partes, plantas colgantes, una lámpara hecha con botellas recicladas, un grafiti en la pared con el lema de la agencia: «Haz ruido. Deja huella». Estoy segura de que quien lo pintó estaba fumado o poseído por el espíritu de Andy Warhol.

Están todos sentados alrededor de una mesa de diseño. Nos esperan a nosotros y a los de la otra empresa, que todavía no han aparecido y antes de hablar, me aclaro la garganta.

—Vamos a tener que irnos —digo, mirando a todos pero sin mirar a nadie—. Joel no se encuentra bien. Está raro, desorientado y acaba de vomitar.

Nico frunce el ceño, ladea la cabeza como un perrito curioso.

—Desde que os vi llegar… había algo raro. En él y en ti también, la verdad.

—Estoy preocupada —respondo sin dejar que se acerque más con sus preguntas—. Por eso estoy así.

Tesa se pone de pie y se cruza de brazos.

—Si está tan mal, no puede coger la moto. Voy a llamar un taxi.

Yara me lanza una mirada fulminante. Está nerviosa, lo noto. Como cuando en la empresa de mi padre algo se salía del Excel.

—Bela… esto es importante. Es una firma muy grande. Sin ti, sin Joel…

—Confío en ti —la corto, sin dejar que el miedo me derribe—. Si somos socias es por algo, ¿no? Pide disculpas a los de ElectraAir de mi parte. Esto es de fuerza mayor.

—Igual es que ha cogido alguna enfermedad rara en el viaje de novios. Tipo virus tropical —dice Álex, que por lo que se ve, es un dramático.

—¿Tú te escuchas a veces? —resopla Guille desde su rincón, sin levantar los ojos de su libreta—. Será un virus de veinticuatro horas, como mucho. Deja de flipar.

Este lugar es un gallinero.

Antes de que empiecen a lanzarse lápices o perfumes, el taxi llega a la puerta. Salimos aliviados, como si acabáramos de escapar de un juicio.

En cuanto me siento en el coche, me quito los zapatos, porque no aguanto más esa suela de diseño clavada en mi planta. Joel se acomoda a mi lado, demasiado cerca para mi gusto. No decimos nada durante varios minutos, solo respiramos y además, lo hacemos mal, como si el aire de este nuevo mundo no terminara de llenarnos los pulmones.

Me quedo mirando la ciudad a través del cristal, con el corazón encogido. ¿Qué narices está pasando? ¿Cómo se digiere eso? A veces el mundo no se rompe de golpe, a veces simplemente se dobla y yo estoy justo en la mitad de esa doblez, intentando no partirme.

No nos hemos dado ni cuenta, pero el taxi nos ha dejado frente al hospital de La Paz. Supongo que Tesa se lo ha debido decir al pedirlo. Esa mujer es más eficiente que un chatgpt. Joel y yo bajamos sin rechistar. La verdad es que podríamos entrar, que nos escanearan, que nos pusieran una bata y nos pasaran por todas las máquinas que suenen a ciencia, pero… ¿para qué? Si los dos estamos igual de perdidos, ¿quién de los dos tiene el fallo? ¿Y si no es un fallo, sino un efecto secundario? ¿Y si no somos los únicos?

—¿Qué hacemos? —pregunto, sin siquiera mirarlo.

—Voy a buscar en el teléfono. A ver si hay alguna información sobre lo que nos pasa… —responde él.

—¿Te aclaras con el móvil?

Él me mira de reojo con cara de asco. Supongo que el mismo que le tengo yo. ¡Vaya condena! Estoy más perdida que Paco Martinez Soria en la película *La ciudad no es para mí.*

Caminamos hasta un parque cercano, uno de esos espacios verdes que parecen más decorado que pulmón. Nos sentamos en un banco frente a un pequeño estanque artificial donde unas palomas discuten por una bolsa vacía de gusanitos. En otro contexto me haría gracia, pero ahora, no.

Joel no tarda en sacar el móvil y empezar a buscar, teclea con los pulgares como si se jugara la vida. Yo, mientras, contemplo las Cuatro Torres entre los árboles. Tan modernas, tan rectas… tan firmes. Justo lo contrario a lo que siento por dentro.

—He buscado «pérdida de memoria simultánea en una pareja» —murmura, sin mirarme—. Mira esto: hay un caso reciente, de hace tres años. Una mujer y un hombre que trabajaban juntos en una productora. Se desmayaron al mismo tiempo en una reunión. Nunca supieron qué lo provocó. Despertaron... y estaban convencidos de estar casados. No lo estaban, pero todos los detalles que compartían eran idénticos. Como si hubieran vivido una vida juntos que jamás existió.

Siento cómo se me eriza la piel.

—¿Y qué fue? —pregunto, aunque no quiero saberlo.

—Unos dicen que un brote psicótico colectivo. Otros, que algo llamado criptomnesia empática. —Hace una pausa y se encoge de hombros—. Y luego están los foros raros… ya sabes: reencarnación cruzada, almas gemelas, viajes entre líneas temporales paralelas, sueños lúcidos sincronizados. Magufadas.

—Magufadas —repito, casi con asco—. Qué sabrás tú.

Me mira, alzando una ceja.

—Sé que algo nos ha pasado. Y no es un virus, una conspiración del Gobierno ni una broma de cámara oculta. Pero si tú estás tan amargada aquí, lo mismo prefieres volver a tu castillito de hielo y a tu trono de jefa estirada. Porque, francamente, yo estoy mejor ahora que en una esquina comiéndome el frío de Madrid.

Ahí lo suelta. Así, como si nada.

—Pues para mí sí es aterrador —le escupo—. Porque mi vida no ha mejorado. La tuya, sí, enhorabuena. Ahora llevas camisa, reloj caro y tienes hasta un despacho con incienso. Pero yo he perdido todo: mi estatus, mi reputación. ¡Hasta mi nombre ha cambiado!

—No te jode —dice, con una risa seca—. La reina sin corona se enfada porque la tratan como a una persona normal. Mira, chica, a mí me darías igual si no fueras tan maleducada, tan malcriada y tan condenadamente desagradecida.

—¿Perdona?

—Sí. Ojalá en vez de despertar en esta vida hubieran cambiado las tornas. Que tú hubieras abierto los ojos rodeada de mugre y cartones, sin bragas limpias ni duchas calientes. A ver si se te bajaban los humos. Igual hasta te caías bien, por una vez.

—Eres un imbécil.

—Y tú una niña rica con pataleta. ¿Te da miedo no tener el control? Pues bienvenida a la realidad, princesa.

Me quedo callada y no porque no quiera contestar, sino porque de repente me ahogo. No sé si de rabia, de miedo o de pura impotencia. Me miro las manos y las siento frías y me acuerdo de lo que me dijo hace un rato:

«No me parece que estemos soñando. Me duele la cabeza, me sudan las manos, me cabreas…»

—¿Y si contactamos con esos chicos de la productora? —le digo, mientras él sigue mirando el móvil como si fuera una brújula mágica que nos fuera a señalar una salida.

—Son de Estados Unidos —responde.

—¿Y qué? Investiga. Yo hablo inglés perfectamente.

No me contesta, se limita a mover los dedos con más rapidez. Su silencio me resulta más molesto que cualquier palabra, como si estuviera por encima de todo, como si yo fuera solo una voz irritante y él, el héroe sin capa en una peli *indie*.

Un par de minutos después, deja el móvil a un lado y murmura:

—Ya les he escrito.

—¿Cómo que les has escrito? ¿Tú?

—Sí —dice, sin más, y se encoge de hombros.

—¿Y no se te ha ocurrido decírmelo? ¡Podrías haberme dicho algo! Lo habría escrito yo. En inglés perfecto, por cierto. Que seguro que has usado el traductor y eso es una guarrada.

Me mira de reojo, luego bufa.

—Ya, claro… porque todo lo que tú haces es perfecto.

El sarcasmo se le escapa por la comisura de los labios. Me sube una oleada de calor por la nuca. No sé si es vergüenza, rabia o las dos cosas mezcladas en una pastilla que no me he tomado y me está intoxicando.

—Tengo hambre —dice de repente y se pone en pie—. Voy a buscar algo.

—Adiós —respondo, seca, sin mirarlo.

Y él se va sin decir nada más. Yo me quedo aquí, sentada en el banco del parque. Aguanto porque no le voy a dar el gusto de ir detrás, que se crea que me importa, que me afecta. No. Pero el teléfono suena otra vez. Miro la pantalla y lo vuelvo a ver: es papá. El estómago se me encoge, todo el cuerpo se me tensa. No pienso, solo actúo. Me levanto de golpe y corro en dirección a Joel. Lo veo en la acera de enfrente, está en una panadería. Me ve llegar, agitada y sudorosa. Veo que me lanza una sonrisa burlona.

—Qué patética eres —dice al salir, dando un mordisco a algo que parece una empanada—. Vas de chula, de sobrada… y con ver el nombre de tu papá en el móvil, te haces caca encima.

No lo pienso y de la misma rabia que he sentido al escucharlo pulso el botón verde y me pongo el móvil en la oreja. La cara de Joel es un poema.

—¿Sí? —respondo, y parece que la palabra se me hubiera quedado atascada en la garganta y hubiera tenido que empujarla a la fuerza.

—Hija mía —dice su voz al otro lado, templada como el agua de una infusión a media tarde—. ¿Cómo estás?

Un escalofrío me sube por la columna. Esa voz, esa suavidad y ese tono… No es suyo, no puede ser suyo. Arturo Montalbán no tiene ni paciencia ni caricias en la voz. Su lengua siempre fue un látigo envuelto en traje de sastre.

—Bien… estoy bien —miro de reojo a Joel, que mastica lentamente y me observa como si estuviera viendo un capítulo de una serie de intriga.

—Me han dicho que habéis tenido que salir de la agencia, que Joel no se encontraba bien —prosigue papá, sin elevar la voz ni lanzar reproches—. ¿Está todo bien?

—Sí, sí. Nada grave. Creemos que está incubando algo, quizá un resfriado o incluso covid —improviso para que la excusa suene lo bastante convincente—. Por eso hemos preferido alejarnos. Por precaución.

Hay un silencio breve. Casi lo suficiente para que me prepare para una frase como: «Si tu marido fuera un hombre de verdad no montaría estos numeritos». Pero no; lo que llega es otra sorpresa.

—Hiciste bien —dice, y juro que en su voz hay una sonrisa—. Me alegra que estés pendiente de él. Eso habla bien de ti.

Parpadeo. ¿Eso qué es? ¿Una cámara oculta? ¿Un maldito simulacro de padre ideal?

—Por cierto —añade, como quien comenta el tiempo—, los de ElectraAir me han escrito. Acaban de firmar con vosotros. Dicen que están encantados con la agencia, que el trato ha sido impecable. Estoy orgulloso de ti, Isabela.

Mi mandíbula se tensa y aprieto los dientes. Joel me sigue mirando. La bolsa de papel le cuelga de una mano, mientras la otra sostiene la empanada a medio comer.

—Gracias —respondo con la voz más robótica que he usado en mi vida.

—No aflojes ahora —me dice mi padre y entonces sí reconozco algo suyo, ese deje que mezcla ambición con mandato—. Estás casada, sí, pero que eso no te quite el foco. Has trabajado muy duro para llegar hasta aquí. Sigue siendo la mujer que siempre has sido. No te me desdibujes.

Lo que más me aterra de esta realidad no es no saber cómo hemos llegado aquí. Es que incluso las cosas que deberían ser insoportables, como él, ahora resultan amables.

—Lo intentaré —susurro.

—Lo espero, hija. Un beso.

Cuelgo y me quedo un instante sin respirar.

—¿Ya? ¡Joder, qué bonito todo! —me dice Joel con la boca llena y sin ningún tipo de delicadeza—. Estaba a punto de sacar los pañuelos. El padre perfecto, la hija enamorada que lo da todo por su marido… ¡Qué maravilla!

10
Joel

El taxi nos dejó en la puerta de casa sin que tuviéramos que pensar demasiado. El destino estaba guardado en el historial del teléfono de Bela. Alguna vez, en otra vida que aún no he vivido, debimos ponerlo nosotros. En la pantalla del móvil, los mensajes del grupo de la agencia comenzaron a llegar en cascada. Nico, Guille, Álex, Tesa. Todos convencidos —o eso quieren que creamos— de que tengo covid, que tengo fiebre, que debo aislarme. Me pareció perfecto. La mentira, por una vez, juega a mi favor.

Ahora estoy aquí: sentado en la terraza de la que esta mañana no sabía que existía. La descubro como quien abre por error una puerta que da a un universo paralelo. Tiene una piscina verde turquesa que se extiende frente a mí, pero no es una piscina cualquiera. Tiene bordes de arena blanca, como si a alguien se le hubiera ocurrido importar una playa entera al corazón de la ciudad. Hay tumbonas de madera y sombrillas de lino claro. El agua quieta refleja las palmeras que alguien ha tenido la osadía de plantar en grandes maceteros. También hay pinos típicos de Madrid. El aire huele a cloro y azahar. Una brisa templada me acaricia la cara. Primavera avanzada, cielo limpio, ni una nube, ni un pensamiento claro.

El móvil sigue en mi mano y en la pantalla se ve la misma foto que esta mañana me dejó sin habla: mi madre y mi hermano en mi supuesta boda.

Mi madre está tan feliz, con la mirada entornada porque el sol le da de lleno en los ojos. Su pelo está más largo de lo que recordaba. Esa manera de abrazarme que me hace sentir una punzada en el pecho. No debería recordarla así, tan viva, tan de verdad.

Y mi hermano, a un lado. Lo tenía en la memoria con gesto agrio, como si llevara años enfadado con el mundo, pero ahora, que he entrado a su perfil —porque está etiquetado y solo tengo que pulsar—, veo que su cara aparece una y otra vez, como una baraja de cartas sin barajar. En algunas fotos está serio, claro, pero hay otras… otras en las que ríe y, además, lo hace con los ojos. Veo a un tipo que no reconozco, y al mismo tiempo… algo se me enreda por dentro. Como si un nudo antiguo se tensara justo en el centro del pecho.

Cierro los ojos para escuchar el sonido del agua que se mueve muy despacio. El aire acaricia mi camiseta. Todo parece en paz, todo… menos yo. ¿Qué ha pasado con ellos? Sigo mirando el móvil, pero ya no veo nada. Solo me escucho a mí mismo, respirando muy hondo, como si necesitara llenar los pulmones de aire antes de volver a bajar a ese mar de locura que nos rodea.

El teléfono vibra en mi mano como si me estuviera reclamando atención urgente. Es un correo y yo contengo el aliento al ver el asunto: *«About your message. Urgent availability»*.

Lo abro con los dedos entumecidos. Dentro, un breve texto escrito con prisas y con un tono casi críptico. Me dan un número de teléfono y dicen que pueden hacer una videollamada en diez minutos exactos, si seguimos interesados. Nada más. ¡Diez minutos! Se me revuelve algo en el estómago y no es por hambre. Es como si el reloj se hubiera afilado y me lo clavara en el pecho.

Entro en casa con el móvil en la mano. El mensaje que he recibido me tiene con el pulso disparado.

—Bela —llamo desde el salón, sin levantar mucho la voz.

No responde.

Cruzo hacia la cocina y veo un portátil con carcasa azul marino sobre la encimera. Supongo que es mío, o al menos lo parece. Me siento en uno de los taburetes altos, lo abro y escribo el número. El tiempo se me escurre entre los dedos; no sé por qué estoy tan nervioso.

—¿Qué haces? —pregunta ella al entrar, con la desconfianza cosida en la cara.

—Nos van a llamar. Los de la productora —respondo sin mirarla.

La pantalla parpadea y se conecta la llamada. Enseguida aparecen dos personas: un hombre con bigote rubio y melena larga, como si acabara de salir de un festival en Arizona y una mujer con el pelo larguísimo, ondas perfectas y un *look* bohemio lleno de collares. Sonrientes, relajados, pero con ese brillo raro en la mirada de quien sabe algo más.

—Hola, soy Joel Soler, ella es Bela, mi supuesta mujer. Gracias por responder tan rápido —les digo en un perfecto inglés.

Bela me mira como si le acabara de confesar que soy astronauta.

—¿Tú hablas inglés? —susurra, sin terminar de creérselo.

No le hago caso.

—Gracias a ti por contactar —dice el hombre, animado—. Imaginamos que tenéis bastantes preguntas. Nosotros también.

—¿Esto ha pasado antes? ¿A otras personas? ¿Sabéis qué puede estar ocurriéndonos?

—No de esta forma exacta —responde la mujer—, pero sí hemos recibido algunos casos parecidos. No estáis solos. Hay cosas que deberíais saber…

La conversación no ha sido larga. De hecho, ha durado menos de diez minutos, pero me ha dejado un sabor raro en la garganta, como si me hubiera tragado una llave que aún no sé para qué sirve.

Nos dijeron que lo que nos estaba pasando no era completamente desconocido. Que habían registrado fenómenos parecidos antes, como lo que les pasó a ellos, pero no iguales. Que en todos los casos, las personas implicadas hablaban de una desconexión con su vida real y de una conexión intensa con una versión alterada de sí mismos. Pero eso no era lo más importante. Lo más importante, dijeron, era no forzar, no intentar recordar, no querer entenderlo todo al instante.

—La memoria no siempre es un camino que se recorre hacia atrás —dijo Erin, con esa voz suave como seda mojada—. A veces, se despliega sola… cuando estás listo.

Bela frunció el ceño y yo me quedé quieto. Daniel, el hombre, añadió algo que no supe si tomármelo como advertencia o consuelo:

—No estáis soñando, aunque se parezca. Y no estáis despiertos del todo, aunque lo parezca. Esto no es un error, ni una trampa. Es un espejo. Y los espejos… no devuelven siempre lo que uno espera.

Yo intenté preguntarles si sabían qué lo provocaba, si había una causa. Algo que hubiéramos hecho, pero negaron con la cabeza.

—No hay fuera. Solo dentro —respondieron.

Y entonces, sin más, la pantalla se oscureció. Ni un adiós, ni un «mucha suerte». Solo nos dijeron lo justo; parece que cualquier palabra de más pudiera alterar el curso de algo que no entendíamos.

Cuando la imagen desapareció, giré la cabeza hacia mi supuesta mujer. Seguía con los brazos cruzados, pero sus ojos ya no estaban tan firmes.

—¿Y eso qué significa? —murmuró.

No supe qué decirle, porque, por primera vez desde que despertamos en esta vida, me pareció que… tal vez, lo que estábamos viviendo no tenía vuelta atrás. Tal vez, el espejo ya nos había devuelto algo y ahora nos tocaba mirarlo, nos gustara o no.

11
Bela

No puedo más. Me tumbo en la cama con la ropa puesta, sin siquiera encender la luz; todo me supera. Ha sido, sin exagerar, el día más horrible de mi vida. Uno de esos días en los que te despiertas en una película ajena, sin guion, sin lógica, con la certeza de que alguien, en algún lugar, está riéndose de ti a carcajada limpia. Y lo peor es que ni siquiera sabes si eres la protagonista o la villana.

Respiro hondo, con el pecho aún tenso. Mis ojos se acostumbran a la oscuridad y recorro con la mirada la habitación. Me giro hacia el lado izquierdo del colchón. La almohada está hundida. Me acerco, sin pensar, la huelo y entonces lo siento: su olor. Es limpio y masculino, con ese toque suave y persistente a madera y jabón caro que me ha seguido durante todo el día sin darme cuenta. No huele como un vagabundo, ni de lejos. Huele… bien. Muy bien.

¡Qué asco!

—¿Me echas de menos? —pregunta una voz a mi espalda.

Pego un salto y me enderezo, como si me hubieran sorprendido espiando en casa ajena. Joel está en la puerta, apoyado contra el marco con una media sonrisa dibujada en la cara. Lleva los mismos pantalones de pijama que esta mañana, pero ahora con una camiseta blanca de manga corta. Tan blanca que parece brillar en la oscuridad. Qué rabia me da verlo tan perfecto hasta vestido así.

—Tranquila, ya estoy aquí, que veo que tenías ganas de sentirme cerca —añade con descaro.

—¿Perdona? —me burlo, nerviosa—. Estaba observando la sábana, por si había algún piojo arrastrándose. Nunca se sabe con los vagabundos.

—Entonces ten cuidado, no te vayas a contagiar —dice mientras cruza la habitación sin permiso, como si la cama le perteneciera.

Se tumba con un suspiro exagerado y pone los brazos tras la cabeza, como si aquello fuera lo más normal del mundo.

—¿Qué haces? —pregunto, helada.

—Voy a dormir. ¿Qué te parece que hago?

—En esta casa hay más camas.

—Entonces ve a una de ellas.

—No. Yo he llegado antes; me quedo.

—Pues quédate. Yo tampoco me voy a ir.

Nos miramos con una tensión pura. Él sonríe, claro. Como si le encantara estar aquí, como si esta vida perfecta, esta agencia moderna, esta casa y esta esposa con cara de querer estrangularlo fueran un regalo del universo y yo… yo no puedo más.

—Solo quiero dormir —digo en voz baja—. Dormir y despertar. Salir de esta pesadilla de una vez.

—Estoy de acuerdo —responde, dándose la vuelta—. Aunque, sinceramente, estoy de maravilla en esta vida, pero con tal de no tenerte cerca un segundo más… ojalá nos despertemos mañana y todo haya sido un maldito sueño. Y que, si hay justicia en el mundo, tú seas la que aparezca entre cartones.

—Eres un imbécil.

—¡Qué maravillosa es mi mujer!

—¡No soy tu mujer! No tontees con eso, ¿eh?

—Mírate el anillo, mira las fotos… y mira donde estamos: en la misma cama, princesa mía.

—¡Ay, dios! ¡Cállate ya! Me voy a dormir. ¡Hasta nunca!

Cierro los ojos e intento alejarme del calor que desprende su cuerpo, de su respiración pausada, de su olor que aún flota en el aire como si quisiera quedarse. Me repito que todo esto va a pasar, que tiene que pasar y cuando lo haga… cuando por fin despierte en mi verdadero mundo, solo quiero caminar con uno de mis tacones de infarto sobre el mármol impecable de la oficina de Montavia, con mis uñas *nude* recién hechas y mi pelo largo, brillante y perfectamente alisado cayéndome sobre los hombros.

Ser yo. La de verdad, la de siempre, y que todo esto —la agencia, la casa, Joel— no sea más que un mal sueño. Uno del que mañana, por fin, abriré los ojos.

12
Joel

Lo primero que escucho al despertar es un grito, un grito real, agudo y cercano.

—¡AHHHHHHH!

Me incorporo como si me hubieran dado una descarga. Reconozco esa voz. Es Bela. ¿Otra vez?

Parpadeo, confundido. Estoy en la misma cama de ayer, mismo techo, misma habitación, mismo olor a perfume caro de mujer. Todo sigue igual, pero algo… algo está distinto. No sé qué es.

El grito va en aumento. Me llama; grita mi nombre como si se le estuviera quemando el alma. Me levanto y entonces me doy cuenta: estoy completamente desnudo.

—Perfecto —murmuro.

Justo cuando estiro el brazo para buscar algo que ponerme, la puerta del baño que hay en la habitación, se abre de golpe y aparece ella. Congelada en el marco, con los ojos como platos, me mira como si acabara de encontrar un cadáver en su bañera.

—¡Oh, Dios mío! —exclama—. ¿Pero qué es eso que te cuelga?

Intento cubrirme con la primera almohada que tengo a mano. Me muero de vergüenza, pero disimulo.

—¿Nunca has visto un pene?

—¿Un pene humano? Sí, claro. Pero eso… —me señala, aterrada — eso es de ballena. ¡Ballena azul!

Dato importante: el pene de la ballena azul es el más grande del reino animal: puede medir entre dos y tres metros y pesar más de setenta kilos.

Bajo la mirada. Vale, no estoy tan mal, ¿pero tanto? Me río por dentro, aunque por fuera solo bufo y desvío la vista, incómodo.

Me pongo unos calzoncillos y luego un pantalón de pijama que veo en el suelo y que no es el que llevaba anoche; es distinto, de otro color y de otra tela.

Ella, sin más, desaparece de nuevo y escucho cómo levanta la tapa del váter. Después, los sonidos inconfundibles de alguien que está vomitando.

Me acerco al baño, me apoyo en el marco de la puerta entreabierta.

—¿Estás bien? —pregunto con tono neutro, aunque me preocupo más de lo que debería—. ¿Es por despertarte otra vez en esta fantasía tan idílica o por el *shock* visual que acabas de ver?

No hay respuesta, solo arcadas desgarradas.

Me quedo aquí, dudando. Esta mujer me cabrea, me desconcierta, me descoloca, pero al final me acerco, me agacho y le recojo el pelo con cuidado. Es algo automático, no sé por qué lo hago. Y entonces lo noto: el pelo de Bela no está igual que ayer. Lo juro; parece algo más largo. Tiene mechas más caramelo, no tan rubias. Más suaves, más cálidas. Y las uñas… ayer eran amarillas. Hoy están pintadas de rojo intenso, rojo sangre.

La observo en silencio. No puedo dejar de mirar sus manos aferradas a la taza, sus hombros temblando, su respiración entrecortada. Todo en ella está al borde del colapso. Y lo peor es que entiendo cómo se siente, porque mientras le sostengo el pelo, solo una frase me golpea en la cabeza, una y otra vez: ¿Qué demonios está pasando aquí?

Bela termina de vomitar y se queda unos segundos agachada, como si el cuerpo aún necesitara expulsar algo más. Me mantengo a su lado en silencio, sujeto el pelo e intento no respirar demasiado fuerte. No sé si es por el olor del vómito o por todo lo que esta mañana está trayendo consigo.

Cuando al fin se incorpora, la veo pálida. Tiene la mirada perdida y las manos húmedas; las apoya contra el lavabo como si fueran su única ancla a este plano. Se enjuaga la boca, se lava la cara, se moja hasta el cuello como si así pudiera borrarse la realidad de encima. Yo intento aligerar la tensión con lo primero que me sale:

—Una putada, ¿eh? Volver a despertar aquí. Segunda vuelta al infierno.

Ella me lanza una mirada de refilón en el espejo. Solo hace un gesto con la cabeza, suave, sutil, que señala hacia su derecha. Giro los ojos en la dirección que me indica. Sobre el mueble del lavabo hay un objeto pequeño, alargado, blanco con detalles azul claro. Al principio no caigo y frunzo el ceño.

—¿Qué es eso?

Ella resopla. Otra vez esa forma que tiene de mostrarme su agotamiento sin hablar. Coge aire. Una vez. Dos. Tres. Yo, por romper la tensión, intento tirar de humor.

—Vaya, me alegra ver que al menos recuerdas las respiraciones que te enseñé ayer. Mira tú, algo útil de mí.

Ella no se ríe. Ni un ápice. Coge el objeto y me lo pone directamente delante de la cara, con un movimiento seco. Lo observo, entre desconcertado y medio dormido. Hay una pantallita con letras. Me acerco un poco más, parpadeando.

—No me veo bien y no sé qué pone. Sigue sin sonarme… ¿Qué es?

Bela gira sobre sí misma y me lanza una mirada como si le acabara de preguntar cómo se usa un tenedor. La noto al borde.

—¡Es una prueba de embarazo, idiota! —grita mientras levanta el brazo con fuerza—. ¡Una puta prueba! Y según esto, estoy embarazada, de tres semanas.

Todo se apaga.

No oigo nada. Ni su voz. Ni el agua. Ni el mundo. Solo un pitido sordo que me golpea en los oídos. El corazón me retumba dentro del pecho, como si de pronto tuviera vida propia y buscara escaparse por la garganta.

Me mareo y me sudan las manos. La habitación se encoge, las paredes parecen disolverse y la voz de Bela se vuelve un eco lejano. La miro a los ojos, pero ya no la veo. Solo veo la palabra en la pantalla. Una palabra tan corta como irreversible.

Embarazada.

Tres semanas.

La vida falsa… acaba de complicarse.

Cuando vuelvo a ser consciente, estoy tumbado en la cama. No sé cómo he llegado hasta aquí. Tengo la cabeza empapada en sudor y las sábanas pegadas a la espalda. Me cuesta enfocar. El techo parece más blanco de lo normal, o será que el susto me ha borrado los colores.

—Respira, Joel —dice una voz firme junto a mí—. Venga, por favor, respira.

Parpadeo. Bela está inclinada sobre mí, con una mano en mi pecho y la otra en mi frente. Tiene los labios fruncidos y los ojos cargados de esa mezcla entre susto y rabia que parece ser su estado natural.

—Mira que eres ridículo —murmura sin despegar los ojos de los míos—. Ni siquiera eres capaz de poner en práctica lo único que se supone que sabes hacer muy bien.

—¿Respirar? —logro articular, con la voz ronca.

—Exacto.

Trago saliva. Me arde la garganta, pero lo más incómodo no es eso. Es verla así, tan cerca. Tan… sincera. Aunque no lo quiera admitir, está preocupada. Lo noto en su mirada y en el temblor leve de su mano cuando me retira el pelo de la frente como si no lo estuviera haciendo.

No la conozco en realidad, apenas llevamos un día y medio encerrados en esta locura, pero llevo mucho más tiempo observándola. Años, quizá. Cada mañana, desde aquella esquina donde me sentaba a contar pasos y mendigar tiempo, la he visto pasar impecable e intocable.

Y lo que nunca hubiera imaginado es que un día, esa mujer con tacones de aguja y mirada de hielo acabaría sentada al borde de una cama, con una prueba de embarazo en la mano y el miedo pintado en los ojos.

Nunca la había escuchado reír ni llorar. Solo la había visto, pero he aprendido a leer sus gestos como quien descifra el cielo para saber si va a llover. Sé cuándo está contenta, cuándo está triste, cuándo está furiosa. Y ahora mismo… está todo eso a la vez.

—¿Estás mejor? —me pregunta, bajando la voz.

Asiento porque no quiero preocuparla más ni darle la satisfacción de haberme salvado del desmayo, pero por dentro… tengo el corazón en carne viva. Joder, esto ya no es solo un juego mental, ni una coincidencia, ni un mal sueño. Hay una prueba, una cuenta atrás y dos personas que no se soportan..., pero que, según ese maldito test, podrían estar a punto de traer otra más a este mundo que no nos pertenece. Y eso, sí que no sé cómo respirarlo.

Cuando me reincorporo, todavía me tiembla un poco el pulso, pero al menos ya no siento que vaya a ver a la Virgen con luces de neón. Me apoyo en los codos y respiro hondo, como si al llenar los pulmones pudiera recuperar también algo de sentido.

Entonces noto su mirada. Bela está ahí, sentada en el borde de la cama con las piernas cruzadas y el ceño en guerra, pero sus ojos… sus ojos bajan. Me recorren el cuello, los hombros, el pecho, y se detienen un segundo de más en la línea que se pierde bajo la camiseta. La garganta le tiembla al tragar saliva, como si intentara tragarse también las dudas, el asco o las ganas de decir algo que no se atreve.

Y yo… sonreiría si no tuviera tanto miedo.

—Esto es tu culpa —suelta de pronto—. Estoy embarazada por tu culpa.

Alzo las cejas.

—¿Qué?

—Tu culpa, Joel. ¡Me has dejado embarazada! Y ni siquiera recuerdo cómo ni cuándo. No te di permiso para... —hace un gesto con las manos, como si intentara espantar una nube de imágenes—, para... usar eso.

—¿«Eso»? —repito y finjo indignación—. ¿Te refieres a mi sagrado instrumento de procreación? ¿Mi varita mágica? ¿Mi lanzamisiles certificado por la ballena azul?

—¡Eres idiota!

—Es una posibilidad —admito mientras me encojo de hombros.

—¡Ese... ese... colgajo... ese... *eso* no ha entrado en mí jamás! ¡Jamás! —grita, roja de rabia.

—Pues alguien con muy mala puntería ha tenido mucha suerte, entonces. Porque embarazada estás y yo soy el único que se

despierta contigo por la mañana.

—¡Esto no tiene sentido! —dice, llevándose las manos a la cabeza—. ¡No me drogo, no bebo, no me gustan los hombres descalzos y con pinta de dormir entre cartones! ¡Y menos aún los balleneros de barrio como tú!

—Tampoco eres mi tipo, ¿eh? —respondo, ya sin poder contener la risa—. Yo siempre fui más de chicas que no gritan al ver un pene.

—¡Me has arruinado la vida!

—¿Yo te he arruinado la vida? ¿Tú has visto dónde vivimos? ¿Has visto tu armario? ¡Tienes más ropa que Zara! ¡Y una agencia de publicidad! ¡Y una socia que te adora! ¡Y yo! —abro los brazos—. ¡Yo, que soy un regalo del universo! —digo para tocarle las narices.

—¡Un regalo que no pedí, señor abdominales!

—Pues ya lo tienes. Y al parecer, con premio sorpresa.

Nos quedamos en silencio. Se nos escapan las miradas, se nos descontrola el pulso, se nos acelera el caos. Porque todo esto —la cama, la casa, el test, las fotos cambiantes, las uñas rojas y el miedo en el estómago— todo esto no encaja en ninguna lógica que conozcamos. Ni en sueños ni en vidas pasadas ni siquiera en una película de esas que no tienen final.

13
Bela

Estoy embarazada.

Jamás dos palabras me habían sonado tan brutales. Siento una bomba en el centro del pecho. Estoy creando vida dentro de mí. No sé cómo, cuándo, de quién, aunque todo apunte a lo obvio. Es el mayor vértigo que he sentido nunca, como si me hubieran arrojado desde lo alto de mi propio cuerpo.

No sé cuánto tiempo llevo sentada en el borde de la cama. Tengo las manos frías, los pies entumecidos, la cabeza como un tambor vacío donde todo retumba sin orden. Aún puedo saborear el vómito, como si mi cuerpo se negara a dejarme olvidar lo que ha pasado en el baño.

He vomitado dos veces. La primera, al despertarme con el estómago revuelto y comprobar que todo sigue igual: la misma casa, la misma habitación, el mismo maldito hombre. La segunda, cuando he abierto aquella caja azul y blanca, recién comprada, aún con el precinto mal rasgado y he visto dentro una prueba de embarazo. Una maldita prueba.

Ni siquiera pensaba usarla. Solo quería confirmar que todo esto era una broma pesada o que alguien, en algún momento, saldría de detrás de una pared con una cámara oculta y se reiría de mí, pero no. La realidad no se rió, solo me escupió una palabra en la cara: «embarazada». Y justo debajo, como un puñetazo en el estómago: tres semanas.

¿Tres semanas? Si conozco a Joel desde ayer. Un día. Un maldito día desde que desperté en esta pesadilla. ¿Y si no es de él y es de…? Imposible también.

No recuerdo haberme acostado con él. Ni una sola imagen ni una caricia ni un momento que siquiera apunte a la posibilidad y, sin embargo, ahí está la prueba. Tan rotunda como la náusea que me sigue subiendo desde el fondo del pecho.

He gritado, he perdido los nervios, he salido del baño como una loca y me lo he encontrado desnudo. Totalmente. Me ha pillado desprevenida, vale; no me esperaba verlo así. Ni… *así*. Y, aunque jamás lo admitiría en voz alta, ha habido un segundo de desconcierto. Uno solo. Un parpadeo mental en el que no he sabido si seguir gritando o tragar saliva.

Pero eso ya pasó.

Él sigue aquí, con cara de susto, trata de entender este mundo nuevo en el que los dos estamos atrapados. Y yo… yo estoy aún más perdida, porque cada cosa que descubro añade otra capa de locura a esta historia. Si estoy embarazada y conozco a Joel desde ayer… ¿qué coño está pasando?

Lo miro de reojo. Parece tan cómodo dentro de este papel de marido perfecto. Hasta mi padre está encantado. ¡Mi padre! Que jamás aceptaría a alguien como él en la vida real. Que me crucificó por mucho menos y ahora resulta que lo considera su yerno ideal.

Nada tiene sentido. Nada.

Y lo peor es que, si soy sincera conmigo misma, cuando lo vi desmayarse sentí miedo. Un miedo hondo, como si se apagara la única linterna que tenía para no volverme completamente loca. Y cuando abrió los ojos, sentí alivio. Una paz rara. Una especie de respiro; pero no se lo voy a decir ni loca. Antes muerta que admitir que ese hombre maldito me importa aunque sea un poquito.

Joel me observa desde el otro lado, más callado de lo normal. Entonces me señala con la barbilla y frunce el ceño.

—Tus uñas —dice con voz baja—. Ayer eran amarillas.

Lo miro, sin entender.

—¿Qué?

—Ahora son rojas. Rojo pasión —añade, casi divertido.

Me miro las manos y, efectivamente, tiene razón: rojo intenso. Niego con la cabeza. No puede ser, porque yo no me las he vuelto a

pintar. Me levanto, casi tambaleándome y vuelvo al baño. Me planto frente al espejo y mi cara sigue siendo la mía, pero el pelo…

El pelo no es igual. Estaba tan mareada que no me he dado cuenta. Ayer era más claro, rubio casi nórdico. Hoy… es más largo. No mucho, pero sí lo suficiente como para saber que no lo llevaba así. Y hay mechas nuevas que son color caramelo, cálidas; me dan un matiz más dulce.

Salgo del baño y me detengo frente a una de las paredes del la habitación. Me acerco y observo las fotos. Una de las que vi ayer, ya no está y en su lugar hay otra. Nosotros dos en Dubai, me está cogiendo en brazos. Yo llevo un vestido blanco. Sin embargo, la foto de la boda… esa sigue allí, como El Gran Premio. Como si esa imagen absurda de mí vestida de novia junto a Joel fuese el ancla de esta nueva realidad. El corazón del laberinto.

Y entonces suena el timbre. Los dos nos quedamos en silencio. No tenemos ni idea de quién puede estar al otro lado de la puerta. Ni por qué.

El timbre vuelve a sonar. Esta vez corro sin pensarlo. Abro la puerta como si eso fuera a liberarme de esta locura. Una mujer y un hombre están en el umbral. Maletas en la mano y me sonríen. Y, sin decir una palabra, me abrazan.

—Mi niña —dice la mujer, con una voz cálida, reconocible, íntima.

Los abrazo también, por inercia, sin saber por qué, sin entender qué está pasando. Entonces Joel aparece a mi lado, se detiene en seco y lo veo palidecer de nuevo.

—Mamá… —murmura, como si las palabras le salieran desde un lugar antiguo, remoto, casi olvidado.

—Hijo —responde ella, sin sorpresa.

Joel no se mueve, no parpadea y es que apenas respira.

—¡Feliz cumple, *brother*! —añade el otro, el chico que está a su lado—. ¡Pasan los años y no cambias! Siempre con esa cara de susto.

Joel da un paso atrás y yo no entiendo nada, pero sus ojos… sus ojos están llenos de agua. Su madre y su hermano están aquí.

Al final, se acerca y los abraza como si hiciera años que no los viera.

Ella, la madre de Joel, se aferra a su hijo con una ternura que me desarma. Lo envuelve como si todavía fuera un niño. Él no se aparta, simplemente llora y de verdad. Lágrimas son gruesas, silenciosas, sin aspavientos. Y la mujer, lejos de alarmarse, lo estrecha más y le acaricia la cabeza con una sonrisa temblorosa.

—Mi niño —dice—. Por fin vamos a celebrar tu cumpleaños juntos. Por fin.

El hermano asiente con los ojos brillantes. Se parece mucho a mi supuesto marido, aunque algo más delgado y con una expresión menos contenida. Él también lo abraza fuerte y Joel se deja querer como si no tuviera fuerzas para mantenerse en pie. No sé si por emoción… o por el miedo de que todo se le deshaga entre los dedos.

—¿Cuándo empieza la fiesta? —pregunta el chico.

Cumpleaños. Fiesta. Joel y yo nos cruzamos una mirada muda, en diagonal, sin levantar sospechas. Yo apenas parpadeo, él niega muy levemente, como si intentara pedirme ayuda sin decirlo. No tenemos ni idea de qué están hablando.

—En breve —suelto.

Y para romper ese aire denso, doy un paso hacia delante y sonrío. No me sale del todo mal.

—Venga, voy a enseñaros la habitación —digo, impostando una calidez de anfitriona que no me reconozco—. Seguro que estáis cansados del viaje.

—¿Del viaje? —pregunta extrañada mi supuesta suegra mientras sonríe.

—El viaje de diez kilómetros nos ha dejado exhaustos. ¡Claro que sí, cuñada! —sigue el chico.

La he cagado, pero sonríen. Así que habrán pensado que es una broma. Yo actúo como si nada. No sé ni cómo sé dónde está el cuarto de invitados, pero mis piernas me llevan hasta una puerta al fondo del pasillo. Al abrirla, respiro con cierta paz: la habitación está impecable. Hay dos camas individuales cubiertas con sábanas en tonos mostaza, una alfombra de fibras naturales y una cómoda de

madera clara con un pequeño jarrón lleno de flores secas. En la esquina, un sofá mullido en el mismo tono de las sábanas —qué obsesión con este color—, con una lámpara de pie al lado. Un rincón acogedor, perfecto para leer o… para dar el pecho. O un biberón.

Ese pensamiento me golpea como una piedra. Lo imagino en mi mente un segundo, nítido y me odio por hacerlo.

—¡Qué preciosa se quedó esta habitación! —dice la madre, acariciando la manta de una de las camas—. Esta casa tiene una energía maravillosa. Se nota que aquí hay amor.

Me trago la risa nerviosa. Si supiera…

—Gracias —respondo con un hilo de voz.

El hermano de Joel deja la maleta a los pies de la cama y se estira, como si ya se sintiera en casa. Me lanza una sonrisa amistosa, relajada, casi demasiado confiada.

—Le dije a mi *brother* que yo me encargaba de la barbacoa. ¿La carne la habéis encargado donde siempre?

No sé de qué narices me habla pero asiento con la cabeza y le sonrío. Prefiero no decir nada, para no cagarla de nuevo. No tengo ni idea de qué hay qué hacer, pero sí tengo, al menos, una certeza: Joel no está bien. Lo he notado en sus silencios, en su forma de mirar a su madre como si fuera la primera vez que la ve. En cómo le temblaba la mandíbula aunque intente disimular; sé que está ocultando algo.

Cierro la puerta con una sonrisa fingida, como si de verdad me preocupara por su descanso. En cuanto oigo el clic del pomo, salgo disparada.

Joel sigue ahí: justo donde lo dejé, apoyado contra la pared, con los ojos inundados. No llora a gritos ni solloza. Llora como solo he visto llorar en los entierros: en silencio, con la mirada perdida y el rostro rígido, como si llorar fuera un delito y el cuerpo se negara a confesarlo.

No se inmuta al verme. Ni siquiera pestañea. Lo agarro del brazo sin pensar, con fuerza, como si pudiera arrastrarlo fuera de ese pozo en el que parece haber caído; no se resiste. Camina conmigo sin preguntar, por el salón, por la cocina, hasta el jardín. Solo se detiene al ver la piscina. Esa piscina absurda con arena, como una

playa artificial que ahora, bajo la luz suave de la mañana, parece un espejismo. Una ilusión tan falsa como todo lo que nos rodea.

—Joel —digo. Solo eso, porque no sé cómo empezar.

Él no me mira. Tiene los puños apretados, los nudillos blancos.

—¿Qué pasa? —insisto—. ¿Qué coño está pasando contigo?

Tarda demasiado en responder, hasta que por fin, en un susurro, dice:

—Mi madre.

Una palabra, solo una, pero me basta para entender que no estamos hablando de cualquier cosa.

—¿Qué pasa con ella?

Se sienta en uno de los escalones de piedra que rodean la piscina. Me siento a su lado, pero no demasiado cerca.

—No la veía desde hace más de diez años.

Me giro, sorprendida. Él sigue hablando, como si se le hubiera roto algo por dentro y ya no pudiera parar.

—Monté un restaurante con mi familia. Era el sueño de mi padre y, al fallecer, yo lo quise hacer realidad.

Antes de seguir, para, coge aire y entonces sigue:

—Cocina mediterránea con recetas de mi abuela y productos ecológicos; un sitio pequeño en el centro de Madrid. Mi padre siempre le decía a mi madre: «*Lala te voy a montar el mejor restaurante del mundo para que sorprendas a todos con tus paellas, como buena valenciana*». Yo me encargaba de la gestión, mi madre de la cocina, mi hermano de la parte logística…

Al principio fue bien. Muy bien. Teníamos clientes fieles, buenas críticas… salimos hasta en una revista. Mi madre estaba orgullosa y mi hermano también. Era nuestro nuevo comienzo, lejos del pueblo.

Hace una pausa. Traga saliva y mira al suelo.

—Pero cometí errores. Confié en la persona equivocada. Un socio nos timó; firmé cosas sin leer la letra pequeña. La deuda creció y con ella el rencor. Mi familia empezó a echarme la culpa de todo. Me dijeron que había arruinado su futuro, que por mi culpa mamá ya no sonreía. Que les había traído a Madrid para nada y quizá tenían razón.

Me quedo muy quieta. No sé si por respeto o por miedo a interrumpir algo que lleva demasiado tiempo atrapado en su pecho.

—Una noche discutimos. Yo había bebido. Mi hermano me soltó que sería mejor que desapareciera y eso hice. Me fui. No sé si por orgullo o por cobardía. Dejé todo el dinero que me quedaba para salvarles el cuello y me vi durmiendo en portales, en albergues, en casas ocupadas. Perdí la noción del tiempo. Me convertí en uno de esos que ves por la calle y apartas la mirada.

—Yo nunca… —empiezo, pero él me corta.

—Sí, tú también —me dice, con una sonrisa amarga—. Me mirabas como si no fuera nadie. Y no te culpo. No eras distinta; nadie lo es.

Se pasa la mano por la cara. Tiembla y veo a Joel sin la coraza, sin el chiste fácil, sin la pose.

—¿Y el inglés? —pregunto, de pronto, para respirar entre tanto drama—. ¿Por qué lo hablas perfecto? No se aprende eso durmiendo entre cartones.

Se ríe. Es una carcajada rota.

—Estudié filología inglesa antes de todo. Trabajé como traductor en una editorial, pero eso queda tan lejos que ya ni me acuerdo y luego, en el restaurante, me encargaba de los extranjeros.

Asiento, en silencio. No sé qué decir. El vagabundo de la esquina resulta que tenía carrera. Resulta que hablaba idiomas, que una vez fue hijo, hermano, empresario. Que amaba a su madre y que la decepcionó.

—No me mires así —dice de repente—. No quiero tu lástima.

—No es lástima —respondo, bajito.

Lo miro con atención. Tiene los ojos rojos, pero no por llorar, si no por haber tragado demasiado.

—Solo… que no me lo esperaba.

Me observa, como si dudara de mí.

—¿Y qué esperabas? ¿Que hubiera aprendido inglés vendiendo pulseras a guiris en La Puerta del Sol?

—Algo así —admito, entre risas—. Te tenía encasillado. Pensé que eras solo… eso.

—¿Eso?

—Un tipo raro. Sucio. Perdido.

—Vaya —responde, con ironía—. Qué halago. Todas las personas que viven en la calle tienen su propia historia…

Nos miramos con algo parecido a una tregua.

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunto.

—Seguir fingiendo, supongo. Hasta que alguien nos despierte.

—¿Y si no pasa?

—Entonces, al menos sabrás que estás casada con un filólogo caído en desgracia con pene de ballena —dice y sonríe.

Y no puedo negar que sonrío también, pero solo un poco.

14
Joel

Cuando Bela ha abierto la puerta y los he visto ahí, me han fallado las piernas.

No ha sido el típico reencuentro de película. No hubo música épica de fondo ni cámara lenta; solo un golpe seco en el pecho, como si alguien hubiera disparado dentro de mí sin avisar. Mi madre, con su pelo recogido en ese moño desordenado, me ha abrazado como si el tiempo no existiera y mi hermano, Gus, que siempre fue más duro, más seco, me ha apretado contra él con tanta fuerza que me ha dejado sin aliento.

Agradezco que Bela me haya escuchado antes. Si no hubiera podido contarle mi historia, si hubiera tenido que enfrentarme a ellos con todo eso aún enquistado dentro, creo que me habría roto; habría explotado por dentro. Nunca imaginé que podría encontrar un poco de alivio en ella, en esa mujer que hasta hace dos días me miraba con desprecio, pero, en realidad, me he sentido menos solo e invisible. Aunque, por mucho que me duela admitirlo, sigo teniéndole rencor... Bela nunca ha tenido que pasar por nada de esto. Su mundo ha sido siempre brillante, impecable; no hay barro en su historia y ahora, en el presente, el mundo es otro.

La casa se ha llenado de gente. No sé en qué momento ha pasado, pero ha ocurrido. Como si la vida hubiera decidido compensarme por todo lo que me arrebató, como si alguien allá arriba estuviera jugando a ser Dios y me hubiera puesto en este lugar solo para ver si soy capaz de no joderlo otra vez.

Mi madre está en la cocina del jardín; remueve con mimo una paella que huele a infancia y a domingos, a leña, a campo, a aquel patio pequeño en el pueblo.

Mi hermano, con una cerveza en la mano, dirige la barbacoa como si fuera una orquesta. No habla mucho, pero sonríe y eso ya es todo un milagro.

Yara y Bela están echadas en una tumbona junto a la piscina, las dos con gafas de sol y los pies mojados. Hablan bajito, como si compartieran secretos. Nico, con una camisa estampada que parece sacada de un videoclip de los ochenta, prepara un ponche gigante con frutas que ha traído no sé de dónde. Alex ha conectado un altavoz y suena Lady Gaga de fondo. Todo es muy... BOOM.

En una hamaca, Guille dibuja. Siempre está dibujando. Tesa posa para él, con una elegancia que parece innata. No sé si se gustan, pero se tienen calados.

Y yo… yo me quedo quieto y observo. No entiendo cómo hemos montado esta fiesta, porque ni Bela ni yo la hemos organizado conscientemente, solo hemos puesto la casa; lo demás lo ha hecho esta gente. Gente que se mueve como si esto fuera lo normal, como si celebrar un cumpleaños fuera lo más natural del mundo, como si conocieran a Joel Soler de toda la vida.

Me siento feliz, feliz de verdad. Y me doy cuenta de que hacía mucho que no me pasaba. Tanto que casi había olvidado cómo se sentía.

Hay algo que duele en el centro de mi pecho, pero es un dolor bonito. De esos que solo aparecen cuando uno recuerda lo que es el amor, aunque sea rodeado de gente que no conozco del todo, aunque incluso mi propio hermano me parezca ahora alguien distinto.

Entonces suena el timbre.

Me quedo quieto un segundo, esperando que alguien más lo escuche, pero todos parecen demasiado enfrascados en sus momentos perfectos y, evidentemente, es mi casa, por lo tanto, abro yo.

Así que camino hacia la entrada con un gusanillo en el estómago, porque no sé quién puede ser; no me apetecen más sorpresas.

Abro la puerta y, durante un instante, el aire se queda quieto.

—Joel, feliz cumpleaños, querido —dice la mujer al otro lado, con una sonrisa cálida que no esperaba en absoluto.

Me quedo mirándola, sorprendido. Tardo en reaccionar. Sé quién es, claro que sé quién es: Victoria de Montalbán, la madre de Bela. La he visto dos o tres veces en mi vida. Siempre entrando o saliendo de las oficinas de Montavia, con esa forma suya de caminar como si la ciudad le perteneciera; inaccesible e intocable.

Y sin embargo ahora está aquí, frente a mí y sonriendo. Me da dos besos como si fuéramos de la familia de toda la vida. Como si… como si me conociera de verdad.

—Tu suegro está aparcando en la sombra —dice con tono natural—. Esta casa, ya sabes cómo es: si no dejas el coche bien colocado, el sol lo revienta.

Entra sin pedir permiso. La veo alejarse por el salón, tan elegante y segura y, por un segundo, me cuesta encajar su presencia con todo lo que creo saber de Bela. Siempre imaginé que su madre sería como ella… o peor. Más estirada, más inalcanzable, pero a mí me acaba de mostrar un lado más cálido y afectuosa. Casi… maternal.

Me quedo en la puerta, a la espera. Dos minutos después, aparece él: Arturo Montalbán. No hay forma de confundirlo. Alto, con ese aire de superioridad que no necesita presentarse, como si el mundo entero le debiera algo. Lleva una camisa azul claro remangada con precisión quirúrgica, pantalones cortos de lino y esos mocasines que todos los ricos parecen considerar la cúspide del confort. Nunca los he entendido. Ni el calzado, ni a ellos. Lo que no esperaba es su gesto: me da un gran abrazo, así, sin más. Un apretón fuerte y seco.

—¡Felicidades, muchacho!

Luego se gira sin decir nada y camina directo hacia la zona de la piscina. Me quedo paralizado. El cuerpo me arde por dentro. ¿En qué universo el padre de Bela me abraza como si fuera su hijo?

Cierro la puerta lentamente, como si eso pudiera contener las preguntas que se me acumulan en la garganta. Siento un sudor frío bajar por la espalda.

Me detengo justo al otro lado del ventanal que separa el salón del jardín. Las cristaleras abiertas dejan pasar la brisa cálida, pero yo no me muevo. Me quedo quieto, medio oculto entre las cortinas. Y entonces veo que Bela está de pie junto a la piscina, entre el sonido de las risas y los vasos que brindan, pero no se ríe. Ha dejado de hacerlo en cuanto ha visto a sus padres. Lo noto en su cuerpo. Es como si alguien hubiera apagado el interruptor de su seguridad. Se pone rígida y palidece. Su mirada se tensa como un hilo al borde de romperse.

Su madre ya ha cruzado medio jardín con paso firme, elegante, como si el césped fuera una pasarela privada. La besa en ambas mejillas con una ternura que no se corresponde con la frialdad que siempre intuí en ella. Bela no se lo esperaba, eso es evidente; está desconcertada.

No retrocede, pero tampoco responde. Se queda ahí, quieta, con una copa a medio sostener, como si no supiera si abrazar a su madre o pedirle explicaciones por aparecer en un universo que no les pertenece.

Detrás, aparece el padre que también la besa. Desde donde estoy, observo a Bela mirarlos a los dos como si fueran fantasmas. Fantasmas pulidos, bien vestidos y con sonrisas ensayadas, pero fantasmas al fin y al cabo. Su cara no miente: está en *shock*. Y lo entiendo, porque esos no son los padres que ella me ha descrito. No hay rastro del Arturo autoritario, del hombre que la obligaba a ser perfecta. Ni rastro de la mujer que miraba desde lejos, cómplice en silencio, siempre muda. Sonríen, sí. Se comportan como si esto fuera un reencuentro deseado.

Bela intenta recomponerse, traga saliva, se recoge el pelo como si con ese gesto pudiera encontrar de nuevo el control que siempre lleva cosido al cuerpo, pero no lo consigue. Sus padres han traspasado el decorado. Han cruzado esa línea invisible que mantenía separados su pasado y este presente retorcido y ahora no hay forma de volver atrás.

Y yo, mientras tanto, sigo tras el cristal. Viendo como se tambalea por dentro. Sabiendo que, aunque aún no me atreva a decirlo en voz alta, me jode verla así, porque parece una niña sin

suelo. Y eso, aunque no quiera admitirlo, me duele. Hace unas horas me he sentido yo así también.

No lo pienso, solo actúo.

Salgo al jardín y la rodeo por detrás con un brazo, con esa seguridad prestada que no siento, pero que ahora mismo necesito fingir. La agarro por la cintura, despacio, como si pudiera sostenerla antes de que se rompa del todo. Es un gesto calculado, sí, pero no del todo falso.

—Perdonad —digo, dirigiéndome a sus padres con una sonrisa amable—. La necesito un momento. Tengo que preparar una cosa y necesito ayuda.

Bela asiente, aunque no me mira. Su sonrisa es un disfraz tan fino que apenas tapa el temblor de su mandíbula. Y su espalda… su espalda está tensa como una cuerda de violín. Siento cómo se resiste por dentro al contacto, cómo lucha entre dejarse sostener y huir de mí.

La guío hasta el interior. Cruzamos el salón en silencio y llegamos a la cocina. Aunque está abierta al resto de la casa, nos da un pequeño margen de intimidad. Un rincón donde poder hablar sin que nadie escuche. Donde poder mirarnos sin máscaras.

Se apoya en la encimera, porque necesita un punto fijo para no derrumbarse. Aún tiene la copa de vino en la mano. Yo me quedo frente a ella, sin saber muy bien cómo empezar.

—¿Cómo estás? —pregunto por fin.

Me mira. Sus ojos están húmedos, pero no hay lágrimas. Solo ese brillo raro de quien no sabe si está a punto de explotar o de rendirse.

—No me lo esperaba —responde, con voz baja—. Verlos así… juntos, amables. Ha sido como ver una foto retocada de mi infancia. Mi padre… pocas veces me ha dado un beso como el de hoy. Y mi madre… parecía feliz de verdad. No ausente ni sumisa. Feliz.

No sé qué decir. A veces lo único que puedes hacer es escuchar. Ser un lugar seguro sin necesidad de palabras.

—Esto tiene que venir de algo muy gordo —añade ella—. Algo ha pasado, Joel. No puede ser solo magia o un mal sueño. Todo el mundo es… distinto. Mejor.

Se queda en silencio, mira el fondo de su copa como si buscara respuestas en el vino.

—Ayer no pensabas que todo fuera mejor, incluso esta mañana. Estás con un vagabundo, recuérdalo. Y no llevas pelazo y tacones.

Ella me mira de reojo.

—No deberías beber —digo, suave, casi en un susurro y señalo la copa.

Ella alza la mirada, sorprendida. Abre la boca para responder, para discutir, pero no lo hace. Me observa, simplemente. Creo que se acaba de dar cuenta de lo que eso significa.

—¡¿Qué?! ¿¡Lo dice porque estás embarazada!? ¡Ay, la virgen santa, que sí! ¡QUE SÍÍÍÍÍÍÍ!

Yara, cómo no. Ella aparece con los ojos desorbitados, como si acabara de encontrar la pista final de una novela de Agatha Christie. Aplaude, grita, corre hacia nosotros y nos abraza sin pedir permiso. Bela se queda rígida, con la copa aún en la mano. Yo intento articular algo, pero Yara no nos da ni medio segundo de tregua.

—¡ENHORABUENA! ¡ENHORABUENA! ¡Ay, lo sabía, lo sabía! Por cómo te has tocado la barriga antes, por cómo lo miras a él... ¡Ay, qué emoción!

Antes de que podamos desmentir nada, sale disparada al jardín como un torbellino. Tiene la copa de vino blanco rebosando en la mano, pero no se le cae ni una gota.

Se sube a una de las hamacas con una agilidad de circo y con el cuchillo que ha cogido para cortar limas, da unos golpecitos en el cristal.

—¡Atención, atención! —grita, radiante, con los rizos agitados por la emoción y la voz elevada por encima del remix de *Born This Way*—. ¡Los anfitriones tienen una GRAN NOTICIA que dar!

Yo me congelo.

Me doy cuenta de que no he respirado en los últimos segundos. Todo el mundo se gira. Los compañeros de la agencia dejan sus conversaciones, los padres de Bela se acercan sonriendo, mi madre levanta la cabeza desde la paella como si por fin algo mereciera más atención que el arroz.

Y yo… yo no puedo hablar. Tengo la garganta cerrada, la boca seca, las manos heladas. Me encuentro de pie frente a toda esa gente que, en teoría, forma parte de mi vida... pero no, no son míos. Ninguno lo es. Ni siquiera mi hermano o mi madre, que parecen emocionados, como si este fuera uno de los días más felices de sus vidas.

A mi lado, Bela sonríe, pero esa sonrisa no es suya. Es una mueca que le tiembla en las comisuras, que se quiebra en sus pupilas. Entonces siento su mano, que me agarra la mía y me la aprieta con fuerza. No me mira, no dice nada, pero ese gesto es suficiente para que yo me enderece, para que saque el aire de los pulmones y lo convierta en voz.

—Vamos a ser papás —digo.

Y lo digo en plural, porque aunque no entienda nada, aunque esta locura no tenga sentido, hay una parte de mí que empieza a sentirse menos sola cuando ella está cerca.

El jardín estalla en gritos, aplausos, vítores. Mi madre corre a abrazarnos. Mi hermano me da una palmada en la espalda con la efusividad de quien cree que ha ganado una medalla.

Nico salta y grita «*¡Vaya bombazo de campaña!*», como si esto fuera parte de una estrategia de *marketing*. Guille levanta la libreta y empieza a garabatear, Yara llora, Tesa brinda con una copa en alto. Y entre todo ese caos, la música sube un poco más.

I'm on the right track, baby, I was born this way...

Yo solo la miro a ella, a mi supuesta mujer. La que no quería dormir a mi lado, la que dijo que ojalá esto fuera solo un mal sueño. Y sin embargo, aquí estamos. Rodeados de aplausos, sudor, abrazos, vino y una mentira tan grande que ya ni siquiera sé si es mentira del todo.

15
Bela

Ya no queda nadie. El jardín parece otro ahora; parece que ha exhalado todo el ruido y el bullicio de la tarde y se ha quedado en silencio, aliviado. Recojo copas vacías, platos con restos de arroz, servilletas arrugadas que el viento empuja suavemente. Todavía huele a limón, a vino blanco y a la paella que ha preparado la madre de Joel.

Mis padres se han ido hace un rato. Cuando han sabido lo del bebé, diría que a ambos se les han encristalado los ojos. He tenido que contener el temblor de mis manos para que no se notara que eso me ha pellizcado el corazón, porque nunca creí verlos así. Mi madre parecía pequeña, relajada… incluso enamorada de mi padre. Y él… él ha besado mi mejilla con una dulzura desconocida, como si siempre me hubiera mirado con orgullo y yo no me hubiera dado cuenta.

Sigo recogiendo en silencio, hasta que escucho pasos tras de mí.

—La cocina del jardín ya está limpia —dice Lala, la madre de Joel, mientras se acerca con una sonrisa cálida y una mirada que abriga.

—Gracias… —murmuro, incómoda pero agradecida.

Ella no se va. Me ayuda con los vasos, con los restos de pan y las botellas medio vacías. Todo en ella es una coreografía suave, tiene una manera distinta de moverse, de habitar los espacios. Está claro que el mundo no le pesa tanto como a mí.

Cuando ya estamos apilando los últimos platos sobre la encimera, se queda quieta y me mira.

—Vas a ser una gran madre, Bela. Lo sé —dice con una serenidad que me paraliza.

No sé qué responder. No sé si llorar, reír o salir corriendo.

—Lo que hiciste por Joel… —continúa, dando un paso hacia mí —. Lo que eres para él… Solo quería darte las gracias.

—¿Gracias? —susurro, confundida.

—Sí. Joel es quien es gracias a ti y a tu amor. Desde que estás en su vida… todo ha cambiado. Esta familia ha vuelto a respirar. Has hecho algo grande y te estaré eternamente agradecida.

Me mira con ternura. Con una especie de certeza que me traspasa, como si viera en mí algo que ni siquiera yo conozco. Pero no entiendo, no sé de qué habla. ¿Qué he hecho yo? ¿Qué he conseguido exactamente?

—Gracias, Lala —le digo por inercia, con la voz atrapada en la garganta.

Ella sonríe, me acaricia el brazo con afecto y se despide con un «*buenas noches*» que suena más a bendición que a despedida. La veo desaparecer, ligera.

Me quedo sola bajo un cielo que parece pintado a mano. Las estrellas titilan con una calma que no encaja con la tempestad que llevo dentro. Me hundo en una de las hamacas, agotada, con las piernas aún temblorosas y las manos frías. Cierro los ojos un momento y cuando los abro, busco una estrella fugaz. No tengo claro qué le pediría si la viera. Podría pedir que todo esto termine, que mañana despierte en mi cama, en mi mundo, con mis tacones y mi café a las siete, pero… dentro de mí late algo. No solo un bebé, no solo la idea de un hijo, sino también una pregunta que se clava: ¿cómo se gesta una vida sin haber vivido ese momento?

Entonces suena un silbido bajito, casi como un juego. Abro los ojos y giro el rostro. Joel está en la puerta del salón, iluminado por la luz que se cuela desde dentro. Tiene las manos en los bolsillos y esa media sonrisa torcida que empieza a resultarme menos molesta.

—¿Puedo sentarme contigo? —pregunta.

Asiento, sin palabras.

Se acerca despacio y se deja caer a mi lado. No dice nada durante unos segundos, solo respira a mi ritmo. El silencio entre

nosotros ya no es incómodo, es más… suave.

—No te lo esperabas —dice, al fin.

—¿El qué?

—Esto. Yo. Todo. —Se encoge de hombros—. Que pudiera ser un poco decente.

—No es eso —respondo.

Joel gira un poco la cabeza y me mira. Tiene los ojos tranquilos esta vez, como si ya no huyera.

—Sé que todo es raro, que no entiendes nada, pero si ese bebé está ahí dentro —dice, señalando suavemente mi vientre—, puedes contar conmigo. Aunque sea para cambiar pañales con miedo o darte la mano si el mundo se sigue cayendo a pedazos.

Me dan ganas de llorar y no es por tristeza, sino porque algo en su voz me toca como una cuerda afinada en la nota exacta.

—¿Cómo puedes estar tan calmado? —pregunto.

—No lo estoy. Estoy acojonado —responde, y sonríe—. Pero tú tenías cara de estar más rota que yo y alguien tiene que mantener la calma, ¿no?

Lo miro. Ese hombre que hasta hace dos días estaba tirado en una esquina, con la barba desordenada y los zapatos rotos, ahora parece más firme que cualquier otro que haya conocido. Más firme que mi padre, incluso que yo misma.

—Gracias —susurro—. Por no soltar mi mano antes. Lo necesitaba. Sentí que mi vida… se me escapaba como aceite caliente resbalando por los dedos. Me estaba quemando viva.

Joel me observa en silencio y en un gesto lento, toma mi mano de nuevo.

—No pienso soltarla. Estamos juntos en este juego.

Mi corazón se acelera y justo cuando creo que el momento va a volverse demasiado… frágil, Joel carraspea y añade:

—Aunque si me toca acompañarte al ginecólogo, te aviso que no pienso mirar cuando metan ese palo raro. No estoy preparado para esos traumas.

Suelto una carcajada.

Entonces se abre la puerta del salón y aparece Gus. Lleva una sudadera nueva y perfecta, va descalzo y lleva un copa de vino en la

mano y una sonrisa en la cara.

—Bueno, bueno… —dice—. ¿Qué hacen los tortolitos bajo las estrellas?

Me suelto de la mano de Joel con un gesto suave, casi con pena. Me incorporo y le devuelvo una media sonrisa.

—La tortolita ya se van a dormir —respondo, con una voz más dulce de la que me esperaba escuchar salir de mí misma.

Gus se acerca y me da un beso en la mejilla.

—Gracias por todo, Bela. De verdad. Hoy ha sido… especial. Hacía siglos que no veía a mi hermano así.

—No me des las gracias a mí —respondo, y miro a Joel—. Yo solo he puesto la casa.

—Y el útero —suelta mi supuesto cuñado.

Nos reímos los tres y entonces miro a Joel. Él me sostiene la mirada, largo, profundo y hay algo en sus ojos que me atraviesa.

—Te dejo con tu hermano —le digo, bajito—. Así estáis un ratito solos.

—Descansa —me dice.

—Buenas noches —le respondo.

Me despido de Gus con una sonrisa y una caricia en el brazo. Luego me alejo, atravieso el jardín en penumbra, con el corazón que me palpita lento pero intenso.

16
Joel

Gus se deja caer en la hamaca que Bela ha dejado libre hace unos minutos, todavía con la copa de vino en la mano y ese aire de tipo despreocupado que siempre le ha rodeado. Yo me quedo en silencio, miro el cielo, escucho la brisa mover las hojas del pino que hay cerca de la piscina. Todo es extraño.

—¿Papá, eh? —dice con una sonrisa torcida.

Le lanzo una mirada de medio lado y sonrío, intento que no se me note la tensión en el pecho. Él se ríe.

—No me puedo creer que vaya a ser tío. Me alegra veros bien; de verdad.

—Sí… estamos bien —respondo, eligiendo las palabras con cuidado. Me acomodo un poco—. ¿Quién lo iba a decir, eh? Después de todo lo que pasamos...

Gus asiente, lento. La copa se balancea entre sus dedos.

—Ya ves. Si nos lo dicen hace un par de años, no lo creemos.

Me río con suavidad. No quiero parecer desconcertado, aunque lo esté. Necesito que me lo cuente él, sin sospechar que yo no tengo ni idea de cómo hemos llegado hasta aquí.

—Mamá parece feliz. Hacía mucho que no la veía así.

—Está en la gloria, Joel. Tenerte otra vez… le devolvió el alma. Pensaba que no ibas a volver nunca.

—Bueno, supongo que tuve motivos para volver —dejo caer la frase como si supiera perfectamente lo que implica. Miro hacia la casa, donde Bela debe de estar recogiendo algo.

Gus se ríe.

—Esa tía es increíble. Lo que hizo por ti, por vosotros… no tiene nombre.

—Ya… —levanto una ceja.

—Cuando os vi por primera vez, flipé, porque os mirabais como si ya os conocierais de otra vida.

Trago saliva. Me cuesta seguir fingiendo que sé de qué habla, pero no puedo permitir que lo note.

—Supongo que fue más fuerte de lo que pensaba. Que nos arrasó sin pedir permiso.

—Tal cual. Y cuando viniste a casa a hablar con mamá, después de todo lo que pasó con el restaurante, fue como si esa mujer te hubiera devuelto la voz y el valor. Ya no eras el mismo. No solo volviste, volviste entero.

Mi pecho se encoge. Me apoyo mejor en el respaldo.

—Gracias por no haber cerrado del todo la puerta.

—Fue por ella, tío. Por cómo luchaba por ti, por cómo te defendía sin levantar la voz. Y porque mamá no podía seguir sin verte; estaba apagándose. Bela la encendió. Nos encendió a todos.

Lo miro y no sé qué decir.

—No dejes que se vaya nunca, Joel. Esa mujer es luz. Y tú ya sabes lo que es vivir sin ella.

Asiento otra vez, pero por dentro, sigo perdido. La única certeza que tengo es que, si todo esto es un sueño, es el más hermoso y no quiero despertar.

—¿Y tú en qué momento has dejado de llevar esas camisetas de *heavy* metal con calaveras que daban miedo? —le pregunto para seguir sabiendo cosas de él.

Gus se ríe con esa carcajada grave suya y, por un momento, todo es tan natural que me asusta. Me limito a acompañar su risa con una sonrisa que esconda todas las preguntas que me arden en la lengua.

—La edad, tío. Y que ahora tengo que dar buena imagen en la empresa, ya sabes cómo es esto.

—Claro, claro. ¿Qué tal lo llevas?

Lo digo como quien confirma algo sabido, como quien lo tiene fresco en la cabeza, pero por dentro estoy alerta, busco cualquier detalle.

—¡Genial! —dice él, con orgullo—. Llevar la parte logística de la línea de *catering* para los vuelos privados de tu suegro a veces es complicado. Empezamos con pocos vuelos, solo para clientes VIP, pero ahora ya trabajamos con rutas semanales para tres países. Y todo gracias a ti, claro.

Me quedo quieto, trago saliva como si fuese cerveza caliente, pero no lo interrumpo.

—Cuando hablaste con don Arturo y le vendiste la idea de montar un servicio de *catering* de autor para los *jets*… tío, ahí cambió todo. Nos diste la oportunidad de volver a empezar, de demostrar que valíamos. A mamá le encantó volver a Madrid y cocinar, y lo sabes: esa mujer hace magia con dos ajos y un calamar. Si la vieras con su propio equipo. Hay cocineros que la tratan como si fuera Ferran Adrià.

Vuelve a reírse y yo asiento como si lo recordara. Como si no me temblara todo por dentro. Es muy fuerte todo lo que estoy escuchando.

—No tenías por qué hacerlo. Después de todo lo que pasó… nos diste una segunda vida. Y encima con Bela a tu lado, que es una diosa, *bro*. Yo no sé cómo la convenciste, pero madre mía. Si no la tuvieras tú, lo intentaba yo.

—Ni lo sueñes —le digo, y sonreímos como si siempre hubiéramos bromeado así.

Lo observo mientras da otro trago y se estira como si estuviera en su casa. Quizá lo está. Quizá todos lo están menos yo.

—¿Y tú? —pregunta, girándose hacia mí—. ¿Tú cómo estás?

Casi me hace gracia la pregunta. Como si pudiera responderla sin caer en contradicciones, como si supiera, siquiera, quién se supone que soy en este lugar.

—Feliz —respondo al fin, y me sorprende que no sea mentira del todo—. No sé qué hice bien para merecer esto, pero… lo agradezco cada segundo.

Gus asiente con los ojos brillantes.

—Lo hiciste todo bien, Joel. Todo. Lo jodiste, sí, como todos, pero luego lo arreglaste. Nos uniste y eso no lo voy a olvidar nunca.

Me quedo en silencio y me trago las emociones como si fueran espinas. Lo único que hago es darle una palmadita en el hombro.

—Tú tampoco lo estás haciendo mal, hermanito.

No tengo ni idea de cómo llegamos aquí. Pero mientras lo veo, mientras escucho su voz y pienso en mamá en una cocina de vuelos privados… me doy cuenta de que todo esto parece demasiado real y esa certeza, pequeña y rebelde, se clava como un anzuelo en mi pecho.

Cuando abro la puerta del dormitorio, lo primero que veo es la luz tenue de la lámpara encendida y a Bela sentada en la cama, con el móvil entre las manos. Está ojeando fotos. Hoy hemos hecho muchas.

—Pensaba que estarías dormida —digo, en voz baja, mientras me acerco.

Ella no levanta la vista, pero suelta un suspiro suave.

—No quería dormirme antes de que volvieras.

—¿Por qué?

—Por si esta es nuestra última noche juntos. Por si mañana… todo vuelve a ser como antes. Al final, tú eres el único que me entiende, aunque me joda aceptarlo.

Me quedo quieto. Esa frase me aprieta el pecho. No sé qué decir. Me acerco un poco más y me siento al borde de la cama.

—Te he visto distinta hoy —le digo, sin rodeos—. Más… relajada. Parecías cómoda en esta piel.

Ella suelta una risa breve, sarcástica, y deja el móvil sobre la mesilla.

—No te flipes. No me he convertido en *hippie*.

—No, claro. Aún tienes esa forma de alzar la ceja como si estuviéramos todos por debajo de ti.

—Eso es natural. Viene con el apellido —responde, y noto que lo dice sin defensa. Casi con ternura hacia sí misma.

—¿Entonces?

—Entonces… no ha estado mal. El día, digo. Muchas emociones, demasiadas y aún no las he digerido. En dos días he saltado entre vidas y personalidades como si fueran disfraces y estoy… agotada.

Me quedo callado, esperando que siga. Algo me dice que no ha terminado. Que si me ha esperado es porque necesita desahogarse.

—Pero lo que me tiene más confundida —continúa, abrazándose las piernas— es que, a pesar de todo, hoy… ha habido momentos en los que me he sentido bien. Casi *normal*. Como si todo esto no fuera tan extraño, tan nuevo. Como si mi cuerpo supiera cosas que mi cabeza aún no entiende.

—¿Cómo qué cosas?

—No lo sé. Cosas pequeñas. Cómo moverme por la casa, cogerte la mano, hablar con los que se supone que son nuestros amigos, responderle a tu madre. Como si lo hubiera hecho mil veces antes. Me da miedo, Joel. Porque no sé si esto es real o no, pero hay algo dentro de mí que ya lo reconoce. Que no lo vive como una sorpresa, sino como si fuese la continuación de algo.

—¿Y si lo es? —pregunto en voz baja.

—Eso es lo que más me asusta. Que tal vez… lo sea. Que en algún lugar del tiempo, ya haya vivido esto contigo. Que no esté improvisando, sino recordando... aunque no sepa cómo ni cuándo.

La observo. Su pelo ya no es el de ayer, su voz tampoco pero hay algo en sus ojos que sigue siendo Isabela Montalbán: esa mezcla entre exigencia y fragilidad, entre superioridad y ganas de que alguien la abrace sin que tenga que pedirlo.

—¿Has superado ya lo de tus padres? —le pregunto.

—¿Sabes lo peor de haberlos visto hoy?

Niego con la cabeza, sin interrumpirla.

—Verlos… así. Tan felices, tan fáciles, tan… cálidos. He sentido que la imagen que yo tenía de ello me la había imaginado, esa en la que eran fríos, distantes, inaccesibles. He llegado a pensar que el problema era yo.

Hace una pausa. Me acerco un poco, solo quiero que sepa que estoy aquí.

—Crecí pensando que era un borrador mal hecho. La hija que no llegaba. La que no encajaba en la vitrina perfecta de los Montalbán. Tengo tres hermanos por delante: Gorka, el mayor, socio de mi padre desde los veintisiete. Serio, impecable, con esa mirada de CEO que parece medir cada palabra. Luego estaba Luis, que

amaba más las fiestas que los balances, pero sabía ocultarlo. Sabía jugar con mi padre, hacerle reír, hablarle en su idioma. Y después, Roberto, el más listo de todos. Estudió fuera y se quedó en el extranjero, trabajando para una de las filiales. Como un trofeo que mi padre podía mostrar sin tener que verlo.

Bela se muerde el labio. Sus ojos ya no son tan fríos. Hay algo vulnerable en ellos; parece una niña que intenta que no se le noten las costuras.

—Y luego estaba yo —añade—. La pequeña. La que llegó tarde, cuando ya no quedaban expectativas reales. O al revés: cuando todas eran imposibles. Siempre intentando subir un pozo sin fondo. Imitarlos. Ser como ellos. Gustar. No a mí misma… a ellos.

Trago saliva y me duele escucharla. Sé lo que es ese hueco en el estómago que deja el no sentirse suficiente.

—No podías compararte —le digo, muy bajito—. Porque tú eres única.

Ella me mira. Rueda los ojos, como si mis palabras fueran una cursilería que no se merece, pero no dice nada. Ese silencio es suficiente.

—No lo digo por decir —insisto—. Te vi durante años cada mañana. Caminabas como si el suelo se abriera a tus pies. Tacones de infarto, labios perfectos, mirada firme. No parecía que te temblara nada. Ni la voz ni el pulso ni el alma.

—Justo por eso —responde, casi en un susurro—. No caminaba así por mí. Lo hacía para demostrarles que valía. Que podía estar a la altura, que merecía existir en su mundo de trajes caros y apellidos con peso, pero no sabes lo cansado que es gustarle a todo el mundo menos a ti misma.

Se hace un silencio largo. De esos que no se llenan con nada, o solo con la respiración compartida, con el reconocimiento mudo de dos personas que dejan caer parte de su armadura.

—Yo siempre te vi —le digo al fin—. Desde fuera, sí, pero no como un peón más del tablero. Siempre pensé que eras la reina, aunque no lo supieras.

Esta vez no se ríe ni se burla de mí, solo me mira como si por fin alguien le hablara el idioma que ella no sabía que hablaba.

Y aquí, en esta habitación, en esta casa que no sentimos nuestra, en medio de una realidad que no entendemos, ocurre algo. Nada físico o grandioso, pero es algo. Quizá un respiro, una tregua y creo que con eso basta para empezar a sanar.

—¿Y si mañana nos despertamos y todo ha sido mentira? —pregunto, casi en un susurro.

Ella me mira, sin contestar.

—No sé si alguna vez me había planteado ser padre. Creo que no, pero hoy… cuando todos nos abrazaban, cuando mi madre me miraba como si le hubiera devuelto algo perdido… sentí algo raro; algo que me llenó por dentro.

Bela frunce los labios. Escucha, aunque no sepa cómo reaccionar.

—Gus me ha dicho que todo cambió gracias a ti —añado—. Que hiciste algo grande por mí. Y no hablo de esta fiesta, hablo de antes, de lo que nos trajo aquí.

—¿Yo? —replica, incrédula—. La Isabela Montalbán que yo era no daba un euro por el vagabundo de la esquina, iba por la vida con prisa, con el móvil en la mano, el bolso de marca y la agenda repleta de reuniones. No sé qué pudo haber cambiado.

—Algo cambió. Tal vez fue un gesto o tal vez… el día que me miraste de verdad por primera vez.

Ella está reflexionando sobre lo que le he dicho.

—Si mañana todo vuelve a ser como antes… solo quiero que sepas que estoy agradecido por estos dos días, por haber vivido contigo en este mundo raro e idílico. Me alegra que hayas sido tú mi compañera en este viaje —le digo mirándola fijamente.

Sus ojos se humedecen, pero no llora; no lo hace nunca. Tiene la piel dura, como los árboles viejos que siguen en pie aunque el viento los doble.

Me acerco un poco más.

Ella solo asiente y entonces me tumbo a su lado, sin tocarla, para que, si se arrepiente, solo tenga que girarse y darme la espalda. Y yo… yo solo quiero que se sienta a salvo, aunque mañana todo desaparezca.

17
Bela

No sé cuánto tiempo llevo dormida, pero me giro hacia el lado izquierdo, como suelo hacer cada noche y, de pronto, algo me impide moverme con normalidad. Hay un volumen extraño entre mi cuerpo y las sábanas.

—¡Joel! —grito con todas mis fuerzas, voz aguda y desesperada —. ¡Joel, joder!

Miro hacia abajo y veo una montaña, una maldita montaña viva. Un barrigón descomunal se levanta frente a mí y tensa mi vientre como si fuera a romperse. Puedo ver incluso una forma moviéndose bajo la piel, como una ola. Me cuesta respirar, tengo las piernas abiertas sin poder cerrarlas del todo y los riñones como si me hubieran molido a palos. Es como si me hubieran tirado encima el mundo entero mientras dormía.

Él da un respingo, se gira aún con los ojos medio cerrados y masculla:

—¿En serio? ¿Tienes que despertarme a gritos cada mañana? Esto empieza a parecer un hábito de mierda…

—¡Mírame!

Y cuando por fin lo hace, cuando sus ojos se topan con mi barriga, se incorpora como un resorte.

—Me cago en la puta.

Durante unos segundos, ninguno de los dos dice nada. Veo que su cara está blanca y supongo que la mía estará igual.

—Esto no es normal —murmuro.

—Ni de coña —responde mientras se rasca la cabeza como si eso fuera a aclararle las ideas.

—¿Qué está pasando? —le pregunto como si me fuese a dar la verdadera respuesta.

Se levanta y empieza a dar vueltas por la habitación con las manos en la cintura. Me mira y me vuelve a mirar.

—¿O sea, ¿qué somos? ¿Edward y Bella, los de *Crepúsculo*? —sugiere, y luego se ríe, sin humor—. ¿Te acuerdas cuando el bebé le crecía a velocidad absurda?

—No me jodas —le lanzo una almohada, pero no llega—. No me hagas bromas con esto. ¡Que encima me llamo igual que la protagonista! ¡Ay, Dios mío! ¡Tengo un alien en el cuerpo!

—No es un alien —se acerca un poco más todavía con miedo, como si pudiera estallar—. Es… un bebé.

—¡Ya lo sé! —le grito, con un temblor en la voz que me delata.

El miedo es una cosa horrible cuando no puedes entender de qué estás huyendo. Joel se sienta al borde de la cama y tras unos segundos en silencio, suelta:

—Vale. Esto se nos ha ido completamente de las manos.

Lo miro y entonces me doy cuenta de que está serio, ojeroso y tiene los nudillos rojos, como si hubiese estado apretando los puños toda la noche. No parece un héroe, ni un marido perfecto, ni nada de lo que aparentaba ayer. Solo parece cansado, humano.

—¡Mira!… ¿lo has visto? —pregunto en voz baja—. Se mueve.

Él asiente, sin mirarme.

—Sí y da bastante miedo, la verdad.

—Yo no quería esto. —Mi voz se quiebra—. No quiero esto así. No quiero despertarme con esta cosa dentro y sin saber si es niño o niña, si está bien, como se va a llamar, de cuántos meses se supone que estoy…

Joel se frota la cara, suspira y se levanta otra vez. Camina hasta la ventana y apoya la frente en el cristal.

—Cada día es una historia distinta —dice para sí mismo—. Cada día estamos más metidos en una versión de nosotros que no conocemos y lo peor es que ya no sé cuál me da más miedo: si volver a lo de antes o seguir despertando aquí.

Guardo silencio. Me aprieto el vientre con ambas manos por que el bebé vuelve a moverse y me duele. Todo es tan real que me

acojan todavía más.

Joel se da la vuelta y me vuelve a observar.

—No te prometo que vaya a saber llevar esto bien —dice—. Pero si este bebé es de los dos… supongo que me toca aguantar. —Hace una pausa—. Aunque me den ganas de saltar por la ventana, la verdad.

—Pues no lo hagas —respondo, seca—. Porque si me dejas sola, te juro que te resucito solo para matarte otra vez.

Es la primera vez que lo decimos tan en serio todo pero a la vez lo disfrazamos de broma, como si fuera más fácil así. Él sonríe y me gusta porque aunque sea una sonrisa cansada, también es sincera.

—Sabes que estás insoportable, ¿no?

—Y tú eres un bocazas con aires de mártir. ¡Ayúdame, joder! Que no me puedo levantar.

Se acerca y me ayuda a incorporarme, pero con torpeza. No está acostumbrado a esto, se le nota, pero lo intenta. Se queja en voz baja de que le duele la espalda, que esto no es lo suyo.

—No eres muy servicial, ¿eh?

—No soy tu mayordomo —dice—. Bastante tengo con fingir que esto no me pone los pelos de punta cada segundo.

Y entonces, sin darme cuenta, apoyo la cabeza en su hombro.

—Gracias —susurro.

Él no dice nada, pero no se mueve ni se aparta; me deja estar. Solo sé que estoy de pie, pegada a su cuerpo, como si el mío lo buscara instintivamente. Quizá porque es la única ancla que me queda; porque, en este naufragio que es mi vida, él parece ser lo único que flota conmigo.

Joel me mira. Tiene los ojos rojos, no sé si del sueño o del miedo.

—¿Puedo…? —dice, y baja la mirada hacia mi barriga—. ¿Puedo ponerte la mano?

No me esperaba que me lo pidiera así con ese tono. Le tiemblan los labios. Le hago un solo un gesto lento para asentir. Me sorprende que no me dé vergüenza o asco, que no me dé reparo que me toque en este estado. Tal vez porque él es el único que está aquí conmigo, el único que también ha amanecido atrapado en esta locura.

Apoya la palma sobre mi vientre con tanta suavidad que casi no lo noto. Luego el bebé da una patada y hace que él abra los ojos como si acabara de ver una estrella fugaz y no puedo negar que en ese instante me relajo por un segundo.

—Está ahí —susurra.

—Sí —respondo—. Me da que quiere salir corriendo de este teatro absurdo.

Él sonríe y yo también, un poco. Por dentro, se me afloja algo, un nudo que quizá llevaba días apretado. Qué caprichosa es la vida. Dos personas tan distintas: un vagabundo y una niña de papá, un hombre roto y una mujer que solo sabía aparentar, ahora… tan iguales.

Me da rabia aceptar que en este momento, él me parece lo más verdadero que tengo, lo más cercano a algo parecido a un hogar, porque Joel —mi extraño, mi marido, mi compañero de salto— está en mi equipo y eso, en medio de tanta incertidumbre, es casi un milagro.

18
Joel

No sabía que algo tan pequeño pudiera hacerme temblar de esta forma. No sabía que el simple gesto de apoyar mi mano sobre la barriga de otra persona pudiera cambiarme el ritmo del corazón, pero está ocurriendo en estos momentos.

Mi palma descansa sobre su piel tibia y tensa, y entonces siento un movimiento leve, inesperado, como una ola diminuta que golpea desde dentro. No es solo que el bebé se mueva, es que parece estar dándome una señal. Me ha desarmado por completo.

He pasado tantos años flotando en la superficie de una vida rota que ya no recordaba lo que era sentir el peso de algo verdadero. No recordaba lo que era pertenecer a algo o a alguien y, ahora, el universo, la vida, Dios o quienquiera que esté moviendo los hilos, me ha lanzado una partida nueva, sin reglas claras. Me da la sensación de que es el último nivel de un videojuego: *Has fallado cuando solo eras tú, a ver qué haces ahora con una mujer, una empresa, una familia y un hijo*.

Cierro los ojos un instante para respirar hondo. A mi lado, Bela está quieta. La noto un poco tensa al principio, quizá sorprendida por mi atrevimiento o mi delicadeza, no lo sé, pero no me aparta la mano y si traduzco eso a su lenguaje, es casi un abrazo.

La miro y veo que está descalza, con ese pelo rubio platino de nuevo, despeinada, sin maquillaje, con la expresión algo cansada y aun así… joder, la veo preciosa.

Le queda bien esta nueva vida, ese cuerpo distinto, esas curvas suaves, esa mirada menos severa. Le queda bien ser mi mujer, aunque no sepamos por qué lo es.

Nunca imaginé que a una chica como ella, tan perfecta y calculada, pudiera sentarle tan bien el caos. Porque eso somos: caos envuelto en sábanas limpias. Una mentira que se va pareciendo demasiado a la verdad.

Muevo los dedos, despacio, sobre la barriga y ahí vuelve: otro pequeño empujón. Un golpe o un saludo y me río en silencio. Ese bebé está dentro, vivo y real pero yo no sé nada de él. Ni cuándo llegó, ni cómo, ni si de verdad es mío o simplemente esto es parte de algún extraño guion del universo, pero mientras se mueva, mientras me recuerde que está ahí… yo no me pienso ir.

La miro de nuevo y nos quedamos así un rato, unidos por un silencio extraño, tierno, íntimo. Como si ese gesto —una mano sobre una barriga— nos hubiera enseñado a hablarnos por fin. Y pienso que quizá esta sea la primera vez en años que me siento necesario. No útil o funcional. *Necesario*. Aunque yo no lo recuerde, en medio de este sinsentido, alguien me ha elegido para algo que importa.

Me quedo quieto, tanto que podría confundirme con el aire. Bela tiene la mirada en mí, tan cerca, tan calmada por un segundo, que me da por pensar que estamos entrando en otro terreno menos hostil.

Me sostiene la mirada y suelta:

—¿No me jodas que ahora vas a ser el típico papá ñoño? No me des más drama, que ya tengo bastante.

Lo suelta con media sonrisa, pero su tono tiene filo. Esa frase… es tan Isabela Montalbán que casi me río. Me jode porque, por un segundo, había bajado la guardia, había sentido que esta mujer, que esta madre que lleva a mi supuesto hijo dentro, podía ser alguien con quien construir algo real; pero claro… ahí está: la niña pija, la que tiene una pulla guardada en cada costilla.

Ella ya se aleja hacia el baño como si nada, como si no acabara de pegarme un puñetazo con guante de seda. Cuando oigo el chorro de la cisterna, suspiro. Me paso las manos por la cara. No sé si estoy más cansado, emocionado o directamente aturdido.

Voy hacia la cocina porque necesito café. Me da igual si es del ese puro, negro, sin azúcar. A ver si así se me ordenan las ideas o, al

menos, me quemo lo suficiente como para que mi cerebro se ponga en marcha.

Pegado en la puerta del frigorífico, entre dos imanes con frases cursis —esas que yo mismo debí escribir en algún momento de lucidez amorosa— hay dos ecografías. Me acerco despacio. No sé por qué, pero me tiemblan las manos.

Tomo la primera que es en blanco y negro. Apenas un par de formas confusas que no sabría leer sin la ayuda de alguien. ¿Es eso una cabeza? ¿Un corazón latiendo en forma de sombra? Es como mirar el universo antes del Big Bang. Todo está ahí, pero aún no sabes qué significa. La dejo con cuidado y cojo la otra. Esta es diferente. En tonos dorados, cálidos, como si el bebé se estuviera gestando dentro de una estrella; creo que es una eco 4D. La criatura se tapa la cara con la mano, tímido, pequeño, con esos deditos que parecen brotar de la misma ternura. Apenas se le ve… pero lo suficiente como para que me atraviese un escalofrío por dentro.

Siento algo que nunca había sentido; es una felicidad absoluta, pero no de esa que se grita y se aplaude. Es una felicidad muda, que trepa por dentro y se instala como una semilla en el centro del pecho. Me quedo mirando esa imagen y me pregunto cómo reaccioné la primera vez que la vi. ¿Estuve allí? ¿Lloré? ¿Dije alguna tontería como suelo hacer cuando no sé manejar la emoción?

Ojalá lo acordara.

Cuando dejo la ecografía, veo que hay una carpeta sobre la encimera. Es blanca, sencilla, con letras grandes escritas en rotulador: **«Bebé en camino»**. La acaricio con la yema de los dedos porque parece que es sagrada. Pienso en la ironía. En cómo hace nada, lo único que sabía con certeza era que si llovía en Madrid me iba a calar. Que la lluvia me traspasaría la ropa, la piel, los huesos y que acabaría tiritando en algún banco, bajo alguna marquesina rota y ahora… Ahora tengo una carpeta con mi letra, una mujer en el baño que me odia y me necesita al mismo tiempo, una casa llena de rastros de mí que no recuerdo haber dejado y un hijo o una hija. Algo. Alguien que se mueve dentro de ella como una estrella en formación. No sé si soy digno de todo esto, pero joder, quiero intentarlo.

19
Bela

No sé cómo he llegado a la cocina. Bueno, sí lo sé: arrastrando esta barriga que parece tener el peso exacto del planeta Tierra. Me siento un globo de agua con piernas, una esfera desequilibrada con una vejiga al borde del colapso. Hacer pis se ha convertido en mi única actividad física constante. Nadie lo cuenta; todo el mundo habla del brillo en la piel, del pelo más fuerte, de la conexión mística con el bebé. Mentira; todo es una maldita mentira. Lo único que siento es una presión que me empuja hacia el suelo como si en vez de un bebé, llevara dentro una roca prehistórica.

Cuando cruzo el umbral, lo veo.

Joel está de espaldas, preparando café con una calma casi ofensiva. Como si todo esto —la barriga, la locura, la incertidumbre — no lo tocara. Tiene ese aire sereno, ese andar lento pero firme de quien no necesita disfrazarse para parecer fuerte. Lleva puestos unos pantalones de pijama caídos justo donde empiezan las curvas de su espalda y su camiseta se le sube apenas unos centímetros. Lo suficiente para que vea la línea que separa su piel del mundo.

Me detengo y observo su pelo que tiene reflejos rubios. Son cálidos, dorados, como si el sol se le hubiera quedado dormido ahí. Y sus hombros... hay algo en la forma en que se tensan al verter el café que me desmonta.

Entonces se gira y nuestros ojos se cruzan.

Los suyos son grises. Grises como una tormenta contenida. No ese gris aburrido de los días nublados, sino ese gris profundo de las nubes que anuncian el final de algo. Tengo la sensación de que si lo miro más de la cuenta, esa tormenta va a caerme encima, que va a

romperse sobre mi pecho y no voy a saber cómo protegerme de su intensidad.

Son ese tipo de ojos que no se miran, se sobreviven.

Sé que se ha dado cuenta de que lo estoy mirando de otra manera. Me pilla y a la vez me atrapa. Así que decido hacer lo único que sé hacer bien: disparar.

—Estar embarazada es una mierda —suelto, con ese tono entre enfado y drama que tanto me gusta practicar—. Tú ahí tan feliz, tan entero y yo aquí, convertida en un globo humano, sufriendo como una mártir.

Él sonríe con suavidad, como si ya esperara mi ataque.

—Quizá estás así porque te han puesto la barriga de golpe —responde, y su tono es de esos que calman el aire, como si su voz tuviera el poder de apagar incendios.

—No —rebato mientras me cruzo de brazos como si eso no me doliera—. Esto es así siempre. ¡Siempre! Lo que pasa es que la gente miente; se lo callan; fingen que es bonito, que es mágico, pero la verdad es que es incómodo, pesado y duele. Me duele la espalda, los riñones y hasta el alma. Estoy sudando en sitios que no sabía que se podían sudar y encima, seguro que no puedo ni ponerme mis tacones favoritos.

Me mira sin decir nada, pero no me juzga ni se burla. Solo… me escucha. El silencio se alarga como un chicle caliente y me incomoda, así que, como buena experta en incomodidades, lo corto de raíz.

—¿Ese café es para mí? —pregunto.

Joel gira un poco la taza, se la acerca más al pecho, como protegiéndola y niega con la cabeza sin perder esa expresión de falsa calma que me crispa.

—No. Tú no puedes beber café. Estás embarazada, ¿recuerdas?

Aunque sus palabras son casi dulces, yo las recibo como si me hubiera clavado una astilla bajo la uña.

—¿Y desde cuándo tú eres el ginecólogo de esta casa?

Él me lanza una mirada ladeada, divertida, con un toque de cansancio.

—Desde que me toca aguantar tus cambios de humor y tus quejas cada dos minutos. Diría que me he ganado un diploma en embarazo exprés.

Observo cómo le da un trago a su taza con una parsimonia que roza la provocación. Espero que se atragante, al menos un poquito, pero no. Bebe tranquilo; tranquilísimo. Como si ese café fuera un bálsamo, como si su lengua estuviera acostumbrada a ese sabor amargo.

—Parece que me has obligado a acostumbrarme a este café en esta vida inventada —comenta, con una media sonrisa—. Porque antes no lo soportaba. —Se relame los labios y siento un pinchazo en medio del esternón que nada tiene que ver con el embarazado, estoy segura; pero no le hago caso—. Insufrible —murmura él, como si lo dijera para sí.

—¿Perdona? —me saca de mi ensoñación.

—Tú. Eres insufrible a ratos, pero bueno, al menos no eres sosa —se encoge de hombros, como si eso fuera un halago.

—Qué amable. No sé cómo no me enamoré antes de ti —le lanzo con sarcasmo y me cruzo de brazos mientras mi barriga protesta.

Joel, en lugar de devolverme otro comentario punzante, se acerca al frigorífico y sin decir nada, descuelga las dos ecografías que colgaban entre imanes con forma de frutas y *post-its*.

Me las tiende en silencio. Las sostengo con ambas manos. La primera es en blanco y negro; un borrón, apenas un indicio. Un universo en construcción. La otra tiene tonos cálidos. El bebé —mi bebé— tiene las manos sobre la cara. No se le ve del todo, quizá es tímido o testarudo, no sabría decirlo, pero esos dedos… tan pequeños, tan perfectos. Al verlos algo se deshace en mí.

Me llevo la mano a la barriga, sin pensarlo. Un gesto automático, casi maternal. Joel no dice nada, pero sé que me observa. Me pesa su mirada más que esta barriga.

—He encontrado la carpeta —dice Joel—. Pero no la he querido abrir sin ti.

Alzo la mirada despacio y veo que sus ojos están fijos en los míos.

Nos sentamos juntos, hombro con hombro, cómplices de algo que no hemos elegido pero que, de pronto, nos une. La carpeta está sobre la mesa y es de cartón sencillo, sin adornos. Joel la abre con cuidado. Sus dedos rozan el borde de las hojas con un cariño que no esperaba de él. Dentro hay papeles clínicos, analíticas, controles médicos, registros de citas, informes con fechas que no recuerdo haber vivido. Y entre todo eso, un par de ecografías en blanco y negro que parecen pertenecerle a otra mujer, a otra Bela. A la que vivió este embarazo que yo solo siento hoy, en este cuerpo que apenas reconozco.

Él hojea los documentos despacio. De vez en cuando asiente, como si entendiera algo. Se lleva la taza de café a los labios y bebe sin fruncir el ceño y de nuevo lo miro; no puedo evitarlo. Lo observo en silencio y me sorprendo deseando quedarme así. Solo así: mirándolo.

Joel me pilla de reojo y dos segundos después se levanta.

—Espera un momento —murmura, con ese tono suave suyo que empieza a colarse en los rincones de mi cabeza.

Lo sigo con la vista. Camina hacia la cocina sin hacer ruido. Abre el cajón de la fruta, saca un par de naranjas y comienza a exprimirlas con paciencia. El zumo cae en el vaso como un hilo de luz, dorado y espeso. Después pone pan a tostar, abre la nevera, saca una bandeja con lonchas de pavo y, mientras la tostadora trabaja, se dedica a poner aceite de oliva sobre el pan. Todo con una precisión silenciosa que me deja sin palabras.

Y ahí, en esa cocina iluminada por la mañana, con su pijama arrugado y el pelo aún despeinado, Joel parece otra cosa. Ya no es un vagabundo ni una pieza perdida, sino un hombre que me cuida, que se toma el tiempo de hacer las cosas bien.

Cuando me pone el desayuno delante, no dice nada. Solo lo deja ahí, como si fuera lo más natural del mundo y yo me quedo helada, porque jamás —ni una sola vez— alguien había hecho algo así por mí.

Es un gesto tan sencillo y tan puro que me atraviesa sin avisar. Siento un leve temblor en el pecho, algo así como un pellizco. Como una grieta que se abre, pero no dejo que lo note. Me muerdo la

lengua, me arreglo el pelo, me mantengo entera, porque si digo algo, se rompe el equilibrio.

Él se sienta a mi lado de nuevo. Vuelve a su café sin drama, sin palabras grandilocuentes. Bebo un sorbo de zumo, saboreo el dulzor denso que me queda en la lengua, cuando noto que Joel deja de moverse; se congela. Hay algo en ese papel que sostiene entre los dedos. Dejo el vaso sobre la isla, con cuidado, y le pongo la mano sobre el brazo. Es un gesto automático.

—¿Estás bien? —pregunto, en voz baja—. ¿Hay algún problema?

Mi corazón se eleva de golpe, como si hubiese dado un salto sin aviso, la sangre se me agolpa en las sienes. Durante un segundo, temo cualquier respuesta. Un dato médico, un aviso, un error… algo que rompa esta burbuja frágil que hemos empezado a aceptar.

Joel no responde al instante. Sus ojos, grises, comienzan a cristalizarse. Lo miro mientras contengo el aliento. Finalmente, traga saliva y, sin apartar la vista del papel, murmura:

—Está todo bien. Tranquila.

Su voz es suave, como si cada palabra le costara una pieza del pecho.

—Aquí pone… —se detiene un segundo, me mira y sonríe apenas—. Pone que es un niño.

Me quedo en silencio. No había pensado en eso. Todo ha sido tan extraño, tan irreal, que mi mente se ha negado a ponerle forma al futuro, a este bebé, a lo que crece dentro de mí.

Respiro hondo. El aire me entra lento, espeso. No sé qué siento exactamente, creo que es… vértigo. Una especie de ternura desorientada que me nace en el pecho y se extiende por todo el cuerpo.

Joel aún tiene la mirada fija en el papel, como si estuviera viendo un milagro.

—Un niño… —repito en voz baja, solo para mí.

Él se gira y me mira. No hay euforia ni hay gritos, solo un instante denso y luminoso que lo cambia todo sin hacer ruido y aunque no diga nada, sé que en su pecho está pasando lo mismo que en el mío: una emoción desconocida, nueva, tan delicada que

duele un poco, como cuando ves una estrella fugaz y no sabes si pedir un deseo o simplemente mirar.

Nuestro hijo.

20
Joel

El brazo de Bela descansa sobre el mío, cálido, firme, tibio como el sol que empieza a colarse por la ventana. Todavía no he dicho nada, incluso creo que no he respirado del todo, pero su voz sigue resonando en mis oídos como si el universo acabara de pronunciarse.

—Un niño —ha dicho.

No es por el género, no es por la palabra escrita en ese papel, como una sentencia dulce, es por lo que implica; porque de pronto esto es más inmediato e irreversible. Es un pequeño ser, un alguien que está ahí dentro, en camino, cada vez más cerca.

Y yo…

Yo no sé si estoy preparado; de hecho, estoy bastante seguro de que no lo estoy. No tengo el manual ni las herramientas. No tengo la serenidad que debería tener alguien que está a punto de sostener la vida de otro ser humano en sus manos. Me faltan meses, años, quizá. Me faltan certezas, tiempo para sentirme, al menos, decente como padre. No ejemplar o valiente, simplemente… alguien que no huya; pero hay algo en este caos que me ata y siento que es algo parecido a la felicidad y al vértigo. Esto también es un sueño cumplido, aunque no lo haya soñado nunca.

Bela se pone de pie de repente; su desayuno sigue casi intacto. Claro; después de una noticia como esta, lo más probable es que el estómago se le haya cerrado por completo. Lo entiendo porque a mí también me costaría tragar.

Cuando va a dar un paso, siento su mano de nuevo, pero no como lo he hecho antes. Esta vez me aprieta fuerte y me giro,

confuso.

—¿Bela?

Ella no contesta, solo mira hacia abajo con los ojos muy abiertos, la cara blanca como la espuma del mar cuando se rompe. Sigue sin hablar. Su respiración es superficial, agitada e instintivamente miro al suelo y el miedo me aprieta la garganta hasta casi ahogarme.

—No... —susurra, apenas audible.

Me incorporo de inmediato. Mi corazón comienza a latir con tanta fuerza que creo que lo van a oír hasta en el centro de Madrid. Mis ojos se clavan en los suyos y veo que tiene la expresión del pánico.

—¿Bela… has roto aguas?

Ella asiente muy despacio con los labios entreabiertos y sus dedos aún aferrados a mi brazo. Juro por todo lo que soy que, aunque me tiemble la vida por dentro, me mantengo de pie, porque ahora, juntos, vamos a cruzar la línea de lo irreversible.

Yo ya tengo el móvil en la mano y tiemblo mientras tecleo: *«qué hacer cuando se rompen aguas»*. Porque claro, nunca imaginé que acabaría escribiendo esa frase y mucho menos con el charco delante y la madre de la criatura gritándome.

—¡¿Pero qué haces mirando el móvil?! —grita ella, fuera de sí—. ¡Llévame al hospital! ¡Llévame ya! ¡Esto es culpa tuya!

—¿Mía? ¿Cómo que mía?

—¡Porque tú estás aquí tan pancho, mientras yo he cedido mi cuerpo a este experimento de ciencia ficción! ¡¿Tú has visto esto?! ¡Me he convertido en una ballena y ahora se me sale el mar por las piernas!

Trago saliva. No sé si reír o llorar al escuchar lo de la ballena porque recuerdo que así fue como llamó a mi pene y, supongo, que esa fue el arma con la que he llegado hasta aquí. Quiero hacer ambas cosas: quiero abrazarla y meterme en un armario al mismo tiempo.

—Oye, tranquila —digo—. Aquí pone que si las aguas son claras, tenemos un margen. Se puede esperar hasta dos horas. Puedes ducharte, coger la bolsa del bebé, prepararte con calma…

—¡¿Qué bolsa, Joel?! —grita, con los ojos como platos—. ¡¿Dónde está esa bolsa?! ¡Yo no tengo preparada ninguna bolsa! ¡Yo no estoy preparada para dar a luz! ¡No he leído nada, no he ido a clases de preparto, no he hecho ni una maldita lista de Spotify para parir como Dios manda! ¡Esto es una locura!

Yo doy dos pasos hacia atrás como si eso fuera a protegerme del huracán que tengo delante, porque eso es Bela ahora mismo: un huracán. Rubia, desbordada y embarazada hasta las pestañas.

—Vale, vale, no pasa nada —intento calmarla—. La bolsa… la buscamos. Seguro que la tienes. Este sitio, esta vida... han sido bastante ordenadas hasta ahora. Seguro que la Isabela Montalbán de este universo dejó todo perfecto, con una mantita doblada y el body con ositos al vacío.

—¡Cállate! —me suelta, entre la rabia y el pánico—. ¡¿Y si no hay bolsa?! ¡¿Y si no hay nada listo y tengo que parir en esta casa?!

Me muerdo el labio para no reír, porque sé que si me río ahora, muero.

—Bela, escúchame —le digo mientras me acerco con las manos en alto como si fuera a calmar a un animal salvaje—. Vas a estar bien. Vamos a estar bien. Yo voy contigo al hospital, me como los nervios, me leo el manual de parto si hace falta, pero no estás sola, ¿vale?

Ella se queda muy quieta. Me mira como si quisiera creérselo… pero no puede. Su respiración es rápida, sus manos tiemblan, su ropa está empapada y yo sé que lo único que la sostiene en pie ahora mismo es pura adrenalina e incluso así, con todo eso, me doy cuenta de algo: no hay otra persona en el mundo con la que preferiría estar ahora mismo. Ni siquiera si pudiera elegir.

—¿Y si no sé hacerlo? —susurra, más vulnerable que nunca.

—¿Parir? —pregunto.

—Todo. Ser madre. Ser yo, después de esto.

Yo respiro hondo. Y no me lanzo a bromear, prefiero mirarla solo a los ojos

—Nadie sabe, pero lo vas a hacer genial.

Y mientras ella empieza a llorar, yo dejo el móvil sobre la encimera, porque ni Google tiene respuestas para esto. La ayudo a

levantarse con cuidado. Apenas se mantiene erguida, pero sigue fingiendo que lo controla todo. La guío hasta el baño, despacio.

—Te ayudo a ducharte —digo, con intención de calmarla.

—¡Ni lo sueñes! ¡Ni se te ocurra quedarte aquí! —me grita con los ojos desorbitados—. ¡Fuera! ¡No puedes verme así! ¡Lárgate!

Detrás de su tono hay miedo puro. Un miedo que atraviesa la piel y se aloja en los huesos. Me aparto unos pasos, con las manos en alto.

—Vale, vale… pero… estaré al otro lado de la puerta, por si necesitas ayuda; no te voy a dejar sola.

Asiente con la mandíbula apretada. La puerta se queda medio cerrada, lo suficiente como para que yo sienta que no la he abandonado… y lo bastante para que, sin querer, pueda ver algo. No debería mirar; lo sé, pero mis ojos lo hacen antes que mi conciencia.

Veo como se quita la ropa con gestos torpes y rabiosos. Las lágrimas se deslizan por su rostro sin que se las limpie. Llora como si se hubiese roto por dentro. Es la primera vez que de verdad la veo hecha una mierda, como si cada pieza que antes formaba a la Isabela segura, controladora, altiva… se estuviera deshaciendo bajo la presión de lo que está a punto de vivir.

Me quedo clavado porque es la primera vez que la veo desnuda de verdad. No por su cuerpo —aunque también—, sino por lo que está dejando ver: vulnerabilidad, humanidad, miedo. Se toca la barriga con una delicadeza que me parte en dos, y es que yo no puedo dejar de mirar.

Su piel parece brillar bajo la luz cálida del baño, como si estuviera hecha de otra materia. Sus curvas —a pesar de la hinchazón, del cansancio, del caos— me resultan hermosas.

Es una diosa griega atrapada en una comedia absurda, escrita por algún dios con un humor pésimo… pero sigue siendo majestuosa. Nunca la había visto así. Ni siquiera cuando entraba cada mañana en la agencia con ese andar de reina y el pelo perfectamente peinado. Esto es una versión más real, más ella y, por contradictorio que parezca, más mía.

Me aparto de la rendija, con el corazón agitado. Quiero abrazarla, sostenerla, decirle que no pasa nada, que estoy aquí.

Que, aunque no tengamos ni idea de lo que está pasando, no está sola, pero no lo hago. Porque sé que, ahora mismo, lo que más necesita… es sentir que puede con ello sola.

—¿Estás bien? —le pregunto desde fuera del baño, cuando escucho que el agua deja de correr.

—Sí… —responde, aunque su voz arrastra algo más que cansancio.

—Voy a buscar la mochila del bebé —digo, como si eso fuera una solución para todo.

Empiezo a abrir puertas sin orden, como si mi cuerpo supiera hacia dónde ir antes que yo. La casa es grande con varias habitaciones cerradas. La tercera que abro me corta el aire de golpe.

Es… mágica.

Me detengo en el umbral sin atreverme a pisar el interior. Las paredes están cubiertas con un mural de papel pintado en tonos tierra: un elefante pequeño, una jirafa con pestañas dulces, hojas de palmera en mostaza y verde seco. Todo está en equilibrio. Las sábanas de la cuna combinan con los colores del mural, igual que los cojines blancos de una mecedora de caña que descansa en una esquina. Hay una atmósfera suave, como si el aire allí fuera más cálido y más lento. Siento cómo algo dentro de mí se aprieta. Es precioso y, a la vez, me siento como si estuviera entrando en la sección de bebés del Corte Inglés, como si estuviera en una exposición lejana y ajena a mi vida. Solo que esta vez… esta vez, todo es mío.

Camino despacio hasta un mueble bajo, blanco, con cajones perfectamente alineados. Sobre él, hay una pequeña mochila beige. De uno de sus tiradores cuelga un llavero de peluche que tiene forma de elefante con la trompa hacia arriba, como si ya supiera que todo va a salir bien. No hay nada improvisado aquí. Isabela Montalbán no deja cabos sueltos; aunque el mundo se desmorone, aunque caigan meteoritos… la mochila del bebé está lista. Esa parte, no la pierde ni saltando de universo.

La abro con cuidado. Hay pañales, una muda, gasas, una mantita. No sé qué más se necesita, pero lo que esté aquí… seguro que basta. La cierro y la cojo con decisión. Vuelvo al pasillo con paso

más firme. Al llegar al salón, Bela lleva un vestido largo que le marca la barriga prominente. Me alivia verla así, algo más recompuesta, pero entonces, como un bofetón frío, nos damos cuenta de un detalle absurdo: ayer era verano: sol, piscina, fiesta; hoy es invierno. El cielo es de un gris afilado y la calle está húmeda, con ese aliento helado de los días fríos de Madrid. Ocho o nueve meses han pasado en un parpadeo. Nos miramos. No hace falta hablar para entender que esto no tiene sentido. Que lo lógico se ha ido a dormir hace tiempo.

—Tenemos que abrigarnos —digo, señalando su vestido con una mueca.

Me acerco y le muestro la mochila. Suspira, aliviada.

—Gracias —dice, con sinceridad en la voz, sin sarcasmos ni quejas.

Luego se muerde el labio inferior, duda.

—¿Y… llamamos a alguien? ¿A mis padres? ¿A Yara? ¿A alguno del equipo?

Su voz se agrieta un poco al decirlo. Como si solo ahora cayera en la cuenta de que este salto temporal… también ha saltado sobre sus vínculos. ¿Qué habrá cambiado? ¿Qué sabrán ellos?

21
Bela

Pensaba que el tiempo, ese que últimamente se ha vuelto una broma de mal gusto, me daría al menos unas horas de respiro. Algo. Un suspiro para integrar lo imposible: que estoy embarazada, que llevo dentro un ser humano que, según las reglas normales del mundo, debería tardar meses en salir, pero no; el alienígena que llevo dentro ha decidido que hoy es el día. No me da tregua.

No quiero parecer débil, pero estoy… paralizada. Como si una fuerza mayor me empujara por dentro y, al mismo tiempo, una niña asustada tirara de mí para no soltarme. Me cuesta respirar y no pensar. Solo sé que esto está pasando y que es real.

Y Joel…

Él no ha perdido la calma. Sabe que tengo pánico e incluso así, ahí está. Me dan ganas de reír y llorar al mismo tiempo. Si esto fuera una comedia romántica, sería el momento perfecto para enamorarme de él, pero esto no es una película; esto es un caos. Lo observo moverse por la casa, prepararme ropa de abrigo de forma natural, pero sé que no lo es. Sé que por dentro está tan asustado como yo. Puedo leerlo en su mirada cuando piensa que no lo veo. Eso es lo que me desconcierta. Esa capacidad suya para sostener el mundo, incluso mientras se desmorona. Aunque, no nos engañemos… Si la situación fuera al revés, si fuera él quien se hubiese despertado con una barriga del tamaño de una pelota de pilates, con las hormonas disparadas y el *xixi* apretándole el alma, dudo mucho que estuviera tan zen. Le habría dado un infarto.

Sí, lo admiro… pero no le doy tanto crédito, porque yo soy la que lleva el bombo. La que se está deshaciendo por dentro y por fuera. La que ha perdido su cintura y su paz.

Sin embargo, cuando lo miro… cuando lo veo ahí, firme, atento, preparado para llevarme al hospital sin saber siquiera cómo acabamos aquí… me cuesta no confiar.

Joel conduce con las manos firmes sobre el volante, pero puedo notar en la tensión de su mandíbula que está al límite. No dice nada, solo respira. Entonces vibra el móvil. Es Yara:

¿Cómo estás, bombazo con patas? ¿Hoy venís a la agencia o te ha explotado la barriga ya?

Qué oportuno su mensaje; me viene perfecto. Aprovecho para contestarle rápido:

Vamos camino al hospital. Creo que ha llegado el momento.

La respuesta no tarda ni diez segundos.

¡¡¡NOOOO!!! ¡¡ME MUERO!! ¡¡QUÉ NERVIOS!! Tranquilos, yo me encargo de TODO. No os preocupéis por nada en la agencia. Por favor, avisadme de todo. ¡¡Y llama ya a tus padres y a tu suegra!!

Miro a Joel de reojo, que resopla con una mezcla de resignación y vértigo.

—Muchas responsabilidades de golpe, ¿eh? —dice sin apartar la vista de la carretera—. Y sin manual de instrucciones.

Yo asiento, en silencio, porque tiene razón. Todo esto es una locura. No sabemos qué ha pasado en estos meses… qué caminos tomaron nuestras versiones paralelas mientras nosotros estábamos en la casilla de salida. Para distraerme, abro Instagram.

—Gracias a los dioses de la tecnología por las agendas, los nombres guardados y los iconitos de perfil. Porque si me preguntaras cuál es el número de mi madre ahora mismo, creo que ni siquiera podría recordarte su segundo apellido —dice él mientras busca la manera de contactar con Lala.

En la cuenta de BOOM veo publicaciones recientes. Colaboraciones con marcas, fotos de campañas, vídeos de eventos. La agencia va como un tiro. Todo sigue ahí: Tesa, Guille, Nico, Álex… Yara, por supuesto; pero hay algo que me deja sin aliento: Tesa y Guille se han casado. Me atraganto un poco con mis propias palabras y lo suelto en voz alta:

—Pero… ¿Tesa y Guille? ¿Casados? Si son como la noche y el día.

Joel ni parpadea.

—¿De qué te extraña? Igual que tú y yo. Un vagabundo y una princesa de papá. A veces, los corazones más opuestos son los que mejor saben latir al unísono.

Me dan ganas de empujarle con todas mis fuerzas, pero está conduciendo y es, se supone, el padre de mi hijo. Así que respiro hondo, cuento hasta diez y soplo, como si pudiera expulsar toda la tensión por la boca.

Tras varios intentos, Lala contesta al fin. Joel pone el manos libres y le cuenta que vamos camino del hospital. Ella se emociona, dice que vendrá enseguida, que no nos va a dejar solos y, aunque Joel intente que no se le note, lo noto. No se cree del todo que su familia esté tan cerca, tan disponible, tan… amorosa. Porque él recuerda lo otro: el rechazo, la distancia, el frío. Sé que tenerlos cerca ahora, en este preciso momento, le alivia; le da un poco de paz.

Yo, en cambio, no me reconozco. Siempre tan unida a los míos, siempre tan obediente, tan alineada con la agenda familiar; pero hoy no me nace llamarles. No me arde en el pecho la necesidad de contarles esto.

Quizá porque bastante tengo con aceptar que cada día mi vida pega un salto en el tiempo y se reinventa sola o quizá porque la Bela de esta dimensión —o de este experimento, o de este sueño, o de lo que sea esto— ya no es la sombra de su familia. Quizá, por fin, soy luz propia. Y aunque tenga miedo, aunque me esté temblando hasta el alma… me aferro a esa idea con uñas y dientes, porque si mañana todo vuelve a empezar, quiero recordar esto: la mujer que fui capaz de ser… junto al hombre que tengo al lado.

Finalmente, respiro hondo y, con algo de duda, le escribo a mi madre un escueto mensaje:

He roto aguas. Vamos camino al hospital.

No pasan ni quince segundos cuando su nombre aparece en la pantalla. Me está llamando. Contesto y al instante veo sus rostros aparecer en la videollamada; mamá y papá están juntos. Y no están como los recuerdo normalmente: él en traje y con gesto serio tras un despacho de madera noble, ella impoluta, con ese aire de porcelana que siempre tuvo. No. Ahora los veo en ropa cómoda, como si hubieran salido a dar un paseo o estuvieran desayunando en casa. La imagen me descoloca. Mi padre, a estas horas, estaría en su oficina, revisando informes, tomando decisiones, firmando contratos, no con un jersey beige y expresión de… ¿nervios?

—¿Estás bien, hija? —pregunta ella con voz suave pero apurada —. ¿Te duele algo?

—He roto aguas, pero no siento dolor —respondo con la intención de sonar tranquila.

—En media hora estamos allí —salta mi padre, ya en busca de las llaves con la mirada.

—No hace falta que os deis tanta prisa —les digo—. Esto va despacio… —como si supiera algo, pero es que me sale solo.

Ese tono de seguridad vacía, esa postura de falsa experta que tantas veces usé en mi trabajo anterior, como papá me enseñó. Él siempre decía que una respuesta dicha con firmeza valía más que un silencio sabio y yo me lo creí. Aprendí a fingir que sabía, incluso cuando no tenía ni idea. Ahora, en medio de este caos que es mi cuerpo, mi vida y mi nueva realidad, repito el patrón. Quizá porque es lo único que me queda claro: seguir pareciendo la mujer que todo lo controla; pero por dentro, lo admito: tengo más miedo que nunca.

Aparcamos delante del hospital, Joel da un frenazo suave, pero suficiente para hacerme soltar un suspiro que parece arrancado del alma.

—¿Estás bien? —pregunta por quinta vez desde que hemos subido al coche.

Le digo que sí, aunque tengo la sensación de que me estoy deshaciendo por dentro.

La entrada de Urgencias Maternales es limpia, blanca y demasiado brillante; las luces del pasillo parecen agujas. Todo huele a desinfectante y a tiempo en pausa. Joel me sujeta del brazo, casi con reverencia.

—Hola, he roto aguas. No tengo contracciones fuertes, pero… estamos algo perdidos —le digo a la enfermera de recepción, que ya me está mirando con atención.

Ella me dedica una sonrisa amable, pero profesional. Teclea algo en su ordenador.

—¿Semana de gestación?

—No… no lo sé exactamente.

—¿Primer embarazo?

Asiento. Joel hace lo mismo. Nos miramos y nos entendemos sin palabras.

—Vale —dice la enfermera—. Tranquila, lo primero es que te valore una matrona. Si has roto aguas, tenemos margen, pero tenemos que confirmarlo. Ahora mismo estás preingresada.

Nos hacen pasar a una pequeña sala de exploración. Una matrona joven, de acento dulce y voz firme, me pide que me tumbe en una camilla.

—Vamos a hacer una exploración vaginal, ¿vale? Para confirmar la rotura de bolsa y ver cómo está el cuello del útero.

Joel me sujeta la mano e intenta no mirar indebidamente a la parte baja de mi cuerpo. Tiene las palmas sudadas y me doy cuenta de que yo también; pero no la suelta.

—Sí, está rota. Líquido amniótico claro —dice la matrona después de explorar—. Y el cuello aún está algo largo, no estás dilatada, pero eso es normal. Vamos a monitorizarte un rato, ¿de acuerdo?

Me colocan las correas del monitor fetal. El sonido del latido del bebé inunda la habitación, parece un tambor lejano. Joel se queda de pie, al lado, sin pestañear.

—¿Ese es su corazón? —pregunta en voz baja.

—Sí —respondo, y algo me tiembla por dentro.

—¿Tú lo oyes todo el rato? —pregunta, casi como un niño.

—No. Es la primera vez, me flipa y me aterra a partes iguales.

Se me escapa, y él se agacha y me besa la mano. No sé por qué, pero lo hace.

La matrona vuelve tras quince minutos de control y revisa los datos del monitor.

—Todo está bien, bebé activo y sin sufrimiento. Como no tienes contracciones regulares y has roto aguas hace poco, vamos a llevarte a planta para observación. Si en las próximas horas no se inicia el trabajo de parto, hablaremos de inducir.

—¿Inducir? —repito.

—Sí, te explicaremos todo. De momento, vas a una habitación. Tranquila; estáis en buenas manos.

Joel pregunta por la mochila del bebé y si necesita algo especial. La matrona sonríe.

—Ahora lo importante es que ella esté cómoda, hidratada y descanse.

Ya en la habitación, me dejan una bata horrible de hospital y me instan a relajarme, como si eso fuera posible. El futuro padre no para de moverse, coloca la mochila, me ayuda a cambiarme, pone una botella de agua en la mesita, me acaricia el pelo.

—Estás más tranquila de lo que imaginaba —comenta.

—Estoy haciendo un papelón —respondo—. Por dentro estoy temblando.

Se ríe, nervioso.

—¿Cuánto tiempo puede tardar esto? —le pregunto a él, como si el pobre lo supiera.

Se encoge de hombros y me mira con ternura.

—Todo lo que tenga que tardar. Pero estoy aquí.

Y lo está. Juro que lo está, más que nadie lo ha estado nunca.

22
Joel

Los gritos de Bela atraviesan la habitación como cuchillos afilados. Jamás he escuchado a alguien gritar así. Es una mezcla de dolor, rabia, miedo… y fuerza. Una fuerza que no entiendo de dónde saca, supongo que es la fuerza de una madre.

Han pasado cinco horas desde que la ingresaron. Al principio creí que el tiempo se iba a estirar, que esto iba para largo, pero ahora… ahora estamos en el paritorio, está completamente dilatada; eso han dicho los especialistas.

Nos han dado a elegir el color de las luces. Sí, como si estuviéramos en un spa o algo así, pero a Bela le ha parecido importante. Ha dicho que quería un tono turquesa, que le recordara al mar y a su infancia en la costa. Y yo, que vengo del mar, que llevo el Mediterráneo en la piel, no he dicho ni una palabra; me ha parecido genial. De repente, el hospital ha dejado de oler a cloro y a lejía, y por un segundo he jurado que podía oír las olas.

Luego nos han preguntado por la música. Y ahí ya no hemos coincidido. Bela quería algo para empoderarse en el dolor y yo he dicho que mejor algo instrumental, algo que no la hiciera gritar más fuerte y calmara al bebé cuando naciera. Al final hemos llegado a un acuerdo: Ludovico Einaudi. Piano. Suave. Intenso. Bello. Ahora suena esa melodía que parece derretir el aire mientras ella me mira como si quisiera arrancarme la cabeza.

—¡Joel, joder! ¡No me digas que respire! ¡Métete tú esta contracción por el culo, a ver si respiras tú!

Yo intento no reírme porque no es momento, pero lo dice tan Bela, tan ella, que me dan ganas de besarla en la frente… si no fuera porque me lanzaría el gotero por la cara.

No sé qué hacer; en serio. Me siento inútil. Inútil de verdad. No me duele como le duele a ella, no tengo su cuerpo desgarrándose, pero por dentro siento que algo se me rompe. Que me estoy partiendo en pedacitos diminutos que se esparcen por la habitación con cada uno de sus gritos y no tengo ni idea de cómo volver a montarlos después de esto. Puede que esto sea eso que dicen que se siente cuando eres padre: nada vuelve a ser igual. Dejas de ser quien eras.

La miro y no puedo creer que sea la misma mujer que conocí con tacones imposibles y mirada fría. Está sudando, el pelo le cae a mechones sobre la cara, tiene las manos agarradas a las sábanas como si le fuera la vida en ello, y, sin embargo, juro por todo lo que soy que me tiene cautivado.

Me acerco y le tomo la mano. Está empapada, hecha polvo, como si fuera una cuerda que sostiene su mundo entero. Me aprieta tan fuerte que creo que me va a romper los dedos.

—Estoy aquí —susurro.

Ella me mira pero parece que en esa mirada hay un destello; una chispa. Por un segundo, parece que también ella cree que esto lo estamos haciendo juntos. Porque ahora no hay saltos temporales, ni identidades confundidas, ni futuros inciertos, solo estamos ella, yo… y esa vida que viene de camino. Tan real, tan brutal, tan nuestra.

El tiempo se diluye. No sabría decir si llevamos aquí una hora o una vida entera. Nos acompaña una matrona con voz dulce llamada Rebeca, una ginecóloga de rostro sereno —la doctora Sánchez— y una enfermera que entra y sale con pasos suaves. Es todo íntimo, respetuoso. El tipo de espacio donde se apagan las palabras innecesarias para dejar hablar al cuerpo, a la vida.

Las notas del piano se entrelazan con los jadeos de Bela y forman una sinfonía extraña, brutal y hermosa. Me aferro a su mano. Suda, tiembla, aprieta. Y yo… yo soy su ancla en este mar revuelto, aunque por dentro me esté ahogando.

—Ya casi está, Isabela —dice la matrona, con una sonrisa que parece prestada del cielo.

Bela no contesta. Tiene los ojos cerrados, las cejas fruncidas, la mandíbula tensa; deja que su cuerpo haga el trabajo. Está dejando que la naturaleza, la que tanto ha controlado siempre, tome el control por ella y yo no puedo más que admirarla.

—Vamos. Lo estás haciendo increíble —le susurro, aunque me tiemble la voz.

Ella gira la cara hacia mí; la tiene roja, las mejillas empapadas, y todavía así es la cosa más bonita que he visto en mi vida.

—Te odio —me dice entre dientes, con una furia temblorosa.

—Lo sé —respondo y sonrío—. Pero por como me agarras la mano diría lo contrario.

—A la próxima contracción, empuja con todo —dice la ginecóloga.

Bela se prepara, respira hondo y cuando llega el momento, grita. Un grito largo, gutural, que parece arrancarle el alma y tras ello un silencio profundo que se me hace eterno. El corazón me martillea la garganta y me cuesta respirar. Entonces… un llanto. Un sonido agudo y húmedo.

Me incorporo un poco, como si pudiera acercarme a ese milagro solo con el cuerpo. La ginecóloga sonríe y la matrona limpia con movimientos precisos. Apenas segundos después, colocan a nuestro hijo sobre el pecho de ella. Es pequeño, está arrugado, sonrosado. Tiene los ojos cerrados y la boca abierta como un pajarito que pide el mundo.

Y Bela… ella se deshace.

Sus lágrimas ya no son de dolor. Mira al bebé como si nunca hubiera visto nada igual. Se lo pega al pecho, le acaricia la cabeza con torpeza, con miedo, con amor y yo… yo me derrumbo en silencio.

La miro. La miro como si nunca la hubiera visto antes. Esta mujer, esta desconocida con la que he compartido días extraños, con la que he fingido, reído, discutido, dormido… es ahora la madre de mi hijo. La mujer que ha traído vida al mundo, que ha aguantado el dolor, el miedo, el desconcierto… por los dos.

Siento algo que no sé nombrar, algo que me aprieta por dentro, que me duele de bonito. No es deseo, no es admiración, no es

ternura. Es una mezcla de todo eso con algo más hondo. Esto se clava en el pecho y me dice que, aunque no lo entienda, estoy perdido dentro de esta historia. De ella. De ellos.

El bebé se calma sobre su pecho y Bela me mira. Tiene los ojos hinchados, las mejillas encendidas y le tiemblan los labios.

—Es nuestro hijo —susurra.

No me sale la voz. Solo le acaricio la frente, luego bajo la mirada y toco la manita del bebé, tan diminuta, tan perfecta.

Ojalá esta vida no se acabe nunca.

23
Bela

No hay metáfora que alcance. No hay palabra, por hermosa que suene, que abarque esto.

Parir.

No es solo dolor. Es romperse y, en ese mismo acto, reconstruirse desde otro lugar. Es una fuerza animal, ancestral, que brota desde lo más hondo del cuerpo. Una fuerza que te supera, que te arrastra, que te consume y que, sin embargo, no asusta, porque sabes, sin entender muy bien cómo, que puedes con ello.

En medio de las contracciones, entre jadeos y gritos, me he visto frágil y poderosa a la vez. Me dolía cada centímetro del cuerpo, sí, pero había algo más profundo que el dolor, una voz que decía: *aguanta, sigue, lo estás haciendo, lo vas a lograr*.

Y junto a esa voz… estaba Joel.

¡Dios, Joel!

Su mano entre la mía era más que piel. Cuando lo miraba a los ojos —esos ojos grises como nubes de tormenta— sentía que me sostenía desde dentro, sentía como si, por muy imposible que fuera, él estuviera compartiendo el peso, el miedo, la fuerza. Que dolía, sí, pero dolía menos si él estaba cerca.

Cuando me pasaba el abanico por la cara, cuando me recogía el pelo con delicadeza y lo metía detrás de la oreja, cuando me susurraba que podía, que lo estaba haciendo bien… ¿Cómo alguien puede ser tan suave y tan fuerte a la vez?

Y cuando le apretaba la mano con rabia, con desesperación, con todo mi cuerpo pidiendo tregua… él no la soltaba, no se quejaba ni se movía. Era mi pilar. No sé si él lo sabe, pero en esos momentos, cuando mi mundo se tambaleaba, él ha sido mi centro.

A su lado, el parto ha sido otra cosa. No menos brutal, pero sí menos solo y eso, en medio de un proceso tan primitivo y sagrado, lo cambia todo.

Ahora lo tengo sobre mi pecho. A *él*. A mi hijo. Y no sé cómo he podido vivir hasta ahora sin conocer su olor, su peso, su sonido. Lo toco, lo huelo, lo abrazo como si fuera un milagro, porque lo es.

Joel está aquí, nos mira y la imagen de aquel vagabundo que deambulaba en mitad de la calle y me hacía mirar hacia otro lado, se ha desdibujado por completo. No queda nada de él. O quizá sí, quizá sigue ahí, muy al fondo para recordarme que todos merecemos una segunda oportunidad. Que a veces el azar —o lo que sea esto— tiene más lógica que la lógica misma.

Joel ya no es un extraño con quien comparto una casa y una historia imposible. Es mi compañero, en esto, en todo. Algo en mí empieza a cambiar, a suavizarse, a abrirse, aunque me dé miedo ser consciente de ello. Quizá estoy empezando a quererlo, aunque no se lo diga, aunque no me lo diga a mí misma. Pero cuando lo veo mirar a nuestro hijo con los ojos llenos de algo que se parece al amor —al más puro, al más limpio— sé que estoy perdida, pero no me importa perderme, porque siento que ahora tengo a alguien a quien seguir.

—¿Y cómo se llama el bebé?

La pregunta cae como una piedra en mitad del silencio. La matrona nos la lanza con una sonrisa amable mientras termina de anotar datos en una hoja. Yo me quedo paralizada. Miro a mi supuesto marido y él me mira a mí. Tiene los ojos muy abiertos, como si acabara de caer también en la cuenta de que no tenemos ni idea. Nada. Cero.

¿Tenía nombre ya? ¿Lo habíamos elegido? ¿Se supone que hay un *post-it* en alguna parte con ese acuerdo que ahora no recordamos?

—Todavía no lo hemos elegido. Queríamos hacerlo tras verle la carita —digo con una medio sonrisa torpe, antes de que parezca que somos unos lunáticos—. ¿Nos da un ratito? Se lo diremos pronto.

Ella asiente, profesional, y se centra en su trabajo sin hacer ningún gesto raro. Menos mal. Porque si tuviera que explicarle que hemos vivido los dos últimos días y medio como en una película de

ciencia ficción, lo mismo terminamos en otra planta… una con bata de fuerza incluida.

Mientras tanto, todo sigue su curso. Han pesado al bebé —tres kilos doscientos, según nos han dicho— y lo han medido con una cinta blanca que han colocado con precisión desde su coronilla hasta los pies: cuarenta y siete centímetros de perfección encogida.

Le han puesto una pulsera diminuta con mi nombre en una muñeca y otra igual con el nombre de Joel. Luego le han administrado unas gotas en los ojos, que según me explican son para prevenir infecciones comunes al nacer. Ha llorado un poco al recibirlas y yo he sentido que se me rompía algo dentro, como si esas lágrimas no fueran suyas, sino mías también.

Después me han mirado con cierta ternura y me han preguntado si quería darle el pecho. Mi cerebro ha explotado en dos segundos. Ay, Dios mío. Eso. El pecho. No lo había tenido en cuenta. Pero ya estoy metida hasta el fondo en esta historia. Así que he asentido; he dicho que sí. Y entonces ha empezado lo más surrealista de todo.

Mi bata solo estaba abierta por el centro, donde han colocado al bebé al nacer, piel con piel, pero ahora, me la han abierto del todo y han dejado al aire mis pechos. Me ha dado pudor de primeras porque no sé si Joel me ha visto alguna vez desnuda, yo al menos no lo recuerdo.

Es como si me estuviera exponiendo por primera vez… a la maternidad, a él, al mundo.

La matrona, con una suavidad impecable, me ha explicado cómo colocarme al peque. Lo he hecho lo mejor que he podido, con torpeza. Y cuando él —mi hijo— ha abierto la boca y se ha enganchado, ha sido… mágico.

Una sensación nueva y extraña. Como si doliera un poco, pero también cosquilleara y emocionara, como si me atravesara el cuerpo un escalofrío cálido que no sabía si dolía o reconfortaba.

Me han dicho que es normal; que me acostumbraré. Yo he asentido en silencio mientras lo miraba. Su boquita, tan diminuta, sus ojos, rasgados y cerrados como si estuviera en otro universo del que no quiere salir. Esa naricita redonda. No sé si es precioso de

manera objetiva, supongo que todos los bebés lo son, pero a mí me parece único, mío, nuestro.

Nos han dejado solos, por fin. Aquí, en esta sala, debemos quedarnos dos horas antes de que me suban a planta, para controlar que todo va bien, que no hay hemorragias, ni fiebre, ni contratiempos.

El bebé sigue en mi pecho, como si se hubiera fundido conmigo. A ratos succiona y a ratos solo duerme, plácido. Está pegado a mí, oculto entre la mantita y mi piel. El silencio que se queda en la sala cuando todos se marchan es tan hondo que casi me asusta. Solo lo rompen los pequeños suspiros del niño. Acaricio suavemente su espalda con la yema de los dedos. Es tan cálido, tan real, tan nuestro, que todavía me cuesta procesarlo.

Levanto la vista y me encuentro con Joel. Está ahí, sentado a mi lado, con los ojos puestos en nosotros. Su postura es serena, pero cuando me detengo en su rostro, veo que le resbala una lágrima por la mejilla. No he notado en qué momento se ha quebrado su coraza. Quizá ha estado aguantando todo el tiempo, esperando este silencio para dejar salir lo que lleva dentro.

—¿Estás bien? —pregunto en voz baja mientras acaricio su brazo con ternura desde donde estoy.

Joel no me responde de inmediato. Suspira y se limpia la lágrima con el dorso de la mano, aunque otra aparece en el mismo instante.

—Estoy... fenomenal —dice al fin, con una media sonrisa temblorosa—. Es el día más feliz de mi vida, Bela. No sé cómo explicarlo. Aunque todo esto fuera mentira, aunque me despertara ahora mismo y tú no estuvieras y este niño no existiera… habría merecido la pena. Porque jamás he sentido algo tan... bestia.

Sus palabras me golpean de lleno. Me muerdo el labio, porque me niego a romperme delante de él, pero es inútil. Me tiemblan los ojos, me escuecen y, cuando menos me lo espero, una lágrima solitaria baja por mi mejilla también.

Joel se inclina un poco, como si quisiera estar más cerca sin interrumpir la magia de este momento y me besa la frente. Yo cierro los ojos y dejo que esa lagrima viaje hasta el infinito.

—Gracias —susurra—. Gracias por ser tan valiente, por aguantar, por este bebé. No sabes lo fuerte que has sido. Lo increíblemente hermosa que te he visto... y no hablo solo de ahora, sino de todo. De estos días, de cómo has ido soltando poco a poco lo que te pesa.

Lo miro sin poder decir nada por unos segundos. Es demasiado bonito.

—Tú has estado conmigo en todo momento —respondo por fin —. Me has hecho sentir segura. No sé qué me habría pasado si no hubieras estado a mi lado. Es raro, lo sé, y suena precipitado… pero ahora entiendo cuando en *Gran Hermano* decían que ahí dentro todo se magnificaba.

Él suelta una carcajada suave.

—¿Me estás comparando con un *reality*?

—Estoy diciendo —digo, aguantándole la mirada con una sonrisa torcida— que han pasado tres días. Tres. Pero han sido como meses. Como si mi vida de antes se hubiera comprimido para dejar espacio a esto… a ti.

Hago una pausa.

—Y sí, entre las cosas que han volado… están mis sentimientos hacia ti. Me resisto, Joel, lo sabes. Me cuesta, pero están aquí.

Él baja la mirada y asiente, como si ya lo supiera y lo hubiera sentido también. Se acerca un poco más, apoya la mano en mi muslo, con respeto, con esa ternura que le nace sin esfuerzo y se inclina para besar la frente del bebé.

—Hola, pequeño —murmura—. No sé si soy lo suficientemente bueno, ni si sabré hacerlo bien, pero te juro que voy a intentarlo. Por ti y por ella, tu mamá. La mujer más valiente del mundo.

Yo lo miro y, en ese momento, siento que todo encaja.

Que a pesar del caos, del salto en el tiempo, de lo inexplicable… estamos donde tenemos que estar. Juntos, con nuestro hijo y con algo que aún no tiene nombre, pero que cada vez se parece más al amor. Y lo más extraño de todo —lo más inquietante, quizá— es que he vuelto a sentir esa sensación rara, esa especie de vértigo dulce que me atrapa cuando menos lo espero. Como si esta vida paralela, esta donde Joel y yo formamos una familia, fuera la verdadera.

Como si la otra, la que hasta hace tres días era mi único mundo, se estuviera desdibujando a pasos agigantados. Los rostros, las rutinas, los nombres… todo se va cubriendo de niebla en mi memoria. Y, en cambio, esto —esto que apenas conozco—me resulta cada vez más familiar.

Es como si en algún rincón profundo de mi alma supiera que aquí encajo. Que esta historia, por más que no recuerde su principio, ha sido construida con tiempo, con vivencias, con algo tan real que se ha ido instalando en mis entrañas sin pedir permiso.

Como si lleváramos años juntos. Como si su mirada ya me hubiese salvado otras veces, aunque mi mente no lo sepa. Y entonces entiendo o empiezo a entender que no necesito que me lo cuenten todo para sentirlo. Que a veces el cuerpo, el corazón o el alma —lo que sea que sostiene lo invisible— recuerda lo que la mente olvida.

Joel me sonríe sin saber en qué estoy pensando. Y yo solo sé que estoy cayendo, que me rindo, que no tengo idea de qué está pasando ni cómo acabará todo esto, pero por primera vez no me asusta tanto no tener el control.

Porque, si estoy cayendo, es en sus brazos.

24
Joel

Me acerco despacio y me siento junto a ella, sin hacer ruido.

—Bela… —susurro, y sus ojos se abren, perezosos.

—¿Sí?

—Estaba pensando… —digo mientras bajo la mirada al pequeño que respira pausado—. Ya va siendo hora de ponerle nombre, ¿no?

Ella sonríe con cansancio, pero también con dulzura.

—Lo sé. No paro de darle vueltas —responde—. Es que... me parece una decisión tan importante.

—Ya… —respondo, sin dejar de mirar al bebé—. Tiene que ser uno que nos diga algo, que suene a él.

—Ni nombres de antepasados ni imposiciones familiares —dice enseguida—. Lo siento por papá, pero no me veo llamando Arturo a nuestro hijo.

—Dios me libre —respondo con una sonrisa.

Nos quedamos en silencio un momento mientras pensamos, hasta que me acuerdo.

—¿Te acuerdas de aquella canción que ha sonado antes?

—¿La de Ludovico?

—No, la de antes; en el coche. Sonaba muy flojito, pero se coló entre todo el caos. *Ezio's Family*, se titula.

—¿Ezio? —pregunta ella, ladeando la cabeza.

—Sí. Es de un videojuego, *Assassin's Creed*. Pero no pienses en eso como algo friki. La melodía es... casi sagrada. Habla de legado, de amor, de dolor y de redención. Lo escuché muchas veces cuando sentía que lo había perdido todo y antes ha sonado. No sé, me ha parecido bonito.

Bela baja la mirada al bebé.

—Ezio… —susurra—. Es corto, diferente, pero tiene fuerza —levanta la vista y me sonríe—. Ezio Soler Montalbán. Suena potente.

—¿Te gusta de verdad o lo estás diciendo para no discutir?

—Me gusta —dice, y sé que no miente—. Tiene historia. Aunque no sea nuestra historia, ya empieza a serlo.

—Entonces… —me inclino hacia el bebé, que ahora parece soñar algo dulce—. Bienvenido, Ezio.

Ella me acaricia el brazo con suavidad y apoya la cabeza en mi hombro. Ese nombre ya no es solo un nombre, es un latido; uno que nos pertenece a los tres.

———

Salimos del paritorio como quien cruza una frontera sin saber qué hay al otro lado. Bela va en la cama, con Ezio dormido sobre su pecho. Yo camino a su lado, con una mezcla imposible de orgullo, agotamiento y una emoción que me tamborilea en las costillas. Y es que es raro de narices, porque no sé de dónde viene tanta felicidad si se supone que todo esto es un sueño o algo así.

El pasillo parece infinito al principio. Blanco, silencioso, pero a medida que avanzamos, empiezo a oír algo: voces, risas, un murmullo que se agranda. Al fondo del pasillo, justo antes de la sala de espera, hay un grupo de personas esperándonos. Muchos. Demasiados para que quepan en una sola fotografía. Primero distingo a mi madre, con las manos juntas en el pecho y los ojos brillantes. A su lado, Gus, mi hermano, sonríe con nervios y ternura, y junto a él hay una chica que no reconozco, morena, con un vestido tipo bohemio y mirada cálida. Están tan pegados que no hace falta que nadie me lo diga: es su pareja. Luego veo a los padres de Bela. Arturo Montalbán, se ha quitado la chaqueta y parece menos escudo y más piel. Su madre, menuda y elegante, que parece haber rejuvenecido diez años, se le cae una lágrima mientras observa a su hija avanzar por el pasillo.

Y después… están los chicos de la agencia. Yara la primera, con unas gafas de sol enormes que probablemente solo se ha puesto

para disimular que también ha llorado. Álex, Guille, Tesa y Nico, cargan bolsas, globos, cajas envueltas con papel brillante.

Y por último, los hermanos de Bela. Los tres. Gorka, Roberto y Luis. Los reconozco porque durante meses vi a dos de ellos cada mañana a las puertas de Montavia, como dos estatuas doradas. El otro es el que vive fuera, pero alguna vez ha pasado por las oficinas de Madrid. Hoy no tienen corbata y sonríen.

Y, cuando por fin llegamos a ellos, estalla algo que no sé si es alegría o amor puro. Nos aplauden, algunos dan gritos, otros se abrazan entre ellos, pero lo que siento yo es que de repente todo se detiene y gira en torno a nosotros tres. Las manos me tiemblan cuando me inclino a abrazar a mamá. Cuando mi hermano me felicita y me da una palmada en la espalda que suena a reconciliación. Cuando Yara me besa la mejilla y me dice:

—Lo conseguiste, chaval.

Quiero creer que sí, que lo estoy consiguiendo.

Luego todos se inclinan sobre Bela, le acarician el brazo, le dicen lo valiente que ha sido, lo guapa que está. Ezio, ajeno al caos, duerme. Yo, de pie, observo esa escena desde el centro y me doy cuenta de ya nunca mas estaré solo. Esta no es solo la familia de Bela ni la mía. Esta es nuestra familia. Un universo entero alrededor de un bebé de tres kilos.

25
Bela

La habitación está en calma. El niño duerme en mi pecho como si nunca hubiese conocido otro lugar en el mundo que no fuese este. El murmullo de la familia ha bajado el volumen, ahora somos todos un enjambre de sonrisas flojas, de suspiros agotados y miradas de ternura que rebotan entre los muros blancos del hospital.

Joel está sentado a mi lado, con el brazo apoyado en el respaldo de mi cama. Su dedo pequeño roza, casi sin querer, la mantita del bebé. Entonces Yara, cómo no, rompe el hechizo con su voz alegre.

—Vale… momento importante. ¿Cómo se llama? Porque no me creo que hayáis mantenido el nombre en secreto todo el embarazo sin tenerlo ya elegido.

Joel y yo nos miramos. Yara no sabe cuánto tiene de cierto su broma. No sabíamos si teníamos un nombre hasta hace un rato que apareció, como todo en esta historia: de repente y para quedarse. Sonrío y me aclaro la garganta.

—Se llama Ezio.

Mi amiga lanza un gritito, da unos saltitos de emoción y aplaude como una niña a la que acaban de regalar un unicornio de verdad.

—¡Ezio! Me encanta. Suena a protagonista de novela, a valiente, a noble… Exjefe —añade con una sonrisa torcida mientras gira la cabeza hacia mi padre—, su nombre impone, pero el de su nieto mucho más.

Papá no responde enseguida. Me observa y siento en él una dulzura sin filtro. Luego, camina hacia mí, se inclina despacio y me da un beso suave en la frente. Después baja la vista y acaricia el bracito del bebé con la yema de sus dedos, como si rozar su piel fuese un privilegio.

—Gracias —dice sin levantar la mirada— por hacerme abuelo. Este niño me ha dado un nuevo título. Hoy has demostrado lo que eres, hija. Una guerrera valiente. ¡Qué orgulloso estoy de ti!

El aire se me queda atrapado en el pecho. Arturo Montalbán, mi padre, el hombre de acero inoxidable, acaba de decirme que está orgulloso de mí y no sé qué hacer con eso.

Mi madre, que hasta entonces había estado agarrada al respaldo de una butaca, carraspea como para romper el momento y suelta:

—Bueno… todavía no ha abierto bien los ojitos, pero ya te digo yo que esos párpados esconden los ojos de su padre. Lo noto. Son más almendrados. Tú los tienes más redonditos, Bela —dice con una media sonrisa coqueta.

Lala, que está de pie al lado de Joel, asiente con una risa suave.

—Yo lo iba a decir, pero me daba cosa por si molestaba a la familia Montalbán… —bromea mientras lanza una mirada traviesa a Arturo—. Pero sí, lo he pensado: tiene ojos Soler.

Las risas se esparcen por la habitación como una ola cálida. Siento el nudo en el pecho deshacerse, poco a poco. Aquí estamos todos. En este nuevo mundo que huele a leche, a piel, a vida que empieza.

Y entre tanta rareza, una certeza: este niño tiene nombre, tiene historia y tiene amor; mucho más del que yo imaginé que podría existir.

———

La luz del atardecer entra por la ventana con una delicadeza extraña, como si el día, consciente de lo que hemos vivido, no quisiera despedirse de golpe. Se filtra por las cortinas con tonos dorados, tiñe las sábanas, el suelo, la piel de Ezio. Ha sido un día eterno e intenso. Demasiado grande para contarlo en una sola frase. Lo miro y no me lo creo.

En estas primeras horas ha mamado ya tres veces. La primera fue torpe, rara, como un ensayo, pero luego se enganchó con fuerza, con instinto. Su boca, que me buscaba y su respiración sobre

mi pecho, me conectaron a él de una forma salvaje, animal, irreversible; pero ahora la escena es otra y me derrite igual.

Joel está de pie junto a la cuna auxiliar, mientras una enfermera le enseña a cambiar el pañal del peque. Él la escucha con atención, frunce un poco el ceño, como si se estuviera en una operación quirúrgica de alto riesgo. Tiene el cuerpo inclinado hacia delante, una mano bajo la nuca del bebé, la otra sujeta la tirita del pañal con torpeza.

—Eso es —dice la enfermera con paciencia—. Levántalo un poquito por los tobillos. No hace falta que le pongas al niño en posición de yoga, solo un poquito, lo justo para pasar el pañal limpio por debajo.

Joel obedece y, aunque le tiembla todo, lo hace bien. Le limpia con una toallita, con una delicadeza que me parte por dentro. Nunca imaginé que unas manos tan grandes pudieran moverse con tanto cuidado.

—¿Así? —pregunta en voz baja.

—Así mismo —responde ella, sonriendo—. Ahora cierras las alas y lo ajustas, pero sin apretar mucho. Piensa que tú tampoco quieres que se te clave la goma del calzoncillo, ¿verdad? —Joel sonríe pero sigue si levantar la vista del bebé—. No hay nada más atractivo que un hombre ejerciendo de padre —me dice la enfermera, de golpe—. Te lo digo porque estás embobada mirando a tu marido.

Me muerdo el labio para no sonreír. Siento una vergüenza que me quema las mejillas. La verdad es que estaba mirándolo como una idiota, como si Joel acabara de subir de nivel en un videojuego llamado *romper las defensas de Isabela Montalbán*.

Él le da un beso suave en la frente a Ezio, que se revuelve un poco y luego me mira por fin justo cuando la enfermera termina de hablar.

Me pilla con los labios apretados. Me ha cazado. Lo sé por cómo se le curvan las comisuras de los labios, por ese brillo travieso que le salta a los ojos cuando me guiña con descaro. Ese guiño me remata. No tengo fuerzas para responderle con algo ingenioso, así que solo le lanzo una mirada de «no te flipes» mientras intento recomponerme, pero entonces la enfermera suelta otra bomba.

—Venga, papá, camisa fuera. Vamos a poner al peque piel con piel contigo, que eso les regula el ritmo cardíaco, la temperatura y, además, refuerza el vínculo.

—¿Conmigo? —pregunta Joel, algo desconcertado.

—Claro. ¿Ves a alguien más con ese título por aquí?

Joel se encoge de hombros con una sonrisa y empieza a desabotonarse la camisa con calma; con demasiada calma, diría yo. Parece consciente de cada movimiento, de cada centímetro de piel que va dejando al descubierto. Y yo aquí, recién parida, sudada, despeinada, con la bata del hospital abierta y la dignidad medio colgando del perchero... e incluso así, lo miro como si me estuviera sirviendo el plato más exquisito del menú. ¡Vaya locura de hormonas!

Tiene el pecho firme, salpicado de algunos lunares. La piel tostada y unos brazos que parecen diseñados para proteger o para sujetarme si decido desmayarme aquí mismo, por ejemplo. Trago saliva; no estoy bien.

¿Desde cuándo Joel Soler es tan... sexy?

¿Y por qué me doy cuenta justo ahora?

La enfermera coloca al bebé con suma delicadeza sobre su pecho. Ezio, como si reconociera el olor o el latido, se acomoda al instante. Su cuerpecito pequeño se curva como una coma perfecta y Joel lo abraza con esos brazos enormes como si contuviera el universo entero.

—Así, muy bien —dice la chica en voz baja—. Ahora lo dejo con su papá. Descansad. Cualquier cosa, pulsáis el botón naranja, ¿de acuerdo?

La puerta se cierra tras ella y, de repente, el mundo se queda fuera.

—Deberías dormir un poco —me dice el padre del año en voz baja—. Yo me encargo de él hasta que pida de comer.

Lo miro desde la cama. Estoy agotada, me duelen partes del cuerpo que ni siquiera sabía que existían y, sin embargo, no tengo sueño.

—No entiendo por qué sigo tan despierta. Debería estar desplomada —murmuro, estirando la mano hasta quitarme la sabana

de encima.

Joel baja la mirada hacia el bebé, que respira tranquilo, como si lo supiera todo.

—Puede que sea la adrenalina. Has vivido un huracán hoy, Bela. Bueno, los dos, pero tú lo has parido.

Siento un nudo en el estómago. No sé si es miedo, si es amor o si es simplemente el vértigo de haber atravesado algo tan brutal.

—Ha sido el día más largo y emocionante de mi vida —confieso —. Infinito. Como si hubiera vivido semanas en pocas horas.

—De los tres días que hemos vivido juntos… —dice—, este es, sin duda, mi favorito.

Lo miro. Podría hacer una broma, una de esas para disimular lo que me provoca escucharlo hablar así, pero no me sale.

—No quiero dormirme —susurro—. Por si al despertar todo desaparece. Por si... ya no estamos aquí.

Él gira un poco la cabeza hacia mí, con cuidado de no mover al niño.

—Yo tampoco quiero que acabe —responde—. Sé que suena loco, porque no entendemos nada, porque no sabemos si mañana despertaremos siendo otra vez extraños. Pero si este es nuestro último momento juntos, si este es el final de la película… me alegro de que haya terminado así. Ha sido un final feliz.

Me humedezco los labios. No quiero llorar, pero sus palabras me tocan justo donde no hay defensa y me cuesta hablar.

—Otro día en el que te tengo que dar las gracias.

Joel sonríe, sin apartar la vista del bebé.

—Gracias a ti. Necesitaba que alguien me eligiera. Aunque fuera por accidente —bromea, medio en serio.

Ezio se mueve de repente y entreabre los ojitos. Una luz suave se cuela por la ventana del hospital, iluminando esa pequeña carita redonda. Joel se inclina un poco para verlo mejor.

—¿Has visto eso? —susurra, emocionado—. No sé tú, pero a mí esos ojitos no me parecen oscuros…

—Es normal —me acerco a ellos y acaricio la manita del peque —. El color de ojos puede cambiar durante los primeros meses; aun así… no apunta a ser como el mío.

Joel se queda mirándolo como si estuviera viendo una obra de arte.

—No pasa nada —dice—. Ya tiene tu nariz. Eso compensa todo.

Me río bajito.

—¿Mi nariz?

—Totalmente. Esa forma perfecta, como si la hubieran esculpido a conciencia para anunciar que viene de ti.

—Madre mía, estás tontísimo.

—Sí —dice con una voz más baja—. Para no estarlo con la familia que he creado.

Y no sé si es la calma, la intimidad o la dulzura de esa criatura durmiendo entre los dos, pero siento que esta escena se va a quedar grabada en mí para siempre.

26
Joel

Me despierto encogido, con la espalda hecha un ocho y una punzada en la cadera que me devuelve, de golpe, a cuando dormía en el suelo. Durante un instante, el cuerpo recuerda antes que la cabeza. El frío en la columna, los músculos en tensión, el instinto de protegerme. Pero esta vez hay algo distinto. No es el suelo de una calle ni el banco duro de una sala de urgencias, es un colchón bueno, firme pero mullido, aunque demasiado pequeño para mí. Parpadeo un par de veces y me cuesta enfocar, pero cuando lo hago veo en las paredes animales dibujados. Jirafas, elefantes… y reconozco esta habitación. La vi ayer antes de irnos al hospital. Era un espacio bonito, preparado para un bebé. Todo limpio, ordenado, nuevo. Ahora está vacía de esas cosas. No hay cuna ni cambiador. Solo esta cama con forma de cabaña, bajita, en la que acabo de despertar como un gigante extraviado en un cuento infantil.

Me incorporo despacio. El corazón me late demasiado rápido. No entiendo qué hago aquí. ¿Dónde están Bela? ¿El bebé?

Salgo al pasillo con una extraña mezcla de pudor y urgencia. Me muevo como quien teme hacer ruido en una casa ajena. Me acerco a la habitación que he compartido días atrás con ella; la puerta está entreabierta y la abro con cuidado. Es ahí cuando se me para el mundo.

Hay un niño sobre la cama. No es un bebé, es un niño de un año aproximadamente. Está espatarrado, como si fuera el rey del universo. Tiene el pelo rubio revuelto, los mofletes suaves, el pijama arrugado con dibujos de planetas. Duerme con la tranquilidad de quien no conoce el miedo ni la duda. Es la imagen perfecta de la

confianza absoluta en el mundo. Y a su lado, arrinconada en un extremo de la cama, está Bela dormida.

Con el gesto tenso incluso en reposo, como si llevara semanas sin soltarse del todo. Su rostro está pálido, el pelo enredado sobre la almohada, una mano extendida hacia el peque, como una promesa de que está ahí, siempre.

Yo no me muevo. No respiro. ¿Es… nuestro hijo? ¿De verdad?

Me apoyo en el marco de la puerta y siento que me tiembla todo por dentro. No entiendo nada. Ayer —¿fue ayer?— acaricié unas manitas diminutas, un cuerpo envuelto en gasas, un recién nacido que apenas podía sostener el cuello. Y ahora esto, este niño. Este ser humano en miniatura, completo, potente, dormido como si el mundo entero le perteneciera.

Me acerco despacio y me siento al borde de la cama. Lo miro embobado. Intento encontrar un rastro de mí o de Bela en su cara. No sé qué espero ver, pero lo busco. Y, de pronto, no me importa si lo reconozco o no, porque está ahí, respirando. Ella está al lado, exhausta y yo estoy aquí, vivo, despierto, desbordado.

Acaricio la sábana con los dedos. No me atrevo a tocarlo, pero entonces, el niño se remueve un poco, gira la cabeza hacia mí y sin abrir los ojos, suspira. Ese sonido —ese suspiro diminuto, tibio, confiado— me atraviesa. Trago saliva. Me arde la garganta. Ninguno de los dos se mueve, pero el mundo, sí; mi mundo, sí.

Los párpados de Bela se agitan como una mariposa medio dormida. La observo en silencio mientras va saliendo a la superficie, como si despertarse fuera un proceso lento y profundo, como si su mente necesitara tiempo para aceptar que sigue aquí… que no ha vuelto a aquella vida pulida y rígida de la que ahora parece querer huir. Parpadea una vez y me ve. Le sonrío, suave y ella… me devuelve una sonrisa dulce, tranquila, casi luminosa.

No hay esa ansiedad de los primeros despertares, ni el bufido exasperado, ni la pregunta atropellada de «¿qué coño está pasando ahora?». Solo un momento breve, en paz, hasta que gira la cabeza y lo ve.

Ve a Ezio dormido a su lado, como si llevara de verdad meses durmiendo entre los dos. Da un respingo silencioso. Se lleva la mano a la boca con los ojos como platos. Me mira o más bien, me atraviesa. Busca en mí respuestas que yo no tengo.

—¿Es… nuestro? ¿Es el bebé? —susurra, como si temiera que decirlo en voz alta pudiera despertarlo.

Me encojo de hombros, con una media sonrisa que no sabe si es alivio o resignación.

—Todo apunta a que sí.

La veo tragar saliva. Mira de nuevo al niño, como si necesitara convencerse de que es real. Toma aire, despacio, profundo. Lo suelta en una exhalación larga, templada. Se la ve procesando, asimilando, tratando de no dejarse llevar por el vértigo. Y entonces con determinación, se incorpora. Se levanta de la cama como quien camina por primera vez sobre un suelo nuevo. Da la vuelta con cuidado, hasta quedar sentada a mi lado, frente a él.

Durante unos segundos no dice nada, solo lo observa con fascinación y miedo.

—Se parece mucho a ti —murmura, casi en trance—. Es rubio.

Me giro hacia ella, la miro de reojo.

—Tú también eres rubia.

Intento quitarle peso al momento, devolverle algo de aire. Ella resopla y rueda los ojos, divertida.

—Soy rubia de bote y lo sabes. Este tono es más pollo que otra cosa —susurra, mientras se toca un mechón caótico de su corte *bob*, que ahora parece una tormenta de ondas despeinadas.

Sonrío, porque a pesar del caos, de la imposibilidad, de lo absurdo que es todo esto, verla ahí —al lado de ese niño— me llena el pecho de algo que no sé nombrar. Ese niño, dormido a sus anchas, nos muestra que ya hay una historia escrita, incluso aunque no recordemos haberla vivido.

Ezio respira hondo y emite un ruidito como de burbuja. Bela se ríe bajito y me mira.

—¿De verdad esto está pasando?

—Soy testigo de que está pasando.

Nos quedamos así, los dos sentados al borde de una cama conquistada por un pequeño emperador en pijama de planetas.

Entonces suena el despertador. Ese pitido agudo, metálico, que rompe el instante como un vaso que estalla en el suelo. Bela reacciona rápido y lo apaga con un manotazo, pero el daño ya está hecho; el sonido ha durado lo suficiente.

Ezio se mueve, abre los ojos lento. Nos mira y entonces pasa algo extraño. No sé si es la intensidad de sus ojos o la forma en la que clava la mirada en nosotros, pero Bela y yo nos quedamos paralizados. Completamente inmóviles, como si un rayo de luz nos hubiera convertido en estatuas.

Tiene los ojos como los míos. Grises, sí, pero con algo más. Son más claros y en el iris bailan puntitos azules, como pequeñas chispas submarinas. Nos está estudiando, evaluando, reconociendo y de repente… ¡salta!

—¡Mami! ¡Papi!

Se lanza sobre nosotros con un grito que es una declaración de amor sin filtros. Nos abraza con esos brazos pequeños, tibios, que parecen no saber de límites ni de miedos. Nos aprieta a los dos a la vez y juro que no sé cómo puede ser tan bonito. Me fundo en ese abrazo como si el cuerpo me lo hubiera estado pidiendo toda la vida. Lo rodeo con cuidado, como si no quisiera asustarlo, pero él no tiene ningún miedo, se entrega, nos estruja y se ríe. Cuando se separa un poco, veo que Bela tiene los ojos vidriosos, a punto de estallar y no es la única, porque yo también tengo lágrimas que me bajan por la cara sin permiso. Un par, silenciosas, como quien no quiere interrumpir la magia del momento.

Nos miramos y reímos con la voz temblando.

—Somos idiotas —dice ella, intentando sonar divertida.

—Sí. Pero… ¡Joder, que me ha llamado papi!

—Y a mí, mami…

Ezio, mientras tanto, empieza a saltar en la cama como un renacuajo hiperactivo, grita algo que suena a mantra:

—¡Eche, eche, eche!

Nos miramos sin entenderlo al principio, pero algo en su tono, en su energía, en su urgencia nos hace intuirlo.

—¿Leche? —pregunto, entre curioso y asustado.

Y lo sabemos. Sí. Es eso. Lo dice con una mezcla de exigencia y celebración. Es leche y la quiere ya.

Intentamos recomponernos como podemos. Bela se seca los ojos, yo me limpio la cara con la camiseta y los dos nos levantamos con la torpeza de dos recién llegados a este mundo.

Yo, por mi parte, intento recordar si hay algo que suelo hacer con este niño. Algún instinto, alguna rutina que se me dispare, pero no hay nada. Mi mente es un páramo. Debo de tener cara de agobio, porque Bela me lanza una mirada fugaz y, sin decir nada, me agarra de la muñeca. Tiene esa fuerza silenciosa, esa decisión que me encanta y me asusta a partes iguales. Me arrastra con ella hasta la cocina.

El peque nos sigue dando órdenes entre saltos y gritos.

—Vale, pequeño dictador —dice ella mientras se agacha a su altura—. Como tú eres un chico ya mayor, hoy tú vas a decirnos qué toca hacer, ¿sí?

Ezio asiente como si fuera el jefe de operaciones. Señala una silla alta, de esas de aprendizaje, de madera, colocada junto a la isla de la cocina. Sube por ella con habilidad y vuelve a cantar:

—¡Eche, eche!

Yo busco con la mirada, nervioso, hasta que la veo: una botella de agua, un biberón limpio sobre la encimera y un bote de polvo blanco con dibujos de ositos. Le señalo el bibe al peque.

—¿Aquí?

Él aplaude, feliz y asiente con la cabeza como un tambor. Bela, mientras tanto, saca el móvil.

—Voy a buscar cómo se hace un biberón para un niño, por si acaso. Y de paso… —hace una pausa, se queda mirando la pantalla, frunce el ceño—. Joel…

—¿Qué?

—Hoy es… —me enseña su teléfono—. Ha pasado más de un año desde que nació según el calendario del móvil.

Un año, un año entero. Lo que ayer cabía en mis manos, ahora salta, grita y da órdenes desde una torre de madera. Bela encuentra rápido una guía. Medimos el agua, metemos los polvos. Cierro el

biberón, lo agito como si supiera lo que hago y se lo paso al niño con cierta solemnidad. Él lo agarra con ambas manos y empieza a beber, concentrado. Nos quedamos los dos mirándolo, como si estuviera recitando una ópera, levantando un edificio o haciendo magia.

—¿Te das cuenta de lo bien que lo estamos haciendo? —le digo en voz baja a la supuesta madre de la criatura, sin apartar la vista del niño.

—¿Qué quieres decir?

—Que él está haciendo cosas solo. Y nosotros no la hemos liado aún. Eso cuenta como éxito, ¿no?

Ella sonríe y ladea la cabeza.

—Sí. Para haber empezado de cero… no está mal.

27
Bela

Hoy me he despertado feliz y es algo que no hubiera comprendido los días anteriores. De hecho, me he despertado en paz. No con esa angustia que me anudaba el estómago en cuanto abría los ojos y no sabía qué cuerpo iba a tener al lado, ni en qué año, ni si estaba casada, separada, embarazada o a punto de caer por un abismo.

No.

Hoy me he despertado con el corazón demasiado lleno y cuando he girado la cabeza y lo he visto ahí, a mi lado, dormido, con esos mofletes hinchados y esos ojazos aún cerrados, a pesar del susto, he sentido que todo era perfecto.

Ezio.

No quiero desprenderme de él. Después de desayunar, lo he cogido en brazos y no lo he soltado ni un segundo. Lo he llenado de besos en las mejillas, en el cuello, en esa frente suave que huele a ternura y a colonia de bebé. Le he acariciado el pelo, le he contado cosas al oído que ni siquiera yo sabía que llevaba dentro, le he dado gracias al universo, al destino o a lo que sea que esté detrás de esta locura que es nuestra vida. Porque jamás habría imaginado que esto —esto que ahora me parece un regalo— podría ser mío. ¿Un hijo? ¿De Joel? ¿Del hombre que conocí tirado en la calle, con la barba enmarañada, la ropa sucia y ese olor tan…? No. Ni en un millón de años y, sin embargo, aquí estoy, con este niño en brazos que me llama «mami» y que me ha arrancado una parte del alma solo con mirarme.

Oigo el timbre y Joel va a abrir. Desde el salón, escucho una voz femenina, cálida, enérgica.

—¡Ezi! ¡Mi niño bonito! ¿Dónde está la abuela? ¿Dónde está tu Victoria?

Me asomo con el peque aún en brazos. Joel me lanza una mirada de auxilio disfrazada de cortesía.

—Buenos días, mamá —saludo, algo descolocada.

Ella entra como si fuera la dueña de todo y quizá lo sea, al menos, de este trozo de mundo en el que yo aún estoy aprendiendo a vivir.

—¿Pero qué haces con el niño en pijama todavía? —pregunta, sonriendo—. Anda, dámelo. ¡Va a llegar tarde!

Ezio empieza a aplaudir. Se nota que adora a su abuela. Se lanza hacia ella con esa emoción que solo los niños saben expresar.

—¿Vamos a la guarde? —le pregunta ella mientras lo balancea de un lado a otro—. ¿Sí? ¿Mi Ezi quiere ir a ver a sus amiguitos?

Me detengo.

—¿Cómo lo has llamado?

—¿Cómo? —dice ella, sin mirarme.

—Le has dicho «*Ezi*».

—Claro… —me lanza una mirada, no dura, pero sí extrañada, como si yo fuera la que está confundida—. Voy a vestirlo —se lo lleva a su habitación.

Miro a Joel en busca de un punto de apoyo. Él asiente muy leve con la cabeza, casi imperceptible.

—En su habitación hay un cartel con ese nombre —me dice en voz baja—. EZI. Lo he visto cuando me he despertado en su minicama.

Y entonces entiendo que hemos inventado su apodo. Esa parte de la historia que no vivimos pero que todos a nuestro alrededor ya conocen.

Mi madre sale con el niño vestido con un mono vaquero y un jersey blanco. Está precioso. Incluso le ha peinado ese pelo revuelto que llevaba y, si soy sincera, me gustaba más despeinado. La Isabela de la vida anterior hubiera sido partidaria de esa raya al lado que le ha hecho la abuela. Mientras tanto, mamá le da un beso en la nariz al niño y se prepara para salir.

—Bueno, venga, chicos. Vestíos y poneos en marcha. Hoy tenéis esa reunión importante en la agencia, ¿no? La de los italianos de la marca de ropa, la viral…

Me entra un escalofrío porque no quiero que se lo lleve.

—No va a ir hoy —digo, firme, sin saber de dónde me sale la voz.

—¿Perdón?

—No queremos separarnos de él. Hoy no.

Joel, que al principio parecía más confundido que nadie, se une sin pensarlo.

—Sí. Queremos pasar el día juntos.

Mamá nos mira como si fuéramos dos adolescentes con delirios de paternidad.

—Vamos a ver. Esto no es una mascota, tiene su rutina, su guardería, sus horarios y vosotros tenéis trabajo.

—Nos lo llevaremos con nosotros —digo. Me sorprendo a mí misma. Nunca me he llevado bien con los niños en oficinas, pero hoy… no puedo imaginarme otra cosa.

La abuela del peque alza las cejas.

—¿A la agencia?

—Sí. —Le acaricio el pelo a Ezio, que ya está apoyado en mi hombro otra vez—. Hoy vendrá con mamá y papá.

Joel asiente, mi madre se cruza de brazos y suspira.

—Bueno, pero mañana no hay excusa.

—Mañana —digo—, ya veremos qué día nos toca vivir.

No entiende a qué me refiero y mejor así.

Nos da un par de instrucciones innecesarias sobre su ropa, su comida, sus horarios de siesta. Nos desea suerte y se despide de Ezi con un beso ruidoso en la mejilla. Cuando cierra la puerta, me apoyo en la pared y Joel me mira.

—Vamos a llevarnos a nuestro hijo.

—Suena raro, ¿eh?

—¿El qué?

—Decir «nuestro hijo».

—Sí —respondo, con una sonrisa tonta en los labios—. Pero también suena precioso.

—Vale —dice Joel, con ese tono que mezcla observación y alarma suave—. Creo que deberíamos ponernos un poco las pilas.

Me siento en el suelo con el peque entre las piernas, absorta mientras le acaricio el pelito como si fuera mi osito de peluche personal. Su padre me observa desde el otro extremo del salón, con el móvil en la mano y el ceño fruncido, pero no con preocupación: con eficiencia.

—¿Por? —pregunto.

—Tenemos una agenda compartida con el equipo. Está sincronizada con nuestros móviles —me explica, como quien ya lo ha hecho otras veces—. Y acabo de verla.

—¿Y?

—Reunión a las once. Programa con muchas exclamaciones.

—¿Programa?

—Así se llama la marca. *PROGRAMMA*. En mayúsculas. Es italiana. Moda viral y, por lo que veo, importante de narices. Hay más signos de exclamación que letras en la nota.

Me llevo una mano a la cara y resoplo. Nos miramos un segundo. Ezi da una palmada contra mi rodilla y grita algo ininteligible mientras agita un dinosaurio de plástico que ha sacado de no sé dónde.

—Vale. Toca ponerse en modo trabajo —respiro hondo—. Pero esta vez, con bebé incorporado.

Nos sentamos en el sofá y el peque queda entre nosotros, entretenido con su juguete. Joel busca el perfil de la marca y me lo pasa.

—Aquí tienes. Redes, web, artículos. Es más tu terreno que el mío.

—Gracias —le digo, cogiéndolo.

En cuanto veo las primeras imágenes, todo cobra sentido: ropa *oversize*, colores vibrantes, conceptos de campaña rompemoldes. Una mezcla entre moda de autor y cultura de calle, con toques surrealistas. Me recuerda a las marcas que marcan época, de esas que no solo visten, sino que crean movimiento. *Boom material,* sin duda.

—Vale, ya estoy dentro —le digo a Joel sin apartar la vista del móvil.

—¿Tan rápido?

—Me empapo fácil si la marca me habla y esta me está gritando.

Leo sin parar, salto de una pestaña a otra, hago zoom en las campañas, observo los *claims*, los *hashtags*, la estética visual. Siento que el chip de estratega se me enciende sin necesidad de esfuerzo. Es como si, en medio del caos, algo en mi cabeza encontrara su sitio. Confío en eso. En esa intuición afilada que me ha salvado tantas veces. Confío también en el equipo; sé que, pase lo que pase, si entramos allí con energía y autenticidad, saldrá bien.

—No vamos a ir a ciegas —le digo a Joel al devolverle el móvil —. Aunque llevemos a Ezi en brazos.

Él me sonríe.

—Me gusta cómo dices «*Ezi*» ahora.

—Me gusta cómo suena.

28
Joel

Salir de casa ha sido como vivir en una de esas películas donde los detalles cambian pero nadie parece darse cuenta. Porque esta vez, en lugar de la moto aquella que nos pilló por sorpresa el primer día, nos hemos encontrado con un todoterreno negro precioso, aparcado justo delante. Limpio, brillante, con las llaves en el hueco de la entrada y —esto me ha descolocado porque no me acostumbro— una silla de bebé perfectamente instalada en los asientos traseros.

Bela me ha mirado, como preguntando si eso era normal y yo he hecho lo único que podía hacer: sacar el móvil y buscar: *cómo colocar a un niño de un año en la silla del coche,* en YouTube.

He necesitado tres vídeos y algo de sudor para entender cómo iba el cinturón. Ezi, mientras tanto, reía y pataleaba, encantado de estar en una aventura. Todo es tan nuevo para nosotros… y a la vez está tan perfectamente integrado en nuestras vidas.

—¿Lo llevas tú? —le he preguntado a Bela, porque sé que echa de menos su vida de mujer poderosa que conduce por la ciudad como si fuese la jefa de todo.

—No. Prefiero sentarme detrás con el peque. Condúcelo tú.

Me he quedado en *shock,* porque no me esperaba esa contestación. Con el disgusto que se llevó hace unos días al ver una moto y una bici en la puerta y ni rastro de un supercoche.

Al llegar a la agencia, he buscado por la guantera y he visto el mando del garaje; el mismo que Nico usó aquel día para abrirnos paso con la moto. Lo he pulsado por instinto y, ante nuestros ojos, la puerta metálica se ha elevado con un rugido lento.

Pero esta vez no había solo un hueco vacío, ahora había un garaje completo, grande, iluminado, con varios coches, una moto y hasta una bici eléctrica aparcada junto a una pared con murales.

Bela ha soltado un leve silbido.

—Al menos tenemos dónde dejar la nave espacial.

—Y a un dinosaurio —he añadido yo, mientras miraba por el retrovisor al niño, que agitaba una zapatilla como si fuera un trofeo.

Hemos salido del coche, he cogido la bolsa con todo lo que creí que un niño de un año podía necesitar —y que probablemente habré olvidado al menos la mitad— y hemos entrado los tres, como una familia que sabe lo que hace, porque nos hemos prometido disimular. Nada de caras de susto o de preguntas innecesarias; ya no somos los del primer día o, al menos, lo estábamos intentando. Bela va por delante en eso. Me confesó que, en su anterior vida, mentir era parte de la estrategia diaria.

—No para hacer daño —me explicó—, sino para mantenerlo todo bajo control.

Y aunque yo odio las mentiras, me he dado cuenta de que no tengo más remedio que aprender de ella. Al menos mientras sigamos despertando en versiones distintas de nuestras propias vidas.

Al entrar, la agencia está igual de vibrante, de salvaje, de libre, con neones encendidos, murales vivos, olor a café y creatividad en el aire. Y entonces, como si llevara horas esperándonos, Álex suelta un grito desde la zona del fondo.

—¡¿Pero qué es esta preciosuraaaaaa?!

Se acerca como un torbellino, con esa energía suya. Se agacha frente a Ezi, que se esconde entre el pecho de Bela, pero con una sonrisa traviesa que asoma.

—¿Pero por qué ha venido este principito hoy a la oficina? ¿No tiene cosas importantes que hacer en su guardería de genios?

Su madre, rápida como siempre, se encoge de hombros con naturalidad.

—Cerrada por plaga de cucarachas.

—¿Qué? —Álex parpadea, incrédulo—. ¿En serio?

—Tal cual. Han avisado esta mañana.

Lo dice con tanta seguridad que incluso yo me lo creo por un segundo.

Álex arruga la nariz.

—Pues qué asco, pero... vale. Hoy trabajamos con jefe nuevo. Eso os pasa por llevarlo a ese sitio tan raro en medio del campo.

Le guiña un ojo al niño y se va directo a su mesa, feliz de la novedad y, justo entonces, aparece Tesa con papeles en mano, labios perfectamente perfilados y el pelo liso. Camina como quien pisa un desfile, pero con la precisión de un bisturí. Nos mira, alza una ceja y sonríe.

—Llegáis a tiempo. Queda una hora para PROGRAMMA —dice, tendiéndome un resumen de campaña—. Vais a flipar.

—Ya lo estamos haciendo —murmuro.

—¿Hoy tenemos becario? —pregunta al ver al peque en los brazos de su madre.

—¡Plaga de cucarachas en la guarde! —suelta Álex indignado y con cara de asco.

Tesa nos da un par de indicaciones más y desaparece. Me giro hacia Bela y, por primera vez desde que salimos de casa, la observo de verdad. No ha soltado al niño desde que desayunamos y no parece tener la más mínima intención de hacerlo. Se le nota en los brazos, en la forma en que inclina el cuerpo, en esa mirada hipnotizada que lanza cada vez que él dice una palabra inventada o hace una mueca nueva. Y me pasa algo raro. No hubiera imaginado, ni en mil vidas, que Bela sería una madre así, tan empalagosa, tan pegada y desbordada de amor. Siempre pensé en ella como alguien fuerte, brillante, imbatible, pero nunca maternal. Y ahora… ahora la veo con el niño entre los brazos y es como si todo lo que un día fue acero se hubiese convertido en agua tibia. Me derrite y me desarma y, no solo porque es preciosa cargando a nuestro hijo, sino porque, por dentro, se está rindiendo. Está dejando que este amor entre y la cambie.

No lo dice en voz alta, pero yo lo veo y me siento el hombre más afortunado del mundo por poder presenciarlo. Quién iba a decirme, hace no tanto, que la mujer que más miedo me daba iba a convertirse en la madre que más me conmueve.

Me acerco a Ezi y le doy un beso en su moflete, me tira del pelo y se ríe. Bela me mira de reojo, con esa media sonrisa.

—¿En qué piensas?

—En lo guapa que estás con babas en el hombro.

Se ríe, me empuja con el codo y se me queda mirando; no habla enseguida, pero hay algo en su expresión —en ese cambio casi imperceptible en sus ojos— que me pone alerta, pero no en plan defensivo. Entonces con voz suave y sin dramatismo, pero directa como un disparo bien apuntado, me dice:

—Te he observado antes con Ezi y he pensado: si este es el tipo de padre que puedes ser sin haber tenido tiempo de aprender… no quiero ni imaginar lo que serás cuando lo recuerdes todo.

Y yo… Yo me quedo sin aire. Es una frase simple, si la piensas en frío, pero en su boca… en este contexto… en esta vida que se va abriendo como una flor… es un regalo que me revienta por completo. Siento ese cosquilleo en el pecho, como si algo blando y caliente se expandiera desde ahí hacia los dedos, hacia la garganta, hacia los ojos; no sé cómo responder. Solo sé que me ha visto y que no me está evaluando como un accidente bonito; me está reconociendo. Me sale una sonrisa distinta, de esas que salen cuando alguien te toca un sitio que pensabas que tenías blindado. Me cuesta responder. No por falta de palabras, sino porque cualquier cosa que diga después de eso me parece torpe, pequeña.

—Ojalá lo recuerde. Ojalá no me lo pierda.

Ezio se mueve entre nosotros, juguetea con mis dedos y por dentro me siento algo más que el vagabundo con el que un día tropezó sin querer. Bela sonríe, sin quitarme la mirada de encima.

—Tú me sorprendiste, Joel. No sabía que eras capaz de hacerme sentir así.

—¿Así cómo?

—En calma.

Me quedo callado. No sé si decirle que ella me hace sentir justo lo contrario: una especie de temblor dulce, una inquietud que no duele, pero que se instala dentro como una promesa. Justo cuando estoy a punto de decir algo más, el peque se incorpora con toda su

energía infantil, nos mira muy serio y suelta, como quien anuncia el fin del mundo:

—¡Papá… caca!

Nos miramos los dos y estallamos en una carcajada que nos libera.

—Perfecto. Justo cuando nos estábamos poniendo intensitos. —murmura Bela, divertida.

29
Joel

Más tarde, ya con Ezi dormido en el coche de vuelta, me doy cuenta de que no puedo dejar de pensar en lo que ha pasado en aquella sala de reuniones. No sé cómo lo ha hecho, porque juro que, cuando entramos, yo estaba convencido de que iba a ser un desastre.

Cuatro italianos esperando con aire de *«no me hagas perder el tiempo»* y Bela, espectacular, pero con un niño en brazos. Un niño que, por cierto, no tenía la más mínima intención de colaborar con el silencio. Vi cómo uno de los italianos —el más joven, con americana fucsia y gafas tintadas— fruncía el ceño nada más ver al bebé. Otro, el que parecía el CEO, movió la cabeza muy despacio, con una ceja alzada y expresión de *«esto en Milán no pasa», y* yo he pensado: «*Ya está. Se acabó. Se nos escapa la marca entre los dedos*».

Pero entonces Yara, desde el extremo de la mesa, tomó la palabra como si lo hubiera tenido ensayado, con ese aplomo elegante suyo, ese saber estar de quien tiene tablas y nervio.

Empezó a presentar la agencia, a hablar del equipo, a deslizar conceptos clave con soltura. Mientras tanto, Bela se limitó a caminar despacio por la sala, con el niño en brazos, como si tuviera todo el tiempo del mundo. No trató de ocultarlo, no pidió disculpas ni lo disimuló. Lo usó como escudo, como símbolo, como mensaje y lo más increíble es que funcionó.

Vi cómo el tipo de la americana fucsia dejó de mirar a mi hijo y empezó a mirar a Bela. Vi cómo el CEO se inclinó un poco hacia delante cuando ella, con voz relajada y sin una pizca de tensión, explicó el enfoque emocional que proponíamos para PROGRAMMA.

Una marca que no solo vendiera moda, sino que hiciera sentir que formar parte de ella era como pertenecer a una comunidad

poderosa, libre, sin etiquetas… igual que el pequeño, que en ese momento dormía sobre su pecho como si estuviera en el lugar más seguro del mundo.

Yo, mientras tanto, la observaba desde el fondo. No he podido ni pestañear, porque había algo en ella… algo que no solo era profesionalismo o carisma; era poder. Un poder suave, imbatible; el poder grandioso de una madre. Se movía por la sala como quien sabe exactamente lo que quiere y cómo conseguirlo: desenfadada, relajada, en calma.

Vi cómo las curvas de su cuerpo se deslizaban con elegancia entre las sillas, cómo la tela de su blusa se ceñía cuando giraba hacia la pantalla y su perfil se recortaba contra la luz del proyector. Tenía los labios ligeramente humedecidos, los ojos brillantes, el pelo recogido en una coleta improvisada pero incluso así —o tal vez por eso— estaba radiante. No intentaba demostrar nada y, precisamente por eso, lo demostraba todo.

Uno de los italianos, un tipo delgado con pinta de creativo, se giró hacia el resto y murmuró algo en italiano. Capté un *«vero impatto»*. Impacto real. Sentí cómo se me hinchaba el pecho. Era por ella, porque verla ahí, en su salsa, mientras manejaba una reunión, me dejó completamente noqueado.

No la vi así el primer día ni el segundo, pero hoy… hoy no puedo mirar a ninguna otra parte, porque mi atención se ha centrado por completo en ella. Y entonces, en ese momento, me he dado cuenta de que estoy jodidamente perdido.

Nuestro pequeño duerme en su cama, por fin y en casa flota ese silencio espeso, como después de una tormenta. La calma dulce de un día que parecía no tener fisuras.

Bela está en la cocina, medio recostada contra la encimera, con una taza de té entre las manos y el móvil en la otra. Sonríe mientras habla. Por su tono, sé que lo hace con su madre.

—Ha estado genial —dice—. De verdad, mamá… es un sol. Se ha portado mejor que muchos adultos.

Pausa.

—Sí. Sí, en serio. Incluso en la reunión. No ha llorado ni una vez.

Me acerco en silencio, por si necesita algo. La veo relajada, brilla. Entonces, su expresión cambia; no lo hace de golpe sino con lentitud. Me da la sensación de que las palabras que acaba de escuchar tardan en caerle dentro.

—¿Qué has dicho? —pregunta, bajito pero no oigo nada al otro lado—. No, mamá. Repite eso.

Su mano se aprieta contra la encimera y la taza tiembla. Yo doy un paso, pero no digo nada.

—Pero… ¿cómo…? —no termina la frase, simplemente escucha y entonces, de pronto, cuelga sin despedirse.

—Bela —me acerco con cuidado—. ¿Qué pasa?

Ella no responde. Se queda mirando al vacío, como si el suelo se hubiera hundido bajo sus pies, como si no entendiera por qué de repente está en un sitio tan oscuro.

—Ya no está —susurra, sin mirarme—. Mi padre ha muerto.

Me detengo y no sé si la he oído bien, pero sus ojos, abiertos de par en par, hablan más que su voz.

—Mi madre lo has comentado como si yo… como si ya lo supiera. —Traga saliva, pero le cuesta—. Seis meses. Hace seis meses.

La noto deshacerse delante de mí. Ese temple que siempre lleva como escudo ya no está. Veo que le llega un temblor, la respiración se le rompe y el pecho que no le responde.

—No… no puedo respirar… —dice, con la mano sobre el esternón.

La agarro con fuerza por los hombros, sin soltarla.

—Eh, mírame. Estoy aquí. Respira conmigo, ¿vale? Solo respira. Uno… dos… recuerda.

—No me despedí, Joel. No sé cómo fue. No sé si sufrió. No sé si… no recuerdo nada. Yo lo odiaba en la otra vida. Dios, cuánto lo odiaba… y ahora ya no está.

La abrazo fuerte, sin decir nada más. Siento su cuerpo entero temblar contra el mío y no hay nada que decir que sirva de consuelo, pero hay algo que puedo ofrecerle: estar, sostenerla. Llora como si estuviera dando a luz a su propio dolor.

—En la otra vida… en la real… puede que sí te despidieras —murmuro, sin saber si eso ayuda o la rompe más—. Pero aquí… aquí es distinto; no te acuerdas y no es tu culpa.

Ella hunde la cara en mi cuello y el temblor se vuelve llanto. Ese llanto seco, silencioso, que sale de las entrañas. Ezi sigue durmiendo, lo sé porque tenemos un aparato con una pantalla que nos muestra al bebé en la cama. La noche cae sin hacer ruido y en esta versión de la vida, la niña que fue hija se acaba de romper por dentro y yo… yo solo puedo abrazarla más fuerte, hasta que todo pase, hasta que pueda volver a respirar.

—Él se fue, Joel. Se fue sin saber que yo… —traga saliva, se atraganta con las palabras—. Que yo, en el fondo, lo necesitaba.

No hay consuelo para eso, tampoco frase que lo calme. Mientras ella se curva sobre sí misma y tiñe mi camiseta de lágrimas, entiendo algo que no había comprendido hasta hoy: que el amor no siempre se grita. Que a veces el amor no se parece al amor. Que hay heridas que no se ven hasta que alguien muere. Y Bela… acaba de perder algo más que a un padre; ha perdido la última posibilidad de decirle que, pese a todo, en algún rincón de sí misma, lo quería.

30
Bela

No sé cuánto tiempo ha pasado desde que he colgado. Solo sé que hay un zumbido en mi pecho que no se va.

Mi padre ha muerto. Está muerto y hay una parte de mí que se ha apagado y no sé si volverá a encenderse alguna vez. Mi madre me lo ha dicho como si ya lo supiera. Como si fuera una obviedad: «*La semana que viene es la misa, cariño. Hoy he ido al cementerio a cambiar las flores; he aprovechado porque como no he tenido que llevar a Ezi a la guarde. Qué seis meses más largos*».

Y eso me ha matado. Pensar en el acto cotidiano y en el silencio con el que alguien limpia una lápida y acomoda un ramo, me ha desarmado. Y yo sin recordarlo. Pensaba que mi padre estaba trabajando.

¿Fui al entierro? ¿Lo lloré en otra vida? ¿Lo abracé antes de que se fuera? ¿Le dije, al menos, que lo sentía? ¿O me mantuve altiva, fría, con ese rencor tan mío que ya ni me cabe en el pecho? No lo sé y no saberlo me está matando porque siento culpa; es una culpa que no se puede tocar ni tiene forma, pero que se instala en los huesos, como un eco que retumba cada vez más fuerte. Me duele el pecho y me tiembla el cuerpo, pero hay unos brazos que no me sueltan: los de Joel.

Me ha sostenido sin decir nada, me ha dejado gritar, romperme, hundirme y ahora, cuando todo arde menos, me tiene pegada a su pecho como si pudiera sostenerme solo con la respiración.

Me ayuda a acercarme al sofá, sin prisa. Ezi duerme plácidamente y yo lo agradezco porque necesito dejarme sentir esto. La casa flota en ese silencio espeso que deja el llanto y Joel me

acaricia el pelo, despacio, como si supiera que todavía estoy hecha de cristal.

—No entiendo nada —le digo, con la voz rota pero templada—. ¿Qué es esto, Joel? ¿Qué clase de vida es esta?

No responde enseguida, me aprieta un poco más contra él, me da espacio.

—Es una vida partida —susurra, al fin.

—Eso es. —Cierro los ojos—. Como vivir a medias.

Siento sus latidos y me aferro a ellos.

—Estoy conociendo por primera vez lo que es vivir de verdad —susurro—, contigo, con Ezio… en esta vida que nunca pensé que podía desear y, sin embargo, es una mierda.

—¿Por qué?

Lo miro.

—Porque son solo instantes, porque cada día se me queda corto, porque no sé si mañana esto va a seguir. Si tú vas a estar. Si Ezio va a seguir llamándome mamá o si voy a despertarme en otro lugar y esto solo será un mal sueño o el mejor.

Joel cierra los ojos un segundo e inspira hondo.

—¿Sabes? —dice—. Cuando vivía en la calle, no existían los instantes. Solo el peso del pasado que no se me iba de la cabeza y el miedo al futuro.

Lo escucho en silencio. Su voz es calma, pero hay un temblor viejo detrás; algo que arrastra y que ahora, por fin, suelta.

—No miraba a nadie, no soñaba con nada. Dormía en bancos, en portales y lo único que podía imaginar era un final. Nada más. Ni bueno ni malo, solo el final.

—Joel…

—Y, sin embargo —continúa, con los ojos ahora fijos en los míos —, contigo, con el niño, con esta locura... estoy viviendo el presente como nunca antes. Estoy aquí, en cada gesto, en cada mirada. Y sí, a veces duele, pero no lo cambiaría por nada.

Las lágrimas vuelven a mí, pero esta vez no queman; son suaves.

—Gracias —le digo mientras acaricio su cara con la yema de los dedos—. Gracias por esas palabras. La verdad es que me has dado

una chispa de luz al verlo así.

Él sonríe.

—Tú me estás enseñando a quedarme donde hay cariño, aunque sea por un instante.

Me hundo en su abrazo y esta vez no hay vértigo, solo su calor y no me resisto a sentirlo todo: el dolor, la culpa, la ternura, el verdadero amor. Todo. Y me rindo, pero no como una derrota, sino como quien, por fin, se permite descansar en el lugar donde más lo necesita.

Joel me sigue acariciando la espalda con esos dedos que parecen saber exactamente por dónde pasar. Me calma y me cura. No decimos nada durante unos segundos, pero no es silencio incómodo; es silencio de hogar y entonces, su voz suena otra vez.

—¿Puedo decirte algo… sin que lo uses luego en mi contra?

Me río bajito, sin separarme de su pecho.

—Depende de lo que digas.

—Entonces sí.

—Venga, dispara.

Siento cómo se acomoda un poco, como si necesitara tomar impulso y luego lo suelta, suave; casi como si tuviera miedo de romper algo.

—Lo que hiciste hoy en la reunión… fue increíble.

Me separo solo lo justo para mirarlo, pero no digo nada. Él continúa:

—Te vi moverte por la sala con Ezi en brazos como si hubieras nacido para eso. Estabas… en paz, pero igual de jefa e imponente, como si el poder te brotara de la piel sin que lo notaras.

Me trago saliva. No sé muy bien qué contestar, pero él sigue y yo dejo que lo haga.

—Y luego, tu forma de hablar, de mirar, de tomar el espacio sin pedir permiso, pero con un niño dormido en el pecho. Joder, Bela… eso no lo hace cualquiera.

—Tenía a Yara cubriéndome —murmuro.

—Y tú cubriste a todos. No fue una estrategia, fue instinto... puro corazón.

Me acaricia la mejilla con el dorso de los dedos y me estremece.

—Me he sentido afortunado de poder verte así —baja la voz, casi hasta el susurro—. Y sí, tu armario ahora está lleno de colores, y puede que eso no tenga nada que ver con la mujer que eras antes, pero ¿sabes qué? Me encanta. Porque es tal cual eres tú ahora. Una mujer llena de vida. Una madre que se desvive. Una loca adorable con rizos rebeldes y las uñas mal pintadas. Una mezcla entre caos y luz que no se deja encasillar.

Cierro los ojos porque me cuesta respirar.

—No digas cosas así —le digo, sin fuerza—. No me acostumbres a escucharlas.

—No te las estoy diciendo para que te acostumbres —responde y me atrapa la mirada con la suya—. Te las estoy diciendo porque, aunque esto se acabe mañana, quiero que se te quede dentro, como se te queda Ezi, como te estás quedando tú en mí.

Instantáneamente algo se me afloja por dentro. Puede que sea la armadura o el miedo. Mi instinto me pide que me acomode sobre él. Apoyo la cabeza en su pecho y, sinceramente, por primera vez, de verdad, de manera consciente, dejo que me abrace. No solo con los brazos, sino con el alma.

—No sabía que alguien pudiera mirarme así —susurro, con los ojos cerrados.

—Yo no sabía que alguien pudiera hacerme sentir lo que estoy empezando a sentir.

Escuchar eso y la respiración de nuestro hijo, a través del aparato que hemos usado para ver con duerme al otro lado de la pared, son las melodías mas maravillosas que he escuchado jamás.

En ese sofá, abrazados, con los cuerpos encajando sin tensión y los corazones en compás, nos dormimos. Pase lo que pase mañana, me he dado cuenta de que sé que no quiero vivir ninguna vida sin ellos y que este sueño es increíble.

31
Bela

Despierto con una voz. No con el despertador, ni con mis propios pensamientos, ni siquiera con el murmullo de Joel que respira a mi lado. Es una voz aguda, pequeña y aterrada.

—¡Maaaamá!

Me incorporo de golpe con el corazón en la garganta. Joel ni se inmuta, así que le doy un codazo seco en las costillas que lo hace gruñir como un oso.

—Despierta. Ha gritado alguien —susurro, pero ya me estoy levantando.

No espero respuesta; me deslizo fuera de la cama con los pies descalzos y el pecho en vilo. Sigo en este sueño y sé exactamente de dónde ha venido esa vocecita. Como si el instinto se me hubiera activado de un día para otro —o de una dimensión a otra, quién sabe ya—; atravieso el pequeño pasillo y llego hasta la habitación donde ayer dormía un bebé.

Cuando abro la puerta, mi estómago da un vuelco. Hay una cama algo más grande, dentro de ella un niño rubio, acurrucado entre sábanas de dinosaurios. Tiene el pelo alborotado, una expresión medio dormida, medio asustada y los ojos... Dios, los ojos. Rasgados, grises, grandes como el cielo a punto de llover.

Ezio.

Es él. No tengo ninguna duda, aunque me tiemblen las rodillas. Debe tener cuatro años. ¡Cuatro! Y me ha llamado mamá con esa naturalidad que solo tienen los que llevan toda la vida haciéndolo.

—He soñado feo —me dice con voz temblorosa—. Y tenía miedo.

El corazón se me parte en dos.

Me acerco a él y lo rodeo con los brazos, como si supiera perfectamente cómo consolarlo, aunque por dentro me esté derritiendo de nervios. Su cuerpo se pega al mío con una confianza total. Siento su calor, su pequeño temblor, su olor a niño y algo se acomoda dentro de mí. Una ternura feroz, desconocida; una especie de orgullo extraño, como si lo hubiese criado durante años.

—Estoy aquí, peque. Todo está bien, ¿vale? Ya pasó.

Este abrazo me acuna más a mí que a él. Entonces, oigo unos pasos arrastrados. Joel asoma por la puerta, despeinado y con los ojos entrecerrados. ¡Joder! ¡Está tan guapo! Este hombre es como el vino.

—¿Qué…? —balbucea mientras se rasca la nuca.

Me giro y le sonrío, emocionada y con los ojos vidriosos.

—Pasa, anda. Alguien ha tenido una pesadilla.

Joel parpadea. Ve al niño, luego me mira a mí, vuelve a mirar al niño, se frota los ojos como si intentara sacarse una broma pesada de las pestañas.

—¿Pero cuánto ha dormido este niño? —susurra mientras se acerca.

Ezi se incorpora un poco en mi regazo y mira a Joel como si lo conociera de toda la vida.

—Papá.

El susodicho se queda helado. Sus ojos me buscan. Yo asiento, sin saber cómo explicar lo inexplicable.

Él se sienta con nosotros, todavía con cara de sueño y asombro y coloca una mano sobre la espalda del pequeño. Este se vuelve hacia él con la misma familiaridad que conmigo y se acomoda entre los dos. Nos quedamos los tres abrazados, en esa cama demasiado pequeña para tanto amor acumulado en tan poco tiempo.

———

El calendario colgado en la cocina me devuelve una fecha concreta, escrita en rojo: **martes, 8 de mayo**. No sé de qué año, porque el año no aparece, como si eso fuera lo de menos. Me giro y miro a Joel. Él tampoco dice nada. El niño —nuestro hijo, *Ezio*,

aunque aún no me acostumbro a decirlo sin que me tiemble la voz por dentro— está sentado sobre una silla alta, con los pies colgando y le da vueltas a una cuchara vacía entre los dedos.

Joel y yo nos miramos un instante. Es de esos momentos en los que ninguno de los dos se atreve a formular la gran pregunta: *¿qué se supone que hacemos hoy?*

—A ver, campeón —dice Joel, bajando el tono como si estuviéramos tramando una misión secreta—. Hoy vamos a jugar a un juego: imagina que a mamá y a papá se nos ha olvidado todo y no nos acordamos de lo que hacemos cada día, pero tú si te acuerdas y nos vas a ir dando los pasos que tenemos que seguir. ¿Qué se hace cuando te levantas cada día?

Ezi se endereza con entusiasmo.

—¡Qué guay! ¡Primero desayuno! Luego veo los dibujos, pero solo un rato porque papá dice que si no se me queda el cerebro blandito como un flan. Después me laváis los dientes y me ponéis los zapatos —los cuenta con los dedos—. Y entonces vamos al cole.

—¿Vamos… los dos? —pregunto a la vez que arqueo una ceja.

—¡Claro! Siempre voy con vosotros. A veces discutís por quién pone la música en el coche, pero luego os reís —se ríe también él, como si le hiciera gracia revivirlo—. Después os vais a trabajar a la agencia bonita, que tiene muchos colores y un sofá que huele a chuches.

—¿Huele a qué? —pregunto, sin poder evitar sonreír.

—¡A chuches! Y una vez, el tío Guille me enseñó a pintar un cuadro muy chulo. Estaba lleno de manchas y lo colgaste en tu despacho, mami, por que dijiste que era muy expresivo. —Se queda un segundo pensativo—. No sé qué significa eso, pero lo dijiste sonriendo, así que debe de ser bueno.

Joel está tan fascinado como yo; solo lo observa con esa cara de no creerse que ese torbellino pequeño con rizos dorados y ojos grisáceos sea realmente su hijo. Nuestro hijo.

—¿Y qué más haces, campeón? —pregunta el papi mientras se agacha un poco hasta quedar a su altura.

—La tía Yara a veces juega conmigo al escondite, pero yo siempre gano. Soy el mejor. Se lo digo a ella y se ríe mucho. Me deja

esconderme debajo de su mesa y me da galletas de coco; aunque dice que no se lo diga a mamá.

—Demasiado tarde —respondo, aguantándome la risa mientras cruzo los brazos.

Ezi se encoge de hombros, inocente, y termina con una frase que nos desarma por completo:

—Y por la noche, papá me lee un cuento. Aunque a veces se duerme antes que yo.

Joel se lleva la mano al corazón como si le acabaran de disparar de amor puro. Yo simplemente me dejo caer sobre la silla más cercana. Es todo tan… absurdo y perfecto a la vez.

—Manos a la obra —digo con un suspiro mientras me incorporo para ir a la cocina, como quien se lanza a conquistar el Everest.

Pero entonces Joel se acerca por detrás, me rodea suavemente con los brazos, me agarra de la cintura y me planta un beso en la mejilla y es suave, delicado y cálido. Me quedo paralizada; no por rechazo, ni mucho menos, simplemente porque no me lo esperaba. Cada día que hemos despertado juntos ha sido como salir al escenario sin ensayo previo. Reaccionamos, nos adaptamos, resolvemos, pero nunca habíamos tenido este tipo de… momento o de gesto. Un «buenos días» sin palabras.

—Ve a vestirte con calma —me susurra cerca del oído, con esa voz ronca de recién levantado que me revuelve más de lo que debería—. Yo me encargo del desayuno.

Lo miro de reojo, todavía un poco descolocada y me ruborizo como una adolescente.

—Te debo una —murmuro.

Y sin dar pie a que se note que el corazón me late a mil, salgo de la cocina con paso firme.

Cuando me visto, ya no lo hago con desgana. Hoy he elegido, por primera vez, *elegir*. He abierto el armario y me he dejado conquistar por los colores, por esa explosión de estampados que hace solo unos días me habría parecido una fiesta infantil. Me pongo un pantalón fluido verde esmeralda, una camiseta blanca con un dibujo de una flor medio abstracta y una chaqueta fucsia que me queda sorprendentemente bien. Me recojo el pelo en un moño bajo,

algo desordenado y me pongo unos pendientes grandes que hacen «clic» cuando me muevo.

No soy la Isabela de antes o sí, pero con un filtro más ligero.

—Vamos, Ezi —le digo al peque, que acaba de desayunar y le cojo de la mano—. Hoy eliges tú la ropa.

Él me mira como si acabara de decirle que vamos a Disneyland. Lo llevo a su habitación, le abro el armario —más organizado de lo que imaginaba— y le hago una pequeña reverencia teatral.

—Todo tuyo, mi rey.

Elige un pantalón de cuadros verdes, una camiseta de superhéroes con capa incluida y un chaleco de rayas amarillas y azules. ¡Ah! Y los calcetines diferentes, por supuesto. Uno tiene sandías; el otro dinosaurios.

—¿Estás seguro? —pregunto, por si acaso.

—¡Superseguro!

—Pues me flipa —le guiño un ojo.

Cuando volvemos a la cocina y Joel lo ve aparecer, frena el movimiento de su mano —que estaba fregando los vasos del desayuno— y suelta una risa baja, de esas que se le escapan por la nariz.

—Pensé que lo vería salir de casa con corbata o con una pajarita de terciopelo.

—Eso es porque no me conoces tanto como crees —le digo con una sonrisa torcida.

Y sin pensarlo, le doy una palmada en el culo al pasar por su lado. Me mira con cara de sorpresa divertida y yo me siento viva. Hay algo distinto entre nosotros esta mañana. Seguimos lanzándonos pullas, pero han perdido el veneno. Se han convertido en caricias disfrazadas. Y el juego me parece tan cómodo, que dan ganas de quedarse aquí para siempre.

32
Joel

Conduzco cómodamente, no porque me sepa el camino, sino porque el coche parece tener memoria propia. El GPS del salpicadero ya tiene marcada la dirección del colegio y, francamente, se lo agradezco. Ni idea de cómo se llega, pero Ezi va en el asiento de atrás con cara de que todo está en orden y eso me da cierta paz.

Bela va a mi lado, en el asiento del copiloto y no puedo evitar mirarla de reojo en cada semáforo. No sé si es el color de la chaqueta o esos pendientes enormes que lleva colgando como si fueran pequeñas obras de arte, pero la palabra «felicidad» parece haberse encarnado en su figura.

Está preciosa; aunque la verdad es que no recuerdo haberla visto nunca de otra manera. Es de esas personas que todo le queda bien, como las modelos de gafas de las ópticas que se pongan las que se pongan, parecen hechas para ella. Pero con Bela no son solo gafas: son los pantalones, los pendientes, el moño, el pijama... lo que sea. Le queda bien porque lo lleva con alma.

La vi desnuda cuando estaba embarazada, con el cuerpo hinchado, redondo, poderoso y ya entonces me pareció una diosa. Ahora que ha recuperado esa forma más ligera, sé que sin ropa debe ser algo celestial. Me imagino su piel, el contorno de sus caderas, cómo la luz se deslizaría por su espalda…

Y es entonces cuando Ezi me saca de mi ensoñación con su vocecita:

—Papá, ¿pones la canción de siempre? La que a ti y a mamá os encanta.

Me recoloco en el asiento, tenso, muy tenso. Miro al frente, respiro hondo e intento hablar sin que se me note la erección

incómoda que estoy disimulando con el cinturón de seguridad.

—¿Qué canción, peque? —pregunto, como si no tuviera la más mínima idea, porque, efectivamente, no la tengo.

—Esa que la canta un chico con un nombre muy raro —dice, convencido—. Y que a mamá le gusta desde siempre.

—Mira, como tú —interviene Bela con una sonrisa que desarma cualquier defensa—. ¡Tu nombre también es raro!

—Ya, el tío Gus me contó que era por un videojuego ¿te acuerdas, papá? Fue el día que fuimos a ver a la prima Micaela.

—¿La prima… qué?

Mi cerebro hace cortocircuito.

—Sí, Micaela. La bebé del tío Gus y la tía Bárbara. ¿No os acordáis de nada hoy? ¡Sois muy graciosos! —dice, mientras se ríe a carcajadas y se le escapan los pies por los laterales de la silla del coche.

Mi mandíbula se afloja. Me muerdo la lengua para no soltar un «¡¿qué?!» bien fuerte. Me limito a mirar por el retrovisor y luego, a Bela. Ella me devuelve una mirada igual de atónita, pero con una sonrisa. Le brillan los ojos de emoción al ver cómo me cambia la expresión; no es solo sorpresa: es ilusión.

Gus… ¿padre? ¿Y yo tío? Solo de imaginarlo me da un vuelco el corazón. No sabía que podía tener tantas ganas de abrazar a ese idiota, de ver cómo se le da cambiar pañales, de escucharle hablar de mocos y chupetes.

—Escúchame —le digo en voz baja a Bela—, necesito ver a mi hermano pronto.

Ella asiente y me acaricia fugazmente la mano sobre la palanca de cambios. Un gesto pequeño, íntimo, que me sacude por dentro. Esta vida improvisada, coloreada y llena de sobresaltos... me está conquistando.

El coche avanza por las calles tranquilas mientras el sol de la mañana pinta reflejos dorados sobre el parabrisas. Bela gira la cabeza para mirar a Ezi. Es una imagen que podría guardar en mi memoria para siempre, si no fuera porque mi memoria… bueno, ya sabemos…

—Papá —dice de nuevo—, ¿me la pones?

—¿La canción? —pregunto con el ceño fruncido—. ¿Cuál de todas, peque?

—¡La de siempre! ¡Ya te lo he dicho!

Me quedo igual. Giro el rostro hacia Bela para buscar ayuda y ella se encoge de hombros. En ese momento, el niño empieza a tararear:

—♪ *Rosas rojas para ti, mi amor…* ♫

Bela se gira de golpe, iluminada.

—¡Dio Silva! —exclama—. Claro, es esa.

—¿Esa cuál? —pregunto, realmente intrigado—. ¿Esa que hablaba de su historia de amor?

Ella asiente con una sonrisilla de medio lado.

—Sí, esa misma. Al parecer, en esta versión de la vida, esa canción es como nuestro himno. Y por lo que canta el niño, debe de haber sonado bastantes veces en casa.

—¿Y por qué es tan importante? —pregunto, bajando el volumen de la radio para escucharla mejor—. Quiero decir, que el peque se la sepa de memoria me hace pensar que tiene su historia detrás.

Bela se queda pensativa unos segundos y luego dice, casi en un susurro:

—Porque habla del amor y se supone que nosotros nos amamos mucho en esta dimensión o sueño… que llevamos años juntos y todo va viento en popa.

Yo sonrío sin mirarla directamente mientras juego con los dedos en el volante.

—También habla de cómo no hay que rendirse cuando el amor asoma por la puerta.

Entonces, me giro un poco y le guiño un ojo.

Veo cómo se tapa la cara con la mano para esconder una sonrisa demasiado grande para disimularla.

—¡Ya estamos en el cole! —grita ella, como si su voz pudiera frenar el calor que le tiñe las mejillas.

Sonrío. Sé que ha cambiado de tema para no responder a mi guiño anterior, pero no se lo tengo en cuenta. Me encanta verla así: desbordada, nerviosa, ruborizada.

Frente a nosotros, tras el parabrisas, se abre una imagen que jamás habría relacionado con nuestra historia: un colegio entre árboles, casi escondido en un rincón verde que parece sacado de una peli de fantasía. Nada de asfalto ni edificios grises, solo madera, césped y color.

—¿Colegio de libre educación? —lee Bela en voz alta. Hay un cartel colgado de un tronco.

Saca el móvil, teclea rápido y me cuenta en voz baja que se trata de un centro respetuoso, sin exámenes, sin horarios fijos, donde los niños aprenden a su ritmo. Al parecer, Ezi va allí. Nuestro hijo va a un colegio donde puede ser exactamente quien es de verdad.

—Vaya —respondo, sin poder evitar que se me escape la admiración—. Parece que nos tomamos en serio eso de criar con libertad.

—Sí… parece que lo estamos haciendo bien —dice ella, medio para sí misma.

Aparco. Ezi ya ha desabrochado su cinturón y se asoma entre los asientos delanteros con esa energía suya que lo desborda todo.

—¡Vamos, papás! El juego sigue, soy el jefe hoy.

Nos toma de la mano y caminamos los tres hacia la entrada. Nos cruzamos con otros padres que saludan con gestos amables y sonrisas que yo devuelvo como puedo; no tengo ni idea de quiénes son, pero el niño va tan contento que me da igual.

Cuando llegamos a la puerta, se detiene en seco.

—Ahora me dais un beso y os vais al trabajo. Yo me quedo con mis amigos y me dan de comer. Luego venís. A veces viene la abuela Lala o la abuela Victoria, pero hoy venís vosotros, ¿vale?

Bela traga saliva y nos agachamos a la vez. Yo beso a Ezi en la frente, lo abrazo fuerte y, cuando me separo, veo que Bela lo abraza. Le acaricia el pelo con ternura, como si quisiera retener el momento, porque sabe que los minutos van a escaparse igual que todo lo demás en esta vida extraña.

—¿Estás bien? —le susurro al oído mientras se pone de pie.

Ella niega con la cabeza, pero sonríe.

—No, pero lo estaré cuando lo veamos esta tarde.

Le paso un brazo por los hombros para guiarla de vuelta al coche, mientras observo cómo el peque entra corriendo en el jardín del colegio, directo hacia un grupo de niños que lo esperan con gritos alegres y carreras.

Y entonces, sin poder evitarlo, siento ese calor en el pecho que me aprieta. ¿Cómo se puede querer tanto a alguien que acabas de conocer? Lo digo por Ezi pero también por Bela. En estos instantes sería capaz de cualquier cosa por ellos. Lo juro.

33
Bela

El coche avanza en silencio. Nuestro niño ya ha quedado atrás, dentro de aquel colegio de cuento, rodeado de árboles y juegos de madera. Y, aunque me he despedido de él con una sonrisa y un beso en la frente, siento como si acabara de dejar un trozo de mí en ese jardín de libertad.

Joel conduce sin decir nada, pero sé que me está mirando de reojo cada poco. Yo también lo hago, aunque disimulo mejor. Aprieto los labios; los muerdo. Me esfuerzo por tragar ese nudo que se me está formando en la garganta, pero no puedo. Es como si toda la emoción de estos días quisiera explotar en ese instante… y no sé cómo sujetarlo sin que se me desborde.

No paro de darle vueltas al tema de que papá ya no está, pero si soy sincera conmigo misma, hoy el dolor pesa menos que ayer. Es como si mi alma hubiera transitado el duelo por su pérdida. Parece que de verdad hayan pasado años desde su muerte, pero esto me da miedo, porque en estos momentos, o mejor dicho, el día de hoy, es todo bonito… pero ¿y mañana? Necesito a mi pequeño cerca y poder disfrutarlo durante todo el día. Me duele haberlo dejado y sentir que el tiempo con ese niño de cuatro años se me escapa como si derramara un puñado de arena entre mis dedos y el viento se la llevara lejos.

Joel lo nota.

—Bela —me dice con voz suave—. Mírame.

Niego con la cabeza. No puedo y no quiero que me vea así. Entonces, sin decir nada más, detiene el coche a un lado. Baja con prisa, lo rodea y, antes de que me dé tiempo a reaccionar, abre mi puerta y se inclina sobre mí.

—Ven —dice—. Solo ven.

Y yo… voy.

Me dejo caer en su abrazo, en ese pecho cálido que huele a hogar, a café, a viento de mar. Apoyo la frente en su hombro y entonces se me cae el alma a los pies. Lloro en silencio y el caso es que no sé si por tristeza o por alivio, si por todo o por nada; solo sé que me fundo en él.

No sé cómo hemos llegado aquí. No sé qué pasó para que nuestras vidas se entrelazaran de esta manera tan loca. Dijeron que todo esto era por algo que yo había hecho por él, pero ahora mismo estoy segura de lo contrario, porque él me ha salvado a mí. Joel me ha sostenido, ha sido testigo del derrumbe lento y constante de la Isabela de antes. Ha aguantado mis gritos, mis miedos, mis paredes afiladas y, aun así, está. Siempre está.

Me aprieta un poco más, como si supiera lo que estoy pensando y yo me dejo. Me dejo querer, me dejo caer en él. Y en silencio, sin confesarlo en voz alta, lo admito: estoy prendada de este hombre. De su bondad, de su forma de mirarme como si no fuera una tormenta, de cómo se ríe incluso cuando lo trato mal, de cómo me da espacio y me sigue el ritmo sin intentar rescatarme, pero estando ahí, siempre ahí. Han pasado días pero mi corazón siente que son años.

Me está conquistando. Lo hace con gestos pequeños y con verdades sin palabras. Lo peor —o lo mejor— es que cada vez me cuesta más negarlo.

Joel no se mueve. Me abraza y parece que, en medio de este bosque, es lo único que le importa. Me sostiene sin prisa; el mundo ha decidido detenerse justo en este instante para dejarnos respirar. El aire huele a hojas húmedas y a tierra mojada. Un viento suave acaricia nuestras mejillas y, entre los árboles, la luz se filtra a ráfagas; el sol juega a esconderse con nosotros.

—Bela —me susurra con esa voz que no necesita levantar para decir verdades que calan—, deja de resistirte, no te escondas, llora lo que tengas que llorar. Me parece una escena perfecta con este bosque de fondo.

Mi pecho se encoge, porque cuando lo dice, lo siente y en sus palabras no hay trampa ni cartón; solo hay verdad y esta me atraviesa el pecho como una flecha dulce, como un puñal de caramelo.

—¿Tú crees que Ezi es feliz? —pregunto en un hilo de voz, con miedo, con esperanza.

Joel se separa solo lo justo para mirarme a los ojos. En ellos veo un océano gris lleno de ternura y entonces dice:

—Una vez leí algo. Decía que, cuando una madre sostiene a su bebé, a menudo las ondas cerebrales de ella se sincronizan con los latidos del corazón de él. Como si mente y corazón se encontraran en un mismo punto y que sincronizar eso… es crucial para una existencia feliz.

Hace una pausa y traga saliva. Sus palabras llegan como caricias que abren poco a poco rendijas dentro de mí.

—Tú has tenido a Ezio corazón con corazón. Aunque en esta vida solo hayamos sido testigo un par de días, sé que ha sido así cada día de su vida. Por eso estoy seguro de que él es el niño más feliz del mundo y lo es, sobre todo, gracias a su mamá.

Mi cuerpo tiembla, pero no es de miedo ni de frío, es porque lo que siento me desborda. Le acaricio la mejilla con el dorso de mi mano, despacio; quiero aprenderme la textura de su piel y tatuarme este momento.

—Ahora empiezo a entender por qué me casé contigo… aunque no lo recuerde —le digo, sin apartar la mirada.

Joel sonríe, pero no como otras veces. Sus ojos se humedecen, la comisura de sus labios tiembla y en esa vulnerabilidad… lo veo. Él ya lo siente desde antes que yo; desde antes de entenderlo. No lo pienso, analizo o racionalizo. Lo beso. Lento y profundo. Con todas las preguntas sin respuesta, con todo el amor que empieza a brotar, desordenado, como una tormenta suave. Nos besamos en medio de este paisaje, con los árboles como testigos, con el viento como cómplice. Y no sé si este amor es real, si es parte del juego extraño en el que estamos atrapados, si mañana desaparecerá... pero en este momento es lo más real que tengo. En este instante no quiero entender nada, solo quiero sentir.

Cuando nos separamos apenas unos centímetros, Joel apoya su frente contra la mía. Respira de una manera lenta, contenida; ambos sabemos que acabamos de abrir una puerta que no se cerrará jamás.

Mis ojos se deslizan hacia su boca. Tiene los labios perfectos. No como los de una revista, ni como los de un actor de anuncio de colonia, no. Son perfectos porque encajan con los míos, porque todavía los siento como un eco tibio que no se apaga.

Él me mira como si no hubiera otra cosa en el mundo.

—Ha sido el beso más deseado de mi vida —dice, sin parpadear, con la voz ronca de emoción contenida.

Mi pecho se tensa. Había tenido miedo de que él no sintiera lo mismo, de que después de lanzarme, después de cruzar esa línea invisible, me encontrara sola, pero no estoy sola; nunca lo estuve y soy consciente completamente de ello ahora. Así que sin decir nada, vuelvo a buscar su boca.

Esta vez, el beso es distinto porque no es la chispa, es el incendio. Siento que se me abren los pies bajo el suelo. El mundo se deshace en capas y solo quedamos nosotros dos —y Ezi, claro—. Ese lazo invisible que se ha tejido entre nuestras manos sin que nadie lo vea.

Al separarnos por segunda vez, Joel me acaricia la mejilla. Sus dedos son tibios, sinceros, temblorosos; tienen alma.

—Bela —susurra mientras me mira como si pronunciara un secreto—. Yo he conocido el hambre, el frío y el silencio… pero nunca supe lo que era el vértigo de la belleza, hasta que te vi sosteniendo a nuestro hijo.

Sus palabras me atraviesan como un relámpago.

—Y si alguna vez me preguntan qué es el amor —añade, bajando un poco la voz—, no hablaré de flores ni de promesas. Diré que el amor es esto: quedarse sin nombre, sin vida y todavía así sentirse en casa, solo porque tú estás delante.

Me llevo una mano al pecho y me arde. No sé cómo sobrevivir a este hombre. No sé cómo me he resistido tanto tiempo. No sé cómo voy a volver a dormir si cada vez que me mira así me despierta una vida entera.

Solo atino a decir:
—Este guion raro en el que vivimos… me gusta mucho.
Y entonces él me sonríe.

34
Joel

Jamás imaginé que sería ella quien diera el paso. Si alguna vez soñé este momento —porque sí, lo he hecho, a pesar de que Isabel Montalbán me odiara con todas sus fuerzas—, siempre me vi siendo yo quien se atrevía. Yo, dando el salto al vacío. Yo, buscando la rendija en su armadura para colarme; pero no. Ha sido ella la que me ha besado y luego lo ha vuelto a hacer. Un segundo beso que me ha sacado el alma del pecho y me la ha entregado nueva, intacta, como si jamás me la hubieran roto.

Si tuviera que describir ese instante con una imagen sería esta: una pluma que ha caído lentamente al agua en calma, sin romper la superficie, solo la ha acariciado. O quizá: una grieta de luz que ha atravesado la cúpula de una iglesia en ruinas y ha iluminado justo el sitio donde uno reza sin saber que cree en algo; porque eso es lo que siento ahora: creo en esto, en ella, en lo que somos, en lo que estamos construyendo sin saber muy bien cómo.

—Súbete al coche —le digo, aún con la voz bajita, como si no quisiera que el mundo escuchara lo que acaba de pasar entre nosotros.

Ella me obedece. Todavía lleva los labios tibios y sus mejillas encendidas la hacen parecer recién salida de una película de amor de los noventa. Me apresuro a entrar por el otro lado y, en cuanto cierro la puerta, marco a Nico. Pulso el botón de manos libres.

—¿Dime, jefe? —responde él con tono dormido.

—Hoy no vamos a la agencia. No nos acordábamos que es el día del árbol y nos tenemos que quedar en el cole para plantar unos cuantos en familia —digo sin dar más explicaciones.

—¡Qué divertido! Ezi estará súper emocionado. ¿Todo lo demás bien?

—Todo perfecto —respondo y miro de reojo a Bela, que me observa sonrojada y como si intentara descifrarme.

Cuelgo antes de que Nico diga nada más y giro el volante en dirección contraria. Bela frunce el ceño.

—¿Dónde vamos?

—Confía en mí.

No dice nada, solo se aprieta un poco el cinturón, como si lo hiciera también con el corazón.

En cuanto llegamos al colegio, me giro hacia ella.

—Espérame aquí, ¿vale? No tardo.

—Joel…

—Solo cinco minutos. Prometido.

Salgo del coche sin darle más opción. Camino rápido, con el corazón en la garganta. Al entrar al centro, busco a la directora y le explico que ha surgido un tema familiar inesperado, que nos llevaremos al niño, pero que mañana volverá.

—Por supuesto. Espero que esté todo bien —dice la chica.

—Perfectamente, gracias.

Cuando salgo por la puerta, Ezi me agarra de la mano y da saltitos. Tiene una sonrisa de oreja a oreja, como si supiera que hoy va a pasar algo increíble y, sinceramente, no se equivoca.

Bela, desde dentro del coche, se queda paralizada al vernos. Me acerco con calma, con el niño feliz a mi lado y abro la puerta del coche.

—Cambio de planes, princesa. Hoy es un día para hacer historia.

Coloco al peque en su silla con cuidado. Tiene esa manera tan suya de hacerlo todo como si fuera mayor y me encanta. Subo a mi asiento, cierro la puerta y me giro hacia él.

—A ver, Ezi. Si hoy pudiera ser el mejor día de tu vida… ¿qué te gustaría hacer?

Él se queda pensativo, se toca la barbilla como si estuviera a punto de tomar la decisión más importante del mundo. Bela se gira también desde el asiento del copiloto y le sonríe. El niño responde con esa mezcla de emoción y lógica de los niños de cuatro años:

—Quiero ver animales… ¡y comer helado! ¡Y ver cosas de colores!

Nos reímos. Lo miro y le digo:

—Pues prepárate, porque hoy tú eres el protagonista y va a ser legendario.

Aparco el coche y me giro porque ya lleva un rato preguntando si queda mucho para ver a los leones. Cuando le digo que hemos llegado, sus ojos se iluminan como si acabáramos de aterrizar en África. Estamos en el Zoo Aquarium de Madrid.

—¿Ya? ¿Ya? —sacude las piernas de emoción.

—Ya, ya —confirmo mientras sonrío.

No sé si soy el único padre del mundo que siente que se le para el corazón cada vez que mira a la madre de su hijo. Bueno… *mi supuesta mujer, p*ero eso hoy no importa.

Ezi nos agarra de la mano a los dos como si no existiera el mundo fuera de esta burbuja. Caminamos los tres hacia la entrada y cuando pasamos los tornos, se oye una música suave de ambiente, el sonido de las aves, el grito lejano de un mono.

—¡Papá! ¡Mamá! ¡Mirad, mira, un flamenco de verdad! ¡Y se mueve!

No sé quién ríe más fuerte, si Bela o yo.

Empezamos por la zona de los osos panda. Él los ve tumbados entre bambús y se lleva las manos a la boca como si hubiera presenciado un milagro. Bela le susurra algo al oído que no alcanzo a escuchar, pero él responde con una carcajada contagiosa.

Después vamos a los pingüinos. El niño pega la nariz al cristal, completamente fascinado por cómo nadan como torpedos. Me acerco por detrás y le digo:

—Mira, ¿ves ese que va rápido? Ese es como tú cuando corres por el pasillo.

—¡Noooo! Ese es mamá cuando no se puede aguantar el pis —responde, pícaro.

Bela nos mira con los brazos cruzados y finge indignación, pero los ojos le brillan.

Avanzamos hacia la zona de los primates. Ezio salta cada vez que uno se acerca al cristal. En uno de esos saltos, tropieza y yo lo agarro justo a tiempo; siento cómo su corazoncito late rápido contra mi brazo y me parece algo mágico.

—No ha pasado nada, campeón —le digo y le revuelvo el pelo.

—Es que me emociono mucho, papá.

Nos detenemos más rato del esperado en la zona de los elefantes porque no puede dejar de mirarlos. Recuerdo que la mochila que usamos para ir al hospital cuando nació, tenía uno de ellos colgando. Se ve que su mami le ha inculcado el amor por estos grandullones.

—Ese es como mi peluche —dice—. Pero más gordo. Mucho más gordo.

—Como papá cuando come pizza —añade Bela.

La miro con una ceja levantada. Ella me lanza un beso al aire, como si llevara toda la vida haciéndolo.

Luego, en el acuario, el peque observa los peces con la boca abierta. Hay un túnel de cristal por el que pasamos como si fuéramos astronautas y flotáramos bajo el mar. Se agarra de mi brazo mientras las mantas raya nadan por encima.

—¿Por qué el agua no se cae, mamá?

—Magia. La misma que hace que tú estés aquí con nosotros.

Lo dice tan en serio que me dan ganas de llorar.

Estamos frente al recinto de los tigres de Bengala. Llevo al niño sobre mis hombros y observa fascinado cómo uno de ellos camina de un lado al otro como si llevara la coreografía tatuada en las patas. Bela está a mi lado, con la cámara del móvil en mano y graba en silencio. El sol atraviesa las hojas de los árboles y el rugido suave del felino llena el ambiente con una calma tensa.

—¿Por qué están encerrados? —pregunta Ezi de pronto.

La pregunta flota como una hoja seca en el viento. Noto cómo ella baja el móvil y me lanza una mirada rápida.

—Para protegerlos, cielo —responde ella con dulzura—. En Madrid, los animales no pueden vivir en libertad porque podrían correr peligro; aquí los cuidan.

Él asiente, pero se queda pensativo y Bela también. Lo sé porque su mirada se pierde en el animal, como si de pronto lo entendiera.

—Pero… —dice en voz baja, solo para que yo la escuche—, me imagino lo que debe de sentirse. Caminar en círculos, estar donde no elegiste, saltar entre días sin entender las reglas del juego, saber que hay un mundo fuera, pero no saber cómo salir.

—Sí —respondo, también en voz baja—. A veces me siento exactamente así. Como si viviéramos en una especie de jaula temporal. Como si alguien más girara la rueda…

Ella me mira con los ojos grandes, serios, con un brillo que me desarma.

—Lo único que me consuela es que, al menos, tú estás en esta jaula conmigo.

No digo nada pero extiendo la mano, agarro la suya y se la aprieto suavemente. El peque rompe el silencio con un grito:

—¡Mira, mamá! ¡El tigre ha hecho caca!

Bela suelta una carcajada que me roba una sonrisa automática. Y así, entre reflexiones existenciales y risas infantiles, seguimos caminando por el zoo. Cada uno con su propio encierro, pero juntos, de la mano, porque no se la pienso soltar y ella no hace nada para que eso ocurra. Se la ve cómoda.

Antes de salir, paramos en la tienda de recuerdos. Ezio elige un peluche: un león con melena naranja. Se lo entrega a Bela con solemnidad.

—Para que no te dé miedo dormir sola por las noches cuando papá viene a mi cama —le dice.

Ella se agacha, lo abraza y le besa la frente.

Cuando salimos del zoo, el niño, antes de arrancar, se queda dormido en el asiento trasero del coche con el peluche apretado contra el pecho. Bela se gira y le acomoda el cinturón sin despertarlo. Luego me mira con esa ternura que ya no disimula.

—Ha sido perfecto —dice.

—Y sólo es el principio —respondo.

Arranco el coche despacio, con el latido de mi corazón todavía en los oídos. Me ha costado soltar su mano para subir al coche.

Aparco con cuidado y miro a la mujer que tengo al lado antes de apagar el motor. Ella lleva un rato en silencio; está mirando por la ventana.

—¿En qué piensas? —pregunto, sin querer romper su momento.

Bela se vuelve despacio hacia mí.

—En que esto… —hace una pausa y se le escapa una sonrisa suave— me está enseñando cosas que no sabía que necesitaba aprender. Que antes siempre estaba pensando en lo siguiente, nunca en lo que ya estaba ocurriendo y eso era agotador. Vivir sin parar, sin sentir, sin… respirar.

La miro en silencio. No quiero interrumpirla.

—Hoy he pensado en lo que me dijiste sobre los momentos. Y creo que por fin lo entiendo. Me siento como una niña aprendiendo a vivir desde otro lugar. Más despacio y bonito. Y todo esto… toda esta mañana con el niño, contigo…

Hace una pausa, respira hondo.

—Sé que él es feliz. Sé que yo he hecho cosas para que lo sea. Pero tú… tú estás haciendo muchas más. —Me busca con la mirada —. A veces lo miro y es como verte a ti, pero en versión mini. Tiene tus ojos, tu dulzura, esa forma de mirar como si lo importante fuera invisible.

Me cuesta tragar saliva y hablar. Me cuesta no llorar como un idiota.

—Oye…

—No. Déjame terminar. —Sonríe con timidez—. Siempre pensé que si algún día tenía un hijo, yo sería la que tendría que enseñarlo todo, que no iba a contar con un hombre presente en el papel de padre; pero verte a ti con él, cómo lo miras, cómo lo escuchas, cómo haces que se sienta seguro… me hace pensar que en realidad tú eres quien lo está educando para ser feliz.

Me quedo sin palabras. Ninguna está a la altura de lo que acaba de decirme.

—Gracias por dejarme estar aquí —añado—. Por no echarme de este viaje aunque no recordemos cómo subí a bordo.

Ella ríe, se le escapa un suspiro que suena a alivio.

—No te bajaría ni aunque pudiera.

En ese momento, Ezi se remueve un poco y deja escapar un bostezo sonoro.

—¿Dónde estamos?

—En el restaurante de los dinosaurios, campeón —respondo mientras me giro hacia él con una sonrisa.

Pero antes de bajarnos, me inclino hacia Bela, le acaricio la mejilla y le susurro:

—Gracias por confiar en mí para hacer esto contigo. No lo cambiaría por nada.

Y es ella la que de nuevo me da un beso. Es corto, sencillo, pero para mí es más que suficiente.

35
Bela

Ezio ha devorado un plato de pasta con tomate en un restaurante de dinosaurios como si no hubiera un mañana. La salsa le ha llegado hasta el cuello, los mofletes le brillan y su pelo está pegajoso, pero es el niño más feliz del planeta.

Joel lo mira con una mezcla de ternura y adoración. Yo no he dejado de sonreír desde que entramos. Nos observo, a los tres, y siento una extraña forma de paz y de hogar.

Al salir del restaurante, Ezi camina entre nosotros, de la mano de cada uno, dando saltitos.

—¿Y ahora qué quiere hacer el rey de la casa? —le pregunta Joel al agacharse y ponerse a su altura, con voz de padre feliz.

El peque se encoge de hombros con toda la libertad del mundo.

—No sé. ¡Madrid es muy grande!

Joel se ríe y yo también.

—Entonces me encargo yo de sorprenderte —le guiña un ojo.

—¡Vale! —grita—. ¡Pero que sea chuli!

Y así comenzamos a andar sin rumbo fijo, entre gente, música callejera, neones encendidos y ese aire que huele a helado y ruido. Llegamos a Tirso de Molina y vemos un cartel enorme, colgado en una fachada:

«Museo de las Ilusiones».

Dentro, la perspectiva se rompe, el suelo engaña, los colores se retuercen. Ezi corre de un lado a otro con la boca abierta, como si acabara de entrar en otro planeta. Nos reímos tanto que me duele la mandíbula.

Y entonces entramos en una sala de espejos deformantes, donde nada se refleja como es. Nos devuelven imágenes que no tienen sentido: piernas kilométricas, cabezas desproporcionadas, cinturas imposibles, ojos saltones. Joel se acerca por detrás y, sin avisar, me rodea con los brazos. Su cuerpo se adapta al mío y su voz me roza el oído.

—En realidad no hacemos tan mala pareja, ¿eh?

—¿Aunque parezcamos el jorobado de Notre Dame y su prima de Wisconsin?

—Incluso así quedamos bien, fíjate tú.

Me giro apenas y lo miro. Bueno, en realidad, cuando vuelvo a mirar al espejo, nos miro y, por un segundo, no veo la deformación. Veo a dos personas que encajan, aunque la vida se empeñe en deformarlos.

—Pues me va a tocar darte la razón, quedamos bien —susurro —. Demasiado bien, diría yo.

El peque aparece entre nosotros y con la sabiduría inocente que tienen los niños que lo sienten todo, dice:

—Pensaba que papá y mamá se habían olvidado de quererse, pero… no. No se han olvidado.

Joel y yo nos miramos con los ojos chispeantes.

Nos tomamos de la mano de nuevo, como si nuestro hijo nos hubiera empujado a hacerlo y salimos del museo sin prisa; algo dentro de nosotros ha cambiado para siempre.

Cuando Joel me coge de la mano, me quedo quieta, pero él lo hace como si fuera lo más normal del mundo. Y yo... no la retiro. Tampoco lo he hecho antes, en el zoo. Lo que me desconcierta no es el gesto, sino lo cómoda que me siento. Lo natural que me resulta. Como si esa mano hubiera estado esperándome desde siempre y yo hubiera tardado demasiado en darme cuenta.

Sus dedos se entrelazan con los míos y, de pronto, todo el ruido de fuera se apaga. Es una tontería —una mano, solo eso—, pero me atraviesa una sensación tan inesperada que casi me mareo. Me siento protegida. No sé de qué. Del mundo, de mí misma, de este vértigo constante. Pero aquí, en ese contacto sencillo, hay una

especie de refugio. Me sorprende cuánto me gusta y cuánto me calma.

La ciudad empieza a encenderse. Las farolas parpadean como si bostezaran. El peque camina entre nosotros con pasos arrastrados, pero todavía no se rinde. Tiene una sonrisa dibujada con bolígrafo invisible.

Enfrente, como un secreto bien guardado, vemos una heladería-pastelería manga. Luces de neón en forma de estrellitas, ositos colgando del techo, música suave de anime y una vitrina repleta de postres imposibles.

—¿Entramos? —pregunta Joel.

Ezio levanta los brazos como si eso fuera una ovación y allá vamos.

El lugar parece sacado de un universo paralelo. Nos sentamos en una mesa pegada a la ventana. El niño elige un gofre que literalmente ronca. Han puesto un osito de azúcar encima con ojos cerrados y un cartelito que dice: *shhh… está soñando*. Joel pide un batido de vainilla con galletas que brilla con purpurina comestible. Yo me dejo llevar: un crepe de té matcha con frambuesas, relleno de crema, envuelto como si fuera un edredón. Hay un osito encima que parece darme las buenas noches. Nos miramos los tres y sonreímos por lo absurdo y lo perfecto que es todo esto.

Ezi, con la boca llena y las manos pringadas de chocolate, habla mientras mastica:

—Gracias por este día tan chulo. Tan mágico.

Joel le limpia la boca con una servilleta, aunque en realidad es inútil, porque sigue:

—Ojalá todos los días fueran así. Que no tuvierais que trabajar tanto. Que estuviéramos los tres siempre juntos.

Se me clava; no porque sea una frase triste sino porque lo dice tan feliz, tan convencido, que algo se me rompe de lo bonito. Su padre y yo nos miramos como si fuésemos sus superhéroes.

Joel le revuelve el pelo con cariño.

—Estamos aquí, cariño. Lo importante es hoy y lo que está pasando ahora…

Tiene razón. Ezio se ríe y da otro bocado al osito dormido. Yo los miro a los dos, a mis dos hombres y sean reales o no, sean míos por siempre o solo por un rato, me repito por dentro lo que acabo de escuchar en voz de un niño con chocolate en las pestañas:

Ojalá todos los días fueran así.

36
Bela

Cuando llegamos a casa, Ezi va completamente vencido en el asiento trasero. Lleva la boca entreabierta, el peluche abrazado, las mejillas rosadas por tanto sol y emoción. No se inmuta ni cuando se apaga el motor.

Joel gira hacia atrás con ternura; lo observa un segundo, parece que necesita convencerse de que es real y, tras salir del coche, lo coge con un cuidado reverencial. Sus brazos lo envuelven como si llevara algo sagrado, frágil, valioso… y lo es. Yo abro la puerta de casa, le sostengo el camino, le aparto juguetes del suelo, le bajo la luz del pasillo. Caminamos en silencio, casi sin respirar.

En la habitación, lo tumbamos entre los dos. Él le quita las zapatillas mientras yo busco su pijama entre los cajones. Todo está organizado. En cuestión de minutos, ya está con su pijama de dinosaurios y arropado hasta el cuello, profundamente dormido, con esa expresión de paz que tienen los niños cuando han vivido un día feliz.

Nos quedamos de pie junto a la cama, uno a cada lado, sin movernos.

—Parece mentira —susurro.

Joel asiente mientras sigue con los ojos fijos en él.

—Tiene tus cejas —dice.

—Y tu forma de fruncir el labio cuando se concentra —añado.

Nos reímos bajito. Es tan raro… tan absurdo y al mismo tiempo tan natural. ¿Cómo puede ser que llevemos casi tres días con él y ya se haya convertido en el centro de todo?

—¿Tú también tienes la sensación de que el mundo… sin él, no tendría sentido? —pregunto, sin atreverme a mirarlo y me siento en

el borde, con los dedos apoyados en la colcha como si necesitara aferrarme a algo.

Siento que se me encoge el pecho. Que este niño —al que solo conozco desde hace unos días— me ha abierto en canal.

—Esto es… demasiado perfecto para haber sido un error del destino.

Le miro. Tiene la voz baja, contenida, como si hablar demasiado fuerte pudiera romper la magia de la habitación y, quizá sí. Porque esto que estamos viviendo se siente tan frágil, tan delicado… como si fuera de cristal fino y cualquier pregunta equivocada pudiera astillarlo.

—Nunca imaginé que algo tan pequeño pudiera enseñarme tanto —digo, sin apartar la vista del niño—. Mira cómo duerme. Sin miedo, sin dudas, porque sabe que estamos aquí, que lo cuidamos, que puede descansar.

Joel asiente despacio.

—Nosotros no dormimos así desde hace años.

—Yo no recuerdo haber dormido así nunca.

Se hace un silencio largo, pero no incómodo. Un silencio de esos que no piden llenar, solo sentir.

—¿Te das cuenta de lo que estamos viviendo con él? —pregunta Joel—. Ezi no nos exige que seamos perfectos. Solo quiere que estemos tal cual somos.

Trago saliva. Me cuesta sostenerlo. Es cierto; en su mirada, en su forma de abrazarnos, en cómo nos ha integrado en su mundo sin hacer preguntas… hay una pureza que desarma.

—Y nosotros… —susurro y me siento—. Nosotros llevamos tanto tiempo complicándolo todo. Durante mi vida he amado a medias, me he defendido antes de ser atacada y he huido por miedo a que me duela.

Joel se sienta a mi lado, cerca, pero sin tocarme.

—Ezio no lo sabe —dice—, pero hoy nos ha dado una lección.

—¿Cuál?

—Que el amor profundo no nace de entender, sino de permanecer incluso cuando nada tiene sentido.

Cierro los ojos un momento, respiro hondo y me permito sentir lo que ha dicho.

—Quizá por eso apareció él —susurro—. Para verlo todo como un niño y recordarnos que la vida no se construye solo con lo que fue ni con lo que será… sino con lo que hay ahora. Este instante, esta cama, esta respiración suave.

Joel no responde, pero me mira intensamente.

—¿Hola? —pone cara de estar extrañado—. ¿Quién eres y qué has hecho con la marquesa que habitaba en ese cuerpo aunque con otro peinado, tinte y *outfit*?

Le doy un golpecito cariñoso en su pierna y cuando levanto la mirada, me doy cuenta de que me sigue mirando fijamente. No aparta sus ojos de lo míos. Me ha atrapado y, aunque estemos en penumbra, puedo ver como ese gris que hay en sus ojos tiene brillo propio. Me doy cuenta de que estoy mirándolo demasiado.

¡Dios! Joel… todo su cuerpo emana algo que me revuelve por dentro. Como si su pecho, que sube y baja con cada respiración, me hablara sin palabras. La camisa que lleva se mueve con el ritmo suave de ese respirar. Ese vaivén. Esa calma. Esa fuerza. Y yo no puedo dejar de mirar.

Su pecho es hermoso. Fuerte, cálido, seguro. Lo he visto sin camiseta, aunque en su momento lo despreciara por completo. Ahora lo recuerdo con rabia por no haberlo mirado de verdad. Por haberlo tenido delante, entero y haberlo rechazado desde un juicio que ni siquiera entiendo ya. Ojalá lo hubiera recorrido con los ojos. Ojalá lo hubiera admirado, sentido, tocado. Ojalá no hubiera estado tan ocupada huyendo de lo que me provocaba. Y ya no puedo fingir que no lo siento.

Hay algo animal, eléctrico, inevitable en este momento. Siento que el aire sabe de memoria el camino hasta su corazón. Como si la energía que sale de su pecho se enroscara en mi esternón y tirara de mí hacia él. Es una fuerza magnética, cruda, casi brutal y me da miedo porque no es solo deseo. No son solo ganas de besarlo —aunque también están, son inmensas y me queman la boca—. Es algo más profundo; algo que me rompe y me cura a la vez.

Ezi duerme entre nosotros y siento que ese niño, ese ser perfecto y salvaje, ha salido de este hombre. De él. Que hay una línea invisible que me atraviesa desde el pecho de Joel hasta el mío, pero pasa por el corazón de nuestro hijo.

Y, en ese vértigo, en esa certeza que me desgarra y me sostiene, me dejo llevar porque lo amo. Porque me atrae como nunca nadie. Porque cada parte de mí lo reconoce. Porque me da miedo y me salva. Porque me revuelca el alma y porque ya no quiero contener nada. No quiero tener miedo. No quiero volver a mirar ese pecho sin acercarme.

Me inclino hacia él. Lo hago sin pensar, sin calcular. Apoyo una mano sobre su camisa, justo ahí, en ese lugar que sube y baja con su respirar y siento que, por fin, respiro con él.

37
Joel

Siento su mano sobre mi pecho justo encima del corazón y, por un segundo, deja de latir.

Todo mi cuerpo se queda en pausa y el tiempo se encoge en ese punto exacto donde sus dedos tocan mi camisa. No hay aire ni pensamientos, solo esa presión leve y temblorosa de su piel sobre la mía.

Y luego… el corazón arranca, pero esta vez late más fuerte, más profundo y más vivo. Aún hay algo por lo que latir.

Bela está preciosa. Se le nota el cansancio en los ojos, sí, pero hay algo en ella esta noche que me deja sin palabras. Tal vez sea la luz que llega desde el pasillo y le acaricia la cara con suavidad. La ilumina, la vuelve etérea, irreal. No me creo que esto pueda estar sucediéndome a mí.

Trago saliva pero me cuesta. Es esa sensación de estar demasiado presente, demasiado consciente de cada mínimo detalle: su aliento, su mirada, esa calma que no es calma, que en realidad es un torbellino disfrazado de silencio.

Coloco mi mano sobre la suya, despacio y cuando lo hago, ella se estremece. Lo siento. Lo veo en ese pequeño movimiento, ese gesto casi invisible, ese tomar aire como si también estuviera luchando por sobrevivir al momento. Porque eso es lo que estamos haciendo: sobrevivir a esto. A esta fuerza que nos empuja el uno hacia el otro sin pedir permiso.

Por un instante, me dan ganas de cerrar los ojos y quedarme dormido. Dormirme con su mano en mi pecho y que el mundo se quede así, congelado, porque ¿y si esto sigue, si avanzamos… y mañana se rompe?

Siento un miedo atroz que me paraliza, que me duele y me impide seguir sin temblar.

Pero a pesar de eso, encuentro la voz. Una voz bajita, quebrada, que viene de un lugar profundo que casi no uso.

—¿Quieres… salir un rato conmigo al salón?

Ella me mira, embobada. Tiene algo de niña, de alma abierta, de criatura que no sabe si está soñando y asiente con un suspiro.

Antes de que retire la mano de mi pecho, la sujeto con cuidado, la llevo a mis labios y la beso. No sé si ha sido demasiado, pero ella sonríe y esa sonrisa vale todas las respuestas que no tengo.

Me pongo de pie. Le tiendo la mano para ayudarla a levantarse y lo hago como si le estuviera ofreciendo entrar a otro mundo. Ella estira la suya, pero antes de levantarse, se detiene.

—Dame un segundo —susurra.

Se gira y se acerca a Ezi. Le da un beso lento en la frente, como si con ese gesto pudiera sellar todo el amor que le tiene. Me da la sensación de que le pide permiso para poder sentir algo por mí también.

Yo me quedo quieto mientras y la miro.

Cuando salimos al salón, me doy cuenta de que estoy nervioso, ridículamente nervioso. Como si esto fuera una primera cita. Como si no compartiera un hijo con ella, una vida entera comprimida en unos días imposibles.

La luz es suave, dorada, casi líquida. Se cuela desde el pasillo y acaricia los muebles como si también supiera que no debe irrumpir con estruendos. Todo es tan silencioso que puedo oír mi propia respiración y la de ella.

Aún la tengo de la mano, pero al pasar por la cocina, me obligo a soltarla.

—Creo que ahora es el momento de disfrutar de nosotros dos, aunque sea una ratito —le digo, sin atreverme a mirarla del todo—. ¿Te apetece vino?

Ella asiente. La noto como yo: expectante.

Me giro y empiezo a buscar. Necesito hacer algo con las manos. Una buena botella, dos copas. El ritual de lo simple para no dejar

que me devore lo profundo.

Desde el salón, escucho su voz:

—Alexa, pon música de Ludovico Einaudi.

Y entonces suenan los primeros acordes de *Nuvole Bianche*. Me detengo en seco. En cuanto la escucho, algo se me enreda en el pecho. Recuerdo el hospital, su cuerpo que temblaba, las contracciones, la tensión y el piano de Ludovico… que lo llenaba todo. Ella me dijo que era como si alguien le pusiera una manta tibia por dentro, pero ahora, suena una melodía diferente.

Agarro la botella, las copas y me siento junto a ella. Justo cuando voy a servir, escucho una voz femenina que canta. Bela me sonríe, convencida de que la melodía es perfecta, pero yo sé algo que ella no.

—Deberías poner otra canción.

—¿Por qué? —pregunta, extrañada.

Apoyo la botella sobre la mesa y la miro.

—Esta versión… no es solo piano. La voz que escuchas es de Alessia Tondo. Es una versión vocal de *Nuvole Bianche*, cantada en un dialecto del sur de Italia. La letra la escribió ella misma.

Ella frunce el ceño, sin entender.

—¿Y qué dice?

Trago saliva.

—Habla del final de una historia. De una relación que se rompe. Del dolor de quien se queda esperando. Es preciosa, sí, pero no es una melodía para algo que empieza…

La veo quedarse sin respiración y durante un segundo, el mundo se detiene. Sus ojos me buscan como si no supiera qué hacer, como si lo que acabo de decirle hubiera hecho algo dentro de ella que no esperaba.

—¿Y tú crees que esto… lo nuestro… está comenzando?

Mi voz no sale, solo asiento una sola vez. Entonces ella dice algo:

—Elige tú la canción.

Miro al techo, como si las palabras flotaran allí arriba.

—Alexa, pon *Experience* de Ludovico Einaudi.

Y el mundo cambia. Empieza a sonar esa melodía, ese ascenso, esa nostalgia que no duele, sino que eleva.

Le doy por fin la copa y ella la coge. Nuestros dedos se rozan.

—Por lo que empieza —murmuro.

—Por lo que empieza —responde, apenas audible.

Chocamos suavemente y bebemos. Nos miramos y aunque no la estoy tocando, siento que ya la tengo en la piel.

Ella bebe un poco, sin apartar los ojos de mí y entonces, en voz baja, me pregunta:

—¿Y esta? ¿Qué significa esta melodía?

Sonrío. Me gusta que me lo pregunte. Me gusta que quiera saber, pero también sé que explicarlo no es tan fácil, porque esta pieza, aunque no tiene letra, dice más de lo que muchas personas se atreven a sentir.

—*Experience* no es solo bonita —le digo—. Es... una historia completa sin una sola palabra.

Ella se acomoda un poco en el sofá, como si se preparara para escuchar algo importante. Y yo, sin saber muy bien por qué, me abro.

—Empieza suave, como si estuvieras atrapado en una rutina. En ese punto donde no sabes si estás sobreviviendo o simplemente flotando. Pero poco a poco… algo se mueve, se transforma. Entras en un cambio sin vuelta atrás. La música crece, te arrastra y llega un momento… —me detengo un segundo para mirar sus ojos— en que ya no puedes contener lo que sientes. Todo explota. Amor, dolor, pérdida, liberación. Como un grito del alma —dejo que la melodía acompañe mis pautas—. Y luego… baja. Vuelve la calma, pero no es la misma calma del inicio. Es una calma distinta. Se ha transformado, como si por fin lo entendieras todo.

Ella no dice nada. Solo me mira con sus ojos redondos bien abiertos.

—¿Y eso qué representa para ti? —susurra.

—La vida —respondo—. El amor. El duelo. El renacimiento. Todo lo que uno no sabe cómo explicar y necesita sentirlo para entenderlo.

De fondo, el piano continúa, como si nos envolviera, como si supiera que estábamos hablando de él.

—¿Cómo sabes tanto de esto? —pregunta de pronto; no puede aguantar más la curiosidad.

Me cuesta un poco responder porque siento un nudo en mi garganta. Escuchar de fondo esta melodía es… ufff.

—Mi padre tocaba el piano. Era músico. En casa teníamos uno y se pasaba horas tocando Ludovico. No hace mucho que… bueno, ahora, según esta nueva vida, ya hace unos años que… murió. Pero cuando vivía, lo escuchábamos todos los días. Él nos enseñó a mi hermano Gus y a mí a entender la música, no solo a oírla. A leer lo que no está escrito.

—Vaya —murmura—. ¿Y de ahí viene lo de Ezio?

Asiento. Me río, tímidamente.

—Sí. Cuando propusimos nombres, yo pensé en algo que uniera música y emoción… y recordé la banda sonora del videojuego *Assassin's Creed II*. Ezio era perfecto. Musical. Heroico. Nuestro.

Bela se me queda mirando como si acabara de revelarle un mapa escondido en el suelo que pisaba.

—Es increíble. Jamás lo habría imaginado —hace una pausa, ladea la cabeza, y me lanza una de esas verdades que duelen y acarician a la vez—. Era muy difícil ver todo esto… debajo del Joel que dormía en un banco o en el suelo.

No me ofende; sé que tiene razón.

—Otra lección aprendida —respondo con una sonrisa triste—: nunca juzgues por lo que ves por fuera. Hay casas que parecen ruinas y por dentro son templos. Hay hombres que parecen basura… y ¡sorpresa!

Ella no me dice nada, pero algo le cambia en la cara. Me mira de una forma distinta, parece que, por fin, me está mirando de verdad.

La melodía de *Experience* se va apagando, como si se retirara con cuidado, sin querer interrumpir lo que ha dejado entre nosotros y, justo entonces, comienza a sonar otra más ligera, más clara. Reconozco los primeros compases al instante.

Una Mattina.

Miro la botella de vino que ya va por la mitad. Bela tiene los ojos chisposos, el calor del alcohol le ha abierto la risa y la piel al mismo tiempo. Se recuesta contra el respaldo, me mira de reojo y pregunta:

—Vale, profe… ¿y cómo se llama esta?

Sonrío.

—¿Clase exprés a estas horas? Dudo que recuerdes algo mañana.

Ella se encoge de hombros, divertida y responde con una de esas frases que te acarician y te parten al mismo tiempo:

—Ojalá estés tú para recordármelo.

Me quedo callado, porque no sé si lo dice en broma o si se le ha escapado algo muy verdadero.

—*Una Mattina* —le explico— significa «una mañana» en italiano.

Ella sonríe y bebe despacio.

—Einaudi contó una vez que compuso esta pieza después de despertarse un día con una sensación diferente. Más clara. Como si algo hubiera cambiado… aunque no supiera qué era exactamente.

—¿Y eso es lo que te transmite a ti?

La miro y en su mirada no hay burla ni ligereza. Solo ese tipo de atención que no pesa, pero tampoco deja escapar nada.

—Sí. Esta… esta sí es perfecta para nosotros —digo—. Porque tiene algo de luz después de la oscuridad. De calma tras el vértigo. Es melancólica… pero también tierna. Tiene esa forma de empezar despacio, con repeticiones, como cuando estás despertando con alguien por primera vez y no sabes si lo que sientes es real o un sueño.

Bela sonríe. Se le curvan los labios y baja la mirada como si quisiera esconder el temblor que le cruza los ojos.

—Tiene algo de… renacimiento —añado—. Creo que el alma abre los ojos, no solo el cuerpo.

—Y justo ahora empieza lo que podría ser… una mañana —murmura.

Ya no hay distancia entre nosotros; hay calor, silencio y música.

—¿Sabes en qué película se hizo conocida esta canción?

Ella niega con la cabeza.

—*Intocable* —le digo—. La historia de dos hombres completamente distintos. Uno tetrapléjico, millonario. El otro, joven, sin nada. Se encuentran, se cuidan y se transforman. No se parece a lo nuestro, pero… hay algo ahí. Esa conexión inesperada, esa mezcla imposible que de algún modo encaja.

Bela se muerde el labio. Sé que siente, sé que es deseo contenido. La emoción que roza el borde de lo insoportable.

—¿Y tú crees que somos eso? —pregunta, muy bajito—. Una mezcla imposible que encaja.

—No lo sé —respondo—. Pero me gusta pensar que somos *eso*. Algo que no debía pasar, pero que ocurre. Algo que nadie imaginó… pero que, una vez aparece, ya no puedes vivir sin ello.

La música sigue. El piano acaricia el silencio.

38
Bela

Lo estoy conociendo como quien se encuentra una grieta en la tierra… y en vez de miedo, siente curiosidad. Como quien descubre un lugar que no aparece en los mapas, pero huele a casa. Tiene algo de cueva antigua, de ruina con historia, de templo cubierto de polvo y, aun así, dan ganas de quedarse a vivir dentro.

Joel es un hombre que no brilla, arde. Es como esos faros encendidos que nadie ve desde tierra firme, pero que salvan a los barcos en mitad del naufragio. Y ahora entiendo por qué la música le atraviesa así, por qué le tiembla la voz cuando habla de su padre, por qué se le enrojecen los ojos cuando recuerda a Ezi en mis brazos.

Para sentir con esa profundidad, hace falta tener roto algo muy dentro… o que alguien te lo haya roto. Imagino lo que tuvo que dolerle todo aquello: el fracaso, la culpa, la pérdida, el rechazo. Imagino el momento exacto en el que dejó de luchar y decidió desaparecer. No morir… no del todo, solo volverse invisible. Dormir en la calle y que el mundo pasara de largo. Y me duele, me jode, para ser sincera. Me siento fatal por no haber rascado la mugre, el silencio, la rabia. Porque debajo de todo eso estaba ÉL.

Una sinfonía con patas y yo estoy aquí, mirándolo y me fascina. No solo por cómo se sienta, cómo me mira, cómo sostiene una copa de vino con esa mezcla de torpeza elegante, sino porque lo que hay dentro de él… es más grande de lo que parece por fuera.

Y sí, vale, también tiene un pecho que debería tener su propio club de fans, pero eso es otra historia —o no tanto—.

Quiero… tocarlo. No solo físicamente; quiero tocar esa parte de él que aún no se cree digna de ser amada.

Me inclino unos centímetros hacia delante. Siento su aliento, su calor, el vino, la música.

—Gracias —le susurro.

—¿Por qué?

—Por dejarme entrar un poquito más aquí.

Le doy con el dedo indice un pequeño golpecito en su corazón —y de paso, bajo mi tacto, aunque sea por unos segundos, siento su pecho de nuevo—. Él no dice nada, pero lo veo parpadear más lento.

—Estoy un poco asustada —confieso—. Porque esto… esto ya no es solo un salto en el tiempo, ni una vida paralela…

—¿Qué es entonces? —pregunta, con voz queda.

—Me han cambiado los planos por dentro y resulta que el lugar más seguro ahora… eres tú.

Y él, sin dudar, me cubre la mano con la suya y se acerca más. Nuestros labios casi se rozan. Él se queda inmóvil y lo que hace a continuación no es besarme. Primero me acaricia la mejilla con el dorso de su otra mano, como si mi piel fuera sagrada. Me aparta un mechón detrás de la oreja. Sonríe un poco, se muerde el labio, suspira y entonces, acerca su frente a la mía.

Se detiene ahí, a milímetros. Su respiración y la mía se buscan, se chocan, se entienden.

—Si te beso —susurro—, que no sea para apagar esto. Que sea para encenderlo más.

Y ahí sí; ahí ocurre. ¡¡Me besa!! Y todo en mí se derrumba. No es solo su boca, es su alma apoyándose sobre la mía. Es una pasión tan honda que me abre en canal. Me besa como si el tiempo ya no existiera. Parece que tenga miedo de que alguien nos lo quite todo. Pero también me besa con calma, con respeto y con esa firmeza de los hombres que saben lo que están sintiendo y no huyen.

Mis manos suben por su cuello, lentas, necesitadas, temblorosas. Las suyas me envuelven la cintura con un cuidado brutal, parece que me sostiene y menos mal, porque me da la sensación de que me rompo de tanto sentir.

La música sigue, como si acompañara el pulso de nuestros cuerpos. Nos hemos rendido a este juego.

La mañana no empieza en el reloj, empieza en nosotros.

Nunca me han besado así: con la sangre, con las ganas de protegerme y deshacerme al mismo tiempo. Lo que está ocurriendo no es un simple beso; es una revelación. Joel no me come la boca, me la habita. Su boca sobre la mía es una caricia feroz. Un pulso que marca el inicio de algo inmenso y yo… yo me derrumbo por dentro.

Cada músculo de mi cuerpo se rinde. Cada fibra se tensa con deseo. Siento que mi piel se enciende en las zonas donde aún no me ha tocado, como si su calor ya supiera el camino antes de llegar.

Su mano sube por mi espalda con una lentitud casi obscena y es eso lo que me vuelve loca: la reverencia con la que me toca. Como si cada centímetro de mí mereciera un altar. Como si supiera que una mujer no se toma… se honra.

Me aprieta contra él, pero sin invadirme, me guía sin imponer, se deja llevar, pero me lleva.

Sus labios se separan de los míos un segundo. Me mira y esa mirada, maldita sea… es fuego lento. Es tormenta contenida.

—Eres preciosa —murmura, como si no supiera que esas palabras, dichas así, pueden romperme entera.

Me sonríe, se inclina de nuevo, me besa otra vez y, esta vez, el beso tiene hambre, pero es un hambre que no empuja: invita. No exige: sugiere. Un hambre que no viene de la escasez, sino de haber encontrado, por fin, el manjar justo.

Mis dedos se enredan en su nuca. Mis piernas se tensan sin que yo lo controle. Todo mi cuerpo quiere decirle «sí», sin decir nada.

Y en medio de ese abismo, él baja la mano a mi cintura y me susurra algo que no distingo. No por falta de oído, sino porque mi mente ya no piensa; solo siento, y lo que siento es… grandioso. Jamás me han amado así, en presente.

No importa qué mundo es este ni qué día es. No importa si mañana despierto en otro salto, en otra casa, en otro tiempo, porque este instante, entre su aliento y mi temblor, entre el piano y el vino, entre su mano en mi piel y su historia que me late contra el pecho… Este instante ya es eterno.

39
Joel

No sé si es el vino, la música, su cuerpo encajado contra el mío o el hecho de que por fin haya dejado de luchar… pero algo dentro de mí se rompe, se abre, se libera.

El beso que empieza como caricia se convierte en necesidad, pero no en urgencia salvaje. No. Esto no es ansiedad, es deseo con fe.

La tengo entre mis manos y siento que me tiemblan los límites. Su cuerpo me busca. No solo me permite tocarla: me llama. Cada respiración suya se mezcla con la mía como si fuéramos dos notas escritas en la misma partitura.

Deslizo los labios por su cuello y la escucho gemir muy suave porque todavía quiere contener lo incontenible. Y es aquí cuando lo pienso. No. Lo sé: soy un hombre que ha sobrevivido al frío y ahora solo encuentro calor en ella. Ella es fuego y yo ya no quiero seguir siendo hielo.

Mis manos bajan por su espalda. La agarro con fuerza, pero con cuidado, como si la estuviera esculpiendo bajo mis dedos y ella se curva hacia mí. Hay una parte de lo que soy que ya no está aquí; se ha quedado en ese espacio que acabamos de crear. Ese universo donde no existen relojes, ni saltos, ni pasados, solo piel, deseo y alma.

La levanto con suavidad, sin dejar de besarla y la acomodo sobre mis piernas. La noto rendida, tensa, entregada y encendida a la vez. Su boca vuelve a buscar la mía como si hubiera pasado la vida entera con sed y yo la bebo.

Nos movemos al ritmo exacto de la música. En este preciso instante en el que un hombre roto se convierte en uno nuevo,

porque una mujer valiente se atrevió a mirar más allá.

—Eres lo más bonito que me ha pasado —le susurro, casi sin aliento—. No lo sé explicar. Solo sé que aquí, contigo, sí soy.

Ella se agarra a mi camisa, parece que quiere desgarrarla pero desabrocha los primeros botones y, por un segundo, imagino cómo sería perder el control del todo. Quiero probarla lenta, completa, desnuda de historia y llena de ahora. Pero más que por hambre, por devoción, porque con Bela no quiero solo el placer, quiero el alma del placer. Y si esta noche es todo lo que tenemos… quiero que nos duela haber sido tan felices.

Antes de que me desabroche mi camisa, le quito su camiseta, no pienso en suavidad, pienso en su piel, en su olor, en el calor brutal que hay entre nosotros, ese que nos ha estado rozando los límites desde que comenzó la noche y que ahora, al fin, se desborda sin freno.

Ella se la saca con rapidez, sin teatralidad, como si también necesitara quitarse de encima el peso de tanta contención. El sujetador le resbala por los brazos y cae al suelo con un sonido apenas audible, pero para mí retumba como una explosión. Me da tiempo a detenerme para mirarla con pausa, a pensar si debo, si puedo, si es el momento perfecto, pero la necesito entera, ahora y eso se nota.

Se nota en mis manos, que ya no dudan y están sobre ella, la acarician, descubren cada rincón que tengo delante. Se nota en mi boca, que baja directa a su pecho, lo rodea con la lengua y lo succiona lento y después con hambre. En sus uñas, que se me clavan en los hombros con fuerza mientras deja escapar un jadeo que me pone duro como una piedra.

La tengo entre mis brazos y siento cómo se derrite y se tensa a la vez. Me separo apenas para mirarla. Su torso desnudo se eleva y desciende con la respiración agitada. La luz tenue acaricia la curva de sus pechos, el vientre tenso, las clavículas que brillan con el sudor tibio. Está indomable, viva y me mira con esa expresión mezcla de lujuria, desafío y ternura.

—Juro que podría quedarme a vivir aquí —le digo con la voz baja, rasposa—, justo entre tu cuello y tus tetas.

Ella suelta una risa breve, ronca, que termina en un suspiro cuando vuelvo a chuparle un pezón con ganas y lo rodeo con la lengua hasta que se le escapa un gemido y se agarra con más fuerza a mi nuca.

—No digas eso o no me voy a contener —responde.

—¿Quién dijo que quiero que te contengas?

La camisa me la arranca, literalmente. No me da tiempo a quitármela. La abre como puede y algunos botones saltan al suelo.

—Perdón —dice, entre risas y jadeos.

—Te perdono si sigues —respondo sin pensar y la llevo otra vez hacia mí.

Tras unos segundos besándola, dejo de hacerlo solo para ponerme de pie. Me desabrocho los vaqueros mirándola a los ojos. Ella, de pie frente a mí, se muerde el labio al ver cómo dejo caer la ropa interior con un movimiento seco. No siento vergüenza y dejo que me vea, que me desee tanto como yo la deseo a ella.

—Por fin voy a conocer a la señora ballena…

—¿Sabes lo difícil que ha sido estar tan cerca de ti sin poder hacer esto?

—¿Esto? —ríe mientras pregunta.

Bela se quita sus pantalones despacio, pero no por seducción, sino por control. También quiere que la vea y yo lo hago; joder si la veo.

Queda delante de mí, con ese cuerpo que es real, salvaje y absolutamente adictivo, con el pecho agitado, la mirada fija y esas braguitas de encaje rosas que le abrazan las caderas como si fueran parte de su piel. Son pequeñas, semitransparentes, me parecen lo más sucio y bonito que he visto en mi vida y no se las quita. No. Se las deja puestas y eso me destroza, me prende, me vuelve maldito, porque esas braguitas no están ahí para cubrir nada, están para provocarme y torturarme.

Le marcan el contorno perfecto del culo. Se le mete un poco entre las nalgas. Le encuadran el deseo y yo, que la tengo tan dura que me duele, solo puedo mirarla como si tuviera delante una visión diseñada por el mismísimo infierno para quebrarme.

—¿Te gustan? —pregunta, pero sabe perfectamente que sí.

—Podría morir con esa imagen tatuada en la retina —respondo —. No te las quites todavía.

Ella sonríe, felina, peligrosa.

Me empuja suavemente hacia atrás hasta que caigo al sofá .

—Ven aquí —le gruño.

Se acerca, despacio, marca cada paso con la cadencia de una diosa segura de sí misma, se sube sobre mí con las braguitas aún puestas y se frota despacio mientras marca cada centímetro de su humedad sobre mi piel desnuda.

Siento ese roce fino, ese encaje mojado que se desliza por mi abdomen, ese calor que me incendia. Apoya las manos en mi pecho, lo explora como si fuera territorio recién conquistado y baja la mirada solo para regodearse en lo que acaba de desatar.

—Esto —susurra y me lame el cuello—. Esto es una barbaridad.

—No sabes lo que estás provocando, Isabela —le murmuro al oído—. Estoy al límite solo con mirarte. Estoy a un gemido tuyo de perder la cabeza.

—Entonces escucha bien, Joel, porque voy a gemir mucho esta noche.

40
Bela

Todavía tengo los ojos cerrados. El cuerpo entumecido, empapado, deshecho sobre él, después de lo que hemos disfrutado. Siento sus dedos que me dibujan la espalda, su respiración en mi cuello, ese calor entre las piernas que aún me pulsa. La frase que acaba de susurrarme retumba dentro de mí como un eco dulce y animal y yo solo puedo pensar: *esto es perfecto; e*ste momento, este silencio, esta entrega.

Hasta que…

—¡MAMÁÁÁ!

El grito atraviesa la puerta como una granada y el corazón se me detiene, tal cual. Siento que se me salen los pulmones por la boca.

Ezi. ¡Joder! Mi hijo, nuestro hijo que estaba durmiendo en la habitación, a dos metros de donde acabamos de…

—No. No. No no no no… —susurro en pánico, mientras me separo de Joel como si me hubiera encendido una alarma de incendios.

Me siento en el sofá, desnuda, con las piernas que me tiemblan, el cuerpo pegajoso, el pelo revuelto y… madre mía… las braguitas de encaje rosa empapadas cuelgan de la mesa. Ezio vuelve a gritar, con más drama esta vez:

—¡MAMÁÁÁ, TENGO SUEÑOS RAROS!

Y yo, como una adolescente pillada en pleno polvo prohibido, me tiro del sofá sin saber ni dónde mirar.

—¡Ya voy, cariño! ¡Quédate en la cama! ¡Mamá ya va!

Joel se incorpora en dos segundos, completamente desnudo, busca a ciegas sus bóxers, se los pone medio de lado, tropieza con

una zapatilla y aun así logra hablar con más calma que un médico de urgencias:

—Tranquila —me dice en voz baja mientras se pone de pie como si fuera el héroe de una película de Pixar versión para adultos—. Voy yo.

—¿En serio? —le susurro, con los ojos como platos—. Eres tan perfecto que das asco —y sonrío.

—Hace unos segundos no se te veía muy asqueada.

Y se va, descalzo, despeinado, con marcas de uñas en la espalda, los labios aún húmedos… y la dignidad de un padre que ha entendido que el postpolvo puede esperar, pero los hijos no.

Yo me quedo sentada en el sofá, intento recuperar el aliento y, de paso, la compostura. Miro las braguitas rosas con una mueca y me echo a reír en silencio, con el corazón aún en la boca, mientras escucho a Joel hablarle bajito al niño en la habitación contigua, con esa voz suya que calma, que protege, que… me vuelve a enamorar.

Se ha ido solo un par de minutos, pero cuando regresa por el pasillo en silencio, con el cuerpo relajado y el pelo aún revuelto, es como si el mundo volviera a su eje.

Lo miro desde el sofá. Sigo desnuda, pero me he envuelto con una manta que he encontrado. Me la he echado por encima sin pensar, como si fuera un escudo invisible. Joel se detiene delante de mí y nos miramos. Me cuesta mirarle a los ojos teniendo el paquete que tiene casi a la altura de mis ojos, pero, en realidad, en este momento no hay morbo; es algo más allá de todo.

—Se ha dormido otra vez —susurra—. Dice que ha soñado que se caía de un diente de dinosaurio.

—Bueno, es una pesadilla razonable después del restaurante temático… —respondo y nos reímos bajito los dos.

Él se acerca, me acaricia la mejilla y se sienta conmigo. Se acomoda a mi lado, en silencio. Saco la mano de debajo de la manta y me la toma. Su dedo me dibuja la palma, como si pudiera leerme la vida en ella.

—¿Estás bien? —me pregunta.

Asiento y mi respuesta no sale de la boca, sino de los ojos, porque estoy de maravilla.

—He tenido muchas primeras veces en mi vida —susurra él—. Pero esta ha sido distinta. No por el sexo… aunque joder —sonríe—, también por eso. Sino porque esta vez, después de todo, me he sentido elegido.

Me muerdo el labio, trago saliva y lucho porque no quiero llorar.

—¿Puedo tumbarme contigo? —me pregunta.

—Eso no se pregunta… de hecho, no has preguntado antes de hacer otras cosas…

Nos tumbamos juntos en el sofá. Yo sigo desnuda y él lleva los calzoncillos. Nos tapamos los dos bajo la manta, me abraza por detrás y a mí me encanta sentir que me rodea con esos brazos fuertes. Entrelazamos nuestras manos; el salón está en penumbra, Ezi duerme y nosotros… seguimos despiertos, porque queremos atrapar lo que nos queda de noche.

—¿Sabes qué pensé el primer día? —me dice él de pronto—. Cuando te vi ahí, en la habitación hecha una loca, con esta casa gigante, con esa voz tuya que nunca susurraba…

Me río al escucharlo.

—Pensé que eras como ese gel que te pones cuando tienes una contractura. El de frío-calor.

—¿Cómo…?

—Sí, ese que primero arde y luego congela o al revés. —Se ríe bajito—. Siempre tenías algo que decirme. Una pulla, una crítica, un comentario que me dejaba clavado. A veces me paralizabas, de verdad; me daba miedo hablarte.

Me río porque tiene razón y porque esa versión de mí misma ya no me gusta tanto como antes.

—Pues la sensación que tuve yo fue justo la contraria —le contesto—. Me reventaba tener delante a un tío con una seguridad tremenda. ¿Tú sabes lo que es ver a un desconocido que ha vivido en la calle mirarte con esos ojos raros, rarísimos y que te haga sentir pequeña?

Él me aprieta la mano, pero no dice nada; yo sí.

—Es que eres demasiado, Joel.

—Pues siempre me he sentido insuficiente —dice. Y no hay drama en su voz, solo una verdad desnuda—. Desde que arruiné el restaurante, desde que mi familia me cerró la puerta, desde que me quedé sin casa, sin nombre, sin nada… Yo creí que no podía ser suficiente para nadie.

—Pues lo eres y no solo suficiente —respondo—, eres perfecto… y un poco más. Y ese «poco más»… me encanta. ¿Sabes lo que le cuesta a una estrella poder brillar? —le pregunto.

—No —me susurra en el oido.

—Un montón de oscuridad.

Siento como me aprieta contra él.

—Joder, Bela. Me estas presionando para tirarme de la lengua, con tantas palabras bonitas.

—¡Pero si eres tú el de las palabras bonitas! —río—. Por cierto, ¿qué es eso que te estas tragando y que estas a punto de decirme porque se supone que te presiono?

—Déjalo…

—No. No lo dejo.

—Luego te lo digo… —me susurra con cariño y no quiero insistir ni incomodarlo, aunque en mí sea raro.

—¿Te acuerdas de lo que dijiste cuando nos enteramos de lo de Tesa y Guille? —le pregunto, para aligerar la emoción.

Él ladea la cabeza.

—¿Lo de que a veces las personas más diferentes son las que mejor encajan?

—Sí. Pues… tenías razón.

—No digas eso. Me estoy acostumbrando a que seas tú la que tiene siempre la última palabra.

—Y eso que te daba miedo hablarme.

Nos reímos bajito, pero la risa se apaga pronto, porque en el fondo… sabemos que esto podría acabarse mañana.

—¿Tú también tienes miedo? —susurro.

Joel se queda en silencio y me acaricia la mano con el pulgar.

—Sí. Pero también creo que… aunque esto sea efímero, no significa que no signifique nada.

Me quedo quieta, porque esa frase me atraviesa el pecho.

—¿Y si mañana desaparece todo? —pregunto.

—Pues que no me quiten lo vivido —responde, bajito—, lo sentido y lo tocado, porque este día con vosotros… esta noche contigo… no se borra de mí ni aunque desaparezcas del mapa.

Y me abraza por detrás con tanto amor que siento que nos fundimos.

Yo me giro y me meto entera en ese abrazo como si fuera una casa recién construida. Una casa con ventanas abiertas, con paredes blandas, con olor a pan y a piano.

Nos quedamos así, enredados, porque el miedo está, pero también está la certeza y Joel lo sabe bien, porque me dice:

—Lo vivido existe, lo amado no se inventa y lo que nos transforma… se queda para siempre.

—¿Lo amado? —le pregunto yo sonriendo y con ganas de saber su respuesta.

—Lo amado… Tú.

Mi sonrisa se congela, se derrite y vuelve a nacer todo al mismo tiempo.

—¿Y eso era lo que te estabas tragando? —susurro.

—Ves como siempre tienes que tener la última palabra… ¡Cállate!

Suelto una carcajada. Realmente el que se ríe es mi corazón, porque me ha parecido tan tierno que le diera corte decirme lo que me acaba de decir.

Sigo sonriendo, pero en mi interior algo se remueve. Me hace cosquillas. Me asusta un poco también.

—A mí también me da vergüenza decir lo que siento —confieso de pronto, sin pensarlo demasiado.

Joel frunce levemente el ceño, no por molestia, sino porque me escucha de verdad.

—¿Sí? ¿A ti?

Asiento, despacio.

—Ha sido todo tan rápido… Nunca he usado esa palabra. Esa. La que tú no te atrevías a decir. Nunca la he dicho en voz alta… así, de verdad, a alguien.

Él me mira como si intentara comprender algo que no encaja.

—Pues viendo lo fogosa que has sido esta noche… —murmura —. No lo habría imaginado nunca.

Sus palabras me estremecen, pero lo que viene después me deja helada:

—¿Tampoco se lo dijiste nunca al pelirrojo?

—¿Qué…? —pregunto, sin saber si he oído bien.

—El que a veces ha salido contigo de la empresa de tu padre, en la otra vida. Salíais muy pegados y te he visto mirarlo; a lo lejos, pero lo he notado.

Me quedo callada. No lo esperaba. Ni siquiera sabía que Joel había reparado en Borja. Creía que no hablaríamos nunca de eso, que quedaría sepultado en las capas extrañas de esta experiencia compartida. Incluso llegué a pensar que el bebé era de él…

Me incorporo. Me levanto y me siento en el sofá, envuelta en la manta. Joel no se mueve, pero noto cómo se le contrae la mandíbula.

—Lo siento —dice enseguida—. No quería molestarte. Ha sido un comentario estúpido.

—No —le digo y lo miro con ternura—. No ha sido estúpido, ha sido honesto. Y tienes derecho a preguntar. A estas alturas, no tengo ningún problema en contártelo todo.

Sus ojos buscan los míos, con cierto temor, como si esperara una historia que no quiera oír.

—Borja… —empiezo, sin rodeos— era alguien de ese mundo. Del mundo de mi padre. Pulcro, educado, perfecto en la superficie. Estuvimos juntos, pero no… no fue amor. Fue obediencia. Fue cumplir con lo esperado, fue huida, no elección y por lo que he visto, no he seguido en contacto con él, por lo tanto es caso olvidado.

Hago una pausa y me acomodo en el sofá.

—Y ahora que lo pienso desde aquí, desde nosotros… me doy cuenta de que no había nada; nada como esto. No había deseo, ni piel, ni infancia compartida en la mirada de un niño. No había hogar.

Levanto la vista y lo miro. Es Joel. Es tan mío.

—Solo tú eres presente. Solo tú y Ezi sois mi vida ahora.

Se sienta en el borde, en silencio. Luego se pasa una mano por el rostro, como si necesitara procesar.

—¿Y no te da miedo que esto no sea real?

—Me da miedo todo —respondo con una media sonrisa—. Pero también me daría miedo no saltar contigo.

Él se levanta, se acerca y se arrodilla frente a mí, yo sigo con la manta enredada sobre la cintura.

—Yo saltaría mil veces, porque ya no me da miedo caer, si me caigo contigo.

Me da un beso en la frente y me pregunta:

—¿Tienes hambre?

—La verdad es que sí.

Siento el estómago vacío y el cuerpo lleno. Es extraño. Me siento ligera, pero también saciada.

—Ponte algo, que hace fresco —añade—. Te espero en la cocina.

Me da un beso rápido antes de levantarse. Lo veo caminar con ese andar suyo entre natural y despreocupado, sin camiseta, solo con el bóxer y hay algo tan sencillo y doméstico en todo eso que se me aprieta el corazón. Voy a la habitación, cojo una camiseta suya y me la pongo encima. Me envuelve; aún huele a él. En el camino, reviso el móvil y veo una notificación. Un mensaje de Yara:

Hoy he tenido una cita con un tipo de la *app*. Otro desastre. Estoy empezando a pensar que el universo se burla de mí. A veces me gustaría haber tenido tu suerte. Ya sabes, aunque fuese por algo horrible… al final tú y Joel acabasteis bien. Lo vuestro se veía venir. Desde el minuto uno. Porque la complicidad no se puede fingir. Y la química… o se tiene o no se tiene.

Me quedo quieta y el pasillo se congela; el pecho, también. Mi amiga no lo sabe… pero ese mensaje es una piedra lanzada justo al centro de mi conciencia. «Algo horrible»… Gus y Lala, habían insinuado cosas, pero no parecían horribles. Sabemos que Joel cambió por algo; por mí, y no sé qué es; no sé qué hice. Aprieto el móvil contra el pecho. Me tiemblan un poco las manos.

Y luego está esa frase. Esa maldita frase que parece escrita justo después de vernos hacer el amor:

La complicidad no se puede fingir. Y la química… se tiene o no se tiene.

Respiro hondo, porque lo sentí. Porque lo que ha pasado hace un rato entre Joel y yo no ha sido una primera vez. No hubo torpeza, ni inseguridad, ni risas nerviosas. Hubo hambre. Sin prisas, pero con necesidad. Hubo una sinfonía sin ensayo. Nos tocamos como si supiéramos de cada rincón. Como si nuestros cuerpos hubieran sido tallados a medida, uno para el otro. Me conocía, lo conocía y esa compenetración brutal… me hace pensar que lo nuestro no es un juego del tiempo; es un eco que viene de muy atrás. Quizá no sea magia, quizá sea historia. Una historia que no recuerdo, pero que mi piel no ha olvidado.

Camino hacia la cocina con el mensaje de Yara que todavía brilla en la pantalla, como si me lo hubiese tatuado el universo para no olvidarlo.

Y cuando lo veo de nuevo, cuando mis ojos se posan en el cuerpo de Joel mientras remueve algo en la sartén, con el torso desnudo y ese pecho que parece esculpido con intención divina, me entra una ganas tremendas —casi ridículas— de volver a probarlo, de besarlo, de perderme otra vez ahí. No hay receta, por muy elaborada que sea, que se compare a lo que he sentido al lamerle la piel.

Joel se gira un segundo para coger algo de la encimera, concentrado. Yo no me lo pienso. Me acerco por detrás, lo agarro de la cintura, pego su espalda caliente a mi pecho y le doy un beso en el cuello.

Suspiro. Me estoy deshaciendo otra vez.

—Ma-dre-mía… estoy en plan adolescente —susurro riendo—. ¿Qué me está pasando que no me puedo despegar de ti?

No hay respuesta verbal. Joel deja lo que está haciendo como si se le hubiese olvidado el mundo. Lo noto por la forma en que se queda quieto, por cómo sus músculos se tensan al notar mis pezones duros bajo la camiseta mientras le rozan la espalda.

Se da la vuelta, me mira y me levanta de golpe, con fuerza. Me sienta sobre la isla de la cocina sin cuidado y, sí, me clavo un par de cosas —una cuchara de madera, creo, y una mini planta decorativa

— pero antes de que pueda quejarme, sus manos ya han barrido todo lo que estorba con un movimiento rápido.

—¿Tienes algo al fuego? —le susurro al oído, casi en jadeos y con las piernas que le rodean la cintura.

Joel niega con la cabeza, pegado a mi piel y entonces me ruge, ronco, caliente:

—El único fuego… es el que me provocas tú.

Nos reímos, pero ya es tarde porque nos hemos encendido de nuevo.

Me besa como si no nos acabáramos de desnudar hace una hora. Me besa como si el reloj se hubiera puesto a cero, como si no pudiera saciarse nunca.

Sus manos me recorren por encima de la camiseta que llevo puesta —la suya—. Las mías se enredan en su nuca, en su pelo, en su espalda. Pero hay un detalle… y no es menor: Ezi.

Estamos en la cocina, a un par de habitaciones de un niño dormido y eso hace que, mientras Joel me muerde el cuello con pasión contenida, yo tenga que apretar los labios contra su hombro para no gemir.

—Esto es una tortura —le susurro entre risas—. No podemos hacer ruido.

Y ahí empieza un juego silencioso. Nos tapamos la boca el uno al otro. Nos mordemos los labios, incluso, yo me muerdo el puño en un momento crítico. Él se ríe entre dientes cuando un quejido se me escapa, suave y roto. Nos contenemos, pero no nos frenamos…

41
Joel

No sé cuántas veces nos hemos besado esta noche. Solo sé que el silencio ha sido cómplice: la isla de la cocina, mis manos en su cintura, la camiseta —la mía— que le he subido por los muslos, su risa muda cuando ha tenido que taparme la boca con la palma para que no despertar a Ezi. Hacer el amor así, con la urgencia sujeta por los dientes, suena raro… y, sin embargo, con Bela nada ha sido raro, solo inevitable.

Cuando la he sentido venir contra mí me ha pasado algo extraño: la certeza de que ya lo habíamos hecho mil veces antes. Como si mis manos tuvieran memoria. Como si su piel me reconociera y dijera «aquí». Puede que sea absurdo decirlo en voz alta, pero así lo siento: natural, antiguo y nuestro.

Ahora estamos en el suelo de la cocina, apoyados en los armarios, con la espalda fría y las piernas cruzadas. Ella lleva mi camiseta grande y le cae como un vestido. Tiene el pelo desordenado y la cara limpia, sin capas que tapen su verdad. Me gusta verla así: sin la armadura de traje, sin la agenda que le mordía los talones; solo Bela, solo nosotros. Dos niños después de romper la hucha de madrugada.

En el centro, sobre una tabla de madera, hay lo que había empezado a preparar antes de que me agarrara por detrás y me besara el cuello: pan tostado frotado con ajo, un chorrito de aceite, tomates maduros rallados con sal gorda, un bol de huevos revueltos cremosos con mantequilla —a fuego muy bajo— y unas lonchas de jamón que todavía suenan al separarlas del papel. Lo mezclamos todo en bocados desordenados. Ella coge un triángulo de pan, se sirve huevos con la cuchara y me mira con esa complicidad nueva,

recién estrenada y, al mismo tiempo, vieja como una canción que te sabes desde niño.

—Esto está brutal —dice con la boca medio llena.

—El truco es la mantequilla. Y no tener prisa.

—Pues hoy… cero prisa.

Me río por lo bajo. Pienso que es raro vivir nuestras primeras veces conscientes, teniendo un hijo que duerme dos puertas más allá. Como si hubiéramos empezado la película por el segundo acto y nos tocara, a base de confianza, rellenar el principio.

—Te queda bien —le digo, señalando la camiseta.

—¿Esta? —la pinza en el dobladillo, juguetona—. Me sienta como un saco.

—Mi saco favorito.

Me gana una sonrisa que me parte en dos. Hay momentos en que verla así me desarma: ninguna pose, solo hambre y ternura.

Comemos en silencio un rato. La cuchara roza la sartén, el pan cruje. Se cuela un ronquido pequeñito desde el pasillo —la casa respira—. Bela apoya la cabeza en mi hombro. Siento el peso exacto de su confianza y me besa el hombro, apenas un roce.

—Yara me escribió —dice, sin mirarme—. Hace un momento, antes de entrar en la cocina.

—¿Sí? ¿Qué dice?

—Que tuvo una cita desastrosa. Que me envidia. Que lo nuestro —lo tuyo y lo mío— es destino, que la complicidad no se finge y que la química se tiene o no se tiene.

—Qué sabia es Yara.

—Y… otra cosa.

Tarda. Siento cómo el silencio se espesa un poco, como si pasara una nube. Me enderezo sin apartarla, para no romper ese encaje de hombros.

—¿Qué otra cosa?

Me mira entonces. No hay miedo en mis ojos; hay cuidado.

—Dice que… en esta vida nuestra… —traga saliva— …pasó algo horrible que nos unió.

Durante un segundo no entiendo. «Horrible» se me queda dando vueltas, busca una silla donde sentarse. Me entra un frío

pequeño, de esos que suben por la espalda y te obligan a respirar hondo.

—¿Algo horrible? —repito, para confirmar que he oído bien.

—Sí.

Dejo la cuchara sobre la tabla. Repaso a toda velocidad lo que sé, lo que siento, lo que hemos visto saltando de día en día. Las escenas que se nos han dado como postales: nosotros en la agencia, Ezio corriendo por los pasillos, su padre mirándome como si fuera un hijo, mi familia de vuelta… No encaja la palabra «horrible» y, aun así, confío en ella. Si aparece en el mensaje, existe. Aunque no sepamos aún de qué lado estuvo esa herida, ni quién hizo qué, ni cuánto dolió.

—Me cuesta creer que nos uniéramos por algo feo —digo al fin —. Pero… también sé que a veces lo peor abre puertas que no sabías que estaban ahí.

Bela asiente, despacio. Vuelve a apoyarse en mi hombro, con más fuerza. Su dedo dibuja un círculo pequeño en mi rodilla, una y otra vez.

—Me aterra—susurra—. Todo. Lo que nos pasa, lo que pasó, lo que pasará mañana. Despertar y que de pronto falte algo. O sobre. ¿Y si estamos locos?

Miro hacia la ventana, la cortina apenas se mueve. Quiero decirle «a mí también», pero lo que me sale es otra cosa, más honesta:

—Me aterra merecer esto y perderlo igual.

—¿Merecer?

—Sí. A ti. A él —señalo hacia el pasillo, como si pudiera ver a Ezi con el pijama de dinosaurios—. Esta calma que siento ahora mismo. Esta… familia. Hay un trozo de mí que piensa que no la he ganado. Y otro trozo que dice que, aunque no la haya ganado, la voy a cuidar como si fuera la última cosa buena del mundo.

Se queda callada, me busca la mano y la aprieta.

—No sé qué hice —dice—. Y me acojona. Pero sé cómo te miro. Sé cómo me miras. Y, cada día que despertamos, por raro que sea, me parece que el hilo es el mismo.

—También lo siento así.

Nos quedamos con esa verdad simple entre los dos, como un plato compartido. Afuera pasa un coche. La nevera hace un ruido breve. Pienso en lo frágil que es todo y, a la vez, en lo resistente. Como el pan crujiente: se quiebra con nada y, sin embargo, sostiene cualquier cosa que pongas encima.

No sabemos si mañana estaremos en la agencia, en un hospital, en una casa distinta o de vuelta al principio. No sabemos si Ezi pedirá gofres o si tendremos que inventar una excusa en mitad de una reunión para correr a urgencias.

Lo que sí sé es que la tengo aquí, con las piernas rozando las mías, con la camiseta grande y el gesto desenfadado que asoma más cada día. Y que en esta cocina, a esta hora, con restos de tomate en los dedos, somos reales.

—Ven —le digo.

La atraigo sobre mí, en un abrazo que no es deseo ni solo descanso: es un ancla. Apoyo la barbilla en su cabeza. Ella me rodea la cintura con los brazos. El silencio es amable. Se oye un crujido del pan al romperse bajo nuestro peso y nos entra la risa tonta, bajita; esa risa que solo sale cuando ya no queda pudor.

—¿Sabes? —dice de pronto—. Cuando has dicho "mantequilla y paciencia", he pensado que así va a tener que ser la vida con nosotros.

—¿Mantequilla y paciencia?

—Todo a fuego muy bajo.

—Y sin prisa.

—Y con sal gorda, para acordarnos de que lo real también raspa.

—Hecho.

Cerramos los ojos un rato. Recuento mentalmente las tareas imposibles de este amor: proteger el sueño de Ezi, aprender a hablar sin asustarnos, aceptar que hay un pasado borroso que no controlamos y un futuro que se escribe con rotulador de agua. Y, a pesar de todo, elegirnos. Otra vez. Y otra.

Cuando nos levantamos, la casa sigue a oscuras. Recojo la sartén, paso un paño por la tabla y acallo los sonidos como si cuidara un secreto. Bela me observa subida a un taburete y apoyada

en la isla, con esa forma suya de mirarme que me arregla el día. Me detengo frente a ella y le acomodo la camiseta en el hombro.

—¿Listos para lo que sea mañana? —pregunto.

Me sostiene la mirada. No dice «sí» ni «no». Dice:

—Listos para lo que venga, pero lo hacemos juntos.

La beso, suave, una sola vez. No hay prisa. La llevo de la mano por el pasillo. Nos asomamos para ver a Ezi y su respiración es una ola pequeñita y constante. Le damos un beso antes de irnos a nuestra habitación.

Nos metemos en la cama con el cuidado ceremonioso de quien vuelve a un templo. Y, mientras el sueño me vence, me repito la receta como una plegaria: fuego bajo, mantequilla, paciencia y sal, para recordar que lo bueno también escuece un poco.

Nos quedamos así, pegados, con las manos entrelazadas bajo la manta, como si esa fuera la única manera de asegurarnos de que el otro seguirá ahí al despertar. Su respiración roza mi cuello, acompasada a la mía y en ese calor compartido siento algo que no había sentido hasta ahora: que ya no estamos solos, ni siquiera cuando soñamos.

42
Joel

Un pitido seco me arranca del sueño. No despierto: rompo, como si alguien me desgajara de un sitio al que pertenecía. Abro los ojos y lo primero que me golpea es el gris. No un gris cualquiera: ese gris hostil que lo devora todo… que me roba incluso el recuerdo del calor.

El cielo, la acera, el humo del escape que me escupe en la cara. Un coche se aleja y, con él, la última brasa del mundo al que quiero volver.

No es la cama. No está Bela. No está mi hijo. El frío me muerde incluso antes de que consiga entender dónde estoy. Giro la cabeza y ahí está el portal mugriento de siempre, la papelera oxidada que conozco mejor que mi propia mano. Bajo la espalda, el cartón húmedo; en mis hombros, la chaqueta empapada que pesa más que mi cuerpo.

El olor… Dios. Sudor rancio. Orín. Pan duro dentro de una bolsa de plástico. El olor de antes, el olor de mi peor yo. Me llevo una mano a la cara, la barba me pincha y el gorro me aprieta. Vuelvo a ser el hombre que fui… y que juré no volver a ser.

Me incorporo despacio, como si el simple gesto de levantarme pudiera coser el sueño y traerlo de vuelta, pero el universo es cruel.

Mis manos están negras, las uñas rotas y las yemas agrietadas. Las mismas manos que anoche acariciaban a Bela ahora tiemblan vacías, deformadas por la calle y la intemperie. Me quedo sentado y veo a la gente pasar como si yo fuera un bulto abandonado en la acera. Nadie mira, nadie sospecha que hace apenas unas horas yo era marido, padre… un hombre con futuro.

Una mujer empuja un carrito. Un hombre discute por teléfono. Un chico corre detrás del autobús. La ciudad continúa idéntica a lo

que dejé… si es que alguna vez la dejé.

Respiro hondo. No huele a café recién hecho. No huele a tostadas. Huele a invierno, a tubo de escape, a abandono. Anoche tenía a mi hijo dormido en su cama, tenía a Bela con mi camiseta puesta, descalza, hermosa, respirando bajito; tenía un hogar. Ahora solo tengo esta manta raída y el hueco insoportable donde antes habitaban tres vidas: la de ellos y la mía.

El mundo me grita: era un sueño.

¡Un maldito sueño!

Cierro los ojos con fuerza, buscando a tientas el calor de sus manos, la risa bajita cuando el pan crujió bajo nosotros, su «*estamos juntos en esto*» susurrado contra mi piel. Pero lo que me encuentra no es el recuerdo, es el dolor. Y es brutal, sordo y está clavado en el centro del pecho como una condena. Entonces llega la pregunta que me destroza, la que ni siquiera me atrevo a pronunciar en voz alta: ¿Qué duele más? ¿No haberlos tenido nunca… o haberlos tenido y perderlos?

Un coche vuelve a pitar, esta vez más cerca. Me sobresalto. Aprieto la mandíbula para no gritar, porque si empiezo no voy a parar. Trago saliva y el sabor metálico me recuerda que hace días que no como de verdad.

Bajo la vista y veo entre mis pies un charco que refleja el cielo sucio. Y en ese espejo torcido, por un segundo, creo vernos: ella, un niño con los mofletes rojos y yo. Parpadeo y ya no están. Me abrazo a mí mismo, no para entrar en calor, sino para no desmoronarme aquí, en esta acera que no es nueva ni ajena, sino la mía. Porque esta es mi vida; esta ha sido mi vida y el resto… el resto era solo un lugar al que no volveré jamás.

Pienso en mi madre. En cómo, en esa otra vida, me abrazaba y me decía que gracias a Bela yo era quien era. Pienso en Gus, mi hermano, cuando me contó con orgullo que había vuelto a trabajar junto a mamá. Aquí ellos no me hablan. Aquí soy solo el motivo de su decepción, la vergüenza que dejaron atrás.

Empiezo a andar sin rumbo fijo… al menos, eso parece, pero en la cabeza tengo un lugar y un nombre: las oficinas del padre de Bela. Y, dentro, ella: mi mujer. La madre de mi hijo en sueños. La

mujer que anoche me abrazó en una cocina y me prometió que estábamos juntos para lo que viniera.

Mis botas viejas golpean la acera como un reloj torcido. La gente me mira de reojo: algunos apartan la vista rápido, otros fruncen la nariz, alguno acelera el paso.

No me hace falta un espejo para saber lo que ven: ropa sucia, barba larga, gorro calado hasta las cejas. Huelen mi ausencia de hogar antes incluso de oír mi voz. La ciudad sigue igual que siempre, con sus semáforos impacientes y sus fachadas de cristal, pero yo no. Yo llevo el peso de dos vidas, una entre los bolsillos rotos y otra que no sé si fue mía.

Cuando estoy a unos metros del edificio, la veo. De espaldas, con el pelo recogido en una cola baja, una chaqueta negra; reconozco esa forma de andar.

—¡Yara! —grito, sin pensarlo.

Ella se detiene, gira la cabeza… y su gesto me parte en dos. Los ojos se agrandan, la boca se abre y sin decir nada se da la vuelta y echa a andar más rápido. El golpe no viene de sus pasos apresurados, sino de lo que hay en su cara: miedo. Puro miedo. La misma mujer que me hizo aquel batido horrible entre risas, la misma que trabajaba conmigo… ahora me huye. Bueno, no ahora, siempre ha sido así. La otra Yara, la de mi otra vida, no existe aquí.

Me quedo parado un instante, trago saliva como si pudiera disolver la pena pero no lo consigo. Sigo caminando, aunque cada paso pese el doble.

La fachada de Montavia Group brilla con ese lujo frío que siempre me hizo sentir un intruso. En la esquina está mi sitio de siempre, el rincón desde el que veía pasar a Bela. Ahora, el cristal me devuelve mi reflejo: un hombre sin nada.

Me dejo caer sobre el suelo áspero, apoyo la espalda contra la pared. No me importa el tiempo que tenga que esperar. Puedo aguantar el frío, el hambre, la mirada ajena, lo único que no puedo aguantar es la idea de no volver a verlos. Así que me quedaré aquí, las horas que hagan falta, hasta que la vea pasar.

Han pasado varias horas y todo sigue igual de muerto. Este lugar no tiene luz ni color, como si la vida aquí estuviera en escala de grises. Y pienso que quizá ese sueño solo ha servido para algo: para darme cuenta de lo idiota que fui, de cómo me he ido dejando, cerrando, apagando, olvidando lo que soy… todo para no seguir sufriendo.

Creía que había llegado al lugar al que pertenecía. Ahora, ese lugar es solo un espejismo que me ha dejado sediento.

Un coche negro y reluciente frena frente a la puerta principal. El cristal tintado desciende y no necesito verlo dos veces: Arturo. Mi suegro. O eso sería en otra vida… ahora, cualquiera que me oyera llamarle así se partiría de risa. Imposible. Pero ahí está: vivo, entero, con esa cara de perro viejo, de hombre que huele a negocios cerrados y a dinero que nunca tocaré. Maneja personas como quien mueve fichas y cada una le obedece.

Estoy a varios metros, encogido en mi rincón y es imposible que repare en mí. Y aunque lo hiciera, no me reconocería, o quizá sí… y sería peor, pero me da igual; Arturo no me importa. Lo único que quiero es que aparezca ella: Bela.

Me agarro las rodillas y aprieto fuerte. Cada segundo que pasa me come por dentro. Si saliera ahora, no sé qué haría. No sé si me acercaría corriendo o si me quedaría inmóvil, bebiéndome su imagen como un sediento frente a una fuente.

Así que espero, porque ya no me queda nada más que esperar.

El hambre empieza como un pellizco en el estómago y, poco a poco, se convierte en un mordisco constante. Me duele más porque sé que llevo horas aquí, quieto y el frío me atraviesa más rápido cuando estoy vacío. Un par de monedas tintinean en el suelo, lanzadas por alguien que ni siquiera me miró al hacerlo. Las recojo sin prisa, como si el gesto de agacharme pudiera hacer que la moneda fuera más pesada. Decido que es momento de comprar algo. No por placer, sino para callar esta molestia que me retuerce las tripas. Camino hasta una cafetería cercana y, con las monedas calientes en mi mano por el roce, pido un *croissant*. El dependiente

apenas me mira; me da la bolsa como quien despacha una tarea incómoda.

Salgo y el olor dulce me golpea de lleno. Apenas he dado el primer mordisco cuando se acercan dos vagabundos que suelen merodear por esta zona. Uno lleva un abrigo que huele a moho incluso a distancia; el otro, una bufanda que sé que robó hace poco.

—¿Compartes? —pregunta uno, con voz grave.

—Venga, tío, un poco solo —añade el otro muy cerca de mí.

No tengo nada contra ellos, pero ahora mismo… no puedo. No quiero. Estoy de mala leche y no es solo por el hambre. Es porque estoy aquí por una razón y no pienso apartar la vista de la puerta ni un segundo más, no vaya a ser que aparezca Bela. Mejor dicho: Isabela.

—No —respondo seco y lo empujo.

Sé que suena borde y, probablemente, lo sea, pero no soporto que nadie me moleste en este momento. La bolsa cruje entre mis manos y doy otro mordisco, más grande, como si eso pudiera tragarse también la ansiedad.

Sigo esperando. El *croissant* ya es un recuerdo grasiento en el estómago y el frío me ha trepado por las piernas hasta los hombros. No pasa nada, puedo aguantarlo todo si es para verla.

Y entonces, aparece el coche negro, no el de Arturo, otro. Brillante, con las llantas pulidas y esa forma de frenar suave que delata a los que nunca miran el precio del combustible. Se detiene frente a la puerta y, cuando la puerta trasera se abre, mi corazón me da un golpe en las costillas.

Ahí está ella.

Isabela Montalbán. La de los trajes perfectos, la melena impecable y los pasos que hacen sonar el tacón como un metrónomo decidido. La hija del jefe, la que parece comerse el mundo… aunque yo sé —porque ella me lo dijo, o lo soñé— que es el mundo el que a veces se la come a ella. Esa es la verdad que guarda bajo capas y capas de esa mujer que tengo a unos metros: mi Bela, escondida.

Me encojo y busco la sombra del portal. No quiero que me vea así. Ni siquiera sé si podría soportar que sus ojos pasaran de largo, como si no me conociera.

El que la acompaña es Borja, no hay duda. El pelirrojo. Alto, serio, traje impecable, el tipo de hombre que parece haber nacido con el nudo de la corbata bien hecho. Mueve las manos con precisión, la ayuda a salir del coche como si fuera un gesto ensayado toda la vida. Es elegante, frío, de esos que parecen encajar perfectamente al lado de una mujer como la que tengo delante. No como la que conocí yo, sino como la que finge ser: intocable, de revista.

Me siento pequeño. Muy pequeño. Como si el aire se hubiera encogido alrededor de mí.

En un momento, ella se gira. Mira hacia el lugar donde estoy… o donde estaba hace unos minutos y, por un instante, tan fugaz que casi me da miedo creérmelo, pienso que me busca; pero no; no puede ser. Si así fuera, no estaría agarrando del brazo a Borja en ese mismo momento.

Él se da cuenta de que está distraída y le dice algo en voz baja; ella sonríe. Y entonces él le da un beso. No en la mejilla, no de cortesía: un beso que dice «eres mía».

Siento que se me vacía el pecho. Nada tiene sentido. Ni lo que vivimos, ni lo que soñamos, ni esta calle que me devuelve a un pasado del que quería escapar. Si ahora mismo me muriera, me daría igual, porque no soy nadie y porque, en realidad, nunca he tenido a nadie.

No sabía que se podía echar tanto de menos a alguien que no existe. Lo de Bela… duele, pero tiene un borde distinto. Ella está ahí, caminando por este mismo mundo, aunque no me recuerde. Puedo mirarla e incluso buscarla. Puedo decir su nombre y que el eco tenga un sitio donde caer. Pero Ezio… Ezio es un golpe seco en el pecho. Un vacío que no tiene cara, pero sí latido. Un hijo que vivió conmigo en un lugar que no figura en los mapas de nadie. Y estas horas… estas horas sin él… son insoportables. Me crujen por dentro como si alguien estuviera doblándome los huesos desde dentro del pecho. Porque no es solo que no esté: es que nunca estuvo. Y aun así lo

siento mío, tan mío, que parece que me lo hayan arrancado de los brazos.

No sé cómo se sobrevive a eso. A saber que la risa que escuché, el calor de su frente en mi cuello, sus «papá» torpes… pertenecen a un mundo que se deshace si intento recordarlo demasiado fuerte.

Es como abrazar el humo. Como intentar retener el agua con los dedos rotos. Una punzada que vuelve cada minuto, recordándome que hay amores que dejan huella aunque nunca hayan pisado esta realidad. Y ojalá pudiera decir que el dolor irá bajando, pero no. Duele más cuando respiro despacio, duele más cuando intento olvidarlo, duele más cuando acepto que no existe. Ezio no está en este mundo. Pero yo… yo me he quedado aquí con un amor que no sabe dónde dormir.

No me da tiempo a apartarme. Un empujón seco por la espalda me lanza contra la pared y caigo hacia un lado, clavo el hombro contra el suelo. Me giro, todavía con la imagen de Bela y Borja grabada en la retina y veo la cara mugrienta del tipo que antes me pidió compartir el *croissant*.

—Mira, aquí está el señorito —escupe, con una sonrisa torcida.

No está solo. Dos más se acercan desde la esquina, arrastrando los pies y un cuarto aparece detrás, tambaleándose. Sus ojos brillan con ese fulgor turbio de quien va puesto hasta las cejas. El aire que los envuelve apesta a alcohol barato, tabaco rancio y rabia.

—Venga, tío, comparte ahora —dice uno mientras me golpea con el dedo en el pecho.

—O te sacamos a pasear, bonito —añade otro.

No pienso. Ni siquiera mido el riesgo. La pena y la humillación de hace unos minutos se me clavan como un hierro caliente y me arrancan algo de dentro. Estoy tan vacío que me da igual todo, así que me lanzo hacia ellos.

Es rápido, torpe, feo. Nada que ver con peleas de película. El primero recibe un puñetazo en la mandíbula, pero no cae; me agarra del abrigo y me zarandea. Otro me golpea por la espalda, en los riñones y el dolor me arranca un gruñido. Uno de ellos me empuja contra el suelo y desde aquí abajo me revuelvo y le meto la rodilla

en el estómago. Oigo un jadeo, un insulto, un escupitajo que me roza la mejilla. La acera es fría, rugosa y noto cómo la humedad me cala las rodillas. El tráfico sigue sonando a pocos metros y las puertas acristaladas de Montavia Group permanecen cerradas, como si todo esto ocurriera en otro planeta.

El sabor metálico me llena la boca. No sé si es sangre mía o de ellos. Una bota me aplasta la mano, otra me golpea la cadera. Alguien me agarra del cuello por detrás y tira con fuerza. Me falta el aire.

Y entonces llega.

Un golpe seco, brutal, en la cabeza, como si me partieran el cráneo por dentro. Todo se apaga un instante. El aire se me escapa en un jadeo corto y un pitido agudo me estalla en los oídos. Siento el calor de la sangre que me resbala por la sien y se mete bajo el cuello de la camiseta sucia. No hay aviso, no hay sentido. Solo un dolor que se expande rápido, espeso, como un fuego sordo que me empuja hacia la oscuridad.

Me apoyo contra la pared, intento ponerme en pie, pero las piernas me fallan. Los gritos se confunden con el rugido lejano de un motor. Uno de ellos me sujeta por el abrigo y me zarandea, pero yo ya no estoy aquí. Todo lo que siento es la sangre, tibia y constante que se escapa de mí.

El frío de la calle empieza a colarse por dentro y no pienso en el hambre, ni en el frío, ni siquiera en la pelea. Pienso en Bela y en mi hijo.

Otro destello… no de acero, sino de dolor. Esta vez no hay forma de esquivarlo: un golpe brutal en la cabeza, más fuerte que el anterior, me hace ver un fogonazo blanco, cegador. Es más profundo, más limpio, más definitivo. Siento de nuevo cómo algo caliente se abre paso por mi cuero cabelludo y desciende rápido, como si intentara escapar antes que yo.

Las piernas me fallan y caigo de lado contra el suelo. La acera está helada, áspera, pero apenas lo noto porque el dolor me cubre entero. El olor a hierro y suciedad se mezcla con el humo de los coches y el aliento agrio de los que me rodean.

No paran. Las patadas me golpean en las costillas, en la espalda, en la cabeza. Siento el impacto sordo de una bota contra la cabeza y un zumbido me llena los oídos, como si hubiera un enjambre atrapado ahí dentro.

Y, aun así, sonrío.

Es justo lo que quería. Que todo acabara. Que esta calle y esta vida dejaran de apretarme como un puño. Que no quedara nada.

El mundo empieza a tambalearse. No como cuando te mareas, sino como si alguien estuviera apagando las luces una a una. Los bordes de lo que veo se vuelven borrosos, como si estuviera mirando a través de un cristal empañado. Las voces se mezclan en un ruido sin forma: insultos, gritos, una exclamación aguda que podría ser miedo o sorpresa.

Trato de enfocar, pero la calle se disuelve poco a poco. El asfalto pierde color, los edificios se vuelven sombras y las figuras que me rodean son apenas manchas que se mueven. Un segundo más y el zumbido en los oídos es lo único que queda.

Y entonces, nada.

43
Joel

El primer sonido que me arranca del negro es una voz femenina. No sé qué dice, pero es suave, casi un murmullo. Creo que es ella. Abro los ojos con esfuerzo y lo primero que me golpea es la luz blanca, demasiado brillante.

Parpadeo varias veces hasta que la figura se aclara: es una mujer con bata blanca, cabello recogido, mascarilla azul; es una enfermera o una doctora.

—Está despierto —dice, girando la cabeza hacia un lado.

La habitación se llena poco a poco de pasos y voces. Estoy tumbado, conectado a tubos, con un pitido constante que me acompaña como un metrónomo. Me cuesta respirar hondo; el pecho me duele como si tuviera piedras dentro.

—Tranquilo, no se mueva —me dice un hombre con bata que se acerca a mi lado—. Ha estado a punto de morir.

Me quedo callado. Solo puedo mirarlo, intento entender dónde estoy y por qué sigo aquí.

—Se ha salvado de milagro —continúa.

—Relájese, no se esfuerce. Ha estado en coma cuatro días.

Trago saliva. La cabeza me da vueltas. Las paredes parecen encogerse a mi alrededor. Siento el mismo peso que cuando me desperté en la calle, solo que ahora me aplasta desde dentro. Me quedo mirando el techo, con el pitido del monitor que se me clava en las sienes.

El médico sigue hablando, pero su voz se va alejando, como si alguien la empujara hacia un túnel demasiado largo para que yo pueda seguirla. Yo solo escucho un zumbido, un latido torpe. Mi propio cuerpo protestando por seguir aquí.

De repente soy consciente del dolor. No un dolor concreto, no en un sitio exacto. En todo. Como si cada hueso hubiera decidido romperse por separado. Como si alguien hubiera desmontado mi cuerpo y lo hubiera vuelto a montar sin mirar el plano. Me arden las costillas, me palpitan las sienes, las piernas me pesan como si estuvieran llenas de cemento. Mover un dedo me cuesta como si empujara un coche con el pensamiento. Respirar duele; existir duele.

Y aquí, tumbado, conectado a máquinas, rodeado de gente que no sabe quién soy, me llega un pensamiento que me atraviesa limpio, preciso, cruel: no tenía que haber despertado.

El médico dice que «he tenido suerte», que «me he salvado de milagro» y yo siento que ojalá ese milagro hubiera fallado, porque no sé qué hacer con esta vida que no tiene a los dos únicos seres que me han hecho sentir vivo. Ezio no existe y Bela… existe, pero sin mí. Sin memoria, sin vida compartida, sin ese lugar donde yo era alguien.

Trago aire como puedo, pero se me atasca a medio camino, parece que hay una mano invisible cerrándome la garganta. Intento moverme y un fogonazo me atraviesa la espalda. Me encojo y gimo sin querer.

La enfermera pone una mano en mi hombro, suave, casi maternal.

—Todo pasará —susurra.

No. No va a pasar. El dolor del cuerpo, quizá, pero el otro… ese no tiene cura.

Cierro los ojos un instante. Solo un instante y veo a Ezi corriendo hacia mí con sus zapatillas azules, con esa risa que me explotaba directo en el pecho. Abro los ojos rápido, como si me quemara por dentro, como si esa imagen fuese un insulto.

Me invade una culpa absurda e infantil: si no existe, ¿por qué lo extraño como si lo hubiera perdido? ¿De dónde saco tanto amor para alguien que no está en ningún registro, en ninguna cuna, en ningún mundo salvo en el que yo soñé?

El pitido del monitor sigue su ritmo constante, recordándome que sigo aquí, respirando. Latido a latido, sin permiso.

———

Han pasado varios días desde que desperté. Dicen que mejoro, que mis constantes se han estabilizado, que el riesgo pasó. A veces los escucho hablar entre ellos, al pie de la cama, como si yo no pudiera oír:

«Está respondiendo bien».

«Aún tiene inflamación, pero baja».

«Otro par de días en observación».

Si cierro los ojos, podría imaginar que hablan de otra persona, pero no, hablan de mí, del hombre que casi se muere en una acera, del mendigo sin nombre que ahora ocupa una cama que, estoy seguro, ha visto más finales que comienzos.

La verdad es que mejoro… físicamente. El dolor de cabeza va cediendo, los mareos ya no me arrancan el suelo de debajo de los pies. Me quedará una cicatriz pequeña en la ceja, pero no me importa. He aprendido que las heridas de dentro son las que duelen para siempre. Las de verdad no sangran, solo arden. Ahora sé el por qué de la cicatriz de mi sueño.

En estos días, el hospital se ha convertido en una especie de casa. Una casa extraña, con luces frías y ecos en los pasillos, pero casa al fin y al cabo. Las enfermeras me conocen por mi nombre —el real, no el de la calle—. Me preguntan si dormí bien, me traen pasta de dientes, me ofrecen gel, me tratan como si mi vida importara. Y sé que aquí estoy mejor que fuera. Aquí no soy un bulto tapado con un cartón, aquí tengo una cama aunque no sea mía, un techo aunque retumbe, y comida aunque no sea sabrosa. Aquí tengo… dignidad, pero eso no llena el hueco; nada lo llena.

El psicólogo ha venido dos veces. Me hizo preguntas suaves, casi con miedo. Le dije que me sentía angustiado, que me dolían los «seres queridos» que no tenía cerca. No mentí, pero tampoco dije la verdad. No voy a contarle que extraño a un hijo que no existe ni en su mundo ni en éste. No voy a decirle que cada noche sueño con una mujer que aquí se llama Isabela, pero en mi corazón sigue siendo Bela. No quiero que me mire con lástima o que marque algo en un formulario; así que me guardé lo importante, lo que me

destruye, lo que no sé dónde colocar, porque el cuerpo mejora, pero el corazón… este empeora un poco cada día. Como si el alma tuviera agujeros y se fuese desangrando en silencio.

Y pienso en el amor, en lo grande que es, en lo maravilloso que fue tenerlo, aunque fuera en un sueño que parecía más real que esta habitación y en lo cruel que puede ser cuando se va. El amor es un regalo y a la vez es una condena. Un cuchillo afilado que te llena de vida mientras está… y te arranca la tuya cuando desaparece.

Hoy el enfermero me ha dicho que he avanzado mucho. Que me veo más «animado». ¡Qué ironía! No sabe que cada día que pasa, mi corazón se encoge un poco más, como una hoja que se arruga al secarse.

Tocan a la puerta. Entra una enfermera con la bandeja de comida y me sonríe con amabilidad. Pregunta si necesito algo; la rutina de cada día.

Cojo el tenedor, pincho un trozo de carne, mastico despacio, sin apetito, sin ganas. Dos golpes secos en la puerta interrumpen el silencio, creo que a la enfermera se le ha olvidado algo. Levanto la vista, casi sin interés, pero no es ella. Es una mujer con el pelo largo, suelto, que le cae como una cortina sobre sus hombros. Lleva un vestido oscuro que abraza su cuerpo con delicadeza y puedo ver una tirita blanca enorme en la frente.

—Hola —dice ella con un hilo de voz.

Mi mano se queda suspendida en el aire; de hecho el tenedor ya no existe, ni la carne, ni el hospital.

El corazón se me desboca. No sé si late muy rápido o muy fuerte o si va a romperme las costillas. No puedo tragar, tampoco puedo respirar.

—Soy Isabela. No me conoces, pero… vi cómo te pegaban desde la ventana de mi oficina y llamé a la policía.

Para cualquiera sería una desconocida, pero para mí… es la vida que perdí al despertar, la mujer que me salvó, pero no por socorrerme en una pelea. Me salvó mucho antes; en otra vida, en ese sueño que no era sueño. La mujer que fue mi casa, mi esposa, la madre de mi hijo. La mujer que tengo delante es Isabela Montalbán, pero mi alma la nombra de otra forma: Bela.

Ella tiembla y yo también. Es una tensión densa, eléctrica, como un imán que nos acerca y nos separa a la vez.

—Hola… —respondo, con la garganta ardiendo.

Da un par de pasos, se acomoda un mechón detrás de la oreja, mira al suelo y luego a mí. Está nerviosa y no sabe quién soy. Intento sonreír.

—Gracias —le digo al fin.

Ella ríe, suave, preciosa, insegura, como en otra vida, como si esa risa la reconociera mi cuerpo antes que mi memoria. Me mira con una ternura que me parte. No me reconoce, pero una parte de ella… sí siente algo y lo noto; es como una chispa o un eco.

—Solo quería pasarme para saber que estabas bien —añade—. Me dan el alta hoy y quería despedirme.

Trago y me duele. En realidad todo me duele. Quiero decirle que no se vaya, que no desaparezca, que sin ella no sé qué hacer en esta vida, que me quite esta angustia, este vacío, esta condena. Quiero decirle que la conozco, que la amo, que tuvimos un niño que se llamaba Ezi, pero no puedo.

Entonces, una voz detrás de ella interrumpe el aire.

—Isabela, el coche ya está esperando.

Es Borja. Tan perfecto, pulcro e intachable como siempre; un muñeco con traje caro. Esa figura que ella siempre ha tenido detrás y que en mi otra vida jamás estuvo.

Ella asiente, se gira para marcharse, pero cuando da un paso, se detiene. No sé si es duda o instinto, pero vuelve a mirarme y esa segunda mirada no es un simple gesto de educación: es una punzada. Un hilo tirante entre los dos. Yo no lo pienso, simplemente hablo:

—Espera… —digo, con la voz más rota de lo que esperaba.

Ella se queda quieta en el marco de la puerta. Respira hondo antes de girarse del todo, como si algo dentro de sí le pidiera no irse todavía.

—¿Sí? —responde, suave.

No sé cómo formularlo ni por dónde empezar. Así que pregunto lo primero que me arde en la lengua:

—¿Por qué…? ¿Por qué estabas tú en el hospital? —lo digo casi con torpeza—. ¿Qué te pasó?

Ella baja la mirada al suelo unos segundos y sus dedos se entrelazan, nerviosos, como si contara algo que no ha terminado de digerir.

—Porque… —traga saliva— me metí en medio de la pelea.

El mundo se me queda quieto y siento como me tiembla el estómago. La piel se me eriza como si alguien me hubiese tocado por dentro. Eso. Eso fue exactamente lo que ocurría en el sueño: decían que ella me había salvado de algo horrible.

Ella sigue hablando, ajena a lo que me atraviesa:

—Vi cómo te golpeaban desde mi oficina. No podía quedarme sin hacer nada. Bajé. Intenté apartarlos. Uno de ellos me empujó y… me di un golpe muy fuerte en la cabeza.

Se lleva una mano a la tirita blanca y la toca como si aún le doliera.

—¿Y…? —pregunto con el corazón atragantado—. ¿Estás bien?

Ella suelta una risa triste, casi irónica.

—He estado en coma. —Levanta los ojos y los clava en los míos —. Cuatro días.

Siento que la sangre me pesa. Cuatro días. Cuatro días… los mismos que yo he estado en coma también. Cuatro días como los días que soñé una vida entera. Pero el sueño no ocurrió mientras estábamos en coma…

Ella continúa:

—Fue horrible. Mi familia… todos estaban muertos de miedo. Yo… —traga saliva—. No recuerdo nada del golpe. Solo desperté aquí, sin entender dónde estaba. Y ahora… ahora solo tengo dolor de cabeza y un montón de preguntas.

Respiro hondo. Tengo las manos heladas y el corazón me late tan fuerte que retumba en mis costillas.

—Me has salvado —susurro sin poder evitarlo.

Ella parpadea. El gesto es pequeño, pero sé que sigue un temblor.

—Bueno… —dice, incómoda, pero no distante—. Fue… lo que cualquiera habría hecho.

—No —niego—, cualquiera no, pero tú sí lo hiciste.

Ella aprieta los labios, como si le costara sostenerme la mirada, y aun así no la aparta.

—Gracias —añado—. Y lo siento.

Ella se sorprende un poco, como si no esperara ese peso emocional.

—No te disculpes —dice, y por primera vez su voz no es correcta ni educada: es cálida—. Estoy viva. Tú también. Eso es lo que importa.

Hay un silencio que no es forzado.

—Bueno… —murmura finalmente—. Solo quería saber que estabas bien.

Esta vez sí se gira, pero cuando empieza a caminar, lo hace despacio, me da la sensación de que una parte de ella espera que yo diga algo más.

Al llegar al marco, la voz de Borja vuelve a sonar desde el pasillo:

—Isabela, nos vamos.

Antes de cruzar el umbral… vuelve a girarse una última vez. Es un gesto casi involuntario y esa mirada… esa última mirada… me atraviesa como un disparo.

La veo salir lentamente, con ese vestido que parece alejarse de mí como si arrastrara mi propio aire. Cuando la puerta se cierra, el mundo entero se me derrumba encima. Otra vez y esta vez es peor, porque aunque ella no me recuerde… mi alma la reconoce.

44
Isabela

Salgo de la habitación e intento mantener la compostura al ver la sonrisa educada con la que espera Borja mientras me pone el brazo por encima para acompañarme por el pasillo. Asiento sin mirarlo, sin decir nada. Por dentro, sigo viendo la cara del hombre al que acabo de dejar en la habitación. Ese mendigo con la barba larga y el pelo desordenado… y unos ojos que me han removido algo que no quiero nombrar.

Estoy triste, cabizbaja y me cuesta respirar.

De golpe, justo detrás de la puerta de la habitación que acabo de dejar atrás, escucho algo que me perfora el pecho:

—Te echo de menos, Bela.

Freno en seco. El corazón me da un golpe tan fuerte que me obliga a llevarme una mano al pecho. Es solo un instante, pero sé que lo he oído. Quito el brazo de Borja de encima, sin darle explicaciones, y abro la puerta. Entro. Él está ahí, con la bandeja de comida delante, sorprendido al verme de nuevo. Mis ojos arden.

—¿Qué has dicho? —pregunto.

Me mira sin entender.

—¿Cómo?

—Te he preguntado —repito, ahora más firme, más desesperada — qué has dicho cuando ya estaba en el pasillo.

El chico baja la mirada y su pecho sube y baja despacio. Se pone de pie, despacio, pero no me responde o no se atreve. Doy un paso más. Estoy tan cerca que siento su respiración entrecortada, como un animal herido.

—Bela —susurro—. Me has dicho Bela.

Él se queda completamente quieto y en sus ojos… Dios, en sus ojos hay algo, parece una emoción que no se ve en desconocidos. Me llevo una mano a la boca.

—¡Joel! —su nombre en su boca me sacude entera—. Me has llamado Bela.

Cuando lo digo, lo veo romperse. Se derrite. Sus ojos brillan de una forma que no debería ser posible entre dos personas que nunca —*nunca*— se han conocido personalmente. Él traga saliva y se sostiene en la barandilla de la cama.

—Sí… —responde al fin, con una sinceridad que me atraviesa—. Sí, Bela.

Y ya está. Ahí se me acaban todas las defensas, todas las máscaras, todas las versiones de mí que alguna vez servían para sobrevivir. Me lanzo hacia él sin pensarlo y suelta un quejido breve.

—¡Ay!

—Perdón, perdón… —susurro, sin soltarlo.

Le agarro la cara entre las manos. Me doy cuenta de que mis dedos tiemblan, pero es que mi corazón también. Las lágrimas me salen como si hubieran estado esperando este momento desde antes de que yo naciera. Su piel está caliente y es real; demasiado real.

—Te recuerdo —digo entre jadeos—. Te recuerdo, te recuerdo, te recuerdo. —repito una y otra vez, como si decirlo fuera la única manera de anclarlo aquí, conmigo.

Joel cierra los ojos, como si mis palabras le encajaran piezas que llevaba días sin saber colocar. Me rodea despacio, casi con miedo de romperme, pero cuando sus brazos terminan de cerrarse alrededor de mí… lo hace con una fuerza que es amor, que es dolor, que es destino. Y ahí estamos, pegados, respirando el mismo aire, temblando por las mismas razones.

La puerta se abre de golpe, tan brusca que golpea la pared y Borja asoma la cabeza, pero en cuanto nos ve, abrazados, tan cerca, tan frágiles y tan necesarios el uno para el otro, su rostro se retuerce en una expresión que jamás había presenciado en él: una mezcla de rabia, desconcierto y un orgullo herido que lo vuelve casi irreconocible.

Da un paso dentro, como si el aire de la habitación le perteneciera y su voz retumba, áspera y cargada de furia.

—¿Pero qué coño es esto?

Me separo apenas de Joel, lo suficiente para poder girarme hacia Borja, pero no lo suelto. No puedo. Hay algo en su piel, en su respiración, en la forma en que tiembla, que me impide alejarme más de unos centímetros. Joel, aunque herido, se mantiene erguido, como si intentara acompañarme, protegerme o simplemente no desmoronarse ante lo que está viendo.

—Borja, aquí estoy donde tengo que estar —digo con una claridad que me sorprende incluso a mí.

Él entra del todo, sin pedir permiso y cierra la puerta de un golpe que hace vibrar las paredes. Su paso es firme, agresivo, cargado de control; el mismo control con el que tantas veces ha llenado mis silencios. Señala a Joel como si fuera un intruso que ha invadido un territorio sagrado.

—¡Estás loca! Ese golpe te ha afectado, no sabes lo que dices.

No duda: él está convencido de que mi voluntad, mis decisiones, mis emociones… todo lo que soy, debe pasar antes por su filtro.

Joel inspira hondo y, aunque apenas puede sostenerse, avanza medio paso, como si quisiera ponerse entre Borja y yo. Sus manos tiemblan, pero no retrocede. Esa simple tensión, ese gesto mínimo, parece inflamar aún más la furia de Borja, que se vuelve hacia él con desprecio.

—Tú —dice, acercándose un poco más—. ¿Quién coño te crees que eres para tocarla? ¿Qué derecho te crees que tienes? Tú no pintas nada aquí. Nada. Eres… —me cuesta escuchar el resto, pero no me sorprende— un mendigo al que la suerte le ha guiñado un ojo. Nada más. Ella es Isabela Montalbán y está muy por encima de ti. Y, por cierto, casi se muere por tu culpa.

La palabra «mendigo» me araña por dentro. Joel cierra un instante los ojos; lo hace con rabia y a la vez con pena. Se siente culpable al escuchar eso de que casi muero por su culpa.

—Joel no está haciendo nada malo —respondo, alzando la voz por primera vez—. Soy yo quien ha venido.

Borja me mira con incredulidad, como si no reconociera a la mujer que tiene delante.

—Isabela, escucha —intenta suavizar el tono, pero no lo consigue—. Él te está manipulando; estás confundida. Vienes de un coma, por Dios. Has perdido el juicio. Si no conoces de nada a este personaje.

—¿Perdido el juicio? —repito, casi riendo, pero es una risa rota, amarga, llena de todo lo que nunca dije—. Borja, ¿tú te escuchas? La única persona que ha intentado decirme quién debo ser… eres tú.

Él abre la boca, dispuesto a rebatirme, pero sigo hablando antes de darle la oportunidad.

—Mi vida contigo no tiene sentido. Ni ahora ni antes, y lo sabes. Jamás me has dejado ocupar un espacio real en ella. Nunca has querido ver quién soy, solo quién debía ser a tu lado. Y yo no puedo seguir en un lugar donde no existo.

Borja retrocede medio paso, como si mis palabras fueran un golpe físico que no sabe encajar. Algo en su mirada se quiebra: es la certeza de perder algo que creía garantizado.

—Isabela, estás diciendo tonterías —murmura, intentando recuperar el control—. Ven conmigo y hablamos fuera. Esto no tiene sentido.

—No, Borja —susurro, y cada sílaba pesa—. Lo que no tiene sentido es seguir contigo cuando no quiero estarlo. No puedo explicártelo, porque no lo entenderías… pero no quiero. No quiero estar contigo. No quiero tu vida. No quiero esta versión de mí que has construido.

Su rostro se tensa, pierde el color por un instante. No está acostumbrado a que alguien le quite el poder de esa forma. Se gira sin responder, como si fuera incapaz de procesarlo o como si necesitara marcharse antes de destruir algo más. Y justo antes de salir, suelta un último exabrupto, más para herirse menos a sí mismo que para dañarnos. Después cierra la puerta de un portazo que hace temblar el suelo bajo nuestros pies.

Cuando el eco se extingue, la habitación queda sumida en un silencio distinto al de antes, es uno vivo pero también ligero, como si el aire respirara por primera vez en mucho tiempo.

Desde que desperté aquel día, cargo con un peso en el pecho que no sabía dónde colocar. Abrí los ojos y todo estaba exactamente igual que antes: la habitación de mi ático estaba ordenada, mis cosas en su sitio y un mensaje de Borja me decía que pasaría por casa para recogerme y llevarme a las oficinas. Pero lo que más me golpeó no fue lo que estaba, sino lo que faltaba.

La familia que había creado no estaba.

El hueco que el cuerpo de Joel había ocupado horas antes estaba frío, impecable, borrado. Y, mientras intentaba entender qué era sueño y qué era verdad, mi mente me devolvía *flashes* tan nítidos que dolían: sus ojos grises buscándome en la oscuridad, su espalda moviéndose mientras cocinaba, su voz guiándome cuando entraba en crisis, sus manos marcándome el ritmo de la respiración. Todo eso había desaparecido de golpe, como si jamás hubiera existido.

Y entonces llegó el silencio más cruel: el de Ezio. No había juguetes, dibujos, zapatillas pequeñas. No había risa, pasos, ni un solo rastro de ese niño al que había sentido mío. La casa era diferente y estaba demasiado vacía y aquel vacío me atravesó como una herida física, como si me hubieran arrancado un órgano. Intenté respirar, pero no pude. El ataque de ansiedad me cayó encima sin aviso. En ese momento habría dado lo que fuera por tener a Joel a mi lado, por sentir sus manos en mi nuca enseñándome a inhalar despacio, pero no estaba. Y esa ausencia terminó de romper algo dentro de mí.

Aun así, salí a trabajar y, al bajar del coche, miré —por puro instinto— hacia el rincón donde siempre lo veía, pero estaba vacío. Ni rastro de él. Fue entonces cuando me obligué a aceptar que todo había sido un sueño: hermoso, devastador, tan real que aún me ardía en el cuerpo.

El móvil vibró. Era mi padre. Su voz sonó fría, distante, igual que siempre. «*¿Por qué no estás en la oficina? He llegado y no te he visto*». Ni rastro del Arturo cálido que recordaba de aquella otra vida. Ese también había desaparecido. Pero él, al contrario que Joel o Ezio, sí existía: existía aquí, tal y como siempre había sido. Y

comprendí, con una claridad dolorosa, que aquella vida paralela se había desvanecido al abrir los ojos.

Cuando llegué a las oficinas, me costó hasta cruzar la puerta. Apoyé la cabeza sobre el cristal, porque necesitaba un respiro, un momento para juntar fuerzas y aguantar el día y entonces lo vi: una pelea, en plena calle. Cuatro contra uno. No sé cómo lo supe, pero antes de que mi cerebro pudiera ponerle nombre, mi corazón ya había gritado quién era: Joel. Bajé corriendo las escaleras, con el corazón a punto de salirse del pecho, mientras marcaba el número de la policía. El frío de la calle me golpeó la cara, pero no me detuvo. Llegué hasta ellos y me puse delante, sin pensar.

—¡Parad! —grité.

Se rieron. Uno de ellos me miró de arriba abajo y soltó algo sobre mi ropa, luego me empujó. Fue un movimiento rápido, torpe y no tuve cómo frenarlo. Los tacones me jugaron la peor de las pasadas: caí hacia atrás y sentí el golpe seco de mi cabeza contra el bordillo.

Después, solo hubo dolor, voces que no entendía, luz demasiado blanca, el hospital, una familia que me miraba con preocupación, convencidos de que tal vez no me recuperaría del todo. Y yo, atrapada en un silencio que no podía compartir con nadie, sabiendo que Joel existía. Que había estado ahí, que lo había tocado, que lo había amado y que ahora, de nuevo, lo tenía a un mundo de distancia.

He intentado convencerme de que no debía acercarme a esa habitación. Que lo más sensato era seguir caminando junto a Borja, con su paso firme y su brazo sobre mis hombros, mientras me protegía de un mundo en el que no quiero estar, pero algo, muy dentro de mí, me ha empujado a hacerlo. Cuando he cruzado el umbral y lo he visto… me ha dado un vuelco el corazón. Estaba ahí con la barba crecida, el cabello desordenado, pero incluso así, en sus ojos… en sus ojos he visto a mi Joel. Mi marido, el padre de mi hijo, el hombre que me ha cuidado, que me ha sostenido, que ha hecho de mis días un lugar seguro.

He sentido un temblor en el alma, pero su reacción, fría, desconcertada, me ha congelado por dentro. He creído perderlo todo

en ese mismo instante.

He salido al pasillo y el peso del brazo de Borja ha vuelto a caer sobre mí. No ha sido solo el peso físico; ha sido el peso de una vida entera, una vida que ya no me pertenece. En ese momento me he sentido intrusa en mi propia historia.

Y entonces he escuchado un «*te echo de menos, Bela*» que me ha atravesado como un rayo. Ha sido como si el cielo se abriera de golpe. Como si una verdad que he intentado esconder se hubiera hecho imposible de callar. Por un instante, he pensado que me lo había imaginado, que era solo un deseo mío disfrazado de realidad, pero no he podido quedarme con la duda. He entrado corriendo. Me he plantado frente a él y le he exigido con la mirada que me dijera si era cierto. Ya no he tenido dudas.

Es él.

Es mi Joel. El hombre que ama la música y el hombre que, contra toda lógica, me ama a mí.

45
Joel

Bela está sentada al borde de la cama y yo no puedo dejar de mirarla… ni de tocarla. Mi mano se mueve sola, sube por su brazo, acaricia el dorso de su mano y sigue la curva de su muñeca hasta enredar mis dedos con los suyos. Ella sonríe, tímida, pero sin apartarse.

—No puedo creerme que seas real —murmuro, paso la yema de los dedos por su rostro, como si necesitara grabarlo en la memoria.

Ella me mira con un brillo que me atraviesa.

—Nos hemos encontrado —dice—. Y, como te dije, todo lo íbamos a hacer juntos.

Cierro los ojos un segundo, porque su voz me desarma.

—Estamos locos, Bela. El golpe que nos hemos dado nos habrá dejado tocados de la cabeza.

Ella ríe, pero no aparta la mirada.

—Me da igual. —Su tono es firme, sin vacilar—. Me da igual todo. Si ese sueño no fue verdad, voy a hacerlo posible para que todo sea como lo soñé. Para que seas mi marido… el padre de mi hijo.

—De Ezio —aclaro, con un nudo que me sube por la garganta.

Ella asiente, pero se le nubla la sonrisa.

—Cuando desperté y vi que era un sueño… no pude con el dolor de no ver al niño. Me destrozaba no tenerlo cerca.

La entiendo más de lo que podría explicarle.

—A mí me pasó lo mismo —digo, y le acaricio la mejilla con el pulgar—. Lo primero que pensé fue en ti y luego en él. En que no podía ser que dejara de existir así, de un día para otro.

Nos quedamos en silencio, con las manos unidas y las frentes tan cerca que casi se tocan.

Y aunque no tengamos ni idea de cómo, sé que ella lo piensa igual que yo: no vamos a dejar que todo lo que vivimos juntos se quede en un sueño.

—¿Te das cuenta? —pregunta, con los ojos fijos en mí.

—¿De qué?

—Que ninguno de esos días que apareció en el sueño fue normal. Siempre pasaba algo… algo que dejaba huella. Cada uno fue una curva en el camino que nos acercó más.

—Y despertamos justo el día de —baja la voz, como si el pasillo pudiera escucharla— aquello horrible de lo que habló Yara.

Me quedo inmóvil. El nombre de Yara y esa palabra: «horrible», me muerden por dentro.

—Entonces mamá y Gus tenían razón… —me cuesta pronunciarlo—. Tú me salvaste.

Ella aprieta las manos sobre las rodillas.

—Y en el sueño todo acabó… —mi voz se afina hasta casi romperse—. Todo acabó el día que nos abrimos al…

—Ese día… nos amamos.

No lo dice como una confesión culpable, sino como una verdad inevitable. Yo asiento, porque no hay otra palabra que sirva.

—El amor nos despertó —dice, con un tono que suena a mitad certeza, mitad pregunta.

—Pero ¿por qué? —me atrevo a preguntar.

—Tal vez porque ya habíamos aprendido lo que teníamos que aprender allí.

—O porque nos quedaba algo pendiente aquí —respondo—. Algo que solo podemos hacer despiertos.

La observo y en su rostro reconozco todas las versiones de Bela: la de los días tranquilos, la que reía en la cocina, la que llevaba ropa colorida, la que jugaba con Ezio. Y pienso que, si el amor nos ha despertado, quizá es porque quiere que volvamos a elegirnos, incluso en el mundo donde es más difícil hacerlo.

Ella me sonríe, como si hubiera leído ese pensamiento y, en ese momento, sé que no me importa cuánto cueste: la voy a encontrar

en cualquier vida que me toque.

Pienso en todo lo que vivimos en aquel sueño… y me doy cuenta de que, aunque fueran solo unos días, nos enseñó más que toda una vida entera.

A mí me enseñó a volver a quererme. A mirarme al espejo sin asco ni vergüenza. Me acercó de nuevo a mi familia, me abrió los ojos ante mis fallos y dejó de pesarme esa sensación de estar solo y olvidado. Aprendí a disfrutar de todo lo que me rodeaba: de mi gente, de mi casa, de mi trabajo, de mi hijo… y de ella. Pero, sobre todo, aprendí a disfrutar de mí. Me perdoné; estaba en paz.

Para Bela, ese sueño fue otra cosa. A ella le enseñó a romperse. A dejar caer todas las capas y a mostrarse tal cual era: sin mentiras, sin escudos, solo con el corazón en la mano. Le enseñó a vivir con su esencia, a entender que lo verdaderamente real era cada instante. La vi frenar, respirar, mirar el mundo de una forma distinta.

Y juntos… juntos nos rendimos al amor. Dejamos a un lado los miedos, los bloqueos y los fantasmas. Aceptamos nuestras cicatrices y las del otro. Aprendimos que, si uno se permite amar de verdad, todo lo demás encaja. Ese sueño no fue solo un refugio: fue una lección. Y, aunque hoy estemos despiertos, sé que no voy a dejar que se me olvide.

Bela baja un poco la voz:

—Durante los días que he estado aquí… mi padre se ha acojonado. Pensaba que me moría.

La miro, sorprendido.

—¿Arturo?

—Sí. —Asiente—. Lo he visto caer en picado. Convertirse en el padre que tenía en el sueño. Nadie lo sabe, pero… cuando seguía en coma, después del golpe, lo escuché llorar. Me suplicaba que despertara, que no podría soportar mi partida. Me pedía perdón por ser ese padre que me exigía todo el tiempo.

Se le humedecen los ojos, pero continúa.

—Desde que desperté, ha estado más suave… más comprensivo. Y mi madre también estaba muy asustada. Todo esto… —mueve una mano, abarcando algo que no se puede ver— nos ha

frenado a todos. Tener a la muerte tan cerca nos ha hecho replantearnos demasiadas cosas.

Yo la escucho en silencio, sintiendo que sus palabras pesan igual que las mías.

—Todo estaba escrito, Bela —digo al final—. Todo tenía que pasar. Lo de aquella pelea… era el comienzo de todo.

Ella me mira como si buscara en mi cara la confirmación de que realmente lo creo y la encuentra, porque lo creo de verdad.

Me quedo mirándola un momento antes de atreverme a preguntar:

—¿Y ahora qué va a pasar?

Ella respira hondo.

—Evidentemente, todo va a cambiar. —Sus labios se curvan en una media sonrisa—. Lo primero que voy a hacer es cortarme el pelo… y poco a poco ir aclarándolo, para que no se estropee con el amarillo pollo.

No puedo evitar sonreír.

—Me encantaba ese amarillo pollo.

Ella baja la mirada hacia sus uñas y, con una risa pícara, me deja entrever que también cambiará eso. Los dos reímos como adolescentes escondidos en una esquina, ajenos a todo lo que hay fuera de esta habitación.

—Solo te pido paciencia, Joel. Y que confíes en mí. Para mi familia y mis amigos esto va a ser… un impacto. Pero sé que todo saldrá bien, igual que en el sueño.

La escucho sin interrumpir y guardo cada palabra.

—Y cuando esté todo más calmado, lo primero que haremos será ir en busca de Lala y Gus.

Me quedo de piedra. La idea me aprieta el pecho.

—Eso… me da miedo, Bela. Mucho miedo. No quiero cagarla.

Ella niega con suavidad, con una certeza que me calma y me abrasa al mismo tiempo.

—No la vas a cagar. Todo va a salir bien. Somos unos afortunados porque hemos visto un trailer de nuestro futuro y tiene pintón.

Yo intento acomodarme en la cama, aunque cada músculo me duele como si estuviera hecho de vidrio roto. Aun así, me siento más despierto que nunca.

—Joel… tenemos que intentar entenderlo —dice ella, con una determinación que atraviesa la fragilidad de su herida en la frente.

Por primera vez desde que desperté en la acera, siento que la verdad podría estar cerca. Ella abre el bolso, saca el móvil y empieza a buscar. La observo deslizar los dedos sobre la pantalla con ese gesto serio y concentrado que me enamoró sin permiso en la otra vida. Yo no tengo móvil, no tengo nada, de modo que me acerco un poco, aunque apenas vea más allá de la luz que le ilumina el rostro.

Durante unos minutos no se oye más que el roce de su dedo contra el cristal y nuestra respiración, contenida, expectante, hasta que ella se detiene.

—Hay un estudio de Stanford —dice, sin levantar la vista—. De un investigador llamado David H. Greene. Es de 2017.

Mi pecho se tensa.

—¿Qué dice?

Ella lee, con la voz baja, como si pronunciarlo pudiera abrir algo que ya no podrá cerrarse.

—Habla de «disrupción transitoria de la conectividad cerebral». De lo que sucede cuando un trauma o un golpe hacen que el cerebro entre en un «estado liminal». Un espacio… entre la vigilia y el sueño.

—¿Liminal?

—Sí. Lugares donde la memoria se despliega sola —explica—. Donde el tiempo se dobla y la percepción se vuelve… obediente a las emociones, no a la lógica.

Siento frío, un frío extraño que no viene del cuerpo, sino del alma. Ella sigue:

—Greene dice que, en algunos casos de trauma compartido, dos cerebros pueden sincronizarse por unos segundos. Ondas que se alinean… como si una red neuronal imitara a la otra.

Se pasa la lengua por los labios. Estoy mareado, no por el golpe, sino por lo que se está formando entre nosotros.

—Bela… nosotros no soñamos después del golpe.

Ella deja caer el móvil sobre sus piernas y respira hondo.

—Lo sé.

—Fue antes —continúo, sin apartar la mirada—. Aunque estuvimos en coma los mismos días que duró el sueño.

Cierra los ojos y cuando los abre, están llenos de un temor nuevo, uno que no existía antes de este instante.

—Cuatro días aquí… y cuatro días allí —susurra.

Entonces, como si la memoria hubiera estado esperando este momento, lo veo con nitidez: Erin y Daniel desde Estados Unidos.

—«La memoria no siempre es un camino que se recorre hacia atrás» —repito, sintiendo que las palabras se cuelan en la habitación —. «A veces, se despliega sola… cuando estás listo».

Bela me mira como si hubiéramos vuelto por un segundo a aquel espacio que nadie más podrá recordar.

—Y Daniel dijo… —añade—: «No estáis soñando, aunque se parezca. Y no estáis despiertos del todo, aunque lo parezca. Esto no es un error, ni una trampa. Es un espejo».

Mi respiración se corta.

—«Los espejos no devuelven siempre lo que uno espera» —murmuro.

Bela vuelve a coger el móvil, casi temblando.

—Aquí hay otro estudio… Tressoldi, 2023. Sobre Shared Death Experiences. Experiencias compartidas en estados de transición. No necesariamente muerte. A veces… *shock,* trauma, o momentos donde la realidad se fragmenta.

—¿Qué dice?

—Que dos personas pueden entrar en el mismo paisaje mental. Compartir detalles, memoria. Que lo llaman «espacio liminal conjunto». —Levanta la mirada—. Joel… es demasiado parecido.

—No hay estudios sobre algo como lo nuestro —susurra ella—. No hay ninguna explicación que… que lo abarque.

—Entonces —digo despacio, sin poder evitar que mi voz tiemble —, hay algo más que nos conecta. Algo que no tiene nombre. Algo para lo que no hay estudio… aún.

Ella aprieta mi mano y aunque no tengamos respuestas, los dos sentimos exactamente lo mismo: lo que pasó no se ha cerrado ni

pretende hacerlo. Y entonces lo entiendo. No con la cabeza, sino con algo más hondo. No fue el golpe, no fue el coma, no fue un error del cerebro ni un fallo de la memoria. Todo eso, como mucho, fue la puerta. Lo que nos empujó fue otra cosa. Porque lo que vivimos allí no fue una huida ni un refugio, fue un ensayo. Un lugar donde el amor pudo existir sin miedo, sin máscaras, sin todo lo que aquí nos pesa. Tal vez la vida —o lo que sea que ordena el caos— nos lanzó a ese espacio para mostrarnos quiénes éramos capaces de ser juntos. Para que, al despertar, ya no pudiéramos fingir que no lo sabíamos.

No hay estudio que explique por qué dos personas se encuentran justo cuando ya no se buscan. Ni por qué, cuando todo se rompe, alguien aparece y encaja donde nadie más encajó nunca. Pero lo sé. Lo sabemos los dos. No fue un sueño compartido. Fue el amor empujándonos a vivirlo de verdad y esta vez, nos toca hacerlo pero despiertos.

46
Bela

Nunca imaginé que este día llegaría, pero aquí estoy.

El aire huele a flores frescas. Han llenado el jardín con guirnaldas de jazmín y buganvillas, y el sol de media tarde acaricia cada pétalo como si también quisiera ser invitado. Bajo mis pies, la hierba está mullida; siento el cosquilleo a través de los zapatos planos. Tras el golpe, me niego a usar tacones. La brisa es suave, lo suficiente para mover la falda de mi vestido blanco y para rozar el encaje fino que cubre mis hombros.

La música flota entre los árboles con un murmullo de cuerdas y voces bajas. Yara está a unos metros, hablando con Guille; los dos llevan gafas de sol y copas de champán en la mano y me miran como si fueran cómplices de algo grande. Álex, Nico y Tesa charlan con parte de mi familia. Reconozco las risas de mi madre, que parece más joven de lo habitual y el gesto contenido de mi padre, que por una vez no está en modo «presidente de Montavia Group», sino en modo padre, puro y simple.

Lala aparece entre la gente como una primavera en movimiento. Su vestido de flores es un campo entero que ha venido a ver nuestra boda. Tiene los ojos brillantes y una sonrisa que me llena de calma. A su lado, Gus, con una mirada que se suaviza cada vez que se cruza con la mía.

Y entonces lo veo a él, a Joel. Entre el murmullo de conversaciones, las risas y el tintinear del cristal, avanza hacia mí. Lleva una copa de champán en la mano y parece que todo el jardín se detiene para dejarle paso. El sol se cuela entre las ramas y dibuja destellos sobre su traje gris claro. La camisa, sin corbata, abierta en

el primer botón, deja asomar un atisbo de piel que me invita a imaginar el resto.

Su andar es firme, seguro, con ese punto de calma que parece decir que nada puede romper este momento. Siento que cada paso suyo retumba en mi pecho. Mi respiración se acorta y sé que no es por el vestido; es por él.

Cuando por fin está frente a mí, me mira como si no hubiera nada más digno de mirar y, en ese segundo, el resto del mundo pierde color. Su mano roza la mía y es suficiente para encenderme por dentro. Luego, inclina la cabeza y me besa la sien.

Siento un destello. Un *flash* que corta el instante; nos han hecho una foto y sé que es esa: la misma imagen que vimos aquel día al despertar en el sueño. La que estaba enmarcada.

Sigo con los ojos cerrados, aferrada a la sensación de sus labios sobre mi piel y entonces lo escucho, tan cerca que su voz es casi un suspiro contra mi oído:

—¿Estás preparada para la vida de nuestros sueños?

El corazón me da un vuelco tan fuerte que casi respondo sin voz. Y, por debajo de todo eso, escucho su respiración. Lo miro y sé que sí. Que estoy más que preparada, porque esa vida… ya ha empezado o mejor dicho: ya empezó.

Es entonces, cuando me doy cuenta de que todos celebran nuestra unión como si fuera lo más natural del mundo. Y yo… yo celebro que, contra todo pronóstico, contra sueños que parecían imposibles y vidas que no parecían destinadas a encontrarse, hemos llegado hasta aquí.

Cuando abro los ojos, veo a mis tres hermanos, a mis amigos, a su madre, a su hermano, a mi familia entera. Veo un mar de caras felices, pero solo hay una que lo llena todo: la de él; la de mi marido.

47
Joel

Han pasado cinco años desde que prometimos delante de toda nuestra gente que queríamos pasar el resto de nuestra vida juntos.

Me despierto en la misma habitación de nuestros sueños… solo que ahora no es un sueño; es nuestra vida. Nuestra realidad. Bela duerme de espaldas a mí y, entre los dos, está Ezi, con su respiración tranquila y su pelo revuelto contra la almohada. No sé si existe una imagen más bonita, más perfecta, que pueda guardarme en la retina. Bueno… quizá sí: una en la que yo no tenga la espalda hecha polvo por dormir arrinconado toda la noche. Somos demasiados en esta cama.

Me incorporo despacio e intento no despertarlos. Me estiro un poco para recolocar las vértebras, pero sé que Bela está despierta porque gira la cara hacia mí con esa sonrisa de recién amanecida y me dice:

—Buenos días.

Me recompongo, me ajusto los riñones y, con una sonrisa, rodeo la cama hasta el otro lado. Me arrodillo a la altura del lado de ella… y ahí está: nuestra pequeña.

Alma está prendida al pecho de su madre, con los ojitos entornados y una mano diminuta descansando sobre la piel de Bela. Me acerco, le doy un beso suave en la cabecita y aspiro ese olor a bebé que nunca se olvida.

—Buenos días, princesa.

Después, beso a la mami en los labios, como quien roza un tesoro.

—Y buenos días a mi reina. ¿Has descansado? —pregunto sin levantar la voz.

Ella hace una mueca que lo dice todo.

—Más bien poco —susurra.

Río por lo bajo y le prometo que se lo voy a compensar con un superdesayuno. Y lo digo en serio.

Mientras las observo, no puedo evitar que mi cabeza viaje atrás, a aquella última noche en el sueño. Esa vez que nos amamos como si fuera la primera, aunque sabíamos que no lo era… y que tampoco sería la última. Esa noche, sin saberlo, encargamos a nuestra última pieza del puzzle, la que nos iba a dar el título como familia de cuatro.

Este bebé es un recordatorio constante de lo que somos: dos almas que se encontraron contra toda lógica, que se buscaron a través de tiempos y vidas, que se eligieron incluso cuando el mundo parecía querer separarlas.

—Ya ha terminado —dice Bela.

Recojo a la pequeña, la acomodo en mi regazo; su cuerpo tibio encaja contra el mío. Le paso un dedo por la frente, sigo la curva minúscula de su ceja.

Levanto la vista y me encuentro con mi mujer que está apoyada en la almohada, tiene el pelo algo revuelto, con esa mirada que mezcla ternura y picardía.

—Si no fuera o fuese porque me jode dormir poco, porque me duelen las tetas a rabiar, porque me siento como una vaca, porque se me cae el pelo a puñados… —dice, y su media sonrisa aparece—. Te haría dos o tres hijos más, porque verte así me pone mucho. Eres la viva imagen de «papi sexy e irresistible».

—¿Irresistible para quién? —le devuelvo, arqueando una ceja.

—Para mí… y para cualquiera que te vea así —responde.

Un movimiento leve en la cama nos interrumpe. Ezi abre los ojos, todavía atrapado en ese territorio entre el sueño y la vigilia. Se frota un párpado, bosteza y, sin siquiera mirar a nadie más, dice:

—Quiero darle un beso de buenos días a mi hermanita.

Me inclino hacia él y acerco a Alma a su rostro. Ezi la besa en la frente y yo juro que el mundo hace un ruido diferente en ese momento, como si algo hubiera encajado. La pequeña mueve un

poco los labios; parece que responde al beso y su hermano sonríe satisfecho.

Me quedo mirándolos y grabo esta imagen en mi mapa para encontrar el camino de vuelta si alguna vez me pierdo. Porque sé que habrá días buenos y otros en los que el peso del mundo nos hará agachar la cabeza. Pero también sé que instantes como este no se desgastan, no caducan; son cimientos. Y si alguna vez el tiempo o la vida intentan empujarnos a otro lugar, solo tendré que cerrar los ojos y volver aquí, a esta cama, a esta mañana, a ellos tres. A mi sueño hecho realidad.

Ezi parpadea un par de veces más. La sonrisa se le apaga y se pone serio, como si lo que va a decir fuera importante de verdad.

—He soñado una cosa muy extraña.

Bela se queda quieta.

—¿Una cosa mala? —pregunta ella.

Ezi niega con la cabeza y mira al techo, como si estuviera viendo el sueño ahí arriba.

—Era raro. Yo era mayor. Mucho mayor.

Intento bromear para que no se me note el nudo.

—¿Mayor cuánto? ¿Como de siete?

Frunce el ceño, indignado.

—No. Mayor de verdad. Como tú; un poco viejo.

Se me queda el cuerpo tieso. Bela traga saliva.

—¿Y qué pasaba? —pregunta ella, despacio.

Él nos mira de verdad, con esa humedad de sueño aún en los ojos.

—Yo iba de la mano de una chica con un vestido blanco. Tenía el pelo largo y olía a flores.

Bela y yo nos miramos un segundo, como si el aire se hubiera vuelto más frío.

—¿Y nosotros? —pregunto, muy bajo.

Ezi señala como si lo viera delante.

—Estabais allí. Me mirabais. Pero… teníais arrugas.

Lo dice sin mala intención, como quien dice que llueve, pero no sé por qué me golpea.

—¿Arrugas? —repito, y me oigo raro.

—Sí, aquí —se toca alrededor de los ojos—. Y aquí —se toca las manos—. Pero estabais guapos igual.

Bela se queda quieta. Yo suelto aire despacio.

—¿Y Alma? —pregunto, porque necesito anclarme a algo.

Él mira a su hermana, que está tranquila sobre mí.

—Alma era muy alta. Más alta que mamá.

Se me eriza la piel. No sé por qué, pero siento que no se lo está inventando.

—¿Y tú cómo estabas? —pregunto.

Ezi se encoge de hombros.

—Feliz. Pero también… como cuando te vas lejos y te da un poco de miedo y un poco de ganas.

Hace una pausa y añade, bajito:

—Y mamá lloraba, pero sonreía.

No sé qué decir. Miro a Bela y en sus ojos veo la misma pregunta que me está quemando por dentro. Nuestro hijo se vuelve a acomodar en la cama.

—Pero era un sueño, ¿vale? Los sueños son raros. Voy a hacer pis.

Y se levanta hacia el baño, como si eso cerrara el tema.

Yo me quedo mirando a la bebé, luego a Bela, y siento que el futuro nos ha rozado un segundo, solo lo justo para dejarnos temblando.

—Sí… —murmuro—. Los sueños son raros.

AGRADECIMIENTOS

A mis tres hombres, por ser mi base incluso en los días en los que todo parecía tambalearse. Este libro nació en un momento complicado de mi vida y, aun así, gracias a vosotros, todo seguía teniendo sentido. Ojalá pueda encontraros en cada versión de mí, en cada universo posible, porque sois mi sueño hecho realidad.

La idea de esta historia surgió de un miedo nuevo, uno que apareció cuando me convertí en madre: el temor irracional de despertar un día y que mis hijos no existieran. No podría vivir con ese vacío. Pensarlo me aterraba y precisamente ese vértigo fue lo que me ayudó a darle forma a todo esto: a esa vida paralela, a la pérdida, al amor que persiste incluso cuando no debería.

Con esta novela he querido recordarme —y recordaros— que lo esencial no está en las grandes conquistas, sino en esas ráfagas breves de felicidad que pasan casi sin hacer ruido. Ahí está la clave. Nada es eterno y, quizá por eso, la magia sucede en los instantes que decidimos habitar de verdad: en el presente. Sin dejar que el pasado nos ate ni que el futuro nos oscurezca.

A quienes me leen: GRACIAS.

No es fácil llegar hasta mí, una autora autopublicada que escribe desde rincones pequeños, casi escondidos. Por eso, si tienes este libro entre las manos, si has decidido darme una oportunidad, te lo agradezco de corazón.

Y aunque suene menos literario, también doy las gracias por cada valoración o reseña en Amazon. Sé que no es lo más cómodo —sobre todo si lees en papel—, pero esos segundos que dedicas a dejar unas palabras hacen mucho; más de lo que imaginas.

Gracias por estar aquí, por leerme y por cruzar esta realidad conmigo.

Isabel Vidal (Alicante, 1988)
Diplomada en Magisterio de Educación Infantil, actriz, reportera de televisión, comunicadora y creadora de obras artísticas y retratos realistas a lápiz y en acuarela.
Autora de:
El arte de encontrarnos
Ojalá

Distópica
Estrella de sal
Por una simple coincidencia
Todos a la venta en Amazon.
Puedes saber más de ella en sus cuentas de Instagram:
@isabelvidal
@isabelvidalstudio
Y ver sus obras en su web:
www.isabelvidalstudio.com
